

DEDICATORIA

A Santi

PRÓLOGO

Amigo lector:

Los relatos que te dispones a leer son fruto de una enfermedad que requirió un largo y duro tratamiento que me impidió mantener mis actividades habituales y me obligó a permanecer reposando en mi casa.

Durante este proceso, pasada la sorpresa inicial, me puse a disposición de mis guías y comenzaron estos relatos.

Te ruego que los leas con benevolencia pues, si algo no te gusta, seguro que procederá de la mano y el intelecto que mueve el lápiz. Si se conmueve tu ánimo, da gracias a la espiritualidad que nos ha permitido conocer unas vidas que podrían haber sido las nuestras.

Gracias

Nº 1 VIEJA ECHADORA DE CARTAS

Ahora soy vieja, muy vieja. Tengo poco más de cuarenta años. Estoy sentada en una vieja mecedora recosida de tantos remiendos en su tela y en su madera. Soy vieja y como todos los viejos me paso el día dormitando, viviendo entre dos mundos ¡Qué ironía! Me he pasado la vida inventándome uno de ellos y ahora que lo contemplo y que estoy segura de que existe, ahora -repito- nadie me cree.

A veces veo caras, rostros de viejos conocidos con los que en otro tiempo tuve tratos. A veces los recuerdos son hermosos. A veces. A veces son terribles porque esos rostros me recuerdan viejos engaños, tretas y artimañas, mentiras que he utilizado para ganarme la vida, para llenar mi vieja tripa de garbanzos. Porque algunas veces he pasado hambre. He rebuscado junto con los perros los mendrugos de las casas pudientes y he recogido hierbas del bosque para dar sabor al agua sucia que me alimentaba. Pero eso son excusas, justificaciones porque cuando era joven, no creía en todo lo que ahora veo y sé que existe. Entonces solo creía en lo que todo el mundo veía.

Vengo de una saga de mujeres que servían un poco para todo, parteras, curanderas, hechiceras, echadoras de la suerte, rezadoras y toda clase de artes relacionadas con ese oficio. Si me pongo a mirar no sé si fue mi abuela o mi bisabuela la que empezó al quedarse viuda y no poder trabajar en el campo. Se corrió en el pueblo que tenía “gracia” y que igual te arreglaba las tripas que te sacaba los demonios a ti o a tus mulas.

Se corrió por el pueblo su gracia y las demás la heredamos. Ahora sé que esto no se hereda, pero todo el mundo lo creía y nos daban huevos, trigo o caza (algún que otro conejo). No tuvimos nunca trato con los ricos o los grandes del lugar, siempre con los vecinos, con los que vivían como nosotros. Nos daban lo que podían, incluso lo que no tenían, para salvar las fiebres de un hijo o de su ternero. Así vivíamos.

Aprendí de mi madre y sobre todo de mi abuela, las artes de lo que iba a ser mi oficio. Mi madre no se sentía bien, tenía remordimientos de conciencia, sabía que engañábamos a los vecinos. Así que, en cuanto fui un poco mayor, casi era una niña, empecé a ejercerlo. Ella, mi madre, no quería y mi abuela me enseñó todo lo que sé. Pero yo añadí más, me hice maestra en el arte de la simulación. Empecé a hacer creer que mi arte era difícil y que costaba mucho reunir y preparar las cosas que necesitaba. Así podía pedir más, incluso les fiaba y amenazaba con que si no terminaban de pagarme los remedios, estos no harían efecto ¡Con cuánto temor venían a verme! Yo jugaba con su desesperación. Llegué a amasar una pequeña fortuna. Ahora nada tengo. Todo lo perdí y vivo en la miseria.

Así fue pasando mi adolescencia con el aprendizaje de mi abuela y el escabullirse de mi madre. Tenía el arte de desaparecer, desvanecerse. No la encontrábamos y mi abuela renegaba y se aclamaba a todos los santos de cielo. Luego, cuando aparecía, la reñía pero como sus desapariciones eran continuas, fuimos acostumbrándonos a su ausencia y ya no contábamos con ella.

Mi abuela me transmitió todos sus conocimientos, todas sus oraciones y todo su saber. Todo lo tenía en su cabeza. Todo lo sabía y yo me preguntaba

cómo era posible que en la cabeza de una persona ignorante, no sabía leer y mucho menos escribir, cupieran tantas y tantas cosas. Que si un remedio para el mal de tripa, que si una oración contra el mal de ojo, que si unas friegas de hierbas para el dolor de espalda.

Lo mejor era cuando venían a pedirle que les echara la suerte. Eso lo hacía con cualquier cosa, unas piedrecitas, los huesos de las cerezas o los albaricoques. Cualquier cosa le servía. En esos momentos yo la miraba asombrada y absorta. No sabía que supiera “leer” la suerte por la forma caprichosa en la que habían caído. Se callaba, miraba fijamente las semillas o los palitos. Sus ojos vagaban por el infinito, su mirada se perdía, miraba pero no veía cuanto tenía a su alrededor. Era una mirada vacía, oscura y al mismo tiempo penetrante. Me obligaba a estar con ella para que aprendiera. Me obligaba a mirar las formas caprichosas de las suertes pero a diferencia de lo demás, no me obligaba a memorizar ni el remedio y como hacerlo, ni las oraciones de los rezos, ni la cantidad de veces que debía hacerlo. Otras veces, pocas, usaba una vieja baraja manoseada y medio rota para hacerlo. A esta vieja baraja la tenía en gran aprecio. La había sacado de grandes apuros y la consultaba para cosas de la familia, por eso pocas veces la veía con ella y cuando lo hacía, sabía que era un asunto serio o que a ella le preocupaba mucho.

Por fin un día se decidió a enseñarme a leerlas. Empezó con explicaciones generales, que si Dios nos las había dado para saber como debíamos comportarnos, que si el demonio se servía de ellas y de nuestras debilidades para engañarnos... me dio muchos pescozones porque no le gustaban mis respuestas, ni tampoco mis preguntas. Tardé mucho, mucho tiempo en saber una por una lo que significaban. Primero cada palo, del derecho y del revés. Luego mezclaba los palos, y lo mismo. Y seguían sus pescozones, sus manotazos a la cabeza y mi dolor y aversión a su vieja baraja, que con tanto trasiego estaba ya casi toda rota. Cuando esto hube aprendido comenzó a echarlas para que las leyera y de nuevo comenzaron sus golpes cuando, según ella, erraba. Yo creía que lo había repetido tal y como ella me lo había enseñado, pero decía que debía ver que había algo más y que ahí solo se llegaba con los ojos del alma y que esos aun no había empezado a utilizarlos. Que me los haría sacar con cuantos golpes fuera menester. Que se iba a morir pronto y que debía sacarme esos ojos aunque fuera a la fuerza. Vano trabajo el de ella, yo me convertí en una estera que se la sacude para sacarle el polvo. Vano trabajo. Vano. Tardé años en entenderlo. No me costaba buscar las hierbas, reconocerlas y aplicarlas para cada mal. No me costaba rezar las oraciones. Pero no había forma de que me salieran esos ojos del alma que mi abuela quería sacarme y que yo creía que estaba, con la edad, enloqueciendo.

Me obligaba a estar presente y ver, mirar más allá de lo que veía, pero yo solo veía a la persona, a la gente que tenía delante y observaba sus reacciones. Una mirada de sorpresa, una ceja levantada, un cambio casi imperceptible en el color de la cara, unos labios prietos, o una sonrisa me servían para entender la situación. Eran sobre todo las miradas, el cambio de color en las pupilas o la intensidad de la misma la que me daba más pistas sobre la situación o sobre la verdadera intención de la persona que venía a vernos. A fuerza de observar me hice experta en la lectura de las expresiones de la gente. Los ojos del alma que mi abuela quería que salieran, no salían.

Pero estas otras señales, estos otros indicios, con el tiempo, no supusieron ningún problema para mí. No pude engañar a mi abuela, siempre supo que no veía más allá, que no veía lo que ella veía. Se tuvo que conformar y con el tiempo comprobó que de una carencia había hecho una virtud. Me había vuelto excelente en la lectura de los sentimientos de las personas y sobre todo excelente para sacar provecho de los mismos. Si veía un gesto de temor, aumentaba el peligro porque así podía sacar más partido. Si veía confianza, aseguraba que el asunto se arreglaba.

Lo peor eran los celos. Ahí me perdía. Nunca sabía cuando era verdad o cuando era mentira. Celos. Veía el sufrimiento de la gente, veía su dolor, pero ahí nada podía hacer. No podía entrar. No sabía como solucionarlo y me dejaba llevar por la simpatía o antipatía que sentía hacia la persona que tenía delante. Daba malas soluciones. Hoy lo sé porque me lo han dicho. Me lo han dicho esos rostros del pasado: “Nada hice en su momento. Era inocente, pero tú le diste unas setas o unas hierbas para tranquilizarme y ella, en su locura, abusó de ellas y ahora estoy aquí, frente a ti para que sepas que eres la responsable de mi muerte. Una muerte inútil”. Esto y más cosas son las que tengo sobre mí. Esto es lo que veo entre dos mundos. No quiero hablar con ellos, pero me hablan. Me acechan. No tengo horas de descanso en que no los vea. Y me acuerdo de unos y de otros. De lo que me dieron y en qué lo usé. Y me dicen: “Nada de lo nuestro te va a servir. Nos hiciste morir, nos causaste mucho sufrimiento. Todo lo vas a perder, nada vas a tener porque te lo has ganado con el dolor, con el engaño. Cobra, pues, dolor y engaño. Nada tengas, nada te dejamos. Nada te hace falta. Cobra tu propia moneda.”

Me canso, descansemos. Me duele el alma al contarte estas cosas. Me dicen que así pagaré y se me perdonaran las deudas, pero yo, hoy, ahora, contigo, lápiz que escribes, solo siento dolor.

Sí, así estoy en pleno sufrimiento al volver la vista atrás y ver los desmanes con los que actué solo por tener más comida o más dinero o más cosas con las que no sabía o no podía hacer nada con ellas. Solo quería más, siempre un poco más, pero no sabía qué hacer con ese más. Con frecuencia las cosas se rompían o se estropeaban, antes incluso de que las pudiera usar. Eran señales que no entendía. Pensaba que era yo o que me habían engañado y me las habían dado rotas o estropeadas. Lo que ganaba de esa forma rápidamente lo perdía, se desvanecía en mis manos.

Realmente tenía razón mi abuela, estaba ciega para los ojos del alma. No entendía los continuos mensajes, las señales, las roturas o las pérdidas de lo que ganaba de esa forma. Y era fácil de entenderlo porque me lo dijeron muchas veces. No tengo disculpas. Las señales han sido tantas, tan variadas y tan numerosas a lo largo de mi vida que no hay nada, nada que pueda mitigar su evidencia. Solo mi ceguera, mi empecinamiento a negar la existencia a ese otro mundo que existía y al que mi abuela tenía acceso, pero al que yo me negaba a ver. Era muy fácil porque lo que me daban por las recetas, los rezos o los remedios para aliviar los males no se perdían, no se estropeaban. Era lo que realmente me daba para sobrevivir.

Ahora me veo como un asno dando vueltas a la noria, tratando de alcanzar una zanahoria que no era para mí ¡Cuánta ceguera y cuánta ambición! Ahora me pregunto porqué no quise verlo, y a pesar de que algunas veces me asaltaban las dudas, yo las apartaba como algo quimérico. Me

pregunto porqué no me conformé con ser una curandera, una partera, con esa parte de mi trabajo que tanto me costó aprender pero que hacía con total honestidad y eficacia. Por qué no me conformé con vivir en una pobreza digna y me dejé cegar por una riqueza falsa que se me escapaba de las manos. Por qué.

Ahora que veo mi vida pongo en una romana mis hechos honestos, mis remedios y mis rezos, cómo los hice, los beneficios que obtuve y lo que conseguí. Veo que son muchos pero quedan ensombrecidos por el otro plato de la romana, el plato donde están los engaños, mis mentiras, mis manipulaciones, mis verdaderas “malas artes”. Y me pongo a pensar como lo hice, los beneficios que obtuvieron las personas a las que engañé y lo que conseguí como se evaporó por encanto. A este desequilibrio tengo que añadir las consecuencias de mis consejos. Familias rotas, matrimonios rotos, envidias y enfrentamientos entre vecinos y familiares. Todo cuanto hicieron los demás aconsejados por mí, también. Esto también cuenta en este plato que infatigablemente peso.

A veces, como en un ensueño veo pasar una vida que no es mía sin este plato y me veo querida, rodeada de familia y vecinos, respetada. Con una casa pobre en la que hay calor de hogar. Y siento envidia de esa otra mujer que soy yo, pero que no soy.

Sé que no tengo tiempo para arreglar las cosas. Algunas personas han muerto, algunas me acompañan en mis ensueños, algunas me han perdonado, algunas, no. A pesar del perdón siento la falta y me avergüenzo. Me gustaría esconderme en el pozo más hondo si este alcanzara para dejar de verlos. Pero vienen conmigo, forman parte de mí, como mis ojos o mis piernas. A los que no me han perdonado, los entiendo. Yo probablemente haría lo mismo. No me producen esta vergüenza que me duele y no me abandona. Los entiendo. No siento rabia. Y espero que cuando su furia desaparezca, me digan lo que quieren. Ahora solo escucho voces, insultos, algún que otro golpe y veo rostros deformados por la rabia y la violencia ¿Cuándo cesará?

En mi ensueño ha aparecido un hombre que me ha aconsejado que te cuente despacio las cosas. No he podido hacerlo más despacio. El hacerlo, me dijo que, me serviría para comprender y calmar las cosas. Así espero que sea. Espero que lo que cuento pueda servir a otros. No lo sé. La verdad es que solo lo he hecho por mí, para tratar de encontrar un poco de descanso en mi atribulada vida, un descanso reparador.

Nº 2 SICARIO

Siempre me recuerdo pegándome. Mis primeros recuerdos son de peleas que tengo en las calles polvorientas de mi barrio junto con otros niños sucios y polvorientos como yo. Nos pasábamos el día en la calle jugando con piedras, trastos viejos sucios y rotos, basuras, buscando en los rincones y patios abandonados y vacíos algo que hacer, algo que mal vender y algo que nos permitiera llevarnos comida a la boca.

Muchos de nosotros no teníamos padre o no sabíamos quién era. Algunos no sabían donde andaba su madre o no podían contar con ella porque se pasaba el día durmiendo lo que había tomado la noche anterior. Algunos tenían algún abuelo y era él o ella, generalmente ella, la que se encargaba de cuidarnos y darnos de cobijo y de comer. Se afanaban todo el día trabajando en la huerta o limpiando otras casas y cuidando de los animales de otros para tener un poco de arroz y frijoles con los que llenar la olla.

Todo el día lo pasábamos en la calle. Cuando el hambre apretaba nos acercábamos a la casa a ver qué podíamos comer o qué podíamos sacar para nuestro propio provecho. No importaba la hora. Si estaba atrancada la puerta, entraba por la ventana. No me decían nada. Algunas veces creo que no se daban cuenta de si estaba o no estaba, si había dormido en la casa o fuera. A pesar de todo no me sentía abandonado. Los demás chicos vivían como yo o aún peor. Yo no tenía que vérmelas con un padre o una madre tomados que me molían a palos porque sí.

Así vivíamos todos nosotros, en la calle. La calle era nuestra casa y nuestra escuela. En ella aprendíamos todo lo que necesitábamos saber y de ella sacábamos para vivir. Sabíamos que había que golpear el primero y ganar la pelea. Hablar era de maricas, de medio-hombres. No se podía hablar. Había que golpear para que no te golpearan. Tenías que demostrar a golpes que eras el mejor y tenías que dejar medio tullido al que se atrevía a contradecirte o a plantarte cara. Íbamos siempre en grupo, tres o cuatro, no más. Y cada uno de nosotros sabía, a golpes, cual era su sitio. Al principio recibí alguna golpiza, pero mi rabia y mi nervio hacían que me revolviera. Algo se apagaba en mi cabeza porque lo veía todo oscuro y no paraba de golpear hasta que dejaba de recibir patadas o puñetazos, o los demás me separaban. Fui dejando señalados a muchos chicos del barrio. Algunos tardaron mucho en reponerse, otros no lo hicieron nunca.

Así vivía hasta que un día el Tuerto me dio mi primer encargo. Debíamos avisarlo de cuando llegara un menda, al que conocía, a su casa. Nos pasamos el día jugando y pegándonos de broma en su calle. Se hizo de noche, el hambre apretaba y algunos se fueron, pero yo y mi compadre nos quedamos. Ya era casi de amanecida cuando lo vimos llegar, apretándose contra las paredes de la calle, andando medio escondido entre las sombras. Pero lo vimos. Él no nos vio a nosotros, pero nosotros sí a él, y esa fue su sentencia de muerte. A nosotros el Tuerto nos dio unos cuantos pesos y nos dijo que estuviéramos al tanto por si volvía a necesitarnos. Andar con el cuento a unos u otros significaba morir y que nadie nos iba a echar en falta. Callar significaba

vivir y trabajar sin esfuerzo, teniendo una buena platita para hacerla correr en lo que quisiéramos.

Así fue como yo y mi compadre entramos en tratos con el Tuerto. Así empecé a ganarme mis primeros pesos. Así empecé a entrar en una red de la que solo podría salir con los pies por delante. No me preocupaba. En el barrio solo los flojos llegaban a viejos, los machos morían pronto o se cambiaban de barrio y no los volvíamos a ver por allí.

Esos fueron mis primeros pasos. Mi entrada en una red de “favores y deudas” que cada vez se complicaba más. Al principio no salí del barrio pero a medida que fui creciendo, empecé a conocer otros barrios de la ciudad y pude ver cómo vivían los jefes fuera del barrio, sus casas, las cosas que tenían dentro, sus mujeres, sus mucamas, sus guardias. Y lo envidié. Me dije, yo también quiero una casa así, con piscina y jardín, con tantas habitaciones que me pueda perder en ella, con criadas y con chinas guapas y cariñosas que no pregunten y que pueda cambiar cuando me canse. Para conseguir eso ya sabía lo que tenía que hacer. No fallar en mi trabajo y que los jefes confiaran en mí. No me gastaba la plata que me daban, tampoco la daba en casa. Me la había ganado yo y era para mí. La tenía guardada en un agujero de la pared del patio, donde las gallinas.

Como dije, los encargos fueron complicándose y en una de esas, cuando estábamos vigilando a un hombre, vinieron nuestros chicos y empezaron a disparar. El tipo se revolvió y una bala le dio a mi compadre. Me tuve que despedir de él. Allí se quedó. Son cosas que pasan. Mala suerte. La vida para un hombre es muy corta.

Los compañeros me sacaron de allí y me llevaron a casa del jefe. Ya no vi más al Tuerto, ni a mis amigos del barrio. Tampoco a mi familia, aunque sí a mi dinero. A partir de ese momento viví con ellos, los acompañé en los trabajos que nos mandaron. Y fui aprendiendo a no fiarme ni de mi sombra, a callar. Callar siempre y a disimular no demostrando interés por nada, para que nada me pudiera doler, para que nada me pudiera dañar, para que no tuvieran nada de donde cogerme.

Maté a muchos, era su vida o la mía. Nada me habían hecho. Los maté porque me lo mandaron. Era mi trabajo. Nada sabía de ellos y nada me importaban. Algunas veces tuve que hacerlo con mis propios compañeros, cuando los jefes pensaban que los habían traicionado o los habían delatado. Me fui quedando solo, prefería trabajar solo y no quedar expuesto a las balas por la torpeza o la algarabía de un compañero. Siempre hacen ruido, siempre hablan demasiado.

No cambié de jefes pero sí que fui poco a poco conociéndolos, sabiendo dónde vivían y quiénes eran, qué vida decían que tenían y lo que hacían en realidad. A veces los seguía a ellos, a veces, a sus esposas. Siempre mirando y vigilando no caer en una emboscada porque a ciertos niveles los amigos y los enemigos dependen de por dónde sople el viento o de cómo se mueva el gobierno y la DEA. Nadie puede ser tu amigo, porque, en el fondo, todos

estamos en lo mismo: *coge la plata y salva la vida*. Estás con alguien hoy tomando y riendo, pero mañana lo matas para estar vivo tú, porque si no, él te lo va a hacer a ti. Igualito, igualito como en mi barrio, pero ahorita de grandes, con pistolas, machetes y cuchillos. Así andaba yo medrando en la escala, haciéndome viejo pero conociendo que este era un maldito oficio, un oficio lleno de enemigos y desconfianzas, de traiciones que se pagan con la vida. Ese era el único precio. Sí, tenía plata pero solo la gastaba en chinas, cada vez una o varias distintas. Nunca, nunca la misma. No debía cometer el error de encariñarme con nadie. Era un punto débil que no me convenía tener.

Me fui dando cuenta de que esa no era vida, de que la plata guardada no me servía. Pero no sabía cómo decirle al jefe que lo dejaba. No podía. Era muerte segura. Y continué haciendo lo mismo, esperando la ocasión de dejarlo. Me cansé, quería vivir tranquilo, pero no sabía cómo dejar atrás todo e irme sin más. Eso no lo podía hacer. Abandonar era traicionar, era muerte segura. Me fuera donde me fuera no tardarían en encontrarme. Demasiadas cosas sabía. Era un peligro no tenerme controlado, no saber con quien hablo o qué hago en todo el día. Vivía en una cárcel puesto que no podía hacer lo que quería y me preguntaba para qué me servía la plata que tenía guardada, ¿para qué?

Así pasé la mayor parte de mi vida, matando sin saña. No me recreé nunca en mi trabajo. No disfruté haciendo sufrir a las víctimas, porque no tenía sentido hacer sufrir a las moscas antes de matarlas. No tenía nada con ellos, no me habían perjudicado, nada me debían. Solo eran cosas de mi oficio. Cuanto antes terminara mejor para mí porque menos me exponía y el trabajo tenía que hacerse. En mi oficio un error se paga con la muerte. Solo era trabajo. Yo no tomaba las decisiones. Nunca dije a quién debíamos visitar para asustar o para terminar en él o su familia, o las personas que con él estuvieran. Me limitaba a obedecer. Era la mano que ejecuta los trabajos feos y sucios, la mano necesaria pero que se oculta. Solo eso. Una forma de ganarme la vida como otra cualquiera, una maldita forma de la que no sabía cómo salir. Vivía pobremente porque no quería gastarme el dinero en tonterías. Mi dinero tenía que servirme para vivir mejor y salir de la red de trabajo en la que estaba metido.

Tardé mucho en darme cuenta de que esa plata y cualquier plata, no me servían de nada. No la podía utilizar para lo que realmente la quería: tener otra vida lejos de aquel enorme camposanto en que se había convertido mi ciudad.

Un día, estando en esas, se me ocurrió pensar en la familia de mi compadre y me las arreglé para hacerles llegar un poco de plata. Me siento muy orgulloso de eso porque lo hice tan bien que jamás supieron que fui yo. Siempre pensaron que se la habían encontrado, pero yo estaba al acecho, vigilándola, escondido, hasta que al fin dieron con ella. Con eso me puse en paz con él pues todo el tiempo pensé que le debía algo, pero no sabía cómo hacerlo. Con esto me quedé en paz, terminé algo que tenía pendiente y que de cuando en cuando me reconcomía el pensamiento.

Me faltaba otra cosa, lo más importante, tener una vida propia. Levantarme o acostarme sin que nadie me dijera a quién tenía que visitar, vigilar o proteger,

quién era mi enemigo, quién acababa de convertirse en mi amigo. Me reconcomía el alma. Me veía como aquel del cuento que se moría de hambre porque todo lo que tocaba se convertía en oro. ¿Para qué me servía la plata ganada con tanto esfuerzo si no la podía emplear en lo que quería? ¿Para qué me servía el sol del día si yo no podía salir de donde estábamos? ¿Para qué estaban las chinas si no podía vivir con ninguna? ¿Para qué estaba la noche si no podía recogerme con los míos? ¿Para qué?

Empecé a entristecerme y a malhumorarme, apenas hablaba, tanto es así que acabaron llamándome *el Mudo*. En realidad con mi silencio escribí un cartel que llevaba siempre colgado que decía *el Muerto*. Y es verdad porque no veía salida. No quería vivir de esa forma, quería irme de allí a donde no me conocieran y empezar otra vida, una vida de la que yo fuera realmente el dueño. Nada me satisfacía. Todo me daba igual. La vida que quería no tenía. La muerte era lo mismo que la vida que llevaba. Muerte y vida, vida y muerte eran lo mismo, el mismo as, el mismo naípe en esa partida que no sabía cuándo había empezado pero que estaba a punto de terminar.

Esperé durante años una ocasión para escaparme, una batida que me permitiera huir con garantía. No la encontré porque de allí solo se sale con los pies por delante. Varias veces me mandaron a la selva y pensé que esa podría ser mi oportunidad. No fue así. Volví siempre acompañado y con el trato o el trabajo hecho. Esos días tampoco fueron el fin. El fin no llegaba, no existía para el Mudo. Y la soga de mi pensamiento se estrechaba cada vez más en torno a mi cuello. Era un condenado a muerte, con un cartel de muerto. Solo era cuestión de tiempo que eso sucediese. Me descuidé, me descuidé de forma consciente. Me dije: "Pues qué Mudo, ya te llegó la hora. Vas a dejarlo ahorita mismo, pues total ¿para qué?". Y así sucedió. Me dejé matar. Me quedé allí, tendido, en un charco de sangre. Al principio creí que no me habían dado y continué disparando y moviéndome como si nada. La muerte no duele. Duele la vida, la vida de antes y de después. La muerte, no. Me podría morir miles y miles de veces, pero no quiero la vida de antes ni la de después. Esa sí que duele ¡carajo!

Mi vida continuó así hasta que en una pelea con otros y por un descuido mío, a causa de la poca voluntad que me quedaba de vivir, me mataron. No lo noté y pensé que me habían herido y continué disparando, moviéndome como un loco hasta que vi que se acercaron a un cuerpo que al principio no reconocí como mío. Lo movieron con la punta de las botas y recogieron el arma. Nada podían hacer por mí, dijeron. Solo en ese momento vi que era yo y que me abandonaban. No podía reaccionar y a pesar de que les hablaba no me escuchaban, no me oían e hicieron lo que yo tantas veces había hecho con otros y en la misma situación: coger el arma y rebuscar en los bolsillos por si había dinero. Me abandonaron y allí quedé yo apesadumbrado y pensativo. Intenté seguirlos pero algo me retenía y me impedía separarme de lo que hasta entonces había sido mi cuerpo.

Y se cernió la noche sobre mí. Un universo lleno de extrañas formas reptantes, cuerpos extraños y hombres enfermos y deformes comenzó a rodearme. Al principio intenté defenderme con las pistolas, pero no las tenía, me las habían

quitado. Luego, con mis puños, que solo llegaban al aire y que provocaban risas grotescas entre los que me rodeaban acompañándome. Al cabo de mucho tiempo reconocí que toda defensa era inútil y comencé a llorar como un niño de pecho. Las risas y las voces extrañas continuaban. Cada vez se acercaban más a mí. Me tocaban.

Vinieron unos hombres y se llevaron mi cuerpo. Los acompañé. También me acompañaron los otros. Me metieron en un hoyo en tierra. Allí me quedé. Nos quedamos mi dolor y las risas grotescas. Las palabras hirientes continuaban en una situación sin fin. No entendía nada. Sufría, sufría mucho, hasta que por fin llegó el jefe de aquellos mendas. Negro, sucio, feo, malcarado, violento, cruel. Entonces todos callaron. Mandó recogerme y que me llevaran donde se reunían. Había que sacar provecho de mi incorporación al grupo. Ellos me enseñarían quién mandaba y las consecuencias de desobedecer las órdenes. Así hicieron. Yo trataba de pensar, razonar, pero una nube de oscuridad nublaba mi mente y mi voluntad.

El miedo había aparecido en mi vida y se había enseñoreado de ella. No era yo, bueno, era *otro yo*. No era el Mudo. El Mudo no tenía miedo y este Mudo vivía aterrorizado, vapuleado, golpeado, vejado por todos los que me rodeaban. Así viví mucho tiempo hasta que el jefe, al que llamaban *Señor*, nos encargó a otro y a mí un seguimiento. Teníamos que hacerle la vida imposible a una mujer.

Nos llevó a la casa. Vimos una construcción, una casa baja de una planta con jardín. Allí vivía una familia. Había niños que jugaban y correteaban, pasaban por nuestro lado y no nos veían. Bueno, a veces uno de ellos nos veía y nos llamaba los hombres feos. Los demás no nos veían y eso solo servía para hacer creer que el niño era miedoso. No sé porque el niño miedoso me gustó.

El objetivo era la mujer. Teníamos que hacerle la vida imposible. Nos acercábamos a ella o a otras personas y provocábamos discusiones. Al marido, le hacíamos creer que ella lo engañaba. Le escondíamos las cosas o provocábamos que se rompieran. Al principio solo estábamos nosotros dos, pero cuando el malestar aumentó, también aumentaron las visitas de otros como nosotros, que vivían en el vecindario y allí encontraban motivo de alegría y diversión.

El Señor venía y nos apuraba con el trabajo. Se debatía entre terminarlo rápido o hacer que la pena se alargara, para alargar también el sufrimiento de esa mujer. No sabía lo que había ocurrido entre ellos. Nunca lo supe. Como tampoco antes, cuando era el Mudo, sabía porque debía matar o asustar a quienes me mandaban. Me vi haciendo lo mismo que antes, solo que ahora no me pagaban dinero y vivía cada vez más sojuzgado y aterrorizado que antes. Cuando venía el Señor con su cohorte de acólitos, mi compañero y yo temblábamos temiendo que descargara sobre nosotros su furia. Vivía de nuevo inmerso en una red de malhechores cuyas leyes no entendía o al menos se me escapaban a mi corta inteligencia porque, aunque me esforzaba -y os juro que me esforzaba- cada vez me costaba pensar más. Así estuve no sé cuánto tiempo, porque no sé calcularlo. Solo el niño, que a veces nos veía, me

alegraba. Procuraba acercarme a él. Me gustaba su contacto. Me hacía sentir bien.

Así era entonces mi vida, la de un acosador acosado. No por eso me disculpo o estoy libre de culpa. No. No es eso, porque mi papel de acosador era voluntario, aunque producto del temor. Ahora, un buen y verdadero amigo que tengo, dice que es porque soy un enfermo ignorante. Yo no lo entiendo pero él quiere que os lo diga así. Yo os voy a decir, ahora, como lo veo yo, aunque no sé si podré porque siento un dolor lacerante que traspasa mi alma y mi corazón.

De forma voluntaria, y empujado por el miedo al Señor y a mi compañero, procuraba hacer todo el mal que mi estado me permitía. A veces, era a ella directamente a la que le hablaba de la vida miserable que llevaba. Le decía que su marido la maltrataba o la engañaba y si se iba con Fulano o Zotano, que la querían mucho, tendría una vida de lujo y felicidad inimaginables. Todo falso, pero yo hacía que Fulano o Zotano pasaran por la casa y la vieran hermosa. Era mi cebo. Pero ahí estaban los niños como un puerto seguro donde se amarran los barcos en plena tormenta. Otras veces, la polémica era con las vecinas. Hacíamos que le desaparecieran las cosas y que aparecieran en las casas del vecindario, tratando de hacerla creer que vivía junto a una guarida de ladrones. Otras veces, eran comentarios entre vecinas, esas famosas malas lenguas que tanto daño hacen.

Así el padre de los niños, el único que ingresaba en la casa, cada día llegaba más tarde y con menos ánimos de oír las quejas, los cuentos y los reproches que su mujer a diario trataba de contarle. A él también tratábamos de influirle, para que cansado, abandonara a su mujer y a sus hijos. Porque lo que el Señor quería era verla perdida, arrastrada en los brazos de los hombres, trabajando en las casas de latrocinio o en la calle, por la comida o la golpiza que le quisieran dar. Vieja, harapienta, sucia, enferma para cebarse con ella en una muerte violenta. Pero estaban ellos, los niños, Ellos la mantenían siempre fiel y segura a pesar de nuestro trabajo de tela de araña envolviendo a unos y a otros para tratar de hacerle mal.

El niño nos veía y le decía a su madre que éramos los hombres feos o malos los que lo hacíamos todo, que no nos hiciera caso y que fuera a la iglesia a rezarle a la Virgen, que, como ella era mujer, la entendería porque entre las mujeres se entienden.

Me gustaba ese niño Mejor dicho, me hubiera gustado ser ese niño. Representaba para mí todo lo que yo habría querido ser. Habría querido una madre como la suya, que estaba pendiente de que nada le faltara. Habría querido un padre trabajador, que no tenía, ni había conocido. Habría querido tener hermanos a los que querer como quise a mi compadre. Y empecé a pensar que cada cosa que hacía obedeciendo las órdenes del Señor, en realidad, me las hacía a mí. Ya estaba muerto, pero en realidad me estaba matando de nuevo a mí mismo y a la vida que yo quería llevar. Era preferible la tortura del Señor a seguir viviendo así. Abandoné la casa, no sin antes

despedirme del niño para decirle que cuidara a su madre y que no la abandonara jamás.

Me fui a un parque a esperar que vinieran a por mí. Allí me encontré con un amigo sabio que me ayudó en esos momentos y que ahora sigue ayudándome, explicándome cosas que no entiendo. Tiene una paciencia infinita, no se enfada conmigo porque dice que tengo la enfermedad de la ignorancia. Ya sé que soy ignorante, no fui a la escuela, pero creo que no me habla de leer ni escribir. Habla de otra cosa que no sé bien bien qué es. No lo abandono, ni trata de abandonarme y lo acompaño a todas partes donde va y así voy tratando de dejar esta maldita enfermedad de la ignorancia.

Espero que mi historia, lo poco que he podido contaros de ella, sirva también para otros que puedan padecerla a los que deseo un amigo, casi un enfermero, como el que yo tengo, para poder curarse.

Nº 3 NIÑO SIN CONSUELO

Siempre he sido un niño. Ahora mismo solo soy un niño, sigo siendo un niño. Un niño sin consuelo, como mi madre.

Todo empezó cuando nací. Mi madre me quería y aun me quiere, porque llora mucho. Me alimentaba mientras me cantaba lindas canciones de amor. "Come, niño bonito, come y ríe, ríete porque me quitas todas las penas, me das alegría y llenas de gozo y de luz mis días". Eso me decía, mientras mamaba y ella me acariciaba. No podía, ni había mejor madre en el mundo que ella. No me abandonaba jamás. A veces, lloraba solo para que se asomara a mi cuna y poder verla, entonces reía y ella me llamaba bandido y pillito, pero me cogía y volvía a acariciarme entre risas.

Pero me morí. Me morí de repente. No me dolió nada morirme. Sabía que tenía que ser así y lo había aceptado de buen gusto. Lo que no sabía era que tendría una madre tan buena y tan guapa. Porque mi madre es muy guapa, con sus ojos tan grandes y tan hermosos, con sus manos tan tiernas y con su pecho que huele tan bien y que sabe tan dulce y calentito. Todas esas cosas y más, no las sabía. No sabía que iba a ponerse loca. No sabía, ni podía imaginarme que sufriera tanto por mi ausencia, aunque yo no estaba ausente, no la había abandonado. Solo que ella no me veía. No me ve, pero yo estoy a su lado y le hablo como ella me cantaba, y le digo las cosas bonitas que ella me decía. Solo que no me oye. Y estoy triste. No para de llorar y cuando ve a otros niños como yo aún se pone peor. No tiene consuelo. Le duele la barriga porque yo no estoy. Le duele el pecho y se le ha secado. Ya no huele dulce. Huele amargo. Una amargura que le sube por los pies y le llega a los pelos de la cabeza. Yo la acaricio y le hablo diciéndole que no sufra, que estoy bien y que sigo a su lado. No lo nota. Lloro, llora sin parar todo el día. Y estoy triste, porque ella está triste, no lloro, pero estoy muy triste ¡Cómo me voy a ir dejándola así! Eso no sería de ser un buen hijo. Por eso quiero escribirle esta cartita.

Querida mamá:

Estoy muy bien. No he sufrido nada. Ahora tampoco me duele nada. Quiero que sepas que te veo cuando lloras y yo también lloro. Pero no quiero que llores porque cuando tú lloras me pongo mal. Estoy bien y siempre cerquita de ti. Quiero verte reír y que me hagas feliz con tus risas y tus canciones. Pronto nos vamos a ver. No sufras, mamá. Siempre estaremos juntos, pero ahora has de dejar de sufrir porque no sirve de nada y solo padecemos los dos.

Hasta pronto, mamaíta querida

Espero que la lea porque quiero que deje de sufrir y así yo podré irme con los otros niños que vienen a por mí. Si ella sufre yo no me voy, porque la quiero.

Solo eso quiero contarte.

Nota. Hay una aparente contradicción cuando dice en la explicación que no llora y luego le dice a su madre que sí lo hace. Es una forma de convencerla para que deje de llorar.

Nº 4 NO NACIDO

No he nacido. No me han dejado nacer. Estaba preparado, ya conocía a mi padre y a mi madre, pero no he nacido. No me han dejado crecer y vivir con ellos.

Ahora tengo que empezar de nuevo el proceso y esperar, no sé cuanto tiempo más, a encontrar otros padres o los mismos, pero que quieran que crezca. En mi estado, aunque lo comprendo, me desespero. No he conseguido alcanzar la plenitud ni comprensión de los seres más evolucionados que yo, para aceptar ese suceso que me impide mejorar, aliviar mis cargas y reparar errores del pasado. De estos son de los que, un poco, quisiera, si puedo, porque los horrores son graves, hablarlos. Así tal vez entendáis mi frustración y mi pequeña aceptación de los hechos.

Para mí hace eones que estoy aquí. No es la primera, ni la única vez que esto me sucede. Han sido muchas y tengo una amplia experiencia en situaciones como esta. Pensaba que ahora sí que podría ser. No ha sido así. Pero me desvíó.

Cuando vivía entre vosotros era un hombre que poseía a otros hombres como se posee un mueble, o un vestido, o un artilugio al que se destripa para ver lo que hay dentro. Así era yo, inmensamente rico y poderoso, dueño de tantas tierras y tan grandes que hoy, juntas, formarían una país. Mirara lo que mirara y por donde mirara o cabalgara, todo era mío ¡Qué infeliz! Llegué a pensar que era un dios porque las aves que sobrevolaban mis tierras eran mías; los peces que nadaban en los ríos, míos; el ganado, mío; todos los seres humanos, todos y de todas las edades, míos. Me sentía el dueño de la creación. Solo mi familia, mis padres y mis hermanos, se igualaban a mí. Pero mi padre era viejo, mi madre, mujer, no contaba, y yo era el primogénito y preferido por mi padre, el que iba a heredar todo lo que ellos tenían. Mis hermanas se casarían y mis otros hermanos, dos, entrarían en el ejército y, a no ser que tuvieran mucha suerte, morirían en las innumerables guerras que por nuestra ambición assolaban el mundo conocido, o morirían a causa de las perniciosas fiebres provocadas por las aguas malsanas o envenenadas de los territorios que conquistábamos.

Era dios y me sentía como tal. Hoy no puedo decir que actuaba como Dios, sería una falta tan grande, que incluso un ser en mi estado, no es capaz de cometer. Pero entonces, en mi ignorancia, vanidad y soberbia creía que era así. Yo era dios, un dios más cercano y más real que los de las estatuas que adornaban los jardines de mis villas, más que los dioses que protegían mi hogar, más que mis antepasados, a los que adoraba y veneraba a diario mi padre. Os podría decir que era el más cruel y despiadado de los dioses, pero os mentiría. Era el más cruel y despiadado de los hombres. Un enfermo del alma, dicen quienes a lo largo de este tiempo me han cuidado.

Me gustaba la belleza, amaba la belleza. Todo lo feo y lo viejo, roto, deforme me desagradaba en extremo. Las aves más hermosas, los peces más brillantes y más bellos, las flores más aromáticas y de mejor color, las frutas más

perfectas, las crías más delicadas, todas eran para mí. No soportaba ver cómo las flores comenzaban a marchitarse y hacía que mis esclavos las retiraran a diario, incluso, a veces, quería que lo hicieran al amanecer y al anochecer, tal y como se debía hacer con un dios.

Y esto que os cuento que me sucedía con los seres menos evolucionados, lo mismo, me sucedía con los hombres y las mujeres que, como yo, caminaban en pos de la perfección. No resistía un esclavo o una esclava que no fuera bello, viejo, con marcas o con cualquier rasgo o cicatriz que lo afeara a mi juicio. Los niños también me molestaban. Todas las personas al servicio de un dios, debían ser perfectas, tal y como la divinidad lo era. Lo que no era perfecto debía ser destruido. Y me complacía en presenciar su destrucción. ¿Cuándo un esclavo que te ha servido bien es viejo? ¿Cuándo una esclava ha dejado de ser bella? ¿Por qué alguien que te ha servido bien, ha tenido un accidente y una cicatriz, ha dejado de ser bello? Cuando a los esclavos se les trata como a ganado, los latigazos y sus marcas son habituales. ¡Qué fealdad tan grande la de un vientre abultado en el que palpita una nueva vida! Qué deciros de la ausencia de dientes, de su irregularidad o de su color. Así podría estar varios días hablándoos de lo que entonces consideraba bello, y por tanto, digno de rodearme, o feo, digno de desaparecer o morir, tirar, desechar o a lo sumo vender. Pero esto último requería mucho esfuerzo de mi parte y me privaba de la satisfacción y el placer de ver destruir lo imperfecto, lo no adecuado en la vida de un dios.

Como dije anteriormente me tenía por un dios y creía y actuaba como tal, sin importarme nunca las consecuencias de mis actos, más bien caprichos. No me importaba infligir dolor a seres a los que consideraba como cosas, objetos a mi servicio y satisfacción. Los castigos físicos eran crueles y refinados, si es que se puede llamar *refinada* a una tortura. Con ellos buscaba aumentar el dolor, pero que este, no dejara huellas o marcas externas, que tanto afeaban a mis servidores. Las huellas se quedaban en el alma convertidas en terror, odio o sed de venganza.

Mi refinamiento y exquisitez en esta materia se hicieron legendarios y mi fama se extendió por todos los rincones del Imperio. Cuando veía que algunos de mis esclavos se manifestaban amor, procuraba separarlos o hacer que presenciaran los castigos dolorosos. Lo peor de todo es que disfrutaba no solo ordenándolos sino también presenciando el tormento. ¡Qué enfermo estaba! Ahora con solo recordarlo me espanto de mi propia maldad ¡Cuán ignorante era de las consecuencias de mis actos! Algunos no pudieron resistirlo y murieron, otros me pedían la muerte a voces, después de haber reclamado mi perdón. No me compadecí de nadie, nunca. Nunca perdoné, ni nunca olvidé una afrenta o un agravio, que no eran tales, solo malentendidos, provocados y deseados por mí y que me suponían una fuente de placer inalcanzable por otros medios.

Ya os dije antes que amaba la belleza, la perfección corporal y la juventud. También os dije que no encontraba nada tan feo como un vientre abultado a causa de un embarazo ¡Qué horror! Me pasaba el día observando a mis esclavas para saber si estaban grávidas y tratar de parar su deforme fealdad.

Para ello no dudaba en utilizar cualquier método, pero cualquiera, para conseguirlo. Pócimas, brebajes, golpes, palos o si habían sido avispadas y me habían sabido ocultar su estado les abría el vientre y sacaba lo que llevaran. No me importaba nada, ni tan siquiera, si podían o no sobrevivir porque con tamaña cicatriz ya no las quería a mi servicio, ni en las cuadras, ni en los campos. Además los niños, con sus voces, sus juegos y sus risas, me molestaban.

No voy a hablaros de los primeros tiempos tras mi muerte, muerte justamente violenta. Tanto odio generé entre todos mis sirvientes que era lógico y comprensible que cuando no tuviera fuerza, alguien, movido por el rencor y, las ofensas y maltrato acumulados, se encargara de acelerar mi tránsito. Eso no importa ahora. Tampoco importa el tiempo que tardé en comprender cuál era mi situación y a qué se debía. Otros os lo contaran.

Yo solo vengo a hablaros de la frustración que experimentamos los que, como yo, necesitamos de un cuerpo y de una vida física para continuar nuestra andadura. No os voy a negar que a lo largo de este tiempo he pasado, mejor dicho, he tenido muchas y variadas reacciones que abarcan desde la inconsciencia de no saber muy bien lo que me sucedía, a la violencia de arremeter contra mis padres que me mataban, creyendo que solo ellos eran culpables, o lo que me sucede ahora. Ahora comprendo la causa de mi frustración. Sé cuales son mis culpas y me reconozco en las consecuencias que padezco. Ahora compadezco a mis posibles madres, pues ellas son las que más sienten la ruptura de cordón que nos une. Algunas han necesitado de mi consuelo, algunas, no. El no tenerme les ha supuesto un alivio. A algunas no las conocía, a otras, pocas, sí. Estas son las que menos me han necesitado y las que menos se han dolido. Pero son en las que más he confiado esperando que fuera posible. No ha sido así.

Y aquí estoy varado en una hermosa playa como un delfín o una ballena sabiendo que su tiempo se acaba. Porque ahora ese es el problema. Mi tiempo, nuestro tiempo, se acaba y no sé muy bien cómo o dónde podré continuar. Soy consciente de mis graves culpas, mucho me ha costado reconocermes en ellas, pero ahora creo que podría empezar a hacerles frente. Sé lo que merezco, la vida que he llevado y la que necesito vivir. Lo sé. Pero dadme una oportunidad. No me dejéis de nuevo aquí. Dejadme crecer, dejadme volver a vivir entre vosotros. No importa mi forma. Por necesidad he de ser feo. No importa mi color, el de los desheredados será. No importa mi sexo, las mujeres sufren más violencias y humillaciones. No importa nada de todo eso, pues a mí no me corresponde decidirlo, le corresponde a la justicia divina. Lo que sí puedo pedirlos como un lamento es que me dejéis nacer, que me dejéis vivir entre vosotros, que me dejéis intentar, como vosotros, seguir el camino a la perfección. Dadme, por amor de Dios, la misma oportunidad que tenéis vosotros. Dejadme nacer. Dejadme crecer.

Nº 5 CATÁSTROFE

El amor es lo más grande que Dios Jesús nos ha dado a los hombres. Él siempre ha iluminado mis días y con Él y de Él me he embebido. Soy una mujer con mucha suerte porque el amor siempre ha estado presente en mi vida y gracias al amor no he cometido muchos errores y he sufrido con paciencia los embates del destino.

Soy una mujer afortunada. Mis padres siempre, siempre, me han querido. Mis hermanos, también. Soy la última y única chica de mi familia. Todos, todos me ha protegido y me han mimado. Yo a ellos también. Mi madre, desde que recuerdo, me hablaba de lo afortunada que había sido al tenerme pues le ayudaba en la casa y en todos los quehaceres que las mujeres tenemos. Era dócil, buena y obediente, y tanto mis padres como mis hermanos, me adoraban y me cuidaban.

Vivíamos de nuestras tierras y de un poco de ganado. No éramos ricos pero nada nos faltaba y con el esfuerzo de todos salíamos muy bien adelante. En casa no teníamos grandes o graves conflictos y todo lo solucionábamos con el diálogo y con amor. Éramos todos afortunados hasta que llegó la catástrofe. Nadie nos dimos cuenta. No la vimos llegar y cuando la teníamos encima, seguimos pensando que podríamos arreglar las cosas, pero las cosas se precipitaron de una manera catastrófica, por eso lo llamo *la catástrofe*. Después nada fue igual. Ahora, aun no me he repuesto y eso que hace muchos, muchos años que las cosas ocurrieron.

Vivíamos en medio del campo en una casa de piedra y mampostería, y además de nuestra casa teníamos el granero, la cuadra, el lagar, la bodega, el almacén, el gallinero y la porquera. Teníamos de todo. Ya os he dicho que gracias a nuestro trabajo, vivíamos sin pasar dificultades. Todos éramos diligentes y trabajadores. Sabíamos por padre que sin esfuerzo y sin trabajo una familia se arruina y empobrece, pero con constancia y tesón, las cosas se arreglan y que un año malo se cubre con otro un poco mejor y que por eso debíamos darle gracias a Dios Jesús que nos había reunido y que nos permitía seguir adelante.

A mi padre y mis hermanos se les había roto el arado y a pesar de que habían intentado arreglarlo, no podían. No eran herreros y no sabían cómo hacerlo. Era menester ir a la villa, a la feria de la villa, y allí, vender parte de la cosecha o algunas crías del ganado y comprar otro para poder continuar cultivando nuestros campos.

Nos fuimos todos. Madre y yo también fuimos. Fue el inicio de la catástrofe. Dejamos agua y comida suficiente para los animales, solo estaríamos fuera dos días, y si era necesario, mi hermano mayor volvería para cuidarlos y que no murieran de sed o de hambre. Eran nuestro sustento.

La villa estaba lejos, a muchas horas de camino. Era la primera vez que iba y la primera que dejaba la granja. Todo me asombraba. Había mucha gente en las calles, mucho ruido, muchas voces, mucho mal olor. Me fui con mi madre a la

feria a recorrerla y a ver lo que valían las cosas que ella quería comprar. No podíamos comprar nada porque nada habíamos vendido y sin dinero nada podíamos hacer. Pero mi madre quería saber dónde estaban los puestos con lo que ella necesitaba y quería saber lo que valía. Así que, las dos nos recorrimos toda la feria. Vimos muchas cosas bonitas, telas, espejos, cintas, medicinas, perfumes, hierbas, ungüentos, quesos, carne, pieles, peines,... La feria era muy grande y tenía de todo.

Mi padre y mis hermanos se fijaron en otras cosas, trabajos en hierro y forja, aperos para los animales, semillas para el campo y el vino, además de la venta de animales, caballos, asnos, mulas, cerdos, ovejas, patos, gansos, gallinas. Cada uno de nosotros fuimos a una parte de la feria y mi hermano más chico, pero ya grande, se quedó cuidando la carreta donde dormiríamos esa noche y donde guardábamos la comida. Cada uno nos fuimos adonde debíamos. Por la tarde nos reuniríamos y comentaríamos lo que habíamos visto o hecho. Madre y yo también fuimos a la iglesia grande que había en la feria para hablar con Dios Jesús, darle las gracias y pedirle ayuda para poder vender bien todo y volver a casa sanos y salvos. No nos pudo oír. Éramos tantas las mujeres que pedíamos lo mismo que algo no nos oyó porque luego pasó la catástrofe.

Nos siguieron a madre y a mí. Nos siguieron sin que ninguna de las dos lo notara. Eran dos hombres, uno más joven y de aspecto más hermoso que el otro, que tenía un rostro más vulgar y unos ojos de mirada malévola. Nos siguieron por toda la feria. Reían y se miraban, trataban de llamar nuestra atención, nos sonreían, nos mostraban las cosas que tenían a la venta los vendedores y comerciantes, las dejaban, después, en otra carreta o se la tiraban al aire al dueño. Poseían la arrogancia y desenvoltura del que se sabe dueño de todo, del que se sabe con poder para todo. Comencé a mirar al de aspecto más joven y hermoso ¡Qué error pensar que la belleza y juventud del rostro llevan aparejadas la misma belleza del alma! Pero Jesús Cristo así lo quiere y le permite al diablo que nos tienta para que sepamos ver dónde está la verdadera belleza del alma. Sonreía a este joven y lo miraba porque sus tontas acciones me hacían reír. Mi madre me llamaba la atención y me decía que lo ignorara, que no sabíamos quién era, ni cuáles sus intenciones, pero que una persona que se comporta así en una feria, no podía ser buena, ni podía ser de nuestra clase, pues el alguacil ya lo hubiera apresado.

No podía dejar de mirarlo así que madre decidió volver lo más rápidamente posible a la carreta donde estaban padre y mis hermanos. En el camino de regreso también nos siguieron y solo abandonaron cuando supieron donde nos recogíamos y, quiénes éramos y qué queríamos. Madre estaba inquieta y me mandó guardarme en la carreta y no salir hasta que ella me lo dijera.

Padre estaba preocupado con sus cosas, el arado era más caro de lo que pensaba y había visto algunas cosas que podrían venirle bien en la granja. Mis hermanos estaban tan asombrados como yo por todas las cosas que habían visto. Cada uno de nosotros se acostó pensando en lo que haría o deseaba hacer al día siguiente, antes de emprender el regreso.

Padre y mis hermanos se turnaron para vigilar que nadie nos robase nada. Madre y yo dormimos toda la noche o al menos eso intentamos, porque con tantas cosas como había visto por primera vez en mi vida, mucho me costó conseguirlo. Clareaba cuando lo conseguí.

Al Ángelus ya lo habíamos hecho todo y comenzamos el regreso a la granja. Todos estábamos contentos. Habíamos conseguido lo que necesitábamos y volvíamos sanos y salvos a casa. Pero el camino es largo, las sendas estrechas y tortuosas. Los salteadores nos esperaban. Nada teníamos de valor o, al menos, eso creíamos. A un ladrón no le interesan los aperos de labranza, ni las cintas y telas que madre y yo habíamos comprado, no llevábamos odres de vino o grano, ya no nos quedaban animales, los habíamos dejado en la feria. Todos estábamos tranquilos y confiados creyéndonos a salvo cuando cayeron sobre nosotros como piedras o como granizo, de tantos como eran. Padre y mis hermanos lucharon, madre y yo nos escondimos. Veíamos cómo les pegaban y se partían las cejas o los labios y la sangre manchaba todo. De repente aparecieron los dos hombres de la feria y los ladrones se dieron a la fuga sin haberse enfrentado con ellos. No lo pensé y aunque todo pasó ante nuestros ojos, no lo pensé y todos recibimos con alegría la presencia de estos dos malvados, porque malvadas eran sus intenciones finales.

Agradecidos, los acogimos y no quisimos pensar que no tenía destino su viaje, salvo el continuar con nosotros. No quisimos o no supimos ver lo que en realidad querían. No estuvimos atentos y eso provocó la catástrofe de la que aun hoy no nos hemos recuperado.

Porque de nosotros solo querían poseernos, rompernos, tirarnos como objetos inútiles. Nunca pensaron que teníamos sentimientos, que nos dolían los golpes que nos daban a cualquiera de nosotros, que no importaba si me daban un golpe a mí, pues en realidad se lo daban a padre, madre o a mis hermanos. Y esa es la catástrofe.

Cuando los ladrones huyeron, se quedaron ellos dos con nosotros. Llegado el momento que consideraron oportuno, abusaron de mí, me golpearon, desgarraron mis vestidos y mi honor. Y como me defendí a golpes y gritando, acabaron matando a mi hermano mayor, hiriendo a mi padre y dejando rota y apenada a toda una familia que hasta entonces había sido feliz.

No nos hemos podido recuperar. No, aún, no. El odio que ha quedado entre los dos ha hecho que desde entonces uno u otro se encuentren y se maten. Se buscan con saña, se pelean con violencia y las circunstancias de su voluntad hacen que siempre acaben matándose. Esa es la catástrofe y no otra. El hecho de que ninguno de los dos haya aprendido a dominar sus instintos y a perdonar agravios pasados.

Yo me siento culpable por haberlo alentado con mis risas y mis miradas. Y sufro por el dolor y la responsabilidad en la muerte de mi hermano y en las acaecidas entre ambos. Hemos intentado varias soluciones que todas han acabado en fracaso. Un padre y un hijo con una muy mala relación que acaba

en muerte a causa de una discusión. Dos hermanos que se pelean por las tierras que heredan de sus padres y acaban matándose. Primos que se disputan el amor de una mujer y “accidentalmente” se matan. Esa es la catástrofe. No la hemos podido solucionar y me siento responsable del dolor y las muertes de ambos, de cada una de ellas.

Ahora me he ofrecido a vivir con los dos, a criarlos y cuidarlos, a quererlos más allá de toda duda, a servir de puente, de unión entre ambos, a enseñarles a perdonar y a querer. Pero tengo miedo al fracaso. Temo que a pesar de mis desvelos no alcance la solución o temo que mi afecto por mi hermano haga que me comporte con desigualdad entre los dos, que van a ser mis hijos y a quienes Dios Jesús me ha confiado. Temo que esa desigualdad aboque en una nueva muerte.

Lo he estudiado todo, lo he visto todo. Todo está correcto y es la mejor solución para los tres, pero tengo miedo de equivocarme. Tengo miedo de ser débil y fallar, por eso os pido que recéis mucho por mí, para que con vuestras oraciones pueda llegar hasta mí la comprensión superior de mi labor de madre para unir a estas dos almas, que me son muy queridas, en hermandad y perdón. No me olvidéis nunca, pues os necesito y necesito vuestras oraciones para que me den fuerza y claridad, ecuanimidad y amor. Rezad, rezad por mí, no os canséis. Os lo agradecerá infinitamente esta alma en tribulación

Nº 6 UN SANTÓN

He sido un santón. Cuando vivía entre vosotros fui un santón, que recorría los caminos con mi sayal, el cayado y el zurrón. Vivía en la pobreza y de la caridad de la gente que a lo largo de mi camino me alimentaba y me daba cobijo. En eso consistía mi vida. En eso, creía yo, consistía mi vida. Pobre de mí, ignorante e iluminado, con un orgullo y una fe ciega en mí mismo y en una supuesta misión divina, recorría los caminos y me detenía en las aldeas, villorrios y ciudades hablando de Dios y salvando a las gentes del pecado del olvido de Dios y de los vicios de la carne.

Mi voz era atronadora, se elevaba por encima de las sillas y los bancos de las iglesias y capillas, por encima de la nave central y se elevaba hasta tocar los nervios de la bóveda y bajar a las mentes y corazones de cuantos me oían convertida en polvo de azufre. Yo, el salvador, el que había recorrido andando el camino, llegaba a la ciudad con la misión de arrancarlos de las garras del mismísimo Satanás (¡cuánta ignorancia y cuánto orgullo! ¡Padre, perdóname!), para que pudieran entrar desnudos al Paraíso, de donde fueron arrojados por el pecado de Adán y Eva.

No dudaba, desde el púlpito, en acusar a gobernantes, nobles, burgueses, maestros artesanos o pobres campesinos de llevar una vida contraria y de espaldas a las normas de la Santa Madre Iglesia ¿Quién era yo para acusar a nadie? ¿Quién era yo para hablar de normas de Dios? ¿Las conocía? ¿Sabía acaso, que las normas de Dios y las de la Santa Madre Iglesia eran las mismas o distintas? ¿Cuánto orgullo y cuánta ignorancia! Me habría bastado con repasar y reflexionar un poco sobre la vida de Jesús para haber podido comprender que Él jamás amenazó, juzgó o reprochó actitudes o comportamientos a nadie. Sólo con los mercaderes del templo. A lo largo de su vida siempre se condujo dando muestras de un verdadero amor y comprensión para con la gente y de un verdadero respeto a las autoridades. Siempre nos hizo reflexionar su aparente pasividad a la hora de aceptar las normas y convencionalismos de los judíos para a continuación decirnos que había más, que no nos podíamos quedar con las formas, con las apariencias y que debíamos ser conscientes de hasta dónde podían llegar nuestros fallos y de hasta dónde nuestro amor al Hacedor.

Pero todo esto, no solo no lo hice, sino que tampoco, estas reflexiones, fui capaz de entenderlas. Para mí, la religión era un conjunto de normas que había que cumplir, si no querías quemarte toda la eternidad en las calderas del Infierno. Estas normas eran los mandamientos y lo que decía la Santa Madre Iglesia. No tenían matices, no había colores. Todo era blanco o negro. La adúltera, por ejemplo, tenía que morir, no lapidada, pero sí a fuego o a espada. El que tenía a sus padres en casa, tenía las puertas del Paraíso abiertas, a pesar de que los tuviera encerrados o les escatimara alimento y bebida, y los regara con abundante maltrato. Esto son solo ejemplos pequeños de cómo pensaba, de cómo mi rigidez y fanatismo, mi estrechez de miras, mi orgullo y mi verdadera falta de amor al Padre condicionaron mi carácter, mi modo de obrar y conducirme.

Y en lugar de ser un verdadero sabio o santo, es lo mismo. Me fui convirtiendo en un juez acusador, vil y mezquino. Fui rebajando la doctrina, a la que creí que servía, a la categoría de cualquier norma de conducta social. Le quité todo lo que tenía de conciencia, de ahondar en la conciencia y comprensión de las gentes de lo que de divino tenía, para hacerla totalmente humana. Has robado, has pecado, hay que cortarte la mano o te condenarás. Nunca pensé en que robar es faltar al amor que es la única y gran norma a la que tenemos que cumplir siempre, en todo momento y para cada ocasión y persona. Si robo se lo quito a Dios con rostro o forma de mi hermano, luego ahí no hay amor al Padre, hay amor a uno mismo en contra de toda la creación. Así de terrible y temible era yo. El orgullo y el egoísmo disfrazado de hombre de Dios. El carcelero de Dios, pues a cada hermano que atacué, vituperé o maldije y condené estaba, en realidad, atacando, vituperando, rebajando, condenando y malinterpretando a Dios. Pero eso será otro día cuando lo cuente. Ya estoy fatigado de tantas de mis insidias, que me causan mucho dolor.

Así iba yo recorriendo los caminos, creyendo que arrancaba las almas de las mismas calderas del Infierno, que igual que Miguel mataba al dragón, que, como La Virgen, aplastaba a la serpiente, sin ser consciente de que yo era ese dragón, esa serpiente. Pues cuando llegaba a un villorrio o a una ciudad a predicar, conmigo venía el temor, el terror, el odio y por lo tanto el mal. Era yo, como Moisés, de los que creían que las cosas se hacían gracias al miedo, que los hombres, descreídos por su propia naturaleza, e imbuidos del pecado de concupiscencia, por el mismo motivo, sólo reaccionaban cual asno o acémila ante la visión del palo o el azote de una fusta. Creía que solo el temor a un castigo físico o al dolor haría reaccionar a los hombres. Mala opinión tenía de ellos, cuando tal vez estaba escondiendo la que tenía de mí, porque no recuerdo ni un momento de esa vida que me moviera el amor al Padre para explicar en mi pobre entendimiento su grandiosa doctrina. Solo me movía el miedo, el miedo a quemarme por una eternidad.

Así que allá donde iba llegaba conmigo una visión de Dios apocalíptica, cruel, despiadada. Era un Dios justiciero, pero vengador, que arrojaba sobre nosotros toda clase de males a causa de nuestros pecados ¡Cuánto terror, cuánto miedo transmití para comprobar con mi muerte que esto no era así!

Cuando me sobrevino la muerte yo esperaba que el propio Dios o, al menos, sus más preclaros arcángeles me elevaran al cielo, me llevaran en presencia de Dios y me sentaran a su derecha más inmediata. Y claro está, nada de esto sucedió. Más bien al contrario, apareció una nube de descarriados que ululaban y se burlaban de mí. Sus voces y sus risotadas trepanaban mis oídos y laceraban mi alma. Su presencia a mi alrededor era continua. Corriera adonde corriera ellos me alcanzaban, más bien no me abandonaban, como si formaran parte de mí mismo. Rezaba para alejarlos de mí, pero rezaba y pedía ayuda a Dios de boca. Mis labios se movían diciendo oraciones y fórmulas que bien conocía, pero mi mente y mi corazón pensaban en otras cosas, pues estaban atenazados por el miedo.

Tuvo que pasar mucho tiempo para darme cuenta que esto no servía y entonces empezaron a atenuarse esas voces y fue así cuando pude ponerme a pensar, a recapacitar sobre lo que me había ocurrido y sobre mi vida.

Me di cuenta de todos mis errores y del orgullo e intransigencia que se escondían falsamente detrás de mi deseo de salvación ¿Quién era yo para decidir o juzgar, solo desde mi perspectiva y opinión, no desde las verdaderas leyes de Dios, quién debía salvarse y quién condenarse? ¿Por qué me arrogué ese papel en lugar de preocuparme de mi verdadera salvación? No tenía el conocimiento completo de las pruebas que cada hermano al que condené debía de superar y, sobre todo, no tenía el conocimiento completo de las verdaderas normas de Dios, solo conocía las que otros hombres, como yo, habían impuesto en su nombre y como ellos, me arrogaba su única comprensión y explicación en la vida de los otros.

Nunca tuve remordimientos, Nunca me apiadé de nadie. Mi voluntad era férrea, mi pensamiento y mi deseo inamovibles. Por mi acción y en nombre de Dios muchas personas murieron, muchas tuvieron grandes dificultades con sus conciudadanos y vecinos, muchas tuvieron que huir a otras ciudades perseguidos por mi infamia, muchas llevaron con gran vergüenza mis acusaciones y se recluyeron en sus casas, arrastrando su nombre por el barro, alcanzando también a sus descendientes. Cuánto miedo y terror expandí con mi palabra, creyendo que era la palabra de Dios, que se manifestaba a través de mi boca. Ni una palabra de amor, de perdón, de acogimiento. Para mí no existía la parábola de Hijo Pródigo, no existían las últimas palabras de Jesús en el Calvario pidiendo a Dios el perdón para cuantos lo habían torturado o condenado. Todo eso no contaba para mí.

Y ahora que estoy en el otro lado de la vida y que también repaso mis primeros momentos de sorpresa y sufrimiento, comprendo un poco mejor la lección de perdón y sobre todo de amor que he recibido. Antes, ya os he hablado de lo que esperaba que me ocurriera tras la muerte, por eso mi sorpresa. No lo entendía. Mi sufrimiento vino al oír las recriminaciones y quejas, la ira y la rabia de aquellos que habían sufrido por mi causa. Me perseguían a todas horas y en todo lugar. Me hablaban lanzándome dardos con su voz, dardos que alcanzaban mi alma y laceraban mi espíritu. No se cansaban nunca. No me dejaban pensar. Si les respondía con mi forma de pensar, ellos reían, se burlaban de mí y yo aumentaba mi dolor sin conseguir ningún alivio. Así estuve mucho tiempo hasta que empecé a pensar en el Buen Pastor. Si yo era una oveja descarriada, que lo era, dado mi sufrimiento, Jesús, el Buen Pastor, dado mi arrepentimiento no me abandonaría y mandaría un ángel del cielo a socorrerme y ayudarme.

No mandó un ángel, al menos eso es lo que él dice, pero para mí sí que lo fue. Mandó un amigo, un hermano del alma que me ayudó a aliviar mis penas, que con su compañía y paciencia, curó las heridas de mi espíritu y me permitió ver mis errores del pasado. Ahora también con él, me preparo para reparar el mal hecho, me preparo para sufrir dentro del seno de la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana la persecución y el ostracismo que antaño yo provoqué. Querré imponer un comportamiento en la Iglesia más acorde con el Evangelio,

me decantaré por ayudar a los pobres y desheredados de la tierra, pero me enfrentaré con mis superiores eclesiásticos. Es la ley. He de saber en mi vida el dolor que yo he causado. Es la ley. Una cosa he de tener en cuenta, obrar siempre con amor y perdón, nunca con rigidez e intransigencia. He de tratar que el amor más puro, a Él y a su doctrina, guíe mi vida, para eso cuento con el apoyo y amor de mi amigo que me ayudará en esta nueva vida.

Ha sido él el que me ha traído aquí para que os hable de mi situación y para que veáis a lo que conduce una vida guiada por la rigidez y la intransigencia. Que el amor guíe vuestra conducta, es lo mejor que puedo desearos

Nací en una pequeña aldea en el monte, rodeado de vacas y ganado de pasto. Llovía muy a menudo y para caminar usábamos zuecos de madera, madreñas. Vivíamos también, un poco de la agricultura, de cultivos que mi padre y mi madre plantaban en un palmo de tierra, para nuestro consumo, y de los árboles frutales, manzanos, que crecían entre el pasto del prado.

El paisaje de mi infancia era redondeado, con mil tonalidades verdes y otras tantas azules, blancas y grises. Me admiraba aquel paisaje. Tanta hermosura, tanta belleza, me cautivaban. No pensaba que existiera lugar tan hermoso como ese. Allí lo tenía todo. No quería salir de allí y no concebía un modo distinto de vivir.

No fui mucho a la escuela, estaba muy lejos, debía de andar con mis madreñas campo a través y volver muy tarde, cuando el trabajo ya estaba hecho o solo faltaba recoger las vacas. Mi padre me necesitaba y a mí me gustaba ayudarlo. Las letras me costaban y con dificultad y despacio, muy despacio, podía leer. Para las cuentas y los números estaba mejor dotado, pero solo sabía lo justo para vender y comprar vacas o el puerco que engordábamos para después comérmolo.

Esa era mi vida y era muy feliz así hasta que llegaron los ingenieros y empezaron a destripar las tierras, hacer agujeros por donde sacaban tierra negra, tender raíles, poner máquinas de tren y matarnos a los que caíamos en sus manos. Su llegada me cambió la vida, nos cambió la vida a todos.

El paisaje ya no era verde, se volvió negro. A los agujeros entraban hombres, pero salían ratas rabiosas y de ojos brillantes, escupiendo tierra negra, mineral, decían ellos. Los ingenieros pagaban, pagaban cada semana por el trabajo y más bien nos parecía que con el dinero que nos pagaban podíamos hacernos ricos, porque unos pasiegos, como nosotros éramos, pocas veces veíamos dineros, cuando vendíamos la leche, el queso, algún ternero o el puerco. Poco más. El dinero casi no nos hacía falta para vivir, Pero vinieron ellos y lo cambiaron todo.

Mi padre, como otros padres, me mandó para donde estaban ellos a trabajar. Yo lo obedecía siempre pero meterme en un agujero no me gustaba, me daba miedo y no veía el motivo para trabajar con ellos. Podíamos seguir viviendo igual. Pero no. Estaba el maldito dinero que nos serviría para comprar más vacas, o el prado del vecino, o su huerta. Eso me convenció, a regañadientes, pero me convenció pensando que solo sería mientras juntábamos el dinero para comprarle al vecino los prados o la huerta.

Empecé a trabajar con los ingenieros en la mina a los 16 años. Era alto y delgado, ágil. Cabía en cualquier sitio, me metía como una serpiente y me escurría entre las piedras y las rocas que los dinamiteros o barreneros hacían. Después llegaban los picadores y picaban el mineral, lo sacaban con mulas arriba y a medida que la galería se iba haciendo grande, la apuntalaban con

vigas en las paredes y en el techo para que la tierra no se nos viniera encima y nos enterrara a todos. Así hasta que llegábamos a un sitio en la galería donde ya no había mineral. La veta se había terminado, decían los ingenieros. Entonces comenzábamos otra galería por donde nos decían, o bajábamos un nivel más profundo en el túnel que terminaba en la bocana.

Pasaba mucho miedo. Tenía miedo pero no me atrevía a decirlo para que los hombres no se burlaran de mí. Lo peor para mí era cuando explotaban las cargas de dinamita. Nunca sabía cómo quedaría después la galería. Dejaban pasar un poco de tiempo y después entrábamos nosotros. Éramos los primeros en ver cómo había quedado todo. No podíamos respirar bien del polvo suelto que había y no veíamos mucho, por el mismo motivo. Nos poníamos pañuelos o trapos en la nariz y en la boca, pero como también estaban sucios, tragábamos polvo igual. Era un trabajo peligroso. El dinero que le daba a mi padre no valía mi vida o la de cualquier otro.

Vi morir a muchos compañeros por desprendimientos, enterrados, o por el gas, a pesar de que siempre y por precaución alguno de nosotros colgaba de lo alto la jaula del canario, del jilguero o de cualquier otro pájaro. Su muerte nos avisaba de que debíamos salir corriendo para no morir asfixiados.

Luego estaban las viudas, sus viudas. Mujeres cargadas de hijos que se acercaban a la bocana para pedirnos ayuda. Poco les podíamos dar. No tenían otra salida más que si tenían un chico un poco mayor, ponerlo a trabajar en la mina y si no era así, amigarse con otro minero o prostituirse para poder comer ellas y sus hijos. Yo no quería que a mi mujer le ocurriera eso. Me espantaba pensarlo. Me cuidé mucho de que no me pasara, de hecho, no me casé.

Cuando me hice grande y crecí, me pase a picador. Con el pico picaba el mineral y ya lo dejaba en la vagoneta. Los amos habían sustituido las mulas por vagonetas. Me cansaba, respiraba polvo negro, siempre polvo. No me lo quitaba nunca. Todo lo que tocaba lo manchaba de negro. Abajo pensaba en el verdor de las tierras, en el color del cielo y me reconfortaba.

Mi padre había comprado el prado, la huerta y la casa al vecino. Tenía más trabajo pero seguía queriendo más dinero.

Siempre hacía falta dinero para comprar cosas o para arreglarlas. Nunca llegaba el momento de dejar de bajar a la mina. Y me fui haciendo mayor, seguía dándole a mi padre casi todo lo que ganaba. Solo me quedaba para tabaco y para invitar a beber a los amigos en el chigre. Poco más. Esa era mi vida.

Todo lo que me gustaba estaba fuera pero a diario bajaba y tragaba polvo que se acumulaba en mis pulmones. Me enfermé. No podía respirar. Me ahogaba y eso que era joven. Llegó un momento en que ni con la ayuda de los compañeros podía ocultar mi estado y entonces, los ingenieros no me dejaron bajar. Pensé que había llegado la hora de hacer lo que más me gustaba. Pero no era así. La enfermedad me corroía y avanzaba. Siempre me faltaba el aire para respirar. Me ahogaba. Me había convertido en un viejo. Era joven, apenas

pasaba de los 30 años. Solo era capaz de pensar en lo que la mina y quienes la dirigían me habían quitado. Para mí, los ingenieros eran los culpables de todo. No pensé en la ambición de mi padre, ni en mi cobardía de no decirle que no. Solo los ingenieros eran los culpables. Y fui acumulando odio, aumentándolo, pensando que si yo no podía llevar la vida que quería, ellos, que eran los culpables de mi situación, tampoco. Empecé a observarlos, a estudiar sus movimientos, vigilar sus casas, conocer sus costumbres y sus gustos, para vengarme cuando llegara el momento.

Lo maté. No era el más importante, ni el que más tiempo estaba en la mina. Era el que tenía más a mano. Era un hombre confiado y no me costó trabajo hacerlo. Investigaron la muerte pero no me descubrieron, pensaron que era un grupo de mineros descontentos. En las minas siempre hay problemas. Los míos continuaron porque después de ese ingeniero vinieron otros y otros más. Hacían su trabajo, algunos se quedaban, otros se marchaban, pero todos, todos nos machacaban. Nos mataban.

La maldita bicha que yo tenía crecía dentro y fuera de mí. Cada vez eran más los compañeros que la padecían y cuando no servías no te dejaban bajar y te morías de hambre, frío o enfermedad, porque para medicinas no llegaba. Menos mal que no me casé porque vi a muchas mujeres venderse por la medicina para su marido o el pan para sus hijos. No teníamos derecho a nada, pero cada vez éramos más los que enfermábamos. Pensamos en juntarnos y hacer fuerza para pedir más seguridad en la mina y médico y medicinas en caso de enfermedad.

La idea corrió como un reguero. Todos la aceptaron y se juntaron para llevarla a cabo. Los ingenieros no aceptaron. Y yo volví a pensar que la única solución era la violencia, la dinamita, acabar de una vez con todo aquello que nos mataba. Algunos pensaban como yo, otros nos llamaban locos y decían que no debíamos acabar con lo que nos daba de comer. Solo debíamos arreglar las cosas mejor. Y así estaban las cosas entre nosotros. Los ingenieros nos mandaban a la Guardia Civil que nos encerraba y nos pegaba. Los jueces nos condenaban. Nuestros hijos, sin sus padres, se morían de hambre. Solo había una solución: robar la dinamita, los cartuchos y destrozar la mina. Derribarla. Pusieron a la Guardia Civil y al ejército a vigilarla día y noche. No podíamos acercarnos sin ser vistos. Pero el odio y el rencor tienen una larga espera. Y esperamos a que creyeran que las aguas se habían calmado, a que creyeran que habíamos cedido, que pensaran que nos habían derrotado y que habíamos abandonado. Así, cuando se marcharan, nosotros podíamos hacer lo que habíamos pensado: poner cargas y dinamitar la mina para que no pudieran volver a abrirla.

No lo hice solo. Éramos varios compañeros pero... ¡en qué mala hora lo hicimos! Porque los ingenieros y los amos habían contratado hombres como nosotros, muertos de hambre, y a escondidas trabajaban. Murieron, muchos murieron. Algunos se salvaron, pocos. La mina quedó destrozada y hubo que apuntalar varias galerías para que no se viniera abajo. Costó mucho esfuerzo y no sirvió de nada. Los que lo hicimos corrimos en la noche por el monte, protegidos por los helechos y por el conocimiento que teníamos de la tierra que

pisábamos. Me ahogaba. Tuve que parar varias veces y esconderme tratando de no dejar pistas para que no pudieran venir a por mí. Tuve que dar un gran rodeo y despistarlos. Llegué a casa cuando amanecía. Esa misma mañana, pronto, vino la Guardia Civil y el ejército. Me buscaban, pensaban que era responsable de la bomba y aunque me llevaron al cuartelillo y me pegaron, me mantuve en mis trece y al mes me soltaron. No podían demostrar nada. Les dije que había estado en casa, en la cama, por mi enfermedad. Mis padres lo confirmaron con total inocencia porque nada sabían y yo había salido a escondidas.

La muerte inútil de esos hombres me ha hecho pensar mucho. En vida, no me he podido quitar el peso de la culpabilidad. Siempre he tenido remordimientos por mi acción. Una vida vale más que cualquier oro o mina del mundo. Aquellos hombres estaban desesperados como yo o más, por el hambre o por sacar adelante a su familia ¿Cuánto tiempo haría que no trabajaban? ¿Por qué habrían accedido a trabajar a escondidas? No eran distintos a mí. Tenían las mismas penas. Venían de tierras castigadas por el hambre, arrojados de las tierras que sus familias habían cultivado hasta entonces y que los nuevos amos querían ahora para ellos. No éramos más que las dos caras de una misma moneda. Pero sí había una diferencia, yo habría podido decirle *basta* a mi padre y haber dejado la mina y trabajar en la superficie con los animales y la huerta. Habría podido decirle que teníamos suficiente. ¿Para qué más si eso me llevaba a la muerte? Habría podido pensar bien las cosas y darme cuenta de que los ingenieros no estaban solos, detrás de ellos estaban los amos de la mina, que eran los mismos que los del ferrocarril y otras tantas cosas, industrias, que aparecían y rompían familias y pueblos. Nos tiraban de las tierras y el hambre apretaba. Ya no servía de nada la vida que habían llevado mis abuelos y mis padres. No era posible. Todo había cambiado y yo buscaba un culpable cercano, un ingeniero, al fin un mandado al servicio de más poderosos, como yo lo estaba. Otro eslabón en la cadena, más grande, con más fuerza, pero otro eslabón. Y yo no me he podido quitar de la cabeza a esos hombres y a sus familias. No he querido saber de dónde venían o cuántos hijos dejaban. No, no he podido, pero me han estado acompañando siempre. Nada he hecho para ayudarlos a ellos o a otros como ellos.

Y así fue transcurriendo mi vida hasta que me sobrevino la muerte asfixiado por los remordimientos de las muertes que había causado, asfixiado por el peso del dolor. No esperaba nada. No creía en nada. Solo el silencio y la oscuridad me rodeaban. Creía estar dormido, soñando, porque continuaba pensando. Sí, había oscuridad, más bien veía sombras que se movían a mi alrededor. Poco a poco, mi visión se fue aclarando y pude percibir algo más que sombras. Comencé a oír voces, gritos, con un lenguaje que no entendía. Me quedaba quieto, pues el recuerdo de mi enfermedad me impedía, -creía que me impedía- todo movimiento. Revivía el recuerdo de mis ahogos y pensaba que las sombras o las voces y gritos eran producto de mi imaginación. Así estuve mucho tiempo quieto, tratando de entender inmóvil lo que sucedía a mí alrededor. Hasta que llegó él, el ingeniero. Al principio no lo reconocí. Me dio unas palmadas fuertes en el hombro y me dijo que dejara de hacerme el dormido, porque estaba perdiendo un tiempo muy hermoso. Que me levantara e hiciera frente a la vida que ahora me tocaba vivir. Que mirara a mí alrededor

para ver la maravillosa oportunidad que tenía de reemprender mi vida donde la había dejado. Que el tiempo del silencio y las sombras se había acabado. Que él estaba allí para ayudarme y acompañarme, para tratar de enseñarme las cosas que él buenamente pudiera y para tratar de protegerme de mi mismo y de mis ideas, bueno de algunas.

Le hice caso. Me levanté. Su voz me inspiraba confianza. Me dijo que no me preocupara de lo que viera a mí alrededor, que no escuchara aunque oyera lo que me decían y que solo me fijara en él. Me tendió la mano y se la tomé. Sentía que las fuerzas me abandonaban pero me dejé llevar por su mano segura y firme. Pronto vinieron más manos a ayudarnos y nos llevaron a una casa de socorro, de convalecencia, un balneario (Perdonad pero no tengo la palabra exacta para decirlos qué era). Allí me cuidaron, me curaron y cada vez que abría los ojos, lo encontraba. Cuando pude dar paseos, venía conmigo y me hablaba. No lo entendía. Oía sus palabras, sabía lo que significaba cada una de ellas pero todas juntas eran un galimatías incomprensible para mí ¡Con cuánta paciencia y ternura me hablaba! ¡Mi madre y mi padre no lo habían hecho jamás así! A fuerza de repetirme las cosas llegó un día en el que estuve en condiciones de empezar a entender. Allí estaba él. Aparecieron mis remordimientos. Allí estaba él con sus palabras de consuelo y explicación. Empeoré porque veía las consecuencias de mis actos, pero allí estaba él que no me abandonaba. Hasta que llegué a saber que el que ahora me había salvado del silencio y la oscuridad, me había cuidado y me trataba mejor que a un hijo, era mi primera víctima, el ingeniero. Quise huir, salir corriendo lleno de vergüenza ¿Qué podía decirle? ¡Cómo me podía presentar ante él! ¿Cómo podía aceptar los cuidados y desvelos de una persona a la que había matado? Huí y empeoré. Empeoré mucho.

Mis pensamientos me provocaban un dolor más grande que la muerte. Estuve vagando, pudriéndome en mi mundo de ideas torturantes. Él me había perdonado, cómo sino me pudo buscar y cuidar. Yo no me había perdonado ¿Dónde estarían mis otras víctimas? ¿Me habrían perdonado?

Y continué vagando, atormentándome. Al final solo pensaba en reparar mis faltas y en pedir perdón. Huyendo agravaba mis males. Tenía que ser valiente y hacer frente a la situación. Sí él que era una víctima -puesto que yo le había quitado lo único y mejor que tenía, que era la vida- me había enseñado con su conducta cuál era el camino, mi obligación era intentar hacer lo mismo con él. Amor y dedicación. Dedicación y amor, ese era el camino, no había otro.

Me dirigí al sanatorio donde lo había dejado con el deseo de pedir perdón y solicitar ayuda para poder hacer posible mi idea de reparación.

¡Qué orgulloso e ingenuo era! Claro que se me abrieron las puertas. Claro que me acogieron. Claro que me comprendieron y me escucharon, pero la reparación como yo la había pensado no se podía hacer. Era una situación más compleja. Entraban factores que, en mi ignorancia, no había tenido en cuenta. Las cosas se tenían que hacer despacio, por eso otro día os lo contaré.

Y ese día ha llegado. Antes os he hablado del orgullo y de la ingenuidad. Orgullo por creer que puedo reparar de un plumazo el mal que he hecho. Los junto a todos y los salvo a la vez y ya está. Eso pensaba. No creía que aquí las cosas se hacían con tanto cuidado, mirando aspectos de las vidas de cada persona y de las personas que de ella dependían o se relacionaban íntimamente. Hay tantos hilos, tantas caras, tantos aspectos a tener en cuenta que realmente se necesitan muchas mentes privilegiadas para estudiar y decidir cada vida o cada grupo de vidas. Por eso hablo del orgullo porque en mi ignorancia todo lo vi fácil.

Ahora, mientras lo cuento, me doy cuenta de que me ha movido el egoísmo, la necesidad que tengo de reparar el mal que he hecho y no he tenido en cuenta las necesidades de todos. Solo he pensado en mí. Algunas de mis víctimas no están en condiciones de ser rescatadas, otras me odian y desean venganza. No han tenido la suerte que he tenido yo de ser ayudado, cuidado y amado por quien creía mi enemigo. Me ha costado mucho sufrimiento entenderlo y aceptarlo. Comprendo su situación y la mía. Mis deseos no pueden cumplirse con la rapidez y prontitud esperada. Las cosas se han de hacer poco a poco y paso a paso. Así que estoy aquí preparándome y esperando que se den las condiciones adecuadas para mi reparación.

Mientras tanto he pedido trabajar, más que trabajar aprender, con mi querido ingeniero. Al principio no pude seguirlo pero con mi esfuerzo, dedicación y constancia lo he conseguido y no dejo de sorprenderme de sus lecciones, de sus consejos, de la sabiduría de sus actos, del amor con el que realiza todo su trabajo. No puedo entrar en detalles. Me dicen que no debo hacerlo porque el objetivo de mi historia es que comprendáis que las reparaciones son necesarias (me dicen que no son reparaciones, son aprendizajes) pero no inmediatas. Ese es mi caso.

Tengo que esperar mucho, mucho tiempo y varias vidas más para reparar el mal que hice en una. Por eso, aunque tengo todo el tiempo que necesito, la espera se me hace larga porque he podido ver lo que me espera cuando consiga aprender lo que necesito. No os equivoquéis como yo lo he hecho, las reparaciones pueden ser largas y laboriosas. No son inmediatas la mayor parte de las veces. Dejarnos cegar por el odio, el rencor y la violencia solo conduce a sufrir el odio, el rencor y la violencia y siempre, siempre hay víctimas a las cuales habremos de acoger, ayudar o consolar. Mientras tanto espero a que se den las condiciones para hacerlo, sigo trabajando, ayudando y aprendiendo. Pero la espera se hace larga, procuro no pensar en ella y estoy todo lo ocupado que puedo y realizo mi tarea con toda la atención y el interés puesto en ella. Pero hay algo que debo hacer y aún no he hecho y saberlo, tener conciencia de ello, me produce desasosiego. Me inquieta.

Nº 8 UNA SUICIDA

¡No quiero vivir! ¡No quiero vivir! ¡Qué vida se me espera! ¡No quiero vivir! ¡Quiero morir! ¡Quiero morir! No puedo con tanto dolor. Me duele el pecho. Me duele el vientre. ¡Quiero morir! ¡Quiero descansar! Ya no puedo más. La vida ha acabado para mí. Me ha abandonado. Me ha dejado. ¿Qué vida se me espera? Me van a ver como una apestada. Nadie querrá casarse conmigo. Voy a ser la burla del pueblo. Todos murmurarán de mí. Estaré en boca de todos ¡Quiero morirme!

Me subiré a lo alto del pajar y me tiraré de allí pero ¿y si no es lo bastante alto? No. Mejor me subo al campanario y lo hago desde allí que seguro que no fallo porque, ya la vida no tiene sentido. La vida que yo había pensado no voy a poder vivirla y otra, no la quiero. Yo quiero casarme y tener hijos y un marido que me quiera y que me cuide.

Mi novio me ha dejado. No habrá ningún otro novio. Nadie va a querer ser mi novio porque he sido novia de otro. No hay salida. ¡El campanario! ¡El campanario!

Subo los escalones. Están sucios y son altos. Hay poca luz, pero poco a poco me acostumbro y veo mejor. Subo. Ya he llegado a la otra puerta. La abro y veo la campana y el pueblo. Lo veo todo, hasta los campos donde trabajan los hombres. Me despido de todos y digo: "Adiós vida, adiós. Adiós ilusiones, adiós. Adiós a todos. Me voy". Doy dos pasos y con mucho coraje me lanzo al vacío. Doy con mi cuerpo en el suelo de la plaza. Creo que me he muerto pero no puede ser porque continúo pensando y nada me duele. Me levanto y vuelvo a intentar repetirlo. Algo me sujeta y me retiene. No veo qué es, pero no puedo volver a subir la escalera del campanario. Una fuerza invisible me sujeta y me retiene en la plaza, a pocos metros de un cuerpo que reconozco como el mío porque va vestida como yo, pero como está destrozado aparto de mi mente ese reconocimiento. No soy yo. No puedo ser yo. Yo hablo y pienso. Si fuera yo, me dolería, no podría hablar, ni pensar. Además me dolería y no me duele nada.

Comienzan a salir de las casas la gente que vive en la plaza y se ponen las manos en la cara, tapándose los ojos o la boca. No quieren mirar pero miran y gritan de dolor. Dicen mi nombre, pero yo no soy. No puedo estar muerta. Los oigo y los muertos no oyen. Hay un gran revuelo. Todos se arremolinan alrededor del cuerpo que está en el suelo de la plaza, al pie del campanario.

Llega mi madre. Me ve, bueno, mira ese cuerpo y se desmaya. Cae. El revuelo aumenta y hay cada vez más gente. Los unos se lo cuentan a los otros y acuden a la plaza. Han avisado al cura. No hay nada que hacer, dice. Aun así va a la sacristía y le da la extremaunción para que sea enterrado en cristiano y no fuera del cementerio. Mi madre comienza a volver en sí, levanta un poco la cabeza y se vuelve a caer. Esta vez no se desmaya pero las piernas no la sostienen, han perdido su fuerza y se cae. Alguien le trae una silla mecedora y un vaso de agua para que se reponga. La atienden.

Lllaman al médico y al alcalde. Hablan los dos y deciden que ya no hay nada que hacer y que se lleven el cuerpo y limpien la plaza.

Mi madre sigue sentada. No dice nada, se ha quedado muda. No se levanta. No puede y se espera a que mi padre y mis primos recojan el cuerpo, lo que queda de mí, y me llevan a casa. Vienen con mantas y una sábana. Me levantan. Los sigo porque no me puedo quedar en la plaza, algo me empuja y me voy tras ellos. Les hablo pero no me oyen. Llegamos a casa. A nuestro paso las mujeres se persignan y dicen: "Ay Jesús, qué Dios la tenga en su gloria!" Mi madre aún no ha llegado. La traen entre varias mujeres. Se sienta. No puede hacer nada. Esas mujeres lavan el cuerpo y tratan de ponerle uno de mis vestidos. Cuando han terminado, hablan con los hombres y lo llevan a una habitación cerca de la entrada, donde han quitado los muebles y han dejado una tela negra sobre la que ponen el cuerpo y encienden unas velas grandes.

Han venido unos hombres que no conozco y traen un ataúd y otras cosas. Acaban de arreglar la habitación y es entonces cuando entra de nuevo mi madre. Han puesto muchas sillas. Mi madre no habla, creo que incluso no oye. Se ha vestido de negro con unas ropas que no le conocía. Allí estoy yo, no me puedo alejar de esa habitación y aunque lo intento varias veces, no puedo. Quiero volver al campanario y no puedo. Al final desisto y me quedo allí, en compañía de mi madre, oyendo lo que le dicen. Algunas mujeres no le dicen nada, solo la cogen las manos o la acarician. Lloran. Mi madre, no.

Así transcurre mi funeral, el funeral por aquel cuerpo que me niego a reconocer como propio. A veces oigo voces de la gente del pueblo comentando el suceso y diciendo que los rezos y las misas son inútiles, porque iré de cabeza al infierno. Eso lo que hace es darme la razón de que aquel cuerpo no es el mío. Estoy unida a él, cada vez los hilos son más largos pero siguen tirando de mí, me obligan a estar allí donde él está y eso es lo que me ha hecho presenciar todo lo ocurrido desde mi caída del campanario.

Te voy a ahorrar todos los hechos truculentos ocurridos después. Los puedes encontrar en cualquier libro espiritual y espiritista que hable de los suicidas, porque eso es lo que soy, una suicida. He atentado contra lo más sagrado que tengo, mi propia vida, he cortado mi posibilidad de adelanto y además me he cargado con un aprendizaje nuevo y doloroso que tendré que superar: el suicidio. Siento mucho dolor cuando pienso en lo que he hecho. Ahora los motivos me parecen vanos y solo veo en ellos orgullo y vanidad. No querer pasar por una situación que yo creía humillante porque era pública, solo es orgullo. Creer que mi vida consistía en el matrimonio y los hijos es también vanidad e ignorancia porque Dios, que todo lo sabe y todo lo ve, había dispuesto lo mejor para mí y no era el matrimonio con ese hombre.

Toda la planificación de una vida, de mi vida, al traste. Son muchos años, muchos encajes los que deben hacerse. Y ahora debo empezar nuevamente. Esperar a que se den las condiciones adecuadas para mí ¡Cuánto tiempo perdido! El cuerpo al que puedo aspirar no ha de ser perfecto puesto que el anterior que merecí, no lo cuidé, lo destruí. Ya sé que esa será una baza con

la que contar a lo largo de toda mi próxima vida y que en algún momento de ella, los dolores u otro sentimiento me harán plantearme de nuevo si continuar o no mi vida así. Para más tarde, otras vidas, dejaré otros aprendizajes. Estoy triste, muy triste y con pocas ganas de continuar. El dolor por mi acción me atenaza aquí a pesar de estar rodeada de seres que son felices y están contentos preparando su próxima vida. Hoy no puedo más. Otro día continuaremos.

Nº 9 PLANIFICADOR FAMILIAR

Todo empezó de bien niño. Desde que me recuerdo nada hacía porque sí. Mi comportamiento y reacciones no eran espontáneas, siempre había algo más detrás. Cualquier sonrisa, cualquier gesto respondía a algo que yo quisiera obtener o que quisiera conseguir.

Mis padres me querían con locura, casi diría que me adoraban y me demostraban su afecto por encima de mis hermanos. Aunque, claro, ahora comprendo que en respuesta a mis acciones. Crecí en un hogar sin grandes ni graves problemas económicos y las relaciones entre nosotros, todos, estaban motivadas por el afecto. Todos nos queríamos. El único problema era y fui yo, pues creía que ni mis padres, ni mis hermanos estaban en condiciones de saber lo que en realidad querían o necesitaban. Por eso y sin que ellos fueran conscientes, empecé a hacerlo yo. De ahí que ningún gesto, ningún pensamiento mío era producto de la espontaneidad, sino de la conveniencia. De niños proponía los juegos y procuraba que ganáramos todos, aunque quien más ganara fuera yo. Hacía que todos participáramos, incluso mis hermanos, pero lo llevaba de tal forma que nadie se daba cuenta y todos pensaban que los juegos o los sucesos habían ocurrido así. Nadie veía la forma alargada de mi mano o de mi pensamiento y voluntad en la vida enredada de todos cuantos me rodeaban. Todo estaba planificado y calculado en mi mente y al servicio de mi voluntad y mis deseos.

Mi área de acción fue ampliándose a medida que crecía y mis relaciones y las de mis hermanos aumentaban. Así afectaron al colegio al cual íbamos a estudiar y a la parroquia que frecuentábamos.

En el colegio conseguí que para problemas menores me llamaran a mí y no a mi padre. Les decía a mis hermanos cómo debían comportarse y a quiénes elegir de entre sus compañeros para ser sus amigos, cuándo salir y dónde acudir para tener un entorno social y unas relaciones en nuestra ciudad adecuadas a nuestra posición y situación social y económica.

Claro está que estos tejemanejes iban envueltos con argumentos de cuidado y amor hacia mis hermanos y mis padres, y de racionalidad, coherencia y moderación. Me erigí, a pesar de mi corta edad y de mi escasa moralidad, en el juez de toda mi familia y no toleraba otro punto de vista u opinión distintos al mío. Para ello desplegaba toda clase de estrategias desde el amor aparente, y el chantaje afectivo, hasta los comentarios insidiosos e insistentes sobre la valía de la persona en cuestión y el hecho de retirarle la palabra. Buscaba, también, la forma de dejarlos en una situación comprometida moviendo mis hilos invisibles para que cargaran con el ostracismo y el aislamiento si persistían en su actitud. Desde fuera todo estaba pensado y hecho para su bienestar y por amor, pero en realidad yo me había convertido en fiscal y juez que dictaba sentencia a unos reos que eran mis hermanos y mi familia y ellos a su vez, al aceptar o sufrir mi juicio acababan convirtiéndose en seres sin voluntad, simples marionetas a mi servicio.

Y todos lo pagábamos, de una forma o de otra, todos pagamos mis errores. Al principio solo fueron tonterías o pequeños engaños. Amigos que se esconden para evitar discusiones, salidas a escondidas mientras estás en otro sitio... En mi papel de juez los obligué a todos a desarrollar el disimulo y la mentira. También apareció un sentimiento nefasto en las relaciones entre la familia: la impotencia, el rencor, la rabia y el deseo de venganza, porque al final esos sentimientos negativos guardados tanto tiempo van aumentando y en un momento u otro salen y se convierten en venganza, en odio y en desamor.

Cuando mis hermanos y yo crecimos y estuvimos en situación de formar nuestra propia familia, de elegir nuestra propia profesión o de decidir cómo queríamos vivir, aparecieron los problemas más graves y los que tuvieron consecuencias más funestas, pero eso será otro día.

Como dije antes, fui manipulando y maniobrando, según mi criterio de conveniencia, las decisiones más importantes y relevantes de todos los miembros de mi familia. A mis hermanos les impuse profesiones. No me importó que las odiasen o prefiriesen otras para las que estaban mejor dotados. No me importó obligarlos a una vida de tedio, de abulia. Ahí mi lucha fue feroz porque mis hermanos no deseaban desarrollar las profesiones de médico o abogado que yo consideraba adecuadas para mi familia y no entendía que con las posibilidades que ofrecía cada una de ellas no encontraran en las mismas ninguna que les satisficiera. Había muchas especialidades de medicina y muchas en la abogacía, con que eligieran una de ellas, bastaba. No entendía que el estudio de la medicina o el ejercicio de la abogacía ha de salirte del alma para hacerlo con honestidad y decoro, porque ambas profesiones, dedicadas a mejorar al hombre, pueden llevar a convertirte en un ser sin voluntad ni ambiciones o por el contrario en un recaudador de las miserias humanas, en una máquina de ingresar dinero arrancado del dolor de una querella o del de una enfermedad.

Sí, mis hermanos se resistieron pero el peso y la opinión que tenía en mi familia eran mayores. A uno de ellos, llegué a dejarlo sin dinero. En nuestra casa, para él, solo había comida, ropa limpia y cobijo. Si quería hacer otra cosa que lo hiciera por su cuenta, no con nuestro dinero. Y acabaron todos aprendiendo la lección y acudiendo al redil de mi voluntad.

Ahora, al contártelo pienso en la suerte que tuve de que cada uno de ellos no cometió una torpeza mayor porque podrían haber abandonado nuestra casa o la ciudad o por mi actitud sin salida haber acortado su vida.

A mi hermana también le impuse un marido. Sus protestas fueron leves. Se había quedado en casa, había aprendido lo que todas las mujeres de su época aprenden y cuando llegó el momento de elegir un marido adecuado, cualquiera de los amigos míos o de mis hermanos, que tenían la entrada franca en casa, habría sido suficiente. Tampoco ella tenía otras amistades, así que su resistencia fue mínima. Claro que no estaba segura de sus sentimientos pero el deseo de tener un marido, un hogar y una familia propia pesó más que la soltería en espera de encontrar el amor de las novelas románticas. Se casó, claro está, y sus ilusiones, deseos y pasiones se vieron ahogadas por las

apariencias y obligaciones. La frialdad de la educación ocupó su hogar y su corazón. Dos extraños, educados y pacíficos, compartiendo un hogar.

Con mis hermanos y conmigo mismo las cosas fueron igual. Yo elegí una esposa entre las mujeres adecuadas. La elegí fríamente, teniendo en cuenta su apellido (no me servía cualquiera) y la profesión o riqueza de su padre. No quería emparentar con la hija de un comerciante enriquecido o un usurero. La belleza y el carácter, los gustos o las aficiones me eran por completo indiferentes. Sabía que cuando fuera mi esposa se acomodaría a mi voluntad y obraría con ella lo mismo que había hecho con el resto de mi familia. Así, además, mis tentáculos se agrandaban.

Con uno de mis hermanos tuve grandes y graves problemas a la hora del noviazgo y el matrimonio. Me costó mucho, casi la ruptura de mi familia y me vi obligado a tramar una falsa situación, una trampa, para que por fin me hiciera caso.

Tuve que preparar un encuentro falso con otro hombre para que mi hermano creyera que su enamorada era una mujer indigna que lo había traicionado. A pesar de sus lágrimas inocentes y de sus explicaciones de la situación, a pesar, incluso, de las peticiones de perdón, mi hermano, herido en lo más profundo, ni la escuchó, ni la perdonó, sino que aceptó de forma pasiva a la mujer que yo le proponía como esposa. Hice todas estas maquinaciones sin un atisbo de dolor u otro sentimiento. Lo hice todo autoconvencido de ser el único capaz de velar por las necesidades de la familia y por lo tanto de la bondad y necesidad de mis actos. Mi hermano, a causa de mi traición y no de la de ella, se convirtió en una persona fría, desapasionada, indiferente e incapaz de mostrar cualquier sentimiento de ternura o de amor, incluso para sus propios hijos. No superó jamás el golpe. No lo vi volver a sentir amor por su mujer o por cualquier otra. Era otra persona, no mi hermano. A partir de aquel momento no tuve ningún problema con el control de las acciones de mi familia y todo ocurría como yo creía que debía ocurrir.

Cuando llegó mi deceso me vi envuelto en una ola de santidad, de sacrificio y de saber hacer. Todos hablaban de mi buen comportamiento y de mis bondades, suponiendo con toda seguridad que Dios me tenía en su gloria. Pero nada de eso era cierto porque muchos, ante mí y de pensamiento, me recordaron los impedimentos y las imposiciones que había desarrollado en su vida. Me lo recriminaban y se preguntaban cómo habría sido su vida si ellos hubieran hecho lo deseado. Mis hermanos me velaron por turno y en la placidez de la noche fueron recordándome mis acciones. Yo las veía por primera vez desde otra óptica. Una óptica que aunque conocía me afectaba de una forma diferente, me llegaba al corazón, me dañaba el alma. Estaba confundido pues igual oía alabanzas sobre mí, como sentía el odio, el rencor o la impotencia de otros. No sabía a qué carta quedarme. Me puse a reflexionar pero no llegaba a ninguna conclusión. Por primera vez en mi vida no sabía qué hacer conmigo mismo, qué determinación tomar, qué camino seguir.

Me encontré con otros que estaban vagando, perdidos como yo. Creía que podrían ayudarme pero no fue así pues sus facultades mentales las tenían

perdidas y no sabían responder a mis numerosas preguntas sobre nuestra situación o cómo salir de allí, o encontrar a alguien que me pudiera dar una indicación. Estaba perdido. Nadie me respondía. No había explicación. No había ayuda. No había nada a lo que acogerme solo mi pensamiento y me aferré a ello con el temor de que si no lo hacía, yo también perdería mis facultades mentales. Al hacerlo empecé a repasar toda mi vida, primero tal y como yo la veía pero después, inmediatamente después, se colaba en mi pensamiento lo que había oído que me había dicho y entonces era capaz de sentir la rabia, el temor, el odio o la impotencia de la otra persona. También veía las posibles consecuencias de haber obrado según su deseo y no según el mío. Y me sentía y me siento responsable del dolor y la infelicidad causados.

Sentirte culpable de la infelicidad de tus hermanos es muy duro. Reconocer que obraba por egoísmo o por conveniencias sociales, también lo es. Saberte culpable del deshonor de un ser inocente aún lo es más. Reconocer que actuaba falsamente creyendo ser el único ser inteligente de mi familia y que los demás no lo eran, llegar a reconocer eso me costó muchas, muchas lágrimas de arrepentimiento. El mal trato que les di a todos no dejándoles actuar según su conciencia y obligándoles a actuar según mi conveniencia, hacía de ellos marionetas. Me comparé con los maestros de títeres que los mueven y prestan su voz mientras ellos están escondidos haciendo creer a los espectadores que son las marionetas quienes ríen, cantan o aman. Y mis hermanos no diferían en nada de mí. Ambos habíamos nacido de los mismos padres, en la misma ciudad, en las mismas circunstancias y con la misma educación. ¿Por qué me creí un ser superior? No lo sé, ni lo sabré nunca. Lo que sí sé es que estoy pagando las consecuencias de mis actos.

Lo que sí sé es que me he arrogado cualidades y condiciones, la superioridad, que no tengo. Lo que sí sé es que soy responsable de la vida que han llevado mis hermanos y de las faltas que por mi culpa ellos han cometido. Me siento culpable de la falta de amor que han tenido con su familia, me siento culpable del abandono de la misma, pero también me siento culpable de la vida que han llevado mis otras víctimas, las personas que no eran de mi familia y a las cuales no me ha importado dejarlas en una mala situación social o económica. Para mí solo eran obstáculos a los que derribar, no tenía ningún sentimiento de piedad o de compasión hacia ellas, solo eran obstáculos.

Ahora, aquí, estoy aprendiendo a ser consciente de mis fallos, a ver con calma y desde todas las perspectivas cuáles han sido mis fallos. El proceso es doloroso y no he podido hacerlo todo de una vez. Lo voy haciendo despacio, voy viendo mi conducta con una persona a lo largo de mi vida y las consecuencias de mi conducta. La primera vez, creí volverme loco, me tuvieron que ayudar a moverme porque mis piernas no me obedecían ni me sostenían. Estuve postrado y en estado de shock varios días. Las imágenes que vi me llegaron a lo más profundo de mi ser y me vi como un monstruo que devora a los seres que más quiere, que mata para proteger. Me costó mucho recuperar un poco el equilibrio y tuve que asistir a muchas charlas en las que se hablaba de mi problemática y acudir a conversaciones privadas con hermanos más adelantados que me ayudaban a entender y soportar mejor la situación. Aún estoy en ese proceso. No lo he terminado. No me atrevo a preguntar qué va a

ser de mí o cómo han pensado que repare mis faltas. No, no me atrevo. Solo espero poder terminarlo del todo y a fondo, con todas sus consecuencias para que nunca, nunca más se me pueda olvidar y no vuelva a dominar a la gente según mi criterio y mi antojo. Después, seres más adelantados moral y espiritualmente, decidirán, pero para esto aún falta mucho tiempo.

Espero que mi ejemplo sirva de algo y pueda ayudar a las personas que están en la misma situación que he estado yo. Por eso os lo he contado. Nada más.

Nunca recuerdo haber sido querida por alguien. No tengo el recuerdo de un tierno abrazo o de una caricia en el pelo o en el brazo. Mis primeros recuerdos están unidos a los de mi madre haciendo aspavientos para que no la siguiera, intentando sacudirse de mí. Me sentía abandonada, lloraba. Necesitaba su calor, reclamaba su atención pero ella me rehuía. También el resto de personas de la casa en la que vivíamos reaccionaba igual. A todos molestaba, nadie me quería y se deshacían de mí a pequeños golpes o manotazos. Esto fue así siempre, incluso en las noches frías de invierno, cuando nos acostábamos y buscábamos el calor de otro cuerpo, con frecuencia eran los perros los que me lo daban. Siempre iba sucia y con la ropa rota o desgastada. Ni mi madre, ni nadie, me enseñó a asearme. En ese estado de abandono crecí hasta que un día, mi madre decidió dejar la casa que nos acogía y marcharse sola a buscar una nueva vida en otro lugar, lejos de donde estábamos. No me lo dijo. No lo sabía, simplemente me levanté y ya no estaba. Yo aun era una niña.

Al verme tan sola y abandonada, una vieja criada de la casa se acercó un poco a mí y empezó a tomarme bajo su cuidado. Me trataba también de forma ruda y brusca pero tal era su trato con todo el mundo. Así pasó ella a ejercer sobre mí, un poco, el papel de madre o abuela, porque era muy vieja. A veces aseaba la casa, a veces cocinaba. Había nacido allí y nunca había abandonado aquellos parajes. Su mundo se reducía a la finca, a sus dueños y a las personas que, como ella, trabajaban allí. Para ella no había más mundo que ese. Para mí tampoco y no entendía cómo mi madre se había ido, ni lo que buscaba con su fuga.

Fui creciendo bajo su amparo, me fue enseñando lo poco que sabía, con frecuencia hacíamos los trabajos juntas o ella me decía lo que debía hacer o dónde. Me gustaban los animales y cuidar de ellos, darles de comer, llenar el abrevadero, ponerles grano, cepillarlos, acariciarlos y tocarlos porque eran los únicos que me demostraban afecto. Cuando aparecía reaccionaban todos mostrándome su alegría con vivas voces o gritos y con distintos movimientos. Allí me sentía querida e importante, pero a mi vieja no le gustaba porque decía que apestaba y que no había forma de hacer desaparecer de mis ropas el olor de todos los animales. Si estaba en la casa y con ellos, debía cuidarme un poco más si no quería que me mandaran los señores a vivir con los cerdos o en las cuadras. Me cuidé porque en realidad no quería estar sola, pero tuve que dejar lo único que me gustaba y complacía, el trato con los animales. ¡Pobrecitos, cuánto los echo de menos! A veces, cuando mis tareas me lo permitían me acercaba para verlos de lejos y ver el nuevo ternero o el jabato recién parido. No se habían olvidado de mí y seguían reaccionando con alegría. Eran los únicos que me querían y a los únicos que mi presencia no molestaba.

Así paso mi infancia y mi juventud hasta que la vieja murió y entonces cambió mi vida. No me había dado cuenta, pero su presencia y protección me habían salvado de muchos peligros que acechan a una mujer sola.

Cuando la vieja murió, aparentemente nada cambió para mí. Hacía los mismos trabajos y dormía en el mismo sitio. Pero algo sí que había cambiado, notaba las miradas de los hombres, mis compañeros, sobre mi espalda o en mi rostro cuando creían que no los veía. Algunos hacían por encontrarse conmigo casualmente, pero tantos encuentros me tenían escamada. Me sentía observada por todos pero no entendía el porqué.

Seguía haciendo mi trabajo y ocupándome de mis obligaciones. Ahora que la vieja no estaba, volví con mis visitas al establo y a la cuadra. Aquellos animales me daban el cariño y el consuelo que no tenía. En la cuadra comencé a coincidir con un mozo que antes me reñía y me daba voces para que me marchara, pero ahora me trataba con un poco más de calma y aunque no me decía nada, me dejaba estar. Alguna vez me encontró llorando pues me sentía sola y sin cariño. Nada me decía y yo entendí solo por eso, que tenía algo de afecto por mí. De alguna manera empecé a confiar en él y siempre que podía me acercaba a la cuadra donde mi señor guardaba todos sus caballos. Allí coincidí algunas veces con los hijos de mi señor, un chico y una chica, cuando volvían de su paseo matutino. Entonces el mozo se ponía nervioso y por señas o con grandes aspavientos me decía que me marchara porque aquel no era un buen momento. El hijo de mi señor callaba pero su hermana, con voz atiplada y estridente, no quería que me acercara pues mi olor desagradaba hasta a los caballos. Me tiraba de allí. Pronto solo pude acercarme cuando no existía la posibilidad de que ella estuviera o pudiera verme merodeando. Así que me conformé con acercarme cuando no había nadie. Los animales eran los únicos que me querían y yo a ellos, también.

Un día, cuando el calor apretaba, fui a la cuadra y sentí un golpe en mi cabeza, por detrás, no vi a nadie y me desmayé, me caí desvanecida. Cuando me desperté tenía las ropas rotas y golpes en la cara, los pechos y los muslos. Me dolía todo el cuerpo. No sabía lo que me había pasado. Oí unos gruñidos y como pude me acerqué y vi al mozo de cuadra atado y con un trapo en la boca para que no gritara. Lo desaté y me preguntó cómo estaba. Yo no entendía nada. No me imaginaba lo que podría haberme pasado, solo sabía que estaba magullada, sucia, sanguinolenta y con las ropas rotas. No tenía otras y no sabía qué ropa podría ponerme. Le pregunté qué le había pasado y quién se lo había hecho pero nada me contestó. Dijo que era mejor que no lo supiera y que corriera a asearme para que nadie notara lo que me había pasado, que eso era lo mejor que podía decirme y que si fuera lista no volviera a las cuadras o a estar sola porque podría volver a pasarme y nadie podría hacer nada por ayudarme, que no volviera por allí porque era peligroso.

A estas alturas del relato de mi vida ya habréis notado que mis luces eran escasas y mi inocencia muy grande. No es que fuera tonta por completo, solo era muy inocente y la falta de cuidados y de razones de una madre, me habían hecho crecer como una flor silvestre, un poco retrasada, por eso no entendía lo que me había sucedido. No lo entendía, no lo había visto, lo había sufrido y me dolía el alma, sobre todo el golpe en la cabeza que tardó dos semanas en desaparecer y la quemazón allá donde se juntan las piernas. Me dolía mucho y me tocaba por el dolor. Las otras mujeres me daban golpes en las manos para que no me tocara, pero no me decían nada más. Nadie parecía haberse dado

cuenta de nada. Nadie. Y sin embargo los golpes y magulladuras eran evidentes. Nadie habló. Todos callaron.

Con el tiempo las heridas y magulladuras de mi cuerpo desaparecieron pero se quedó plantada una semilla más dura, más constante y más dolorosa, la semilla de la rabia, la impotencia y el miedo. Un miedo espantoso que se enseñoreó de todo mi ser y de todos mis instintos. Fuera a donde fuera e hiciera lo que hiciera, siempre, siempre miraba y me aseguraba de que no había nadie o de que había las suficientes personas como para estar segura. Por las noches atrancaba la puerta y corría la cama de la vieja para que nadie pudiera entrar. El miedo me dominaba, me carcomía. Muchas noches me despertaba gritando cuando, en sueños, revivía la agresión. Luego me costaba volverme a dormir.

Sentí la necesidad de defenderme y busqué una piedra grande y afilada que pudiera coger con la mano y esconderla entre la ropa. Con ella anduve algún tiempo. Pesaba y me resultaba incómoda. Me puse a fisgonear en la cocina y cuando tuve ocasión me hice con un viejo y pequeño cuchillo que pude esconder mejor entre la ropa y que no me pesaba. Con él me sentía protegida y creía que si alguien me pegaba o quería abusar de mí, bastaría con amenazarlo con el cuchillo para que me soltara y me dejara en paz. Era como un animal huido y temeroso, que reaccionaba mal cuando alguien intentaba acariciarme el pelo o mostrar su lástima. No soportaba el menor contacto físico, siempre me revolvía y reaccionaba a golpes para defenderme de lo que creía era una agresión. Así transcurrió mucho tiempo, tanto que, un poco, fui calmándome. No abandone el cuchillo, eso no, pero sí que me descuidé con la vigilancia y me llevé algún que otro susto pero sin más complicaciones.

La cosa cambió cuando el señor, por boca del capataz, me mandó a un lugar apartado a cuidar de los animales. Estaba dentro de la casa grande con otros criados, con todos, pero ahora debía dormir y casi vivir y pasar el día con los animales de corral que tanto me gustaban. Era mi responsabilidad y debía vivir en un cuarto grande que había sobre el establo donde se recogían los animales más grandes.

Era una estancia grande y bonita con una cama, y una mesa y una silla, y un arcón para guardar cosas. Tenía dos ventanas por donde entraba la luz del sol. Allí, y con los animales, podría haber sido muy feliz, pero no me dejaron.

A pesar de que me cerré y atranqué la puerta como pude, ese hombre volvió a atacarme y volví a tener el fuego entre las piernas y los moratones, incluso el labio partido, porque me revolvía y me defendía como podía, pero él era más fuerte que yo y me dejaba parada con un golpe y no me daba tiempo a sacar el cuchillo. A veces cuando me despertaba veía el cuchillo sobre la mesa o entre las ropas de la cama. Él lo había dejado allí. Después me dejaba tranquila hasta que mis heridas se habían curado y, cuando menos lo esperaba, todo volvía a suceder, se repetía.

Yo lloraba, me sentía impotente y con mucha rabia. Me revolvía ante cualquier cosa. Pensaba cómo hacer para saber quién era o cómo engañarlo para

clavarle el cuchillo y que me dejara en paz. Porque siempre me golpeaba y perdía la consciencia y siempre me ganaba cuando trataba de defenderme y siempre salía con la cara, la mejilla, el ojo o el labio roto, negro o hinchado. Pensé en dejar de defenderme, en hacerle creer que me había desmayado y en un descuido suyo sacar el cuchillo y matarlo o al menos marcarlo para saber quién era y poder pensar cómo vengarme. Porque a todas esas, el resto de las personas que trabajaban y vivían en la casa grande, estaban ciegas a mis golpes y sordas a mi situación. Seguían sin hacer nada y más ahora que vivía sobre los animales.

Varias veces intenté hacer mi estratagema pero mi nervio y mis ganas de defenderme me hacían que me revolviera y no me quedaba quieta, así que terminaba con un golpe y me desmayaba. Cuando me despertaba todo había pasado y yo me encontraba igual que antes. Así pasaba el tiempo hasta que una noche me golpeó, pero no lo debió de hacer con fuerza suficiente porque me desperté cuando él aun estaba sobre mí. No me atreví a moverme, ni abrí los ojos no fuera a volver a golpearme. Los mantuve cerrados y me hice la muerta hasta que comprendí que había terminado y se dirigía a la puerta para salir. Fue entonces cuando abrí los ojos y aunque estaba de espaldas, lo reconocí. Era el capataz, la persona que junto con el amo tenía más poder y mandaba sobre todos nosotros, los criados que no trabajábamos dentro de la casa grande. Tenía mujer e hijos. Ahora comprendía el silencio de todos mis compañeros. Ahora. Ahora también tenía claro que no había escapatoria para mí. No podía ir a quejarme al amo, pues entre la palabra de capataz y la mía no dudaba a cual de los dos creería.

Me sentía como un pájaro enjaulado. No veía salida, pero alguna debería de haber. Pensaba y pensaba, volvía a pensar y no encontraba más salida que la muerte, la suya o la mía. Prefería que fuera la de él, pero si no podía ser así, sería yo la que se marchara para acabar con todo.

Seguía pensando cómo hacer para saber cuándo venía y estar preparada. Puse una trampa en una puerta que sonaba al abrir o al cerrar y así lo oía por la noche cuando se acercaba al establo donde yo dormía. La trampa funcionó pero no era suficiente porque lo único que conseguí fue aumentar mi desespero. Daba vueltas a mi cuarto como un animal enjaulado. Una noche salí y la pasé escondida entre los setos. El frío arreciaba, los dientes me castañeaban y al día siguiente me encontraba mal y me subió la fiebre. Esa no era una buena solución. Tenía que buscar otra.

Encontré un palo fuerte y duro pero lo deseché porque pensé que podría romperse y así no conseguiría nada, porque, a todas esas, temía enfurecerlo. La solución debía ser definitiva. No podía arriesgarme a que el golpe solo lo atontara y se revolviera contra mí. Al final me decidí por una pala de hierro y con el mango de madera. Pensé que un buen palazo lo dejaría medio muerto. Después lo arrastraría y lo dejaría con los caballos o los cerdos para que lo pisaran y creyeran que habían sido los animales. Pensé que era un buen plan y me puse a esperar el sonido que me indicaba que venía hacia mí. Cuando por fin lo oí me levanté de la cama, cogí la pala y esperé junto a la puerta para

asestarle el primer golpe. Fallé. Alguien salió de la casa pero no vino al establo. Fallé muchas noches y me cansé. Pensé que se había cansado de mí y que ahora martirizaba a otra. También fallé, porque, cuando menos lo esperaba, volvió a visitarme y yo no estaba preparada.

Y sucedió como siempre sucedía, pero esta vez me resistí poco porque ya sabía que cualquier resistencia sería inútil. No me desmayé y sentí con plena consciencia y entre lágrimas, los manejos sobre mi cuerpo. No veía salida, salvo su muerte o la mía. No, no había otra. Y retomé mi plan.

No tardó mucho en intentar volver a visitarme. Y digo intentar porque yo sí que esta vez estaba preparada y cuando abrió la puerta le asesté un golpe con la pala que le dio en el hombro, lo que le permitió revolverse contra mí y prepararse para los sucesivos golpes de pala que intenté asestarle. Algunos le dieron, no todos, ninguno en la cabeza, así que no se atontó, ni se desvaneció. Luchamos y perdí. Perdí la vida. Me mató a causa de un mal golpe. Seguí luchando y revolviéndome contra él, sin ser consciente de que mis golpes no le alcanzaban.

Lo vi recomponerse la ropa y acercarse a la casa grande, y a partir de ahí, lo perdí. Y allí me quedé hasta la mañana siguiente cuando vinieron a buscarme porque no me había levantado y no atendía a mis quehaceres diarios. Vieron la lucha, vieron mis heridas y también las tuyas. Todos callaron y todo se calló. Un desgraciado accidente, dijeron. Y yo me quedé en el único sitio donde había vivido, el único que conocía, reclamando justicia. Sintiendo que la situación que vivía no era justa, intentando hacer justicia pero fracasando porque nada llegaba desde donde ahora me movía. Era como dar golpes al viento. Nada ocurría y mientras, yo me consumía ansiando justicia. No quería venganza, no le deseaba mal alguno, solo quería que sus acciones para conmigo salieran claramente a la luz y que, de algún modo, el señor lo castigara mandándole otros trabajos más duros y más bajos, de menor categoría. Con eso ya me habría sentido satisfecha. Pero nada de esto sucedió.

Lo que sí ocurrió es que un buen día apareció una mujer como yo, a la que nadie veía, salvo yo, y nos hicimos amigas. Hablamos, sabía muchas cosas y conocía como era el mundo fuera de los terrenos de la casa. Hablamos mucho. Algunas veces desaparecía por algún tiempo, pero luego, cuando volvía, me contaba donde había estado y lo que había hecho. Yo no quería, ni podía salir de allí, hasta que no hubiera conseguido hacer justicia. Cuando se lo conté me habló de otra clase de justicia que yo desconocía, con otras causas y otros desenlaces. No la entendía, me revolvía y me costaba comprender lo que me quería decir. Mis cortas luces me lo impedían, pero ella no se cansaba de explicármelo, ni de acompañarme, ni de decirme como era el mundo de fuera.

Era feliz con ella y cuando me abandonaba, el peso de la soledad era mayor que antes, casi asfixiante, hasta que un día pensé que desear la justicia que esperaba me obligaba a estar allí y a no poder marcharme con mi nueva y única amiga. Me obligaba a recordar y revivir el dolor de mi vida y no me dejaba conocer los lugares de los que mi amiga me hablaba cuando regresaba. Me pregunté qué prefería si el dolor del recuerdo o la felicidad de su compañía

y de vivir con ella en esos lugares. La respuesta era evidente y me vi cogida de su mano, caminando y abandonando aquel lugar tan infausto para mí. Dejando atrás mi sed de, ahora sí que lo puedo decir, venganza y abandonando también cualquier petición o sentido de justicia, pues mi amiga me había dicho que hay una justicia por encima de nosotros y que no comprendemos o tardamos en comprender, que es la verdadera.

Qué acierto tan grande marchar con ella porque desde entonces se abrió para mí un mundo de felicidad y bondad que desconocía y que me ha permitido entender el porqué de mi vida y el cómo de esta vida de ahora, semejante al paraíso, aunque mi amiga me diga que no lo es.

A vosotros, que leéis estas notas, os digo que no desesperéis y que no os equivoquéis como yo me he equivocado agarrándome al mal cuando me ofrecían el bien. La justicia, nosotros, la mayor parte de las veces, la verdadera, no la podemos entender. Confiad.

N ° 11 SOLDADO

¡Qué puedo decir de mi vida! ¿Por dónde empezar? No sé, aunque todo tiene un antes y un después. No sé. Mi infancia y mi adolescencia transcurrieron al uso, según las normas de la época y la tierra en la que crecí. Nada distinto, ni fuera de lo normal distinguen esta etapa de mi vida, por eso nada os puedo contar que explique los sucesos posteriores que tanto me han marcado.

Mi vida cambió cuando mi país entró en guerra con mis vecinos. Al principio nada cambió en nuestras vidas, parecía que la guerra no nos afectara. Solo mi madre se quejaba de que algunas veces no encontraba algo en el mercado. Algunos hombres más mayores que yo se fueron del pueblo, al frente, decían. Y sus familias tenían un poco más que las otras porque el gobierno aseguraba que no iba a descuidar la familia de los combatientes y que iba a ser como un padre generoso preocupándose de que nada les faltara. Pero algunos campos se dejaron de cultivar y todas, todas las madres lloraban y frecuentaban más la iglesia.

El tiempo fue pasando, la guerra se alargó. Los hombres morían, se necesitaban más soldados. Las cosas y la comida comenzaban a escasear. Y vinieron a los pueblos de las regiones alejadas del frente a convencer a los hombres de la necesidad de luchar por nuestro país y de las ventajas, para nosotros y nuestras familias, que el alistarnos comportaba.

Se presentaron con uniformes vistosos y llenos de medallas, las botas y los correaes brillaban, así como el armamento que llevaban. Se trajeron un coche y un camión y nos reunieron a todos en la plaza. Y nos hablaron, y me convencieron. Así que sin pensarlo dos veces me alisté. Me dio tiempo de despedirme, entre lloros, de mi madre porque mi padre había estado conmigo en la plaza.

Nos subimos al camión y nos fuimos del pueblo. En otros pueblos había sucedido lo mismo, así que cuando pasamos por allí se subían otros muchachos como nosotros y proseguíamos el viaje hasta que llenamos el camión. Tardamos dos días en llegar a un edificio, como el de una prisión, con alambradas exteriores, varias construcciones y numerosas tiendas de campaña. Aquello era el cuartel donde iban a darme las armas y la instrucción necesaria para defender a mi país y salvar la vida. ¡Qué ironía! ¡No conseguí ninguna de las dos cosas!

Tras quince días de marchas interminables y de montar y desmontar el armamento, consideraron que estábamos preparados para ir al frente. Y allí nos llevaron. Bajamos aturdidos y con miedo por el ruido ensordecedor que había, el polvo y el humo. Los nuestros habían cavado fosos y galerías y se refugiaban en ese entramado como si fueran conejos o topos en sus madrigueras. El enemigo, más poderoso y mejor armado, atacaba y nosotros solo esperábamos que cesara el ataque para poder defendernos en una lucha, no de cuerpo a cuerpo, pero sí lo suficientemente cercana como para que se pusieran al alcance de nuestros fusiles. Así estuvimos meses y meses, sin

avanzar ni retroceder posiciones, abrasándonos por el sol cegador, mordiendo el polvo o helados por la nieve y embarrados por la lluvia. La comida era mala y escaseaba. Algunos, desesperados, la robaban o iban a las granjas a robarla o si tenían suerte la cazaban en los campos. Luego la repartían con sus compañeros más cercanos y queridos. Otros, la vendían o la cambian por tabaco. Malvivíamos.

Pero yo estaba orgulloso. Creía que estaba haciendo algo importante por mi país, mi tierra, mi gente y mi familia. Creía realmente que estábamos en peligro y yo defendía a todos aquellos que no podían defenderse. ¡Cuán equivocado estaba! Con este sentimiento tan arraigado llevaba con alegría y resignación, y con la moral alta, todas las penurias y barbaridades propias de una guerra. Me movía mucho por aquel entramado de fosos y galerías. Conocía a muchos soldados y mandos. Orientarme por allí, saber dónde estaba una persona o un batallón me era muy fácil. Era como si lo hubiera hecho toda mi vida. Encontraba a la persona que fuera a buscar en los sitios más inverosímiles. Mis superiores se dieron cuenta y aprovecharon mi habilidad. El hecho de que me moviera tanto sirvió para que tuviera un conocimiento más cabal de las reacciones de los seres humanos en esos casos. El miedo o el coraje hacen que se vean toda clase de comportamientos.

En una de mis búsquedas cayó una bomba cerca de mí y me mató. Morimos todas las personas que estábamos cerca porque nos dio de lleno.

Al principio de mi desencarnación estaba ofuscado, desorientado y confuso. Creía que seguía vivo y continué haciendo lo que me habían mandado. Pronto me percaté de que mis acciones no tenían respuesta exterior. Solo era yo el que actuaba, los demás no me respondían, o no me notaban cuando me acercaba y los tocaba. No tuve más remedio que deducir que estaba muerto, aunque sentía y pensaba mejor que cuando estaba vivo. Pero ¿qué hacer?, ¿dónde estaban los demás?

Me puse a meditar y a observar lo que sucedía a mi alrededor y tras largo tiempo pude ver una especie de nube, o niebla, o neblina en torno de los que como yo, estaban muertos. Los rodeaban y ascendían al cielo donde yo los perdía. A fuerza de observar estas nubes o neblinas se fue aclarando más mi visión y me percaté de que en realidad se trataba de seres que despedían luz a su entorno y por eso yo los veía como si fuera una neblina. Hablaban con los muertos y se los llevaban al cielo donde desaparecían. Esto sucedía siempre pero... ¿por qué no había ocurrido así conmigo? En esto estaba pensando cuando uno de estos seres se acercó y me habló diciéndome que también lo habían hecho conmigo pero que como continuaba en el fragor de la batalla, no los había oído, ni visto y que habían tenido que dejarme así, en espera de que “despertara” a mi nueva situación. Le hice muchas preguntas que amablemente me contestó, aunque algunas, me dijo que no podía hacerlo.

En un momento dado me preguntó si estaba preparado y si quería seguirlo. Le dije que sí y me trajo aquí, donde estoy ahora. Primero me llevó a un hospital o una casa de reposo donde me curaron con bebidas, música y con mucho descanso. Creo que no he dormido tanto en mi vida. Luego fueron los paseos y

charlas. Más tarde reflexión y repaso de mi vida. Con posterioridad y a petición mía comencé a colaborar como ayudante en los trabajos que consideraron que podía desempeñar. Mi ilusión secreta era poder ayudar a los compañeros que había dejado en la Tierra. Cuando estuve preparado para ello, comprobé que mis compañeros no estaban, que la guerra en la que participé había terminado, que el armamento empleado era más mortífero, pero que los hombres, ¡pobres soldados!, respondían con los mismos sentimientos que yo tenía o que había observado. Había mucho trabajo. Hay mucho trabajo, pues los hombres aún no os habéis dado cuenta de que vivís –vivimos- muchas vidas y cada una de ellas en un país o en un territorio distinto.

Nosotros, cada uno de nosotros, hemos podido observar de forma directa que como espíritus no tenemos divisiones de país. No nos sentimos agredidos o agraviados, y por lo tanto, no necesitamos reparación por el comportamiento de otros espíritus un poco más ignorantes que nosotros. Nos sentimos todos como pobladores de la Tierra, incluso te diría más, como habitantes del Universo en proceso de perfección. Estamos todos en un inmenso colegio o universidad que atiende a nuestras necesidades de perfectibilidad.

Ahora, con los avances tecnológicos que tenéis, con los medios de información y comunicación que manejáis, con los conocimientos que tenéis sobre la Tierra, ha llegado el momento de abandonar las divisiones por países que tanto mal han hecho, pues han sido el caldo de cultivo que ha abonado toda clase de guerras, matanzas y muertes. Ese ha sido un círculo vicioso que nos ha alimentado a lo largo de milenios de vida en la Tierra. Por eso yo, hoy, como soldado, ignorante de las verdaderas leyes de Dios y vanidoso, os digo que mi acción, como la de tantos otros, fue inútil. Mi tierra, mi pueblo, mi familia, las cosas que conocía no estaban en peligro. Lo que realmente estaba en peligro era la idea que de lo mismo tenían los gobernantes. Tenían temor a cambiar de idea a adaptarse a una nueva situación, y ese temor lo difundieron esparciéndolo e inculcándolo en la mente y el corazón de las personas que gobernaban. Una gran nube negra de temor nos rodeaba a todos, vencedores y vencidos, todos vencidos por el miedo al que vive en el otro lado de la línea, de la frontera, o al otro lado del río, o en la otra vertiente de la montaña. Nos alimentamos del miedo y obramos según sus dictados. Nada más torpe. Nada más inútil pues “el que a hierro mata, a hierro muere”. Es la ley.

Déjame que repose, pues el horror de lo vivido estremece mi corazón y me embota los sentidos que me permiten comunicarme contigo.

No participéis en guerras, no alimentéis el miedo, no os alimentéis del miedo. Ya ha llegado la hora de abandonar esta práctica. Todos somos seres en evolución, criaturas divinas en pos del Creador. Amémosle, reverenciémosle sin matarnos, sin destruirnos. Reconozcámosle en el otro, que recorre el camino junto a nosotros.

Nº 12 UN CURA

Yo ya nací cura, o al menos, eso creí. No me hice cura porque me asustara el trabajo en el campo o en la industria. No. Me sentía confortado o aliviado en la iglesia. Los santos me sonreían y me cuidaban en mis penalidades infantiles. Yo diría que casi me acunaban. De niño me dormía en los bancos de la iglesia y cuando no me veían, mis padres me encontraban dormido cerca de una imagen u otra. Allí me sentía seguro, los santos me hablaban, me explicaban las cosas que no entendía y me aconsejaban que no me portara como los demás niños defendiéndome con piedras, con palos o con puños. Por eso, cuando me atacaban, me refugiaba en la iglesia. Allí todo era calma para mi dolor. El cura primero y mi madre después, al ver mi inclinación, lo decidieron y yo, muy gustoso, lo acepté.

A mi madre le costó desprenderse de mí pues no iba a estar en casa y tenía sentimientos encontrados que iban desde el abandono de mi cuidado y el perderse mi crecimiento, hasta el alivio de tener una boca menos que alimentar y el orgullo de tener un sacerdote entre sus hijos.

El cura del pueblo me enseñó lo necesario para que me admitieran en el seminario. Acababa de hacer la Primera Comunión. Me iba con alegría porque aprendería lo necesario para servir al Señor, pero también tenía tristeza por dejar a mi madre y mis hermanos, y con un poco de nerviosismo porque allí no conocía a nadie. Menos mal que los santos de la iglesia me consolaban, me animaban y me decían que estarían también en la otra iglesia, ayudándome cuando me hiciera falta.

No fui un alumno brillante, más bien mediocre porque prefería hablar con mis amigos en la iglesia antes que estudiar las lecciones que debía aprender. No entendía que para servir a Dios y a mis hermanos tuviera que aprender algunas materias. Las disquisiciones filosóficas o las disputas teológicas me parecían una pérdida de tiempo ¡Era tan sencillo amar a Dios viendo su obra! Me parecía tan complicado que podía perderme por los vericuetos de las palabras. Sin embargo cuando miraba el cielo, el agua o el viento, las montañas, los árboles, las flores, los animales o mis compañeros nunca dejaba de ver la maravillosa y perfecta obra de Dios. En esos momentos mi corazón se henchía de amor. Por eso no entendía los circunloquios que mis Padres-profesores querían que aprendiera.

Yo era un hombre humilde, no deseaba ni aspiraba a vivir de forma distinta a como yo era. No aspiraba a ser obispo, ni un teólogo afamado. Solo quería ser cura de un pueblo pequeño con personas como yo, humildes. La ostentación y el boato no estaban hechos para mí. Mi mente era sencilla, sencillos eran mis sentimientos y yo creía que me podría hacer entender por gentes como yo. No aspiraba a más. Lo tenía todo para vivir feliz. Deseaba una vida sencilla al servicio de Dios y de mis semejantes. Lo único que me preocupaba durante mis estudios era aprender a consolar y a aconsejar a los que serían después mis feligreses. Ahí sí que estaba muy atento, pero de quien más me fiaba era de las palabras de mis amigos de la iglesia. Ellos me habían dicho que me ayudarían cuando llegara la hora. Eso me calmaba, porque con una ayuda tan

grande, nada podía salir mal. Mis amigos me amaban y amaban, como yo, al Señor.

Cuando terminé mis estudios me pude ir por unos días a mi casa, a despedirme de mi madre y de mis hermanos. Fueron unos días de mucha alegría. Casi no reconocí a mi madre, había envejecido mucho y había olvidado el rostro de alguno de mis hermanos, a quienes no reconocí. No lo sabía entonces, pero esa sería la última vez que los vería. Después nuestras penurias económicas y la distancia del pueblo donde mis superiores me mandaron, hizo que pensar en verlos, fuera del todo imposible.

Me mandaron a un pueblo pequeño a ayudar a otro padre, ya viejo, en sus tareas apostólicas con la intención de que aprendiera con sus consejos y mis observaciones. Era necesario y conveniente que pasara unos meses con él para que mi experiencia de la vida, de la que carecía totalmente al haber pasado casi toda mi existencia en el seminario, me permitiera no errar en exceso. Su experiencia me ayudo mucho y encontré en él al padre que nunca tuve.

Era un hombre permisivo, comprendía los problemas y flaquezas de sus fieles. A veces discutíamos, pues mi juventud e inexperiencia me hacían adoptar posturas radicales. Las cosas eran para mí blancas o negras, no había matices ni tonalidades que aliviaran o agravaran la carga que cada uno de ellos, de nosotros, llevábamos. Él me hacía reflexionar, me hacía ver esos matices que lo ayudaban a estar cerca de sus gentes. No estaba ocioso nunca. Además de su trabajo evangélico, le gustaba cultivar un pequeño campo que estaba pegado al jardín de la rectoría. El producto de sus frutos lo repartía entre nosotros y las familias más necesitadas o que atravesaban una racha de mala suerte. Hablaba también con el médico y el farmacéutico para que atendieran o dispensaran los cuidados necesarios a las familias que no podían pagarlos, incluso a veces él mismo los pagaba de su propio dinero, pues con frecuencia decía que si sus fieles, a los que quería como hijos, estaban bien, él también lo estaba. Él nada necesitaba, en cambio, los otros, sí.

Pasé a ayudarlo en todos sus quehaceres pero él me insistía en que continuara leyendo, estudiando las Sagradas Escrituras e instruyéndome para ser un buen servidor en la obra de Dios. Me gustaba aquella vida. En aquella rectoría se respiraba paz y amor. Allí estuve año y medio, hasta que mis superiores, para completar mi formación, me enviaron a una pequeña ciudad más grande, con más iglesias, con más padres, con más penurias y con más vicios.

En la parroquia éramos tres los sacerdotes que cuidábamos de ella. Vivíamos juntos en una casa pegada a la iglesia y que cuidaba una buena mujer para que nada nos faltase. La relación entre nosotros era cordial pero fría. Allí no se respiraba el amor y la paz de la que venía. Cada uno de nosotros hacíamos el trabajo que teníamos asignado, pero carecíamos del amor y la dedicación que me había enseñado el padre Antonio. Lo echaba de menos, añoraba sus reflexiones y sus maneras de hacer. Pedí permiso para visitar a los feligreses de la parroquia, conocerlos mejor y observar de cerca cómo vivían e intentar saber cuáles eran sus necesidades. Empecé a visitarlos. En algunas casas fui

bien recibido, en otras me tiraron, me insultaron e incluso me hablaron con agrias palabras. No me importaba, ya me conocerían y sabrían cuales eran mis intenciones.

Vi situaciones de miseria, situaciones límite en las cuales mis pobres palabras no bastaban para aliviar las miserias y la penuria de las gentes a las que visitaba. Me encontraba con las manos vacías. No tenía nada que llevar para paliar su hambre o sus miserias. El poco dinero que tenía desaparecía entre mis dedos, casi antes de que hubiera comenzado a repartirlo para reparar tanta injusticia. Aquella situación me abrumaba. Los otros sacerdotes no me ayudaban, aunque al principio algo me dieron de lo mucho que poseían.

La ciudad era una ciudad industrial, brumosa, sucia, lluviosa, alejada de los campos de cultivo y de la luz del sol, insalubre y lóbrega, como las gentes que la habitaban. La mayoría de los hombres, si trabajaban, se gastaban el jornal en la taberna y sus mujeres lavaban la ropa ajena o limpiaban casas que no eran suyas. El dinero de las mujeres era el único que en general llegaba a las casas. Los niños corrían por las calles hasta que eran lo suficientemente mayores como para hacer lo mismo que sus padres.

Me sentía asfixiado, no veía salida a aquella situación. Llegué a enfermar. Me sentía encerrado, igual que las personas a las que visitaba, que cada vez eran más y que venían de otras parroquias pidiendo ayuda ¡Cómo no ayudarlas! ¿Pero con qué? Alguna vez encontraba un alma caritativa que aliviaba un poco la situación, pero las necesidades eran tantas que difícilmente hubiéramos podido ayudar a todos.

Me encontraba solo, me sentía solo. La ciudad, sus brumas, sus industrias no me gustaban. Me aquejaba una profunda melancolía. Mis viejos amigos callaban. Mi estado de soledad aumentaba. Me sentía desbordado por la situación. Me preguntaba cómo obraría el padre Antonio. No llegaba a encontrar la respuesta. Llovía, llovía continuamente y las fachadas y el interior de las casas se llenaba de moho verde o gris, según. Yo lo miraba y me decía que así también estaba mi corazón y todo mi ser. Llegó un día en que la melancolía era tan grande y tan honda mi pena, que no pude levantarme. Eso alarmó a mis hermanos en la parroquia. Decidieron llamar a un médico que me recetó medicinas para mi cuerpo, pero yo estaba enfermo del alma. Seguía en la cama.

Por fin mis superiores comprendieron que el clima me era adverso y decidieron mandarme a un pueblito cálido, soleado y a la orillita del mar. Sus calles eran estrechas, las casas, encaladas. Su blancura reverberaba en mis ojos. Olía a salitre. El mar se reflejaba en el pueblo y el pueblo en el mar. El sonido de las olas podía relajarme o enervarme según hubiera calma chica o galerna. Poco a poco la acción del sol y sobre todo la del mar fue haciendo su efecto en mi cuerpo y en mi mente y me empecé a sentir con las fuerzas necesarias como para recorrer el pueblo, conocer sus casas y sus habitantes, escuchar sus quejas y ver sus necesidades.

En todas fui bien recibido, con respeto y con el ánimo abierto a oírme. Las quejas no eran distintas a las de la ciudad, la falta de casi todo y el hambre, pero sus gentes eran distintas, eran sencillas como yo, las entendía y me entendían. Podía ayudarlas y podía reconocer aquellos problemas que eran voluntad del Señor y en los cuales mi acción o la de cualquier otro hombre era estéril.

Se podía decir que era feliz pero algo enturbiaba mi ánimo y era la ausencia de mi familia o la de una familia donde recogerme y descansar. Oír las voces de los niños correteando y las regañinas de una madre, las risas de las celebraciones, la algarabía de las reuniones familiares. No tenía dinero ni medios para hacer venir a mi familia. Mis hermanos eran agricultores y aquí solo hubieran podido vivir de la pesca. Imposible su traslado. Debía conformarme. Comprendía que debía conformarme, pero una cosa es lo que tu mente comprende y otra muy distinta lo que tu ánimo siente. Y en estas me debatía en mis momentos de soledad que procuraba que fueran escasos, pues dedicarme totalmente a mis fieles me aliviaba de la sensación de soledad.

Con el tiempo llegaron a quererme y a cuidarme en el final de mis días. Decían que lo hacían por todo lo que yo les había ayudado. Pero no es así. Ellos me dieron mucho más, me dieron su afecto, me acogieron en mi soledad, curaron mis heridas del alma, aliviaron mis penas. Yo solo trataba de cumplir la misión de sacerdote para la que fui educado. Ellos, en cambio, me dieron mucho más.

Hasta que llegó ella yo estaba tranquilo, pero cuando ella llegó o yo la conocí todo cambió. Hubo una gran revolución en mi ánimo ¿Qué hacía aquí? ¿Por qué había venido? Era viuda. Su marido había muerto de forma accidental, había vendido todo lo que tenía y se había venido a vivir al pueblo donde nació con la esperanza de poder trabajar en la salazón del pescado y así mantenerse sin recurrir a la caridad de sus cuñados o de sus hermanos, o lo que es peor, venderse a otros hombres como lo hacían muchas viudas. Vivía en una casa pequeñita, pequeñita a las afueras. No se quejaba nunca y siempre tenía bastante, decía que tenía bastante.

Era una mujer hermosa, de ojos grandes y profundos, cabello largo y ondulado, que siempre llevaba recogido. Sus mejillas, sonrosadas cuando llegó, fueron tomando color a medida que trabajaba en la salazón a pesar de que se ponía un sombrero de paja para cubrirse y protegerse del sol. Sus manos también cambiaron, incluso su olor. A pesar de sus muchos lavados siempre olían a sal y pescado, y como venían de ella, en mí producían un efecto embriagador. No solo me gustaba su aspecto. Lo que más me gustaba era su conversación y su inteligencia y bondad. No reclamaba nunca, no se quejaba y a pesar de sus evidentes estrecheces, siempre tenía una sonrisa en su boca y pan en sus manos para ayudar a otros que no sabían administrarse como ella lo hacía.

Iba a menudo a su casa, pues su conversación me gustaba. Sus palabras reposadas y la profundidad en su razonamiento hacían de ella un ser excepcional a mis ojos y a mi corazón.

¡Cómo gozaba aquellas tardes con ella! Su conversación y su presencia eran un bálsamo para mi espíritu. Me daba la fuerza necesaria para seguir con mi labor sacerdotal. Le preguntaba pareceres y sus respuestas me agradaban y me ayudaban a encontrar la solución deseada. Pero ¡ay!, tanta felicidad no podía durar. Se abrieron dos frentes para mí. Uno estaba en mí mismo. Mis sentimientos y mi cuerpo me traicionaban. Reaccionaban ante ella o ante su solo pensamiento como antes nunca lo habían hecho. Descubrí que era un hombre como los demás, con sus instintos y sus pasiones, con su dolor y su felicidad. Mi cuerpo y mi corazón iban por un lado, mi mente, mi razón y mi conciencia iban por otro. No había forma de que coincidieran.

El otro frente estaba en los comentarios de la gente del pueblo. Mis frecuentes visitas a la casa, una viuda sola y el cura, empezaron a suscitar murmuraciones en la gente.

Cuando el tiempo lo permitía hablábamos en la calle, a la vista de todo el mundo (dos manchas negras, solitarias, en medio de tanta luz blanca del encalado de las casas). Si el tiempo no era bueno, entrábamos en la pequeña sala donde cocinaba y comía. Dejaba la puerta abierta para que entrara sin llamar quien quisiera. Mientras hablábamos sus manos no estaban quietas, siempre tenía una labor u otra que hacer. Le costaba mucho ganarse la vida y no depender de la caridad de unos u otros.

Jamás la toqué, mi comportamiento y el suyo fueron del todo correctos. Mi conciencia no me dejaba comportarme de otra forma. Me había comprometido con Dios a ser célibe, no podía faltar a mi palabra. No lo hice. Pero muchas veces hablaba con Él y le decía que no comprendía cómo quería ver a sus servidores tristes, apagados o melancólicos, cuando no sacrílegos pecadores al privarnos de una familia, de las cálidas y tiernas caricias de una buena esposa ¿No sería mejor para Dios que fuéramos felices, que fuéramos como el resto de los hombres, antes que abocarnos a la frustración o a la tristeza cuando no al sacrilegio? Esto también les preguntaba a mis amigos pero ellos tan solo sonreían y callaban.

Cuando llegaron a mis oídos las murmuraciones dejé de ir a hablar con ella. Tratava de espaciar nuestros encuentros, entonces la inquietud y la irritabilidad me dominaban, el desasosiego se enseñoreaba de mí y me hacía su esclavo. No podía dormir y eso que daba largos paseos por la orillita del mar. Me sentía sin aire, me faltaba verla. No hacíamos daño a nadie, entonces por qué no podía verla. No, no podía ser, me decía. Me debía a mi labor de sacerdote, había comprometido mi palabra y mi vida al servicio de un bien superior, pero ¡me costaba tanto!

Espera, recordarlo aun me produce un dolor lacerante. Espera. No sé si podré continuar. Las turbulencias de mis sentimientos, mis pensamientos y su rostro vuelven a mí como si estuviera de nuevo presente ¡Aún me duele! ¡Espera!

Hasta entonces mi vida había sido muy apacible. Mis sentimientos y el común de lo que los hombres pensaban, iba parejo. Nada contravenía las normas de Dios ni de los hombres. Pero ahora no era así. Dejar de verla y hablar con ella

era bueno a los ojos de los hombres, pero eso suponía un gran dolor en mi corazón que me privaba de estar en condiciones de hacer mi labor sacerdotal. Si por el contrario, volvía a repetir nuestros encuentros y dulces charlas, tenía el suficiente ánimo y vigor como para hacer bien mi trabajo, pero mis parroquianos recelaban de mí, pensando que vivía en pecado y que no podía, en rigor, elevar la Santa Forma.

Como veis, un dilema grande que no sabía cómo solucionar. Iba dando bandazos, me prometía no verla, me llenaba de melancolía y tristeza y cuando ya no podía más, mis pasos me llevaban hasta su puerta, siempre abierta, donde me la encontraba realizando trabajos con la salazón o reparando redes, haciendo cualquier cosa que le pagaran para poder vivir en paz y decentemente.

Y así aparecieron los celos. Enfermaba de celos cuando la veía o la sabía hablando con alguien. Sentía que me robaban sus miradas, sus sonrisas, su atención, que solo a mí pertenecían y que, sin embargo, disfrutaban otros. Mi corazón sangraba de dolor, de un dolor enfermo e insano que me hacía cometer muchas torpezas. Tenía, para con los que había visto con ella, malos modos, malas maneras de comportarme, incluso cuando llegaban al confesionario y oía sus penas. Así les imponía una penitencia excesiva y rigurosa y me ensañaba con ellos al asegurarme con rigor que el propósito de enmienda apareciera claramente en su conciencia. Tentado estuve varias veces en negar la absolución y la comunión a alguno de ellos. Me volví mezquino y ruin.

Ella, con su mente preclara y su sano juicio, se dio cuenta de todo y en el silencio de la iglesia, y bajo el secreto de confesión, me habló de mis sentimientos y de cómo me habían cambiado y convertido en un ser mezquino y ruin. Me dijo que no había cambiado de pueblo y de vida para estar ahora en boca de todos, que quería llevar una vida digna, que eso y su conciencia, era lo único que tenía. Si era necesario, porque yo no sabía comportarme con arreglo a mi estado, ella sí sabría hacerlo. Vendería su casa y se marcharía a empezar de nuevo en otro pueblo donde pudiera ganarse la vida. Si yo podía arreglarlo, mejor, porque el pueblo y sus gentes eran de su agrado. No esperó mi absolución ¿De qué la tendría que absolver?, ¿de su franqueza?, ¿de su coraje?

Pero la sierpe de los celos se había establecido en mí y me dominaba. Mis viejos amigos, cansados de darme consejos, se habían apartado de mí y callaban. Las cosas seguían igual. Solo su mirada hacia mí había cambiado. Me miraba con desprecio, había levantado un muro de silencio entre los dos. Un muro que no me atrevía a escalar temiendo su huida. Pero tenerla así era un no tenerla. Mis celos aumentaban, la sierpe crecía. Me moría de celos. Enfermé. No me levantaba de la cama. No atendía a mis deberes y descuidaba mis obligaciones de pastor.

Fueron ellos, la gente del pueblo, quienes hablaron con el obispado. Mandaron otro sacerdote, éramos dos, para que me ayudara en mi labor y me cuidara en mi enfermedad. No fue posible. Los celos seguían.

Y lo peor no es que los celos, el sentido de posesión siguiera. Lo peor es que por su causa hice de una criatura divina, un objeto y traicioné a Dios, lo abandoné al incumplir mi apostolado. Todo lo que mis superiores y el padre Antonio me habían enseñado, lo olvidé ante la acción corrosiva de los celos. No tuve agallas, ni sentido común para abandonar algo que contravenía mis principios y mi vida. Muy al contrario, me abandoné, me humillé ante ese sentimiento.

Ahora pienso que debería haberme preguntado, o al menos, planteado la siguiente cuestión: "¿Cómo es que no siento celos del amor y la dedicación que tiene Dios hacia todos los demás? ¿Cómo es que no dudo de la cantidad y capacidad de amor de Dios Padre? ¿Por qué mi amada no puede tener el mismo? ¿Por qué lo siento y lo veo distinto?" Porque hablamos de amor, hablamos del amor verdadero, no de la pasión animal. Debería haber sentido el mismo tipo de amor hacia mi amada que hacia Dios y debería haber esperado la misma respuesta de ellos. Pero claro, yo, entonces, estaba encarnado, era poco más que un animal y en ese estado, la posesión de una piel o de unos ojos, era lo único que entendía. Mas mis principios y formación deberían haber bastado para frenar el demonio de los celos.

¿Y qué decir de ella? Al querer tenerla solo para mí, hice de ella un objeto, una joya o un libro precioso, que se guarda o se consulta a solas, y que se esconde de las miradas ajenas por temor a perderlo. Yo no la poseía a ella, eran los celos los que me poseían a mí. Ella era libre, estaba libre, yo cautivo, cautivo de los celos a cuyo dictado obraba y a cuyas argollas y cadenas adoraba.

Y me morí. Me morí así, en ese estado de abandono y turbación. Arrastré mi dolor por lugares ignotos. Me desmayé y me desperté varias veces en lugares que nadie debería pisar y con gentes atormentadas y desvariadas como yo, hasta que un día, al despertarme me vi atendido por unos hermanos mercedarios (eso creí) que se dedicaban a recoger y a cuidar a los desamparados y extraviados como yo. Aquí me recuperé y empecé a entender todo mi errado comportamiento y mi doble equivocación para con Dios Padre y para con ella. Y aquí estoy aprendiendo, ya esperando la oportunidad de reparar mis faltas. Lo único que puedo deciros es que améis sin poseer y que tratéis de amar con la misma clase de amor que tenéis hacia Dios. Ya nos lo dijo su Hijo Bienamado y Maestro Jesús: "Amad a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a vosotros mismos"

Nº 13 UNA NIÑA Y SU ADORADO PERRO

Mi vida se desarrolla en la campiña inglesa, rodeada de verdes campos y lomas redondeadas. Ahora incluso me parece un paisaje idílico. Pero ¡ay! ¡Cuánto dolor guardaban para mí!

Me recuerdo de niña correteando por el campo, acompañada por mi fiel perro Basi. Es un día claro, las nubes ocultan a intervalos, el sol. Es un día luminoso y cálido. Después del desayuno salgo a corretear con él. Tengo unas horas libres antes de que mi madre me llame y los demás noten mi ausencia.

Voy campo a través y corro mucho para que no me puedan encontrar, o yo los pueda oír y tenga que volver antes de lo que quisiera. Soy feliz. Descanso un poco, me tumbo sobre la hierba y me duermo. Miro el paso de las nubes sobre el cielo. Miro un poco el sol porque me ciega. Me siento muy bien. Sigo siendo feliz, pero ya comienza a hacerse tarde. Debo apresurarme en volver porque si me entretengo me reñirán. Corro en dirección a casa, Basi me sigue. Vamos corriendo y saltando por otro camino que yo creo que es más corto, así tardaremos menos y no me reñirán.

No sé lo cerca que estoy de la muerte. Los hombres no sabemos lo endeble y efímera que puede ser la felicidad. El paso de la felicidad al dolor pueden ser décimas de segundo. Al menos así fue para mí.

Mi perro, mi fiel y querido Basi, que corría a mi lado y me acompañaba ha desaparecido como por arte de magia. Lo oigo aullar todo dolorido pero no lo veo. Al fin encuentro un hoyo y allí en el fondo, todo dolorido y algo retorcido está él, Basi. No puedo dejarlo ahí, solo. Tengo que intentar sacarlo y llevarlo a casa para que lo curen. No me importa que me riñan o me castiguen. Lo importante es salvar a Basi. Él no se puede mover, aunque le tiro una rama sus patas no le obedecen y no se mueve. Se queja del dolor. Me tumbo en el suelo para intentar cogerlo pero no llego. Me estiro un poco más, parece que casi lo alcanzo. Bastará que me acerque más, un poco más. Ya casi lo tengo, un poco más. Mi cuerpo está casi todo dentro del hoyo, solo la mitad de los muslos y el resto de las piernas están fuera. Con un último esfuerzo lo alcanzaré. Y es entonces, en ese último esfuerzo, cuando resbalo y me caigo junto a Basi.

Mi vestido se ha manchado y tengo las manos y las piernas llenas de rasguños y arañazos. Estoy un poco asustada pero le hablo a Basi y le animo diciéndole que aguante que pronto vendrán a por nosotros y nos sacarán. Lo acaricio. Sufre. Yo tengo miedo pero no se lo digo. Sufre. Las horas pasan, lo sé porque tengo hambre y sed. Basi, también.

No los oigo. Aun no deben haber notado mi ausencia. Será pronto. Espero. La luz baja, está empezando a oscurecer. Empiezo a preocuparme y a hacerme preguntas del tipo *¿y si no me encuentran?*, *¿qué me sucederá?* Pero no. Las desecho porque mi padre y mi madre no me dejarán. Me quieren mucho y no me abandonarán.

Cuando la noche llega, la oscuridad aquí abajo es total. Menos mal que está Basi y me acerco más, intento abrazarlo sin hacerle daño. Me da calor. Le cuesta respirar. Al fin me duermo abrazada a él. Los dos tenemos hambre y sed. Esperamos.

Cuando me despierto el sol está alto y Basi está muy frío. Creo que se ha muerto porque aunque lo toco y lo llamo no me contesta y no se mueve. Creo que tampoco respira. Empiezo a sentirme muy sola porque además ya no necesito hacerme la valiente. Basi no me oye. Estoy sola. Tengo sed, mucha sed. Ya casi no noto el hambre, pero sí, y mucho, la sed. Mis labios y mi lengua están secos, se agrietan pero no tengo nada que llevarme a la boca para aliviar mi sequedad. Espero confiada. Hoy me encontrarán. Me duele la cabeza. Dormito.

Así me pasan las horas hasta que de nuevo el sol declina, se hace tímido y de nuevo, vence la noche. Tengo miedo. Me acerco a Basi aunque sé que está muerto y frío y no me puede ayudar. Pero es lo único que tengo, mi única compañía. Mi sed se hace insoportable y es el único pensamiento y deseo que tengo. No consigo beber.

Mi sueño se puebla de pesadillas en las que invariablemente aparecen Basi, mis padres y aguas, ríos, lagos, mares de agua pura y cristalina que no alcanzo a tocar o a beber. Mi madre me acerca un vaso de agua que ha cogido de una jarra pero el vaso se rompe cuando estoy a punto de llevármelo a la boca. Así paso toda la noche y el día siguiente. Alzo los ojos veo que hay luz pero la sed y el cansancio me vencen. Sigo dormitando, durmiéndome y despertándome, viendo el cielo y el barro y la tierra del hoyo. Ya no siento a Basi a mi lado. No lo toco, aunque sé que está porque invariablemente cada vez que cierro los ojos se presenta ante mí, da vueltas a mi alrededor, corretea, saca su lengua, quiere jugar conmigo, pero yo no tengo fuerzas para seguirlo. No puedo.

Me vuelvo a dormir pero su hocico húmedo me toda la cara, me empuja, me lame y me dice

-¡Ya está bien, despierta.

Me sorprendo porque hasta ahora nunca había oído hablar a Basi. Será una pesadilla, pienso. Vuelvo a intentar adormecerme pero Basi arremete contra mí e insiste para que despierte.

-¡Para qué me voy a despertar si no puedo salir!

Basi me dice que no importa porque ahora él está fuerte, se ha curado muy bien y tiene mucha, mucha fuerza. Me dice que me suba a su lomo que los dos saldremos del hoyo.

Lo hago así y los dos de forma sorprendente salimos fuera. Es de noche y le digo a Basi, que ahora me entiende y sigue mi conversación, que si nos vamos a casa los encontraremos a todos en torno a la mesa y les daremos una alegría porque deben estar preocupados por nosotros. Piensa que no es una buena idea pero entiende que quiera despedirme.

-¿Despedirme de mis padres? Nunca. Yo quiero quedarme.

Él me dice que pronto comprenderé que no puedo hacerlo. No lo entiendo. A medida que nos acercamos a mi casa mi inquietud aumenta. ¿Qué les habrá pasado? Me pregunto.

Cuando llegamos todos lloran o han llorado porque en sus rostros hay rastros de llanto. Me acerco a todos y cada uno de ellos, los abrazo, los beso, los toco, pero nadie lo nota, nadie me ve, nadie me habla. Me he convertido en aire o en algo peor porque el aire no lo ves pero lo sientes y ellos tampoco me sienten. No soy nada, ni siquiera aire. Lloro. Basi está a mi lado y de nuevo habla.

-Ya te dije que no era una buena idea.

-¿Pero a dónde podemos ir? ¡Esta es mi casa y son mis padres! ¿Quién nos querrá?

-Te asombraría saber la cantidad de gente que te quiere. Solo hemos de salir de aquí y buscarla. Aunque es inútil, porque ellos nos encontrarán.

-Voy a decirles adiós y nos vamos.

Abrazo a mis padres y a mis hermanos. Les digo que estoy bien, que ya no tengo sed y que Basi me cuida. Me tengo que ir porque ellos no me ven ni me oyen pero siempre los querré y no me olvidaré de ellos.

Nos marchamos. Basi y yo dejamos la casa. El campo, las hierbas, los árboles y las flores tienen un color especial, hay una luz especial Seguimos caminando confiados en un próximo encuentro con esa gente que Basi conoce.

Es él el que me conduce y yo lo sigo. Parece como si conociera el camino pero sé que esa impresión no es cierta, pues ha cogido una vereda que no había visto antes. Es muy bonita. La luz es distinta, es más clara, más nítida pero no deslumbra. El sol luce pero no quema. Los árboles y las flores brillan como si acabaran de limpiarse por una tenue lluvia, pero no llueve y está todo seco. A las aves les sucede lo mismo. Todo es más hermoso. Tras un recodo en el camino llegamos a un prado grande, abierto, verde, claro y muy hermoso. Veo niños como yo jugando y correteando. Parecen felices.

Basi y yo seguimos andando. Buscamos una casa pero no la vemos. La vegetación la oculta y solo cuando hemos atravesado la planicie vemos la construcción tras una barrera de árboles y arbustos muy bien cuidados que la ocultan a los ojos de los curiosos. Callamos. Estoy asombrada y me pregunto qué nos sucederá a partir de ahora.

En la puerta abierta hay una señora de aspecto bondadoso que espera a que lleguemos hasta ella para comenzar a hablar. Nos dice que se alegra de que hayamos llegado y le da las gracias a Basi por haberme traído. Lo felicita por haber cumplido muy bien su trabajo. Pero ahora que me fijo no ha movido sus labios para hablar. Me quedo asombrada. Me dice que no me preocupe que pronto lo entenderé todo y que si así lo deseo esa será mi casa y la de Basi, por supuesto, mientras la necesite.

Todo aquello me gusta. Los niños como yo están libres y juegan, son felices. Miro a Basi y veo que a él también le gusta. Nos quedamos.

Empieza una vida nueva para mí. Observo admirada todas las cosas. Hay personas mayores que se encargan de nosotros, los niños. No me riñen, no hay gritos, ni temores. Todo se hace con calma y reflexión. Es como un internado pero no voy a la escuela ni hago los tediosos ejercicios de ortografía y aritmética. Me enseñan otras cosas. Me enseñan comportamiento, pero no es etiqueta, no. Es, cómo he de hacer para ser mejor persona y no volver con las mismas situaciones o los mismos hábitos. Aquí aprendemos de forma diferente. He de estar mucho tiempo aquí porque he de aprender mucho y no he olvidado a mis padres y mis hermanos. No me importa, lo comprendo y soy feliz en la medida en que puedo porque aun sigo añorando a mis padres.

Solo os puedo decir que obedezcáis a vuestros padres y que no os escapéis a escondidas, que siempre sepan dónde estáis y con quién y así no os sucederá como a mí. ¡Que Dios os guíe!

Nº 14 UN CHICO ADICTIVO

Soy un chico, un chico muy chico y no me refiero a pequeño. Me refiero a mi corta edad y a lo que me gustan las mujeres. Perdón, me gustaban, porque ahora, desde donde vivo, no veo hombres ni mujeres, solo veo espíritus, personas en sufrimiento y redención como yo. Pero el hermano Evangelino me ha pedido que os cuente mi historia más reciente. Cree que así os podré ayudar al mismo tiempo que me ayudaré a mí mismo. Dice que siempre es bueno repasar el dolor de la lección, que siempre podemos sacar matices, tonalidades en la comprensión de los errores que por ignorancia cometemos a lo largo de nuestra evolución. Pero también dice que no podemos quedarnos en la contemplación del dolor, sumidos en una culpa paralizante porque así no aprendemos nada. Vamos a ver como puedo contaros mi historia porque es un poco delicada y no quiero utilizar un lenguaje grosero y degradante como el que yo utilizaba.

No estoy seguro de cuándo empezó mi “problema”, no lo estoy. Seguramente como en otros niños comenzó con tocamientos al azar que me producían placer, un placer indescriptible que desde el centro de mis piernas me subía con la sangre al corazón, a la boca, que se me ponía tonta y salivada y al cerebro. Aquello no tenía visos de solución y pasaba horas ocupado en esos menesteres. Sentía mucho placer, mucho.

Al principio mis padres y las personas que cuidaban de mí se reían pero cuando vieron que mis actividades eran constantes, empezaron a reñirme y a decirme guarro y asqueroso, y me daban palmadas en la mano para que cesara mi actividad. Así que a fuerza de palmadas y regañinas fui aprendiendo a esconderme y a dedicarme a mi placer en soledad. En esa situación tocar la piel o el cuerpo de una mujer joven pero ya adulta aumentaba mi estado de excitación, que se volvía casi un frenesí. En esa edad fingir que tenía miedo y que no podía dormir me era muy sencillo, como sencilla era la solución que daban mis padres, ya que hacían que una criada de la casa, María, durmiera conmigo. Así podíamos dormir todos.

En la soledad y oscuridad de mi habitación me cambiaba de cama y me dormía excitado y abrazado a María. En uno de esos abrazos me tropecé no ya con su pecho, que se escapaba de mis manos, sino con su pezón. Ese botón minúsculo y maravilloso que comenzó a responder con vida a mi tacto. María se quejaba, me daba palmadas y me decía que me estuviera quieto. Yo me asustaba, paraba un poco, un par de noches, pero la excitación constante en la que vivía me hacía repetir mis actividades ¡Qué maravilla! ¡Cuánto placer me daba! Algunas veces me dormía con mi mano en su pecho y mi cuerpo completamente pegado al suyo. Estaba en el paraíso. Al día siguiente me despertaba descansado y eufórico, con la alegría y vitalidad propias de un niño sano y lleno de salud. Otras veces, por el contrario, no podía dormirme pues mis actividades nocturnas habían llegado demasiado lejos. María se inquietaba y cambiaba de posición y yo me acomodaba a su nueva postura. A ella también le sucedía lo mismo. Había noches que se dormía enseguida, pero otras estaba tan inquieta como yo y, enfadada, me mandaba estar quieto o me

amenazaba con cambiar de dormitorio. Me quedaba quieto y lloraba diciéndole que la quería y que quería dormir siempre con ella, que no me podía dejar solo.

Así eran nuestras noches y una cosa lleva a la otra. Cuando se cansaba de que le tocara el botón del pecho me ponía la mano en el hombro o en el cuello. Pero un día, quiso el azar que descubriera su vientre, suave, liso, duro, redondeado y dulce, muy dulce. Era muy grande para mi mano. Allí había mucho territorio que descubrir, abarcar y recorrer. La piel era casi tan suave como la del pecho, pero su aroma era distinto. También tenía vida, pues con la respiración, que algunas veces le faltaba, subía y bajaba, se hacía grande y pequeño. Y yo lo palpaba, lo sentía como mío, era su único dueño. Y pasaba mi mano del pecho al vientre y del vientre al pecho con calma o con frenesí, según sintiera. Y ella se quejaba, me decía que parara y que me durmiera, pero a veces se pegaba, si cabe, aún más a mi cuerpo y la notaba sofocada y ardiente. Me gustaba.

Un día, también quiso el azar, bajé, si cabe, aún más mi mano y me encontré con un vello grueso, duro, corto, rizado. Un vello hecho a la medida de mis dedos. Con ellos me enredaba, se enroscaban a mi mano, se desprendían para luego prenderse en torno a mí. Era más grueso que el que tenía en el pelo y también su aroma era distinto. El de la cabeza le olía a lavanda o a tomillo, era suave y muy largo. Me gustaba su tacto, cuando estaba limpio, sobre mi piel. Me acariciaba su suavidad. En cambio este otro vello era más duro, más corto que el de la cabeza y olía muy, muy distinto.

El día que lo descubrí, María se enfadó mucho. Nunca la había visto así y temí que sus amenazas de no volver a dormir conmigo se cumplieran. El resto de la noche me quedé quieto. No podía dormir, mi deseo de investigar me apremiaba. Ella tampoco dormía.

La noche siguiente me obligó a quedarme en mi cama, pero de madrugada, cuando desperté, me cambié a la suya. Ella dormía y dormida me acogió en sus brazos. Estaba de nuevo en el paraíso, en los brazos de un dios cuyos caprichos no entendía pero del que me declaraba su eterno esclavo. El deseo me consumía y nunca, nunca me cansaba.

Cada vez que veía a María trajinando por la casa sentía la necesidad de tocarla, olerla, acariciarla y me desesperaba, consumido por los celos, cuando la veía hablar con algún criado o con algún hombre joven como ella.

Estuve un tiempo siendo muy cuidadoso, me limité a recorrer el territorio de su cuerpo que ya conocía y que ella me dejaba, pero siempre intentaba volver, por lo menos una vez, al nuevo territorio descubierto. Acariciaba su vello, me enredaba en él y sorprendido, lo encontraba húmedo, viscoso, resbaladizo. No era una superficie llana. Había una gran hendidura y a su lado dos grandes montañas, en el centro, un pequeño triángulo, que como los botones del pecho, respondía a mi tacto. Allí descubrí que estaba la fuente de todo su placer, de nuestro placer. Me gustaba dormirme con mi mano en su pecho o en su fuente.

Aprendí a conocer sus respuestas, a amarla más o a parar para aumentar también su frenesí que era el mío. Un día, con gran sorpresa por mi parte, me derramé sobre ella. No sé como sucedió. Me quede muy sorprendido, pensé que estaba enfermo. Le pedí perdón y le prometí que no la volvería a manchar. Ella me consoló, me dijo que no me preocupara y que lo sucedido significaba que me había convertido en un hombre y que ella debía abandonar mi habitación para que yo durmiera solo, como lo hacían los hombres. Lloramos. Ambos llorábamos porque no queríamos estar separados. Al final de la noche conseguí que me prometiera que no diría nada, así podríamos continuar durmiendo juntos.

A partir de ese día mis caricias se hicieron más atrevidas y profundas. No había límites y me dejaba llevar por mi deseo y mi instinto. Siempre pendiente de la respuesta de María, paraba, reposaba, la acariciaba en otro punto, y solo cuando notaba su deseo febril y ahogado, continuaba en la fuente de todos nuestros placeres y yo me derramaba en cualquier parte de su cuerpo, en su vientre, entre sus pechos, en su cuello o su axila, entre la piel de sus suaves muslos. Cualquier lugar de su adorado cuerpo era bueno para mí.

Yo continué creciendo y claro está, llegó un momento en que mi padre ya no consintió que María y yo durmiéramos en la misma habitación. Usé todos los recursos que pude. Lloré y grité toda la noche. Empecé a mojar la cama, como un niño, al mismo tiempo que lloraba. Mi padre no se conmovió, se mantuvo firme.

No importaba el malestar, los gritos y los llantos que cada noche adornaban mi cama. No importaba que no cesaran hasta la madrugada, ni que todos los miembros de la casa nos levantáramos de mal humor, ni que una ojeras negras fueran adornando nuestros rostros, ni que las discusiones y los gritos de la casa acompañaran nuestros días. Lo único que importaba era que yo durmiera solo porque ya me había hecho mayor.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, cuántos días con discusiones y malas caras, cuántas noches con gritos, llantos y faltos de sueño. No lo sé. Un día comprendí que la situación era inamovible. Nada iba a cambiarla, hiciera lo que hiciera. Pero si esa vía estaba cerrada necesariamente debía de haber otra. Lo que no estaba dispuesto es a dar por terminadas, eran mis caricias con María.

Cuanto más tiempo pasaba mi desespero y frenesí por su piel, su vello y su aroma aumentaban. Vivía en una desazón continua y bastaba cualquier hecho casual o encuentro con ella para que mi cuerpo, ajeno a la conveniencia, respondiera. La miraba, y veía también en su rostro las huellas de mi ausencia. Sus pupilas estaban apagadas y tristes, y tenía un cierto rictus de amargura en su boca. Ella también me añoraba, también deseaba dormir conmigo, le faltaban las caricias de mis manos. Seguro que su sueño era inquieto como el mío. Mi cuerpo llamaba a su cuerpo. Entre ambos se habían establecido unos hilos invisibles a los ojos de los demás que tiraban de nosotros cada día. Cada día se acortaban y en su tirar me dolía el pecho, el vientre y la parte más sensible a ella de mi cuerpo.

Hasta que un día di con una solución muy sencilla. Dejaría de llorar y cuando todo el mundo durmiera y no se oyera nada, saldría de mi habitación y me iría a la de María. Tendría que esperar un poco a que los ánimos y la desconfianza se calmaran. El hecho de haber encontrado la solución mejoró mi estado de ánimo y una cierta paz me inundó en la confianza de un próximo y certero encuentro.

Así hice y una noche me deslicé sinuoso a su habitación. Parecía que me estaba esperando, pues levantó el embozo de la cama y me cubrió, por primera vez en mi vida, de besos y abrazos. Despacito, despacito me dijo que no habláramos. No podía hablar. Mi cuerpo sentía urgencia y premura, ansia por el contacto con sus senos, su vientre o sus muslos. Me ahogué en su cabello, quería verla y extasiarme en la calidez de su presencia. Pero aquella noche todo eran prisas. Me faltó tiempo para amarla como era mi deseo. Tenía miedo de que me encontraran en su habitación o de que nos oyeran.

Abandoné mi paraíso particular desgarrado y ardiente de deseo no satisfecho, pero con la seguridad de que volvería cada noche que los sonidos de la casa me lo permitieran.

Así lo hice aunque algo había cambiado en la forma de amarnos, algo que no acababa de agradarme. Entre los dos se había interpuesto el tiempo. Ese maldito se estableció entre María y yo como un enemigo que nos impedía gozar de una manera más profunda y pausada de nuestro amor. Recordaba muy intensamente cuando teníamos toda la noche para conocernos y nos amábamos sin prisa, entre sueños, dormitando y excitándonos hasta que la calma o el sueño nos vencía. Ahora, el tiempo, el maldito tiempo y con él, el miedo se habían interpuesto entre ambos. Mis ansias de goce no hallaban consuelo. Nunca estaba satisfecho, siempre me quedaba con hambre. Además alguna noche me encontré con mi padre o con mi madre y tuve que volver a mi dormitorio con una u otra excusa. Esa solución no era tan buena, debía de haber otra que me permitiera estar toda la noche con ella, como antes lo estábamos. Amar de ese modo, furtivo y acelerado, solo conducía al desespero y no a la plenitud. Y me puse a pensar en ello.

Y como no podía ser de otra forma, hallé una solución. Una solución definitiva, algo arriesgada y peligrosa pero que me permitiría retomar mis encuentros con María de una forma calmada, tranquila, no con el miedo y la premura con que ahora lo hacía y que tan poco me satisfacían.

Primero debía cerrar la puerta de mi habitación con el pestillo de manera que nadie pudiera entrar. Después observé que nadie a lo largo de la noche se acercaba a mi habitación y que a nadie le extrañara que yo cerrara. Yo me seguía quejando del miedo y que por eso cerraba la puerta. Comprobado esto, lo que quedaba era salir al balcón y por el alero de la casa llegar a la ventana de la parte de atrás donde dormía María. El camino no estaba exento de riesgos pero nadie me podía ver, a no ser que estuviera en la calle y alzara la vista. Me parecía la solución perfecta porque de nuevo tenía toda la noche

para, sin prisas y sin pausas, seguir amando a María y procurarme el placer al que estaba acostumbrado y del que dependía porque daba sentido a mi vida.

Mis primeros encuentros con ella volvieron a ser como antes. El miedo y el tiempo habían desaparecido y en su lugar reinaban la calma, el juego, la pasión, el frenesí, la laxitud y el amor o lo que yo entendía entonces, creía que era la más alta expresión del amor. Cuando comenzaba a clarear hacía el camino inverso y terminaba mi noche en mi habitación. De nuevo estaba en el paraíso. Me sentía un hombre feliz y completo, no como el resto de mis amigos y compañeros que no conocían las mieles del amor, ni la intensidad de la pasión, ni el frenesí, y que aún no habían conocido el sentimiento de perderse en los brazos del amor o fundirse gracias al amor en un solo cuerpo. Porque yo entonces sentía que mi cuerpo no era solo mío, lo mismo que el de María. Cuando estaba solo me sentía como una mitad perdida de algo que completo era muy hermoso. No tenía sentido mi vida sin que nuestros cuerpos se unieran, nuestras vidas se enlazaran. Nada importaba si no era ella, mi tiempo con ella. Solo eso tenía sentido y le daba impulso a mi vida. Me sentía enormemente feliz con ella.

Cada noche y cada amanecer recorría el alero que conectaba nuestras habitaciones. El alero se convirtió en mi senda particular del placer. Lo recorría con ansia o con desgana, según fuera en un sentido o en otro. Al principio lo hacía despacio y con cuidado pero luego me confié, lo hacía con los ojos cerrados de las veces que lo había recorrido. Y como lo hacía a diario no me di cuenta de que a medida que crecía mis pies también lo hacían y que yo ganaba en estatura y peso, pero el alero seguía siendo el mismo. Ya sabéis lo que pasó. El alero o mis pies fallaron y mi cuerpo dio en el suelo. No me había caído desde muy alto, pero sí que estaba en mala posición y la caída fue fatal y definitiva.

Al principio estaba un poco mareado y dolorido. Me levanté del suelo preguntándome cómo entraría en casa sin que nadie lo notara. Pero pronto a mi alrededor todo eran gritos, voces y llantos y aunque les decía que no me había pasado nada y que callaran, llamaron a mi casa y vinieron mis padres. Estaba asustado, esperaba una fuerte regañina y un severo castigo. Nada de esto sucedió. Sus rostros cambiaron, se volvieron lívidos, incluso se deformaron, parecían una máscara de dolor. Mi madre cayó inerte. Mi padre no sabía a quién atender y lloraba. Nunca lo había visto llorar. Fueron llegando todas las personas de mi casa, también María. Puso una cara de espanto y empezó a llorar de forma desconsolada diciendo que era por su culpa y que ella me había matado. Todo eran gritos, llantos y algarabía y no lograba hacerme oír por nadie aunque lo intentara a gritos o tocándolos. En uno de mis giros para llamar su atención me di cuenta de que había un cuerpo, mi cuerpo, en el suelo. Aquel era yo. No entendía nada. Aquello no encajaba con lo que sabía de la muerte, es más, parecía que estaba más vivo que antes y que captaba mejor las cosas, pues mi oído y mi visión habían aumentado.

Seguí a mis padres al interior de mi casa en el vano intento de consolarlos y viví junto a ellos el dolor de mi duelo. Me sentía culpable por lo que estaban

sufriendo, pero cualquier cosa que intenté para aliviarlos fue un fracaso. Lo mismo me sucedió con María.

Y entonces se abrió una etapa muy dura para mí, pues al dolor de verme sin los míos y alejado de mi fuente de placer, se unió un sin fin de voces, rostros grotescos y demás espectros infernales, que a gritos se burlaban de mí y que me llamaban entre risotadas “suicida”. No entendía nada. No sabía qué hacer, ni a dónde dirigirme. Fuera a donde fuera me seguían.

Además la ausencia de María me atormentaba. Varias noches había ido a visitarla y siempre la había encontrado anegada en llanto. Trataba de calmarla, le acariciaba el pelo, le decía palabras de consuelo y cuando ella se tumbaba, me tumbaba a su lado abrazándola para aliviar sus penas. A veces no se daba cuenta y entonces permanecía a mi lado toda la noche. A veces sí que intuía mi presencia y entonces su llanto aumentaba recriminándose su conducta y considerándose culpable de mi muerte. No valían mis palabras, pues no me oía. Una noche que parecía un poco más calmada, intenté retomar mis encuentros con ella, pero fue tal su reacción, su terror y sus gritos de espanto pidiéndome que me marchara y la dejara, que eso hice.

Entendí claramente que no podía seguir en mi casa, que debía dejarlos a todos ¿Para qué quedarme en mi casa si nadie me podía oír? ¿Para causar espanto como me había sucedido con María? No, lo mejor era marcharme.

Entonces el griterío y la persecución se hicieron insoportables. No me podía escapar ni esconder. Fuera donde fuera me seguían. Y pasó mucho tiempo, o al menos así me lo pareció. Pensaba, pensaba en mi vida y hacía examen de conciencia. Sabía que había pecado contra el sexto mandamiento y que había muerto, de forma accidental, en pecado mortal. Debería estar pues en el Infierno, pero aquello no me lo parecía. ¿Dónde estaba? ¿Qué debería hacer? Y me estaba haciendo esas preguntas cuando se acercó a mí un ser que no me insultó, que no se rió de mí, que su gesto y forma de actuar eran angélicos (a él no le gusta que diga esto y ahora mismo me ha reñido, pero para mí fue un ángel). Valía la pena que lo escuchara. Y allí entre los dos fui contándole mi vida y desgranando mi dolor. Me consoló, no se rió de mí y me brindó la oportunidad de acompañarlo. Y aquí estoy con él.

He repasado mi vida, también con él, pero de otra forma. He comprendido que no debo hacer del placer mi único dueño, que el placer no me puede apartar de otras necesidades y objetivos de la vida, que debo aprender a dominar el placer y que no sea el placer el que me domine a mí hasta poner en peligro mi vida y que sí, en este sentido, soy un suicida. Debo aprender a que no solo hay placeres de la carne y que si nos dominan se vuelven muy peligrosos. Debo aprender a que también existen los placeres del espíritu, y que estos, bien llevados, nos acercan más a Dios. Tampoco debo olvidar que no es la primera vez que me enfrento a este tipo de problema, por eso me apareció tan pronto y mi vida fue tan corta. No debo olvidar que el objetivo de mi vida, de cada una de mis vidas, es acercarme un poquito más a Dios y para ello he de poner toda mi atención e intuición en cumplir las leyes eternas e inmutables de Dios. Así

que, si de algo os sirve mi lección, mi vida, estaré satisfecho, habré ayudado como yo lo fui. Y justo es devolver con amor, lo que con amor hemos recibido. ¡Qué el Padre guíe vuestros pasos!

Nº 15 EL CAZADOR

Todo empezó no ha mucho, pues su recuerdo permanece muy vivo en mí y sus consecuencias aún me persiguen y las tengo presentes. Todo empezó como suelen empezar las cosas. Un árbol se tuerce cuando todavía no se ha desarrollado y el agricultor diligente o descuidado decide mantener su forma o enderezarlo. Eso es lo que me sucedió a mí. Mi comportamiento errático, violento y torcido no se encontró con la oposición, firmeza y constancia necesarias cuando aún era tiempo, porque era un niño. Ya de mayor, familiarizado con este tipo de comportamiento, mi actitud y querencia fue imparable. Con esto no quiero echar las culpas a mis padres, a mis amigos o a mis compañeros de tropellías. No, no quiero exonerarme de unas acciones erráticas de raíz que solo a mí incumbían y que surgieron en todo momento de mí. Pero me estoy entreteniendo en divagaciones varias y no voy al grano de la cuestión. Empecemos.

Nací en el seno de una familia trabajadora. Mi padre y mi madre vivían de su labor en el campo pues cultivaban la huerta que estaba pegada a la casa y completaban su sustento con los animales que también cuidaban. Era una vida de trabajo constante, muy monótona. Siempre, los campos tenían sed, o los abrojos debían cortarse, la cosecha, si la había, recogerse. Vivían con una mirada puesta en el cielo, temiendo la abundancia de lluvias o su ausencia, la acción del sol devastador o la del viento y el granizo. Eso por lo que se refiere al campo.

Con los animales aun era peor. Debíamos proveerlos de agua y comida, mantenerlos limpios y ellos a cambio, nos proporcionaban huevos, carne, leche, queso, piel y plumas. De todas estas cosas sacábamos beneficio, pero no venían hechas, teníamos que hacerlas. Si a causa del trabajo en el campo nos retrasábamos, todos los animales, cada uno en su lengua, se ponían a gritar en un tono que al principio era violento pero que después acababa en un lamento ensordecedor que te rompía los tímpanos y el corazón. Y todos los días era lo mismo, fuera invierno o verano, hiciera un sol inclemente o una lluvia implacable había que atender al campo y a los animales. Mis padres no vivían del campo, vivían para el campo. Y me tuvieron a mí, cuando ya no me esperaban, un haragán vago, violento. La desgracia de unos padres.

Vivieron mi espera llenos de felicidad y temor pues mi madre no era joven, pero sobrevivió al parto y comprobaron que era un chico. Un chico al cual dejar en herencia todo, incluido el trabajo. Un chico que cuando creciera, sus fuertes brazos aliviarían la pesadez de los de mi padre. Un chico que, ya de mayor, traería una mujer a la casa y con ella vendrían niños que con sus juegos y voces les alegrarían la vejez. Pero ese no era yo. Esa no iba a ser mi vida.

Si pronto destaqué en algo fue por mi crueldad para con todo lo vivo y por mi indolencia para con el trabajo. No me importaba maltratar y torturar a los animales. Perros, gatos, gallinas y patos eran en aquellos momentos mis preferidos y estos últimos acababan muchas veces en la olla, para disgusto de mis padres, o mal parados. Perros y gatos aprendieron a huirme y se escabullían, siempre que no se descuidaban, de mi presencia. Con los

campos, con la cosecha y la siembra obraba igual. Destruir por destruir. Esparcía la cosecha y la destrozaba o arrancaba la siembra y la esparcía a los cuatro vientos.

Al principio mi madre me protegía mucho alegando que era pequeño, pero con el tiempo acabó dándole la razón a mi padre. Llegaron a la conclusión que como me habían tenido, habían de sufrirme como el que sufre una plaga, dejándola pasar y confiando que cuando acabe, todo pueda recomponerse. Pero los hombres no somos plagas que se pasan, a veces somos una maldición que se queda entre nosotros y nos arrastra y llena de dolor.

Así pues, los animales de la casa me huían, pues ninguno había escapado a mi crueldad. Las patadas y los golpes eran lo habitual cuando no, me entretenía comprobando el aguante del animal en una postura inverosímil. Si mi padre y mi madre nos oían, eso los salvaba a ellos y yo me ganaba un simple pescozón. Trataron de hacerme ver que los animales y los sembrados nos alimentaban y debíamos tratarlos bien para que nos lo devolvieran con sus frutos. Con el tiempo dejé de ocuparme de los sembrados, pues estos permanecían quietos, impasibles a mi presencia y ese sentimiento de poder ante algo que acepta tu acción de manera tan pasiva, no era tan intenso, ni tan fuerte como cuando mi acción se centraba en los animales. Estos corrían, se escondían, aullaban, se defendían, atacaban, jadeaban, me miraban retándome o inspirándome piedad, me pedían que los matara y todas esas cosas juntas, reunidas, me daban una sensación de poder muy grande. Me parecía ser el dueño cruel de la creación. Todo lo que se movía era mío, estaba a mi alcance.

No es de extrañar que con esos sentimientos me dedicara a la caza en cuanto pude aguantar un arma, cargarla y disparar. Aún era casi un niño. Mis padres habían tratado de convencerme que los ayudara en los sembrados o en la granja con los animales, pero yo les decía que los hombres no estaban hechos para inclinarse sobre la tierra, estaban hechos para dominar y mandar sobre todas las bestias, que allá ellos si querían vivir como esclavos, yo sería siempre un hombre.

Nunca me preocupé por la granja, nunca los ayudé, nunca me planteé de dónde procedían los alimentos que llenaban nuestra mesa, o la ropa y el calzado que me cubría, o de dónde procedía lo que pagaba por mis fusiles, escopetas, cartuchos, balas, puñales y demás útiles de caza. Y no lo preguntaba porque no lo veía. No le daba importancia y me parecía lo más natural. Cuando salía al monte a cazar no volvía a casa con las piezas abatidas, no. Iba matando cuanto animal veía y se cruzaba en mi camino. Iba dejando un reguero de sangre y muerte a mi paso. Recoger las piezas abatidas significaba cargar con ellas y dejar de cazar, así que una vez muertas las abandonaba y las dejaba donde habían caído abatidas para alimento de carroñeros u otros animales que se alimentaban de las piezas abandonadas. Todo lo más y siempre al final de la tarde cazaba un conejo o una liebre y se lo daba a mi madre para que lo cocinara, pero era algo excepcional, pues lo hice muy pocas veces.

Lo que más me gustaba era abatir un jabalí o un corzo, malherirlos y perseguirlos siguiendo su rastro. Si podía continuaba disparando pero no para darles muerte, no. Les disparaba para que supieran quien mandaba, quién estaba sobre ellos y que morirían en el momento que yo quisiera o que ellos, su cuerpo, no aguantara más. Entonces me sentía muy, muy poderoso, casi un dios. Me producía un gran placer. La sangre corría acelerada por mis venas y un hormigueo de poder se adueñaba de mí.

Ahora me pregunto si amaba a mis padres y me he de confesar que no. No los amaba, más bien los despreciaba por el tipo de vida que llevaban. Tuvieron la fortuna y el acierto de dejarme tranquilo y de no esperar nada de mí cuando fui mayor. No sé cuál hubiera sido mi comportamiento si me hubieran presionado, intentado avergonzar o hubiéramos tenido otro tipo de discusiones duras, pues conociéndome como ahora me conozco, no dudo de que en una discusión, mi violencia se hubiera disparado y los habría matado sin dudarlo. Doy gracias a Dios y a su prudencia porque esto no ocurrió.

Lo que sí ocurrió fue que a medida que fui creciendo también lo hicieron mis ansias de violencia y muerte. No me impliqué en el trabajo de la granja, ni me preocupé por conocer su manejo y administración. Tampoco me importó ver a dos ancianos, encogidos de sol a sol trabajando y proveyendo todas mis necesidades. Mis días se contaban entre una cacería y otra. Pronto las fieras de mi entorno se hicieron más difíciles de obtener y más escasas. Debía andar más y a lugares más recónditos y de difícil acceso para encontrarlos y darles muerte. Ya no podía volver a diario a casa. Tenía que pasar algunas noches al raso, arrebujado en una manta medio rota, sucia y de olores repugnantes, mezcla de hierbas, matojos, sangre y diversas heces. Cuando no, me cubría con diversas ramas que arrancaba de los árboles y que me ayudaban a guarecerme y a disimular mi olor en la noche. Ni siquiera encendía una fogata, pues me gustaba sentirme en todo momento como lo que era, un cazador persiguiendo su más preciada fiera. Si hubiera encendido la fogata y calentado la comida o bebido un café, me hubiera convertido en un cazador que mata por deporte. Mi sentimiento era mucho más primario y visceral, procedía de un lugar muy oscuro de mi interior, las tripas, pero no por hambre, por sed de ser más que la fiera. Más fuerte, más constante, más capaz, más inteligente, más salvaje.

A veces, en mi ignorancia, lo veía como un duelo, un enfrentamiento entre iguales, como si fuéramos gladiadores en un circo romano y de ello dependiera nuestra vida. Siempre era un combate a muerte. Su vida o la mía y cuando lo veía, a la fiera, morir entre estertores me sentía feliz y fuerte. Pero ya estaba pensando en el próximo combate, en la próxima cacería, en la próxima víctima digna de mí. La dejaba en el monte, que sirviera de alimento a otros animales y regresaba sucio y maloliente, con algún rasguño o arañazo, y hambriento a mi casa. Dormía varios días, me reponía y volvía a comenzar.

El entorno de mi casa se hizo pequeño, necesitaba alejarme más, ir a otras zonas de caza un poco más recónditas y desconocidas. Me tuve que poner en contacto con otros cazadores que me fueron hablando de otros lugares y otros animales que no conocía. Se abrió para mí otro mundo, desconocido, lleno de

animales peligrosos, arriesgado y que me provocaba una aceleración y expectación muy gratas.

Intenté cazar con ellos, meterme en batidas de caza, pero la actitud, un poco infantil para mí, de estos cazadores me defraudó. Además éramos muchos y hacíamos mucho ruido, las presas huían, siempre estaban hambrientos, sedientos o cansados y después se fotografiaban con las piezas conseguidas que otros apilaban en distintos montones para saber quién había sido su captor. A veces, había fuertes discusiones por ese motivo. Nunca conmigo. No me interesaba la fotografía. No me gustaba cazar así. No me satisfacía. De esa forma se perdía ese sentido de duelo, de lucha a muerte, de lucha entre iguales que a mí tanto me agradaba.

Empecé a cazar en esos lugares cuando no había batidas de caza, en silencio y en soledad, como a mí me gustaba, sin importarme el tiempo que tardara, el hambre, la sed, el sol o la lluvia.

Me quedaba en una taberna a dormir los primeros días en los que trataba de familiarizarme con el terreno y luego ya comenzaba la caza, como siempre lo había hecho. Las ausencias de mi casa eran cortas, una o dos semanas, pero luego llegaron a durar varios meses. Volvía a casa por cansancio o porque se me había acabado el crédito y el dinero en el chigre en el que paraba a dormir. A veces me quedaba varios días en chozas de pastor abandonadas, cabañas medio derruidas o cuevas. Era necesario guarecerse del frío intenso de la noche y no podía abandonar el rastro de la pieza elegida. Hubiera sido como perder el combate. Así de vacía era mi vida.

Mi modo de vivir no varió y fueron pasando los años y mis padres y yo envejecíamos. A la vuelta de uno de mis viajes de caza, me encontré con que mi madre había fallecido y mi padre, roto por el dolor de su ausencia y temiendo quedarse solo en la granja, había buscado una familia para que lo ayudara en los campos y con el ganado, y también lo cuidara en la casa.

Era un matrimonio con dos chicuelos. Se instalaron en el desván. Ellos mismos levantaron las paredes en aquella parte de la casa que estaba diáfana y que hasta entonces había servido para guardar y mantener las cosechas.

Me pareció bien porque yo no iba a perder mi forma de vivir y claro está, no iba a quedarme a cuidar de mi padre, ni de la granja. A mí, lo único que me importaba de allí, era el dinero que me daban, lo que yo sacaba para poder seguir cazando y que cuando quisiera descansar, nadie, pero nadie, nadie, me molestara, ni con un ruido, ni con conversaciones, ni con reproches. Claro que mi padre me preguntó tras la muerte de mi madre qué pensaba hacer. Pero mi respuesta fue tan evidente que no fue necesario más. Yo no entendía que aquello me afectara y debiera cambiar mi vida. Para mí todo seguía igual, con madre o sin madre, la caza era la caza y estaba, incluso, por encima de mi propia vida.

Continué viviendo igual. Tras mis ausencias, comprobaba que la familia estaba cada vez mejor, más aposentada en la casa y con más dominio en la granja. Mi

padre confiaba cada vez más en ellos y ellos, cada vez más, opinaban e incluso llegaban a tomar decisiones sobre el manejo de la misma. A medida que mi padre envejecía, no podía trabajar y casi no podía caminar y alejarse de la casa. Ellos, con su trabajo y con el trato hacía mi padre fueron haciéndose fuertes. Al final de su vida, ellos lo dirigían todo, lo controlaban todo y se quedaban casi todo.

A la muerte de mi padre establecí con ellos el mismo trato. Pero yo no tenía ningún conocimiento ni control sobre lo que allí se hacía, ni sobre lo que las tierras y las bestias rentaban. Solo quería dinero para seguir cazando. Les fue muy fácil convencerme de que la lluvia, la sequía o el granizo habían arruinado las cosechas, o que las bestias habían enfermado y morían sin poder llevarlas al mercado. Yo miraba, pero no veía que ellos vivían cada vez mejor, sus ropas, su comida y sus aperos eran cada vez mejores. Su actitud en la granja era la propia de sus dueños y no de sus encargados.

Llegó un momento en que tras uno de mis viajes me dijeron que todo estaba perdido y que no me podían dar dinero. Estaba arruinado. Las bestias habían ido muriendo casi todas y por falta de monetario no se habían comprado crías, y lo mismo sucedía con los campos. El tiempo y las plagas lo habían arruinado todo. Me puse como loco, pedí cuentas, hablé, grité, me enfurecí. Pero como nada sabía, acabé aceptando lo que se me decía.

Decidí vender un trozo de tierra, no para levantar la granja, no. Lo hice para poder seguir cazando. Seguro que adivináis quién me la compró. Estaba tan cegado por tener dinero y poder seguir cazando que no reparé en ello, no me pregunté de dónde había sacado el dinero. Más bien al contrario, me alegré de solucionarlo tan rápido. Una nueva cacería me esperaba. Siempre había algo que cazar o una zona que recorrer o nuevas piezas que abatir.

Y los seguí dejando a ellos al mando y cuidado de la hacienda. Hasta que se me terminó el dinero y volví. Ese año la cosecha y el ganado fueron rentables, los posteriores, no. Y vuelta a vender y vuelta a comenzar con esa pantomima de malos años, y tras la venta, uno bueno. Poco a poco me quedé sin tierras y sin ganado, solo me quedaba la casa. La casa no se la quería vender porque no sabía dónde me podría recoger cuando envejeciera. La quería como mi refugio, no me desharía de ella. Pero seamos realistas, me había hecho sino viejo, sí al menos lo suficientemente mayor como para no poder empezar a trabajar o a emprender un oficio que desconocía.

Me mareo, la angustia del recuerdo me provoca mareos. Dejémoslo por hoy, no puedo continuar.

Empezaron para mí unos años de extrema pobreza y duras penas. Ya no podía vender nada más, no podía continuar cazando, ni podía alejarme mucho de la casa.

Al principio salía a cazar por los alrededores y volvía a casa con la pieza abatida, de eso me alimentaba, además de las hierbas y frutos que cogía en mis salidas. Decidí cobrarles un alquiler por la parte de mi casa en la que

vivían. Con eso compraba munición y otras pequeñas cosas que necesitaba en mi día a día, piezas que se rompían o deterioraban por vejez, ropa rota o desgastada, botas de campo, etc... el vino para alegrar mis comidas. En mi casa todo se venía abajo por falta de cuidados y por el paso del tiempo. Sábanas que se rompían, toallas que no secaban de lo finas que se habían vuelto, muebles atacados por la carcoma, cuando no rotos, sin patas. Ya no voy a enumerar más destrozos a causa de mi engañada vida.

Veía a mis vecinos, que ya no aparceros, progresar con el sudor y el esfuerzo de su trabajo. Los veía como mis padres, trabajar de sol a sol, inclinados en la tierra o cuidando a los animales, pero también los veía riéndose, conversando, cuidándose los unos a los otros, sudando a causa del esfuerzo en el trabajo o alegrándose en el tiempo de la cosecha. Los envidiaba, la rabia me corroía y les gritaba cuando sus voces me molestaban, no porque fueran altas, sino por lo que representaban. Ellos tenían lo que yo no tenía, tierras a las cuales sacar un rédito, bestias para vender y una familia. Todo esto había tenido yo y ya no lo tenía. Parecía que el destino se burlara de mí haciéndome ver lo que podría haber sido mi vida si no hubiera estado obsesionado por la caza, si no hubiera sido un egoísta y no hubiera abandonado a mis padres y a mis tierras y hubiera aprendido a trabajarlas. Veía mis errores pero no era momento de echarse atrás, ya no podía ser.

Intenté, cuando aun podía, contactar con otros cazadores o con los dueños de las tierras donde antes cazaba, con la esperanza de que otros cazadores inexpertos me contrataran y poder así mal ganarme la vida. Pero el acompañarlos me enfermaba. El sentido que ellos tenían de la caza era tan distinto al mío que volvía con los nervios destrozados, o los llenaba de exabruptos y malas palabras que enturbiaban nuestras conversaciones y no volvían a contratarme, o simplemente los abandonaba porque no podía resistirlos. Más de una vez tuve que volver para acompañarlos hasta un paraje conocido. Al final nadie quería contratarme y vivía con más penurias que en mi abandonada casa, por eso volví.

Viejo, renegón, con mal carácter, solo. Parecía, incluso, que los animales del bosque me habían abandonado. Todos ellos eran ahora más rápidos que yo y cuando estaba preparado para disparar, ellos se habían ido, habían desaparecido y yo me quedaba asombrado, con un palmo de narices y sin comida. Refunfuñaba y volvía a casa. Rebuscaba en los armarios y en la despensa algo para comer y no encontraba nada. Arriba, donde vivían mis vecinos, olía a comida. Las tripas me rugían, me las sujetaba y daba vueltas por la casa como un oso enjaulado. No le veía salida, hasta que un día llamaron a mi puerta y cuando abrí la vi a ella, la mujer de mi vecino, que sin decirme nada me acercó un plato, lleno hasta los bordes, de comida. Nada nos dijimos. Y allí en el silencio establecido entre ambos, dudé entre tirarle el plato a la cara o aceptarlo. Terminé haciendo esto último. A partir de ese momento siempre venía cuando los demás no estaban y en silencio me acercaba la comida, o encontraba leche en la terraza, o pan y galletas. En suma, me alimentó en silencio hasta mi muerte. Fueron años, nunca me falló. No hablábamos, así que no sé por qué lo hizo.

Poco antes de morir, decidí darle a ella lo poco que tenía. Justo era darle todo lo que tenía a cambio de lo mucho que había hecho por mí. Esta acción que continuaba siendo egoísta, pues se lo daba cuando yo ya no lo necesitaba, es el hecho que yo más valoro en mi vida. Creía entonces que era una gran acción y ya me veía salvado de la condenación eterna por ella. Craso error, pues cuando desencarné y me puse a repasar mi vida solo encontré egoísmo. Nunca pensé en los demás, en las personas que me cuidaban, mis padres, o en las personas con los que me relacionaba, los otros cazadores. Y qué decir de los animales a los que maté por puro placer. Toda mi vida, pero toda, toda, la había vivido para mí y mi propio placer, había sido una vida de puro egoísmo.

¿Qué más puedo decir? Pues que los últimos años de mi vida, solo, malhumorado y sucio, viviendo de la caridad de esta mujer silenciosa, casi muda, me sirvieron de poco. Es cierto que reflexionaba, miraba mi vida y mi juventud, pero apenas veía errores y equivocaciones. Todo lo más pensaba en una mujer, propia, que me hubiera cuidado en mi vejez, pero rápidamente lo desechaba porque con ella hubieran venido más bocas, sus hijos (nunca los veía como míos) y hubiera tenido que dejar la caza y ponerme a trabajar en la granja con mis padres. En fin, un horror que ni aun en la vejez, ni de pensamiento, estaba dispuesto a aceptar.

Sí que me hubiera gustado cambiar mis relaciones y reacciones para con mis vecinos, ser menos gruñón, más afectuoso con ellos. Pero esto lo pensaba por egoísmo, para sacar un beneficio, pues lo quería hacer para que me invitaran más, para que lavaran mi casa y a mí y a mi ropa, para que me hicieran un sitio en alguna de sus veladas. Jamás lo pensaba porque sí, lo veía como un trueque, un intercambio. Yo soy más amable con vosotros y vosotros me cuidáis. Las cosas no funcionan así.

Yo daba lástima y mi vecina, con el silencio y el anonimato de su acción, se compadecía de mí y me alimentaba sin que nadie lo supiera y sin esperar nada a cambio. Ella no comerciaba, daba vida.

Aunque intenté cambiar de carácter. Nada supe hacer porque tantos años de exabruptos, gritos y voces para con ellos, no me permitían saber como comportarme para propiciar un acercamiento. Todo lo más callaba o me mordía la lengua para no vocear, pero ellos no lo apreciaban y decían que estaba más tranquilo o más nervioso, según fuera mi conducta.

Cuando desencarné, fueron ellos los que se dieron cuenta de que algo me había pasado porque no me habían visto. Los hombres entraron en mi casa y me encontraron en la habitación que utilizaba como dormitorio. Llamaron al médico y al alcalde y, cuando lo permitieron, las mujeres me amortajaron. No saquearon mi casa, poco quedaba de mi propio saqueo. Cerraron la puerta y me acompañaron a la iglesia y al cementerio. No hubo nadie que llorara por mí, nadie lamentaba mi muerte. Mi vecino se preguntaba quién sería el nuevo dueño de la casa y si podría mantener el alquiler o comprarla.

Me quedé con ellos hasta que comprobé que mis deseos se cumplían y que ella era la nueva dueña de lo que antes era mío. Con eso me quedé satisfecho, ya sabía que había fallecido y que no me había sucedido como me decía el cura de niño.

Sabía que tenía una nueva vida por delante y no sabía cómo encararla. Oía voces que me llamaban “asesino” pero no eran para mí. Debían de ser para algún otro en mi estado porque yo no había matado a nadie, a ningún ser humano.

Debía estar en las Tinieblas porque todo estaba oscuro a mi alrededor. Las casas medio derruidas, la atmósfera polvorienta, la gente se vestía con harapos, ropas viejas, desgastadas y del mismo color que todo. Había también pájaros lúgubres, oscuros, feos, con graznidos lastimeros y terribles. Pensé que era una ciudad, así que la recorrí con la esperanza de dejarla atrás y llegar a un país mejor, donde no hubiera nada roto y su luz fuera alegre y no lóbrega. Dejé atrás la ciudad. A mi paso, las puertas se cerraban y oía las voces de sus habitantes que decían: “Otro que viene a quitarnos lo nuestro”. “Voy a cerrar que no entre en mi casa”. “No tengo nada para darle, todo es mío”. Y llegué al campo ¡qué desolación! La hierba era raquítica y no era verde, parecía más bien gris. Los árboles apenas tenían hojas. Parecía un campo, una vegetación desolada tras un incendio muy reciente.

Había pensado quedarme en el campo. Intenté recorrer la zona, pero fuera a donde fuera el paisaje desolador era el mismo. Cogí troncos y ramas y me guarecí del frío nocturno. Tardé tiempo en construirme una cabaña que siempre se desarmaba y debía volverla a armar. Cogí barro y lo puse entre los troncos y las ramas, pero también me sucedía lo mismo. La cabaña cobró el mismo aspecto que las casas de la ciudad, gris, macilenta, sucia, rota. El País de las Tinieblas no me gustaba debía hacer algo para salir de allí

No había nada que cazar o pescar, solo tinieblas, tinieblas que lo dominaban todo. Mis días carecían de sentido, lo que armaba un día, al siguiente se desarmaba. Además tenía miedo de alejarme mucho de la cabaña, no fuera el caso de que al volver estuviera ocupada y yo me encontrara de nuevo vagando. Así pues estaba mucho tiempo inactivo, con sentimientos de miedo, temeroso de que me quitaran lo mío.

Y me puse a pensar en mi vida. Me acordé de mis padres y me di cuenta de lo trabajadores y abnegados que fueron conmigo. Pero con respecto a ellos no me apareció otro sentimiento, ni el de la ingratitud, ni el de la culpa por mi abandono. Con respecto a ellos, pensé que hicieron conmigo lo que debían. Por mucho que analizara la vida con mis padres no brotaba en mí ningún sentimiento noble, ni siquiera el del amor a mi madre. Y la cabaña se caía. Parecía que la cabaña y mis sentimientos iban parejos. Cuando más egoísta era, en peor estado estaba la cabaña.

Y seguí repasando mi vida, lo que hacía durante las cacerías, y todo lo más, algún noble animal que había abatido, ahora, por su coraje y valentía lo hubiera

dejado con vida, aunque rápidamente me arrepentía porque me hubiera privado del placer de su caza. La cabaña seguía cayendo.

Llegué, por fin, en el repaso a mi vejez y allí me encontré con aquella mujer silenciosa, casi muda conmigo, que me había alimentado durante años, cuando yo ya no me valía, sin esperar nada a cambio. Y allí, en la soledad de mi cabaña, desarmada y rota, comprendí lo que era la generosidad y me di cuenta de que era el egoísmo el que había alimentado mi vida. Miré a mi alrededor, vi que tenía poco pero quería compartir lo poco que tenía con alguien, tal y como ella lo había hecho conmigo. Y me prometí invitar a pasar a la cabaña al primer caminante que viera y quisiera quedarse conmigo. No me importaría que se quedara poco o mucho tiempo. Tampoco a ella le había importado. Le ofrecería lo que tenía y eso era todo.

Pasaron muchos caminantes, sucios, rotos macilentos, como yo debía estarlo. Algunos al oír mis voces al llamarlos huían atemorizados. Otros lo hacían un poco más despacio, caminando de espaldas, intentando protegerse de alguna agresión por mi parte. Otros daban un largo rodeo para no encontrarse conmigo. Pero mi ánimo no cejaba y seguía dispuesto a continuar intentándolo hasta conseguirlo.

Un día vi un caminante que se acercaba a mi cabaña despacio. No lo veía bien porque en el País de las Tinieblas había salido la luz y se había situado a su espalda. No veía su rostro, ni tampoco sus ropas, la luz de su espalda me cegaba. Cuando llegó a mi altura lo invité a pasar a mi cabaña y descansar del camino. Aceptó. Sus ropas eran mejores y mejor su color de cara. Descansó en mi cabaña. Y después hablamos y hablamos, parecía un sabio. Me dijo que vivía en otro país o en otro lugar, con más luz, con una vegetación abundante y con hermosos animales que nunca se cazaban porque eran criaturas divinas y había alimentación de sobra. Me dijo que su oficio consistía en buscar hombres en el País de las Tinieblas que quisieran dejar de vivir allí. Me reí, me parecía que su oficio de buscador de hombres era parecido al mío de cazador de fieras. Y me continué riendo porque fácilmente encontraría hombres que quisieran dejar de vivir en este país. Me parecía un poco ingenuo e inocente porque nadie querría vivir en un mundo tenebroso, con apenas luz, en el que todo se derrumbaba y estaba sucio. Me reí, me reí mucho aunque él estaba serio y no se reía. Me dijo que al contrario de lo que creía, era difícil encontrar hombres que quisieran abandonarlo, porque lo único que hacían y querían seguir haciendo, era lamentarse de su suerte y continuar con sus viejas costumbres egoístas, por eso su oficio de buscador de hombres era tan difícil, tan fatigoso. Pronto debería marcharse porque había encontrado lo que buscaba, un hombre que estaba en condiciones de dejar las Tinieblas.

No estaba seguro de lo que me decía y sobre todo sentía que no había ayudado a nadie, salvo a él. Me parecía que no había cumplido con mi decisión. Pareció leerme el pensamiento porque me dijo que no estaba preparado para una misión tan importante, pero que si ese seguía siendo mi deseo, lo mejor era prepararse para hacerlo bien y en su país podrían enseñarme a hacerlo. Tener una casa pequeña de acogida podría ser muy bueno, pero de momento lo prioritario era prepararse para esa acción.

Me convenció y lo acompañé y me estoy preparando para levantar junto a otros compañeros una casa de acogida donde ayudar a los que deseen quedarse. Es la única forma de devolver tanto bien como recibí de aquella mujer a quien le deseo toda la bondad del mundo.

Nº 16 ABOGADA DE PRESTIGIO

Todo empezó un aciago día en que mi vida se vino abajo. Amaneció como otros tantos días, un tanto gris, con nubes, pero luego el sol se levantó y brilló en todo su esplendor. Yo aún no sabía lo que me esperaba y estaba haciendo lo usual de mis mañanas: un café, las noticias, pensar en mi trabajo, la ducha, arreglarme, etc... Parecía que todo sucedía como siempre. Pero solo lo parecía porque se estaba cocinando un gran desastre para mí.

Mi marido estaba haciendo la maleta, lo sabía. Se iba de viaje. Pero cuando entré a nuestro dormitorio vi que estaba llenando las maletas más grandes que teníamos. Dos maletas, para ser más exactos, dos. Así que le pregunté a dónde iba con tanta ropa y entonces me dijo que no pensaba volver. Las piernas me fallaron y me tuve que sentar en la cama. No sabía qué decirle. Me quedé en blanco y muda. El siguió hablando. Me dijo que no me soportaba. No soportaba mi conocimiento, mi brillo social, mis relaciones profesionales o mis amistades personales, según él, de alta sociedad. No soportaba más verse empequeñecido ante mí. No soportaba ser *el marido de*. A mi lado, decía, se había convertido en una sombra, no era nadie. Y quería recuperar su ser, su valor como hombre ante una mujer, también su valía profesional, porque muchos de los trabajos que había hecho últimamente, lo habían sido gracias a mí y tampoco quería eso. Quería volver a ser él mismo, pequeño, mediocre, pero él. Que a mi lado sentía como lo devoraba cada minuto y cada segundo, y perdía su capacidad de respuesta, su alegría, su chispa. Se había convertido en un maniquí, en otro adorno que decoraba mi vida. No podía más, se asfixiaba y como aún le quedaba un poco de fuerza y de dignidad, antes de convertirse en un alcohólico, me abandonaba. Ya hacía tiempo que había dejado de quererme, que para él solo quedaba una pasión entre ambos. Una pasión malsana, un sexo brusco y violento. La respuesta de un hombre que desea joder a quien le jode. Por eso nuestros encuentros eran breves y bruscos y me abandonaba despreocupado después de alcanzar su clímax sin importarle mi deseo o mi satisfacción. Se moría a mi lado. Y yo me moría sin él. Continuó llenando las maletas y hablando.

Entre nubes, a causa de shock, lo oía y no entendía nada. Mi mente era incapaz de articular ninguna palabra. Seguía quieta, sentada en la cama, inmóvil, muda.

No quería nada de la casa, ni muebles, ni cuadros. No quería nada que le recordara su vida conmigo. Quería dejarlo todo atrás, por eso solo se llevaba su ropa. Vi como entraba al baño y sacaba de los estantes sus cosas, la maquinilla de afeitar, una brocha, el after shave, la colonia, su champú...

Cada cosa que quitaba del baño era un puñal que me clavaba en el corazón. Acabé sintiéndome la Dolorosa. Me vi llorando, vestida con un hábito negro y

sobre mi pecho, un corazón de plata atravesado por nueve puñales, sus cosas. Bien es verdad que no perdía a mi hijo, no lo teníamos, perdía lo más importante en mi vida, mi marido. Seguía muda, derrotada.

Terminó de llenar las dos maletas y se fue. Salió del dormitorio, hasta ahora nuestro dormitorio, pidiéndome que esperara un poco para cambiar la cerradura porque no había podido coger toda su ropa. Que cuando volviera de su viaje vendría a por ella, cuando yo estuviera trabajando y que ya me avisaría. Era lo único que me pedía. Y cerró la puerta tras de sí. Yo seguía paralizada.

El teléfono no paraba de sonar. No me molesté en cogerlo. El busca echaba humo. Tampoco me esforcé en cogerlo. No podía, seguía en blanco y muda. Me había convertido en una estatua.

Y como tal, no podía responder a lo que pasaba a mi alrededor. Nada oía, nada había que me hiciera salir de ese estado de casi catalepsia en el que me encontraba. Respiraba, mi sangre circulaba por mis venas, pero poco más hacía mi cuerpo, porque mi cerebro estaba bloqueado. Había silencio en él y él silenciaba todo lo que ocurría a mi alrededor.

Poco a poco el teléfono fue enmudeciendo, sonaba cada hora. Me imagino que Claudia, mi secretaria, seguiría intentando saber de mí, después de haberse disculpado por mi impuntualidad y mi ausencia. El busca seguía sonando. Empezó a sospechar que algo me habría sucedido. Llamó a mi marido pero no se hizo con él hasta bien entrada la tarde (el aeropuerto, el vuelo y la reunión, lo impidieron). Nada les dijo, me había dejado bien ¡Canalla! Llamaron a hospitales y por fin, al atardecer decidieron ir a mi casa.

Solo entró Claudia y me encontró tal y como Jauma (Jaume) me había dejado, en el dormitorio, no ya sentada pero sí en esa misma posición, tumbada de lado en la cama, con los ojos abiertos pero sin poder moverme, sin hambre, ni sed, ni ganas de orinar. Nada.

Me hablaba, pero no la oía, ni la entendía. Me movía con fuerza, casi me sacudía, pero seguía sin responder hasta que se decidió, después de avisarme, a darme un sonoro y contundente tortazo. Eso fue lo que me hizo reaccionar y volver a la realidad. Parecía que la alarma había funcionado en mi interior y yo me había puesto a funcionar como si fuera una lavadora o un microondas con el inicio del programa en diferido. Mi maquinaria interna se ponía en funcionamiento.

Lloraba. Mis ojos se convirtieron en las cataratas del Niágara y mi pecho y mi estómago se llenaron de temblores, como si fuera un terremoto y sus

incontables réplicas. Lloraba, gritaba, balbuceaba. Claudia no me entendía, alguna palabra suelta como ido o Jaume, pero nada más, porque sabía que Jaume se había ido de viaje de negocios y no entendía nada. Optó por darme kleenex y dejarme llorar hasta conseguir que me calmara. Le llevó su tiempo.

Como pude le conté que Jaume me había abandonado y fue entonces cuando decidió lavarme la cara y llevarme a la Quirón, en la zona alta de Barcelona. Allí me suministraron calmantes y le aconsejaron que no me dejara sola esa noche. Y que, en cuanto pudiera, concertara una visita con el psiquiatra.

Pasó la noche conmigo. Dormimos juntas en nuestro dormitorio. No quería que llamara a mi familia. Se quedó conmigo. A la mañana siguiente llamó a la oficina para que, de nuevo, anularan mis citas, esta vez alegando una enfermedad repentina y les dijo que ella tampoco iría ese día a trabajar. Les dijo que había hablado conmigo y que había estado conmigo en el hospital, pero nada de la causa de mi malestar.

La veía a mi lado sin saber qué hacer y temiendo dejarme sola por si me ocurría algo malo. No sabía qué decirme o cómo consolarme, al fin y al cabo era su jefa. Se pasó la mañana maldiciendo a los hombres con las frases típicas de las mujeres abandonadas (cabrons, el millor del homes penjat pel gallet, fill de puta, la mare que t'ha parit, deixar-me açò) Daba vueltas por la casa. Me preguntó por el psiquiatra y le dije que sí, pero que lo buscara ella y que concertara la cita. Yo acudiría. Eso hizo y como yo ya me encontraba mejor, decidió marcharse al mediodía a su casa para asearse mejor y cambiarse de ropa, pero volvería al anochecer para ver cómo estaba.

Esa noche cenamos juntas y cuando comprobó que me había tomado las pastillas que le quedaban del hospital y que ella guardaba, se marchó tranquila a su casa. Antes de que me hicieran efecto, llamé quince veces a Jaume, pero no me lo cogió.

Pasé tres días así, sin saber muy bien qué hacía, decía o con quién me encontraba. En casa, mi familia, no sabía nada. No es que no quisiera decírselo, es que no sabía qué decirles y en el fondo esperaba encontrarme con él y arreglarlo todo. Deseaba aceptar de antemano cualquier cosa que él me planteara, cualquier condición con tal de que él volviera y seguir con nuestro matrimonio. Lo malo del caso es que no me cogía el teléfono a pesar de mis reiteradas llamadas. Yo me engañaba conscientemente echándole la culpa al teléfono, al cambio de hora, a la reunión o al ruido en el ambiente. No quería creer que él no quisiera hablar conmigo. Eso no podía ser, no cabía en mi cabeza que lo dicho en nuestra habitación fuese todo. Entre otras cosas, porque yo no había hablado, no había expresado lo que quería y no le había dicho que rectificaría mi actitud y mi comportamiento para con él. Aquello había

sido un monólogo que, pillada por la sorpresa, no fui capaz de rebatir. Eso era todo. Hablaríamos, debíamos de hablar cuando volviera.

Pero pasaban los días y no atendía a mis llamadas. Mi orgullo y mi dignidad me impedían pedir un teléfono y llamarlo desde allí. Eso hubiera significado admitir y hacer público nuestro desencuentro. Quería forzar una conversación privada y tranquila entre ambos y lo único que se me ocurrió fue cambiar la cerradura de la casa para que cuando fuera a por la ropa que le quedaba, no pudiera entrar y tuviera que ponerse de acuerdo conmigo.

Tardó algo más de un mes en ocurrir. No me llamó a mí, llamó a mi oficina y habló con Claudia. Yo no estaba y quedaron de acuerdo en un día y una hora. De acuerdo, allí estaría. Esa sería mi posibilidad de rectificar y retomar lo nuestro.

Para entonces había perdido el apetito y enflaquecía a ojos vista y mis noches transcurrían en vela. A pesar de las pastillas del psiquiatra que me había buscado Claudia, no lograba dormir más de dos o tres horas y siempre con un sueño agitado e intermitente. Estaba totalmente alterada pero aguantaba esperando que se produjera nuestro encuentro.

Y por fin se produjo. De todas las posibilidades que mi mente delirante había imaginado, ninguna fue. Ni sus palabras fueron las mismas, ni mis preguntas o respuestas lo fueron. Nada, nada fue como lo había imaginado. Ni siquiera él era el mismo. Su mirada había cambiado, de ser cariñosa, a fría y acerada. Sus labios habían desaparecido y en su lugar se había establecido una línea, dura, prieta, pétrea. Su rostro seguía siendo el mismo, pero lo que emanaba, lo que a mí se dirigía, no podía ser más distinto. ¿Cómo decirle a un desconocido que lo quieres y que no concibes la vida sin él? Difícil, ¿verdad? Pues aun así lo hice. No me respondió. Le supliqué, lloré. No me respondió.

La verdad es que cuando le abrí la puerta no se molestó en saludarme. Me apartó para poder entrar bien y se dirigió sin dudarle a donde se habían quedado las cosas que no le habían cabido en las maletas.

De nuevo las maletas. Ahora no era el ser que me echaba improperios por su boca. No era el ser que decía que me odiaba y que lo anulaba. Era una roca, insensible, inexpresiva, pétrea, que iba al grano de lo que quería y que no se entretenía en nada más. Ahora él era la estatua. No tenía palabras para conmigo.

A medida que fue llenando las maletas y al ver que mi tiempo se acababa, mi discurso cambió. Me llené de ira y de impotencia, y comencé a hablarle mal, a insultarlo, y finalmente, cuando cerraba las maletas, la última, me abalancé

sobre él con la intención de pegarle y romperle la maleta, que no la pudiera cerrar, pararlo como fuera. Aguantó mi agresión y mis empujones, me apartó con brusquedad de él, varias veces, porque yo continuaba impidiéndole la salida. Hasta que entre empujones, paradas y golpes, alcanzó el rellano y el ascensor. Se fue marcado. Yo también me quedé marcada, pero mis marcas son invisibles, del alma.

Al cerrar la puerta de mi casa una furia ciega se apoderó de mí y comencé a romper cuanto objeto veía que me recordaba a él, que habíamos elegido juntos o que sabía que le gustaba. Mi furia destructora alcanzó a todo lo que pude encontrar que me recordara a él, no solo objetos del salón o de la cocina, también destrocé la ropa de casa que nos había acogido en nuestros días de amor, toallas y sábanas, principalmente, y también algún mantel.

De mi frenesí destructivo me sacó el portero al llamar a voces a mi puerta preguntándome si me pasaba algo, si llamaba a la policía y si le permitía entrar. Le abrí la puerta y le dije que no se preocupara, que ya no iba a hacer más ruido y que en mi nombre, me disculpara con los vecinos a los que los ruidos pudieran haber molestado. Y cerré.

Me quedé contemplando aquel campo de batalla con satisfacción. Me sentía un poco mejor. Me dirigí al dormitorio, me hice sitio en la cama y descansé. Descansé un poco, no mucho para la batalla que había desarrollado. Estaba contenta y allí, entre un pensamiento malo y otro peor, me juré que si Jaume me había dejado con esa facilidad, yo no lo iba a dejar tan fácilmente. De ahora en adelante me iba a encontrar allá donde fuera. No me iba a poder olvidar así como así.

Lo primero era vaciar un poco mi agenda de trabajo, trabajar unos días a la semana o la mitad de mi jornada. Eso me permitiría tener el tiempo suficiente para encontrarlo en desayunos, almuerzos y cenas. No podría olvidarme, mi presencia se lo impediría. Tenía suficientes ahorros como para estar así unos cuantos años. Estaba decidido. Y me puse en marcha como lo hace una apisonadora o un tanque.

Conocía a mi marido, sabía qué cosas le gustaban y dónde estaban, conocía también a sus amigos. No me sería difícil hacerme la encontradiza o hacerme invitar a su mesa por sus amigos. Al fin y al cabo también me conocían a mí y eran, o al menos lo habían sido, nuestros amigos.

Diez días más tarde se dio la oportunidad en un bar, cerca de su oficina, donde él acostumbraba a tomar algo a media mañana. Me hice la encontradiza, aunque había estado esperando en la acera de enfrente para asegurarme de

que él entraba a desayunar. Los saludé con la mano y adoptando el aire más desenfadado que pude, me senté en su mesa y me pedí un café.

No recuerdo las tonterías que dije, pues parecía un mono al que dan cuerda y habla y habla sin sentido. Recuerdo que a Jaume le cambió la cara, y su sonrisa se estrechó convirtiéndose en un hilo de ira contenido. Rápidamente y sin terminar de desayunar se marchó. Sólo me dio tiempo a decirle que teníamos que hablar. No me contestó. Cuando se fue me puse a llorar, no podía contenerme. Su amigo, un poco avergonzado, trató de consolarme.

Dejé pasar unos días y llamé al golf para saber cuándo iría a jugar unos hoyos con sus amigos. Como los empleados ya me conocían, no me fue difícil saberlo. Me presenté cuando ya habían comenzado, estaban casi al final del recorrido, en el hoyo ocho. Hoy el juego iba a ser corto. Al verme llegar se apartó un poco y con la voz más fría que jamás había oído, me dijo que ya bastaba de perder los papeles y la poca dignidad que me quedaba, que empezaba a sentirse acosado y perseguido, que no había tenido dudas al separarse de mí, pero que si las hubiera tenido, mi comportamiento las hubiera borrado. Me llamó histérica, egoísta, vengativa y no sé cuántas cosas más. Todo eso en un tono de voz muy bajo, pero muy, muy frío. Y volvió al juego aunque no pudo concentrarse y perdió. Quedó el último. Lo esperé en la terraza del bar del golf. No me daba por rendida. Sus amigos vinieron, él no se presentó.

Cada día me costaba más encontrarlo en los bares y restaurantes que antes frecuentaba, seguro que lo hacía porque temía encontrarme. Así que cambié de estrategia. Lo esperaba escondida en la acera de su oficina y trataba de seguirlo. A veces lo perdía inmediatamente, a veces tardaba más.

Una tarde pude seguirlo hasta su nueva casa ¡Ya sabía donde vivía! Era una zona un poco peor que la nuestra y la fachada del edificio era muy corriente. Al cabo de unos días compré un estuche de tres botellas de un vino que sabía que le gustaba, las hice envolver como regalo y me presenté en la portería como si fuera el mozo de la tienda, con el objetivo de dárselas. Yo ya sabía que estaba en casa. El portero le preguntó y me dejó subir. Cuando abrió, de nuevo le cambió la cara. Me dijo que lo dejara en paz y de nuevo cerró. Me puse a llamar a la puerta como una loca, llamándole y diciéndole que lo quería y que no me olvidaría. Hasta que llegó el portero y con delicadeza pero con fuerza, me bajó a la portería, y ya en la calle, le regalé el vino.

Otro fracaso ¿Cuántos más me esperaban?

Esta es una historia de humillaciones gratuitas, de no saber soltar, de creer que los demás son objetos que tú posees. Y los objetos no hablan, o si lo hacen, tú

no los escuchas. Es una historia de egoísmo. Es la historia del no querer darse cuenta y vivir apegado a una idea de uno mismo y confundir esa idea con uno mismo.

Yo, una mujer brillante y triunfadora a nivel profesional, atractiva, agradable y culta, no podía concebir que mi marido hubiera dejado de quererme. Eso le podía ocurrir a otras "pobres" mujeres pero no a mí. De ningún modo a mí. A mí no se me deja, soy yo la que dejo lo que no está a mi altura.

Ahora la realidad era otra y no la podía asumir. Una rabia y sed de venganza atávica se había adueñado de mí y cuando no, un lejano fondo de esperanza que yo alimentaba con falsas interpretaciones de miradas inexistentes. Mi ánimo fluctuaba entre la sed de su amor y mi necesidad de estar con él, y mi deseo de venganza para que aprendiera que dejarme a mí era costoso. Mi vida no tenía otro objetivo.

A medida que me fui haciendo la encontradiza en los lugares que él, el hombre de mi vida, frecuentaba, fue cambiándolos y yo con él. Mi objetivo era que no pudiera estar solo y sintiera vergüenza y un poco de dolor por lo mucho que yo sentía. Pero las ciudades por grandes que sean, las amistades por amplias que las tengas y las relaciones por variadas que sean, todas, todas, acaban reduciéndose a un escaso número. Todos acabaron presenciando alguno de mis encuentros y todas acabaron apoyándolo a él. Él que era mi verdugo acabó convirtiéndose en una víctima de una bruja enloquecida, que era yo.

En mi trabajo, los clientes me abandonaban y buscaban a otro famoso abogado, más cuerdo que yo, para que les llevara sus asuntos legales. Mi comportamiento para con Jaume se corrió como lo hace un reguero de pólvora. En poco más de un año, me había quedado sin clientes y mi bufete se resentía. Mi socio se quejaba de que otros abogados de la firma y él mismo, perdían clientes. Era urgente y necesario que dejara de trabajar y me tomara muy en serio mi terapia, incluso llegó a aconsejarme un internamiento en una clínica hasta que me pusiera del todo bien. Mientras tanto, lo mejor para todos era que no me acercara por allí y desde luego dejara de acosarlo y montar numeritos. Que no me preocupara por el dinero, que el seguro y un fondo del bufete se encargarían del grueso de mi recuperación. Y que no era la única mujer a la que su marido la deja, que empezara a reorganizar mi vida.

Me fui dando un portazo y no volví. Mi secretaria lloraba.

Me fui enfadada pero aliviada. Enfadada porque se me tiraba de algo que yo había ayudado a crear, antes, incluso de haber acabado la Universidad. Si aquel bufete existía era gracias a mi idea de formarlo, a mi buen criterio a la hora de encontrar un socio y a la cantidad de horas de trabajo y esfuerzo, que

ambos habíamos puesto. Estaba bien, me iría, pero ahí no habían acabado las cosas. Ya pensaría en otro momento qué hacer.

Por otro lado estaba aliviada porque al liberarme totalmente del trabajo me permitía dedicarme en cuerpo y alma a Jaume. Barcelona se me quedó pequeña. El único objetivo de mis días era que él no pudiera dar un paso sin encontrarme, que allá donde fuera me encontrara y se encontrara con lo que había hecho de mí. El día que lo conseguía regresaba eufórica y no podía dormir y el día que no lo conseguía, porque se escabullía, regresaba derrotada y tampoco podía dormir.

Me mal alimentaba. Algunos días se me olvidaba comer, otros, por contra, me atracaba de comida. Mi aspecto físico era lamentable. No me arreglaba, no iba a la peluquería, ni a la manicura. Me vestía con lo primero que encontraba, arrugado o no, limpio o no. Parecía un espantajo, delgada, con la tez cetrina, ojeras negras y mirada torva. Asustaba al miedo.

Llamando a amigos comunes y persiguiéndolo pasaban mis días. Mis fuentes de información escaseaban, pues en cuanto me contaban algo o me daban una pista para encontrarlo y yo lo hacía, se enteraban de nuestra situación y de mi propósito, y dejaban de hacerlo. Pronto todos los teléfonos estaban secos y mudos. Solo podía seguirlo y cuando estaba en un lugar adecuado, entrar y dirigirme a él. En mi osadía llegué a cruzarme con él en los pasillos de la Audiencia y a sentarme entre el escaso público en la vista de un juicio que él defendía. ¡Qué mal lo hizo, por cierto!

Había entrado en una espiral sin sentido. Mi vida era un infierno, pero la de él, también. Eso a veces me consolaba, algunas veces, muy pocas, no. Realmente estaba desquiciada, enloquecida. El psiquiatra intentaba ayudarme con medicamentos y reflexiones, pero no podía hacerlo porque yo me olvidaba casi siempre de tomármelas y además mentía. Cuando tenía hora con él y acudía, le mentía contándole sentimientos y razonamientos que no eran los míos. Iba porque necesitaba fármacos, cada vez más fuertes, para dormir pues no conseguía hacerlo. Estaba disparatada. Era un buen profesional que no acababa de creerse lo que yo le decía, pero yo era una enferma que quería seguir siéndolo.

Mi muerte fue un accidente, un accidente de tráfico. No lo hice adrede, os lo juro. No lo busqué, ni lo provoqué, bueno esto último sí, porque fue mi culpa, pero quiero decir que no lo hice intencionadamente. Simplemente estaba persiguiendo a Jaume. Iba tres coches delante de mí y si no me daba prisa lo perdía, así que cuando llegué al stop, me lo salté y un coche que venía por mi izquierda y con total preferencia, me arrolló. Jaume ni siquiera se dio cuenta.

Me morí en la ambulancia, camino del hospital. No paraba de decir que estaba bien y que me dejaran tranquila. Había tanta gente ahí que parecía el camarote

de los hermanos Marx. Todos hablando, diciendo cosas o riéndose. Las frases que más recuerdo son: "¡Qué se nos va" y "Otra tonta más". Las dos iban para mí, pero yo no entendía ni la una, ni la otra.

A mi funeral vino mi familia que lloraba muy desconsolada, mi socio y compañeros de trabajo, mi secretaria, que también lloraba y Jaume, que se puso al final y que no lloraba, aunque estaba serio.

En aquellos momentos aún estaba enloquecida y siempre que unos hilos invisibles pero existentes, me lo permitían, intentaba hablar con todos y decirle a cada uno que me quisiera oír, que estaba allí. No conseguí hacerme entender, incluso llegué a pensar que era una pesadilla producto de los fármacos, pero no era así. Había terminado una parte de mi vida y ante mí comenzaba otra, con otras leyes, otras perspectivas y otras formas ¿Qué haría?

Aunque durante un tiempo seguí a Jaume, mi presencia no lo atormentaba, sus amigos o sus contactos tampoco me veían, nadie me percibía. Para más inri no habíamos hecho papeles, ni cambiado mi testamento, no había desautorizado su firma en mis cuentas. A mi muerte, todo lo sustancial fue para él, incluso la casa, nuestra casa, mi casa de los últimos tiempos de locura y abandono.

Tuvo la decencia de llamar a mi madre y a mis hermanas para que vinieran a llevarse todo lo que quisieran. Allí estaba, cuando ellas llegaron, y les dio todas mis joyas para que quedaran en mi familia, puesto que nosotros no habíamos tenido hijos. Hecho esto se marchó y las dejó solas, nos dejó solas. Mi madre lloraba, mis hermanas estaban apenadas y de cuando en cuando se enjugaban la cara, a escondidas y con disimulo. No me pude hacer entender.

Vi como, poco a poco y en varias sesiones, lo que a mí me había costado años conseguir, se deshacía. Unos u otros se lo llevaban. Y mi casa, nuestra casa, se puso a la venta. Jaume había cumplido su palabra. No tenía nada que le recordara a mí, perdón, mi dinero sí que lo había aceptado, mis cosas, no.

Cuando vendió mi casa se reunió de nuevo con mi madre y mis hermanas y les dio dinero por la venta. Legalmente no tenía porqué hacerlo, pero así lo hizo. Se lo dio a mi madre en presencia de mis hermanas e insistió en que lo aceptara. Según él era lo menos que podía hacer. No sé cuánto le dio, pero sí sé que lo hizo, porque yo estaba delante. Seguían sin verme.

Yo, para entonces, ya no tenía problemas ni con el hambre, ni con el sueño, no me sentía cansada y mi mente, pasado un tiempo de angustias y dudas, funcionaba mejor.

Continué siguiendo a Jaume algún tiempo. Primero con el propósito de molestarlo y no dejarlo tranquilo, deseando que en algún momento me viera, pero no lo conseguí, aunque lo cogía de los hombros e intentaba zarandearlo o, incluso, abofetearlo, no lo conseguí. Después, cuando me di por vencida, lo continué siguiendo para saber qué vida hacía y porque me acercaba a mi profesión que tanto me gustaba. Su vida profesional me gustaba, era menos importante que la mía. Su vida personal era muy aburrida. Presenció algún encuentro de amor comprado y alguna cena llena de expectativas y deseos por parte de ellas, pero nada serio por parte de él. Hacía, casi, una vida de monje, muy pocas cosas le interesaban. Pensaba mucho, reflexionaba pero no llegué a saber en qué.

Con el tiempo, al ver la vida que llevaba y que no me había sustituido por otra, al ver que le había dado mis joyas a mi familia y el dinero por la venta del piso a mi madre y que, como había dicho, no se había quedado nada mío, empecé a verlo de otra forma. Empecé a verlo con otro prisma, a pensar más en las cosas buenas que había hecho y que hacía, y no en las malas de nuestra ruptura.

Fue pensando en todas esas cosas como vi por primera vez a otra mujer que como yo había pasado por lo mismo, que me entendía, e incluso parecía leerme el pensamiento, y me acogí a ella. Cuando lloraba, porque lloré mucho, ella me abrazaba y me consolaba, me acariciaba como una madre, no me juzgaba y siempre me miraba con ojos de amor, de comprensión y de aceptación, a pesar de que yo le contaba todas mis barrabasadas. Todo lo más que hacía era hacerme reflexionar por medio de preguntas a las que respondía. Así, a través de los encuentros con esta mujer, pude empezar a ponerme bien para venir a esta casa de socorro en la que estoy tratando de recuperarme. El cuerpo, bueno, lo que aquí llamamos cuerpo, lo tengo bien, pero mi mente y mi corazón aun no lo están. En esto consiste mi trabajo ahora.

Ya me voy a despedir de vosotras pero no quiero marcharme sin deciros que por mucho que améis a una persona, es eso, una persona, no podéis adueñaros de ella, ni de sus sentimientos, ni de sus pensamientos. Eso es una forma de violencia, una manera de hacerlos objetos, de degradarlos, una forma de intentar quitarles el alma. Eso es lo que he hecho yo y por eso estoy aquí. Que mi experiencia os sirva para no cometer el mismo error. Con esto me daría por más que satisfecha.

Gracias por escucharme.

Nº 17 MUJER PODEROSA

"LAS VIDAS SON COMO RIOS QUE VAN A PARAR AL MAR QUE ES EL MORIR".

Así estoy yo, confusa en un mar proceloso, asustada porque desconozco la fuerza y dirección del viento y por tanto no sé ponerme a cubierto. Las olas de mis propios sentimientos y los lamentos y ayes lastimeros de las personas con las que comparto este mar, me impiden, muchas veces, tomar conciencia o tener conciencia de dónde estoy. Mi mente confusa solo me permite observar y responder a lo inmediato que es el dolor. Pero... ¿el dolor de qué?, ¿por qué lo siento?, ¿cuál es su origen? Ahí no tengo nada a lo que responder. Estoy muy confusa. No recuerdo bien quién soy o cómo he llegado hasta aquí. Solo siento dolor y mucho. No sé cómo aliviarme. Y no puedo dejar este mar lóbrego, oscuro, sin luna, ni sol. Solo el movimiento cambiante de las olas me indican el paso del tiempo. Si no ocurriera esto, pensaría que estoy viviendo en la eternidad, y que la eternidad es un lugar y no, tiempo. El dolor me oprime el pecho. Si al menos supiera a qué se debe.

¡Qué raro! Un rayo de luz en esta oscuridad eterna y sin luna, ha caído cerca de donde estoy. Tengo miedo ¿Estaré, acaso, en una prisión y me llevarán mis carceleros desconocidos a un lugar peor? No. No estoy en una prisión. Estoy en el mar, en un mar que es un sin vivir eterno. De nuevo la ola. Si al menos supiera quién soy y lo que he hecho, me podría explicar mi estado y mi situación, y sabría en qué momento me equivoqué de camino para haber dado con el mar.

Sigo confusa, si cabe más, porque empiezan a aparecer en mi mente fogonazos de luz, en los cuales y durante segundos, veo escenas inconexas, situaciones que no sé explicar. Veo una mujer vanidosa y cruel. Sé porque es vanidosa: lleva ropa de telas lujosas y en su pecho collares de varias vueltas, con perlas y piedras que brillan mucho. Pero... ¿por qué es cruel? No lo alcanzo a ver.

Está en lo alto de una escalinata, acompañada de más personas que la sirven. Ellos la temen, por eso será cruel. En la parte de abajo de la escalinata hay una plaza, no muy grande, ni regular. La gente la aclama y ella levanta los brazos satisfecha. Es responsable de lo que les ocurra a estas gentes, pero eso a ella no le preocupa. Su única preocupación es su bienestar, su belleza y que su dominio sobre estas pobres gentes sea incuestionable. Van pobremente vestidos con ropas ásperas y bastas. Están delgados, deben pasar hambre. Lo veo en sus rostros, en su mirada, en la expresión de sus ojos. Pero a esta mujer, dura y cruel, la miran con veneración, como si fuera un dios que los

proveyera de todo cuanto necesitan y se conformaran con sus ropas y su hambre.

Debe ser una fiesta, porque se han reunido todos para verla. Esperan atentos y un poco atemorizados las palabras de esta mujer egoísta, vanidosa y cruel. Mala. Mira a todo el mundo. Ve la plaza llena de gente y piensa que solo los ancianos y algún tullido no han acudido. Se siente satisfecha, poderosa y le agrada que la miren con temor porque cree que eso la diferencia de los demás.

Veo, ahora, que vive en el templo, que es el edificio que tiene a su espalda. Parece una colmena. Es como si ella fuese la abeja reina y el resto, abejas obreras y zánganos, vivieran para ella. Por eso la temen. Es mala y cruel. Interpreta los designios y la voluntad del cielo. Es como si sus dioses fueran mudos y ella se encargara de poner la voz e interpretar lo que dicen. Habla y habla, desde lo alto de la escalinata, con sus vestidos y joyas que relucen al contacto del sol. En su ignorancia, la gente cree que son rayos diminutos, porque está poseída por un dios. Ella miente, sabe lo que tiene que decir para conseguir lo que quiere, que es poder. El poder la embriaga, la domina, no un dios. Habla de mayores sacrificios y de una guerra, innecesaria e inútil. Pero que a ella y solo a ella le reportará mayores riquezas y más poder. La imagen se apaga.

La veo ahora en una dependencia del templo, medio escondida. Sigue llevando ropas lujosas y joyas, pero un soldado la atraviesa con su espada en un costado, a la altura del estómago y de las costillas flotantes. Muere. Todo es muerte, robo, violación y desolación en su entorno. El templo se quema. Las pobres gentes lo tendrán que volver a levantar. Las familias se rompen, hombres, mujeres y niños supervivientes son vendidos. Horror y desolación.

La imagen se apaga. Siento miedo. De nuevo me veo sumida en este mar oscuro. De nuevo la ola. Pero pienso y pienso porque me ha dejado un regusto familiar, un no sé qué de conocido. No sé..., me inquieta ¿Quién será esta mujer?

De nuevo un rayo de luz de esta bóveda oscura cae cerca de mí. Tengo una visión rápida y fugaz. De nuevo esta mujer mala. Es la misma. Sé que es la misma, solo que no se parece en nada. Pero es la misma, de eso estoy segura. Ahora es una gitana, sucia, pobre como las ratas, maloliente y malcarada, descalza, de pelo enmarañado y ladrona, roba para comer. También es una embaucadora. Lee la buenaventura y en parte se la inventa. Pronostica males

para los cuales ella vende remedios. Engaña a la gente ignorante y sencilla que la cree, pues es capaz de leer en el tiempo. Sus remedios son inocuos e ineficaces, un palo de forma extraña, hierbas cortadas falsamente en una noche de luna llena o nueva, unas piedras, unas conchas ... Ella lo sabe. Sabe que engaña a la gente pero no conoce otra forma de vivir. Tiene mal humor. Es dominante y mandona. Quiere que todo el mundo le haga caso y la obedezca. Se ha peleado con los suyos y ahora viaja sola. Duerme en el campo, al raso, tapada con una cobija que durante el día dobla y se la pasa por la espalda y la ata a la altura de la cintura. Todo lo que posee lo lleva encima. Varias faldas, varias camisas, restos de comida que se ha guardado por si no encuentra nada. Va a la posada más pobre y miserable de los pueblos o ciudades por donde pasa. Cuando puede, se queda en una venta del camino, donde la dejan dormir sobre la paja y al calor de los animales. En las posadas o las ventas se ofrece a decir la buenaventura y ofrecer remedios a los parroquianos. Algunos la tocan, las nalgas o los pechos, pidiéndole tener trato carnal con ella. Procura rechazarlos pero a veces el hambre es más fuerte y los acepta por un poco de dinero o comida. Algunas veces la han cogido por sorpresa y los "malnacidos" la han forzado, sin darle tiempo a sacar el cuchillo que lleva entre sus vestidos. No es vieja, pero lo parece por la mala vida que lleva. Tiene miedo a los alguaciles, a los hombres del rey y a los de la Iglesia, por eso no se detiene mucho tiempo en un mismo sitio, para que no la acusen de tener tratos con el demonio y no acabar en la hoguera.

Si tuviera que destacar dos cosas de ella, diría que es egoísta y estafadora. Pero si lo pienso bien con decir que es estafadora ya digo que es egoísta, porque miente y estafa a la gente para vivir mejor y no le preocupan las consecuencias de sus actos. No tiene remordimientos, no se apena por engañar a la gente, tan pobre como ella, a los que les cuesta mucho conseguir algo con lo que pagar sus engaños. Así pues, me quedo con estafadora y ahora la veo dominante, rígida e inflexible.

Ha vivido con varios grupos de gitanos que la han aceptado, pero ella ha intentado imponerse al grupo, por encima del hombre que lo mandaba, el patriarca. Y allá donde ha estado y con quien haya ido, ha tenido una lucha por mandar. No se ha sumado, aunque era una mujer y estaba sola. Al final, se han reunido todos y la han dejado que continúe el camino, pero sola, sin la protección del grupo.

Ahora está sola. Tiene miedo. Ha abandonado precipitadamente el pueblo donde ha estado. Es casi noche cerrada. Mira constantemente hacia atrás para comprobar si alguien la sigue. Está atenta a todos los sonidos por si puede oír los pasos del que la persigue. Tiene miedo. Camina durante mucho tiempo atenta a todo. Se vuelve sin dejar de caminar hasta que la luna está muy alta y piensa que ya puede descansar. Se quita la cobija de la espalda y se dispone a

descansar un poco. Busca un árbol donde apoyar su espalda y confundirse con el tronco. Cierra los ojos, aunque está inquieta. Al fin el sueño la vence y la despierta un puñal que le corta el cuello. Se desangra. Muere.

De nuevo la oscuridad. De nuevo la ola. Si la primera visión me ha inquietado, esta segunda también lo ha hecho. Se trata de la misma mujer, no tengo duda. Es cierto que es en otro tiempo y no comprendo cómo puede ser, pero sé que es. Y sobre todo, lo que casi me ha aterrado es que las dos han debido enfrentarse a las mismas situaciones. Es cierto que una era muy, muy rica y la otra pobre, pero las dos hacían lo mismo. Debían luchar por vencer los mismos problemas: el poder y el engaño a través de sus facultades psíquicas. Cambiaba el decorado pero era la misma actriz representando la misma obra. ¡Qué horror!

¿Me sucederá a mí lo mismo? ¿Seré yo otra actriz representando la misma obra? ¿Serán mis pecados los mismos? ¿Por qué tengo este desasosiego interior tan fuerte?

Parece que la bóveda celeste ya no es tan negra. Comienzo a ver estrellas fugaces cruzando de un lado a otro. Son tantas que parecen abejas trabajadoras. Estoy contenta porque he comenzado a ver algo. De nuevo me sumo en el mar proceloso, de nuevo la ola. Pero ahora, a lo alto, tengo esas estrellas fugaces que la atraviesan. Otro rayo ha caído cerca de mí. Los ayes se multiplican ¿Qué veré ahora?

De nuevo la misma mujer. Sí, es la misma, con otra cara pero sé que es la misma. Esta vez lleva un hábito, es una monja. Vive en un convento desde que era niña. La metieron sus padres, tenían muchas hijas y a las últimas no podían casarlas, o al menos, eso creían ellos. No echa de menos la vida de fuera porque no la conoce. Es más, le gusta vivir en el convento. Es feliz porque tiene a su alcance libros y toda la biblioteca del convento. Es una mujer culta y sabe que fuera no habría aprendido ni a leer. Se pasaría el día cuidando niños que se morirían y llevando su propia casa, aguantando un marido elegido por su propio padre, teniendo que obedecerlo en todo. No, esa vida no es para ella, mejor el convento. Allí se siente libre y poderosa. Libre porque puede leer y hacer todo lo que le apetece. Es cierto que los libros del Índice, la mayoría, no puede leerlos y tampoco pedirlos al librero, pero el azar ha hecho que le llegue alguno que ha devorado con agrado y que ha visto que no va tan

desencaminado como dicen. Sabe que es un peligro y los tiene escondidos, no en su celda, ni en su despacho, no. Con la ayuda de la madre bibliotecaria los ha escondido allí y solo ella tiene la llave y conoce el mecanismo para hacerlos visibles. Son secretos del convento que pasan de Superiora a Superiora. Ya sabemos porque se siente libre.

Veamos porque se siente poderosa. Sus hermanas acaban de elegirla Superiora. Ya lo esperaba porque la anterior Superiora la había elegido como su mano derecha cuando empezó a envejecer. Al principio lo hacía de mala gana, por obediencia, pero con el tiempo, tener una visión amplia del convento, de su economía, de su moral y del lado humano, le producían un placer muy grande, pues veía que el bienestar de sus hermanas y la fama del propio convento, y con ello las limosnas, dependían mucho de las decisiones que ella tomara.

Lo único que la molestaba era la presencia del confesor en el convento. Menos mal que con buenas palabras, un poco ladinas, eso sí, le había indicado que cuando lo necesitara no dudaría en recabar su ayuda, que ambos tenían una misión encomendada por Dios, alabado sea Él, de encargarse de dirigir la grey, y que ambos debían hacerlo con toda su alma y su intención en el más escrupuloso cumplimiento de la Regla. Asunto zanjado. El confesor no se metería más con ella, siempre que sus decisiones fueran correctas y por Dios que lo serían.

Se veía como la reina de un pequeño pero próspero territorio. Habló con la madre ecónoma y entre la dos, pero con sus ideas, sanearon las arcas del convento. A los arrendatarios se les exigió días de trabajo en el convento para su reparación y mejora. Y prosperaron, vaya que si prosperaron.

No hay nada tan malo como un grupo de mujeres enfermas por no comer e inactivas, porque entonces la grey se llenaba de visionarias. El hambre es muy peligrosa. Los estigmas tenían en esa situación su caldo de cultivo. Y ella ya había visto muchos conventos cerrarse, las monjas esparcirse por otras casas de la orden, y el desprestigio y la inmoralidad, tapar el buen trabajo de otras hermanas durante siglos.

Ella dirigiría aquello con mano férrea. Su decisión debía de ser la última, pero antes de tomarla le gustaba oír lo que la responsable pensaba. Ella tenía una visión completa del convento y sus problemas, las demás, parcial, pero estaban en contacto directo con el problema y podían ver una solución que solo ella estaba en condiciones de ejecutar.

Me pregunto cómo es que veo tantas cosas de la vida de esta monja, porque no son destellos o fogonazos. Es como si yo estuviera presente y las cosas sucedieran delante de mí. No, es como si yo estuviera dentro de la cabeza de

esta monja. Pero esto no puede ser. Cada persona es cada persona y yo no puedo estar dentro de ella ¿Qué me pasará?

¿Qué me pasará? Porque parece que el dolor disminuye y el cielo se aclara ¿Qué me pasará? ¿Por qué el dolor y la oscuridad van juntos? ¿Qué relación habrá? Ahora todo ha pasado. No veo nada. La oscuridad ha disminuido y también lo han hecho los ayes y los lamentos. Mi mente está más clara, más despierta y espero con ansia un nuevo rayo cerca de mí que me permita continuar viendo la vida de esta monja. Y ahora se me ocurre que la primera vida que vi y esta son la misma ¡Es la misma vida! Las dos al servicio de un dios, las dos viviendo en una gran edificación con muchas personas a su servicio, las dos con el poder suficiente como para que la gente dependiente del convento/templo vivan mejor o peor ¿Qué hará ahora?

Pues los único que podía hacer, reunirme y escuchar. Verlas a todas juntas y saber a cuáles de ellas les interesaba o querían ser Superiores. Allí reunidas en conciliábulo, pude observar e intuir muchas maniobras urdidas a mis espaldas y que si no las hubiera atajado habrían dado a la ruina del convento porque la ambición o el amor a la familia, mal entendido, pueden provocar un agujero incesante en las arcas del convento por donde salen prebendas o alimentos. No me refiero a la sopa de los pobres, no. Me refiero a comidas, granos, animales, harina, huevos, que iban a parar a una casa de un familiar y de allí, al mercado. Eso había que atajarlo y lo atajé cambiando a la hermana Bernardina de puesto. No la rebajé, pero le di una responsabilidad, para no humillarla ante la comunidad, que no le permitiera sacar nada. Antes tuvimos una conversación a solas en la que le expuse toda la situación. Le dije que permanecería en el convento, que no daría parte a la Madre General para su traslado a otro convento lejano y en peor situación. Que esto me lo debía y que a la menor sospecha de traición, la mano no me temblaría. Que esperaba de ella un apoyo ferviente y claro a mis decisiones y que contaba con ella para sacar adelante el convento. La pobre se fue muy agradecida. Pero las fidelidades compradas no son eternas, lo sabía y estaba preparada. Hubo un cierto revuelo en el convento porque el cambio de la hermana Bernardina trajo necesariamente aparejados otros. A unas las cambié por viejas e ineficaces, obsoletas; a otras, por ambiciosas, a las que un baño de humildad les vendría bien; y a otras, porque sí, porque me desagradaban.

El día que anuncié los cambios hubo muchos llantos, muchas hermanas se cambiaron de dormitorio para consolar a las que se creían afectadas. Hubo despedidas y abrazos. Aunque todas estábamos juntas, ahora, a algunas les

iba a ser más difícil verse. En fin, ¡un pequeño revuelo femenino! Pero las mujeres somos pacientemente vengativas.

A todas les pedí un año y unos meses de espera. Si pasado ese tiempo las cosas en el convento no mejoraban, volveríamos a hacerlas como hasta entonces las habíamos hecho y cuando llegara el momento de renovar mi elección como Superiora, yo misma daría los argumentos necesarios para no ser elegida. A todas les recordé su voto de obediencia. Y en eso quedó todo, de momento.

Y digo de momento porque mi azarosa vida en el convento cambió. Por eso digo azarosa, porque a partir de entonces me apoyaba en unas hermanas para saber las críticas hacia las otras. Mi comportamiento era errático y solo obedecía a mis intereses por seguir siendo priora. No obedecía a la razón o a las necesidades reales del convento. No, Solo obedecía a mi ambición y a la sed de permanecer en el cargo. Leía a Maquiavelo y pensaba qué aconsejaría en esta o en aquella situación. Movía los hilos de todas y de todo, y las obligaba a cumplir el voto de silencio y obediencia.

Mi comportamiento no era el de una madre cercana, cálida, acogedora, el de una persona a la que confiar sus pesares. Todas estábamos faltas de afecto, de ternura y de amor. Nuestro Amado era frío, estaba lejos, nos esperaba al final de nuestra vida. Demasiado lejos, demasiado tarde. Todas necesitábamos algo de calor y de ternura, qué mejor que la Superiora para darla, para consolar.

Mi comportamiento era frío y calculado, era el "divide y vencerás". Provoca luchas y desconfianza y que todas acudan a ti como árbitro. Así tendrás siempre lo que quieras. Y así llevé el convento, alimentando enemigos insondables e irreconciliables, grupos de hermanas contra grupos de hermanas y yo dominando sobre ellas.

Como veis no os hablo de problemas de fe, de controversias religiosas o doctrinarias. No me interesan. Allí estábamos todas, no porque nos interesara la vida monástica o el retiro espiritual y quisiéramos dedicarnos a Dios. No. Allí estábamos todas mal casadas, con un marido al que no conocíamos y permanentemente ausente. Habíamos dejado nuestra casa paterna obligadas por nuestro padre ante la imposibilidad de encontrar un marido más cercano, que nos pudiera dar hijos. Allí había muchas lágrimas, mucha impotencia, mucha soledad, mucho virgo roto y muchas manos ágiles, mujeres con sentimientos a flor de piel, ensoñaciones o visiones de hombres que venían a salvarlas, porque eran hombres, y que ellas confundían con Jesús. ¡Ay si hubieran tenido un marido! el que las hubiera salvado sería el jardinero o el

cochero. Pero en fin, no nos desviemos, porque mi propósito es contar mi vida, no la vida de las demás.

Como ya os he dicho me apoyaba en unas y hundía a las otras, y luego, al revés, a quien había hundido, la levantaba, para hundir a la otra. No importaba si tenía o no razón. Lo único que importaba era mi poder. Así pasó mi vida. Estaba sola. Era un precio que había que pagar porque los hombres o mujeres poderosos viven en soledad, rodeados de gentes que les sirven, directamente o a sus propósitos, pero solos. Lo lleva el cargo y lo asumí. Mi corazón se fue haciendo de hierro.

Y de hierro me presenté ante Dios, pero Él no se presentó. No me esperaba. Nadie me esperaba. Me sentí vejada, humillada ¿Cómo es que los ángeles y arcángeles no venían a por mí? ¿Dónde estaba San Pedro con sus llaves? ¿Dónde estaba la puerta? La rabia y la humillación me dominaron. Vivía encendida, roja de rabia. No entendía cómo, después de una vida totalmente dedicada al servicio de Dios, Este no aparecía y me dejaba abandonada. Renegué de Él y de su existencia. Oía voces que me decían que pensara y reflexionara sobre mi vida. Y otras voces que decían que no podía esperar nada de quien no existía, que había llegado el momento de saber la verdad real y absoluta, que tras la muerte no hay nada, salvo la oscuridad y el silencio, la nada más absoluta.

Pero yo lo odiaba, sentía que me había defraudado y cada vez me hundía más en ese sentimiento y ese sentimiento me dominaba. El cielo comenzó poco a poco a oscurecerse y vagando me encontré con los pies húmedos, sumergida en una charca. Y yo Lo odiaba y seguía renegando de Él. Y el cielo se oscurecía cada vez más y algo me empujaba hacia el centro de la charca. Hasta que no hubo nada más. Odio, rencor, injusticia para conmigo. Más oscuridad, silencio, silencio, silencio.

¿Cuándo terminará esto? me preguntaba y mi odio aumentaba. Oscuridad, silencio, quejidos. No sé desde cuando hace que estoy aquí. Mi mente comienza a olvidar quién soy y dónde estoy. Odio a quien me provoca esto. Vagamente sé que soy un hombre de Iglesia, pero casi no recuerdo mi vida. El odio me domina. Empiezo a contar el tiempo. En la oscuridad viene de cuando en cuando, pero de forma regular, una ola. Cuento olas. Pierdo la cuenta. Mi mente se embota. Casi no sé pensar y mi dolor aumenta. Se vuelve casi insoportable. No pienso. Odio. Dolor. Oscuridad. Ola. Quejido. Y me pregunto por qué me duele.

¡Oh! ahora lo veo. Las tres soy yo ¡Soy yo ahora! Dios o quien sea ha debido oírme ¡Soy yo las tres! Me fatigo, el corazón me palpita a una velocidad vertiginosa ¡Soy yo!

¡Dios mío (Sí, Dios mío) cuánto tendré que agradecerte lo oportuno de esta visión! Me mareo, abandono.

Ya estoy un poco más recuperada. Continuemos.

Ya veo que la lección del amor al poder y al dominio ha sido la misma en las tres vidas. La lección no la tengo superada. Aún no cumplo con los mínimos requisitos. En las tres ocasiones el poder lo he ejercido pensando solo en mí y en mi satisfacción. Las personas que de mí dependían no contaban. No tomaba las decisiones pensando en el conjunto de todos nosotros, solo contaba yo y mis deseos de engrandecerme y de aumentar mi poder. No dudé en provocar una guerra y a mis espaldas tengo esas muertes, de las que soy claramente responsable. No dudé en tratar de aumentar mi dominio y poder sobre los gitanos, a pesar de que según sus costumbres, y al ser mujer, no podía mandar sobre ellos. No me importaba crear divisiones y desarmonía entre ellos y atacé sus normas más sagradas. Justo fue que me abandonaran. Lo mismo me sucedió en el convento. Al principio solo pensé en levantarlo para que nuestra situación mejorara, pero esto no lo hice pensando en todas, sino en mi deseo de reconocimiento y de gloria. Esto era realmente lo que me impulsaba. Una vez conseguido, e incluso, a medio conseguir, lo que realmente quería era mantenerme, continuar. Mis acciones y decisiones no tenían un objetivo altruista, era la mísera permanencia en el poder. El poder por el poder. Y en nombre de Dios tomaba decisiones dignas de un reyezuelo.

¿Y qué decir de mis facultades psíquicas? Las utilicé como cualidades para dominar y conservar el poder. Solo las utilicé en mi conveniencia, las mal utilicé. No me sirvieron para ayudar a los demás. Las utilicé en mi propio beneficio. Menos mal que en el convento no las tenía y por tanto no las utilizaba, porque no sé en qué las hubiera usado y cómo hubiera terminado. Prefiero no saberlo y doy gracias a Dios querido por habérmelas negado. Porque ahora que he visto lo visto, es imposible no reconocer una inteligencia suprema y con una capacidad infinita de planificación y observación. Por lo tanto, solo puedo colegir que Dios existe, es grande y su amor inmenso. ¿Cómo si no, os hubiera podido contar esto?

Pero aún tengo más que deciros. He sido siempre mujer, pero no madre. He crecido, ciertamente, en el seno de una familia, pero no he sido capaz de formarla. El poder, y más siendo mujer, se ejerce en soledad.

Ahora comprendo las violaciones que sufrió la gitana. Pocas fueron en comparación con las que sufrieron las otras mujeres a causa de la guerra. La ausencia de familia propia también la veo ahora como la consecuencia de la guerra provocada, familias rotas, hombres, mujeres y niños, vendidos como esclavos. Y yo soy del todo responsable. ¿Cómo no va a haber Dios? ¿Quién si no, es capaz de organizar esto y solo por mí? ¡Cuánto orgullo e ignorancia había en mi pensamiento al rechazar su existencia!

Ahora pido a los ángeles del cielo, me ayuden a comprender mejor y a reparar mis faltas. Pido a los ángeles del cielo perdón y ayuda. Sé que Dios, que ha organizado y dispuesto todo, no me abandonará y cuando Él lo crea conveniente podré salir de aquí y comenzar a reparar tantos y tan graves despropósitos.

Cada vez son mayores los destellos a mi alrededor. Veo con más claridad que estos destellos los producen los ángeles del cielo que como abejas liban entre los seres de este proceloso mar.

-Hermana, tu sufrimiento aquí ha terminado ¡Alabado sea Dios, que nos permite proseguir en el camino de amor y perfección que es su obra! Toma nuestra mano y no te preocupes de nada más. Tus dolores aquí han terminado ¡Alabado sea Dios, que a todos nos acoge!

Y me voy.

Nº 18 FALTA DE CORAJE

Fue ayer. Fue tal día como ayer o, al menos, así me lo parece, porque el tiempo aquí se me confunde y tengo los sucesos muy presentes, en mi ánimo y en mi corazón ¡Qué deciros! ¡Qué podré deciros! A veces los seres humanos en nuestra imperfección nos empeñamos en torcer torpemente nuestras vidas y con ellas, las de las personas que nos aman y nos rodean.

Siento un poco de vergüenza al abrir mi corazón y contar mi pesar, mi grave torpeza, porque no me afectó a mí solo, afectó a más personas que de mí dependían.

Mi infancia y juventud carecen de importancia. Fui educado y criado como el resto de hombres de mi tiempo. Pertenezco por cultura y educación a la clase media y a la religión cristiana. Crecí sin grandes carencias y sin ningún despilfarro por parte de mis padres. Nos acostumbremos todos, mis hermanos y yo, a vivir sin carencias pero sin caprichos que llevan a la ruina de las familias. Mi madre y la institución religiosa a la que acudí, me educaron en la fe cristiana y sus preceptos y prohibiciones dirigían y caldeaban mi vida. Vivíamos en una ciudad, capital de provincia, pequeña en la que todos nos conocíamos y en la que cualquier suceso, extraordinario o no, era comentado por la mayoría de sus habitantes. Había, pues, que tener mucho cuidado con las acciones, si uno no quería convertirse en la comidilla de todo el vecindario.

Con estas precauciones crecí, crecieron mis hermanos y yo, con "si no quieres que la gente se entere de algo, no lo hagas porque siempre habrá alguien que te vea y lo cuente". La maledicencia es muy poderosa y puede causar la ruina de una persona o de una familia. Pero las personas no somos de cartón piedra. En nuestro pecho, bajo nuestras costillas, late un corazón, desbocado a veces, en reposo, otras. ¡Cómo me hubiera gustado ser capaz de gobernarlo! Pero no pude. Por eso, ahora, estoy aquí rememorando mi vida. No, no me he desviado. Es que temo comenzar y no quisiera que creyerais que soy un depravado, un calavera o un crápula. Solo era un hombre corriente, con una vida corriente, en una ciudad corriente.

Hasta que lo conocí, ningún hecho ni ninguna persona había tambaleado mi vida, pero ahora, que lo había conocido, todo parecía venirse abajo, como después lo hizo. Él, mi amigo, se trasladó con su familia a vivir a la ciudad donde vivíamos. Su padre, notario, había decidido trasladarse a una ciudad más grande y con más posibilidades para él y para sus hijos. Fue entonces cuando lo conocí. Nuestras edades se asemejaban y, tarde o pronto, comenzamos a coincidir en los mismos lugares y comprobamos que teníamos

gustos semejantes. Sus comentarios ante cualquier suceso eran agudos, rápidos y jocosos. Su mirada, siempre risueña y pícaro, te invitaba a las confidencias y a romper, un poco, las normas o las conveniencias. Era divertido y un pelín canalla. A su lado, la diversión y la felicidad estaban aseguradas. Con el tiempo me convertí en su sombra, lo seguía a todas partes. A mis padres no les gustaba. Pensaban, con razón, que no era una buena influencia y que la fama de una persona cuesta mucho de ganar y nada de caer, y que cuando ha caído, levantarla es casi imposible y muy costoso. Yo, como muchos jóvenes, no hice caso a las advertencias y continué afianzando nuestra amistad.

Era a él, Álvaro, a quien se le ocurrían las ideas, buscaba o provocaba las situaciones, y los demás, yo sobre todo, el que lo acompañaba y las ejecutaba. Nunca le faltaba el dinero. Su padre lo proveía con generosidad y él, con la misma generosidad, lo compartía con sus amigos.

Gracias a esta generosidad nos proveía de situaciones y experiencias a las que no hubiéramos podido hacer frente y él, a su vez, se proveía de una compañía o cohorte que solo los generales pueden comprar. Todos le éramos fieles, aunque unos más que otros. Unos lo hacían por el dinero, otros, por simpatía personal. Yo me contaba entre estos últimos.

Su fama fue creciendo a la par que la nuestra. Nuestras actividades se propagaban por la capital como el fuego en un reguero de pólvora, y como el fuego se agrandaban, se magnificaban.

En mi casa, mis padres se enfadaban conmigo, trataban de hacerme reflexionar y de hacerme ver los errores de ese comportamiento. Siempre se ponían del lado de las víctimas. Me decían que me pusiera en su piel, o que pusiera a mis hermanos o a ellos mismos. Entonces yo daba un grito o una voz y me marchaba acusándolos de no saber vivir o divertirse. No quería oír hablar del buen nombre, o del prestigio, o de la palabra de un hombre o una mujer de honor. Nunca se cansaron o cejaron su actitud y siempre me demostraron su amor. Tampoco taparon mis errores o equivocaciones. Me exigían un comportamiento responsable, yo los tachaba de cobardes. No era capaz de ver el valor que esa conducta exigía. Al fin y al cabo, también estaba arrastrando su buen nombre.

Mis obligaciones con los estudios, aunque habían bajado y no era tan brillante, no lo habían hecho como para empezar a preocuparse. Sabía que mis padres no podían pagar mis estudios de forma indefinida y no quería que a alguno de mis hermanos pequeños les faltase por mi causa. En ese terreno alcancé un equilibrio inestable, vivía casi al límite. No pensaba que lo ajustado de mi formación se reflejara a la hora de encontrar un trabajo con el que aliviar la

carga de mis padres. También estaba equivocado en esto. Los puestos mejores, fueron para los mejor preparados y mejor relacionados. Mi fama me perseguía y mis empleadores, no acababan de fiarse de mí. Así que encontré un trabajo mediocre, en una empresa mediocre, con un salario todavía más mediocre. Me sentí defraudado, tenía rencor hacia todos. Hacia la sociedad en general, porque creía que me quitaba algo que me pertenecía por derecho propio. También tapé mis oídos a las palabras de mi padre cuando me decía que hiciera el mejor trabajo posible, que no estaba perdido todo, así ganaría eficacia y nombre, y me podría contratar otra empresa para hacer un trabajo que me agradara más.

Como ya os he dicho no lo escuché e hice mi trabajo de forma descuidada, tal y como había terminado mis estudios. Cumplía mínimamente con mi trabajo, lo suficiente como para que no me llamaran la atención y me quedara sin él, pero no le ponía la dedicación, ni el interés para resolver los asuntos de forma rápida y satisfactoria para las partes implicadas. Acabé convirtiéndome en un empleado muy, muy mediocre.

Todo mi interés estaba centrado en mi amigo Álvaro, en lo que haríamos cuando nos encontráramos. En una ciudad pequeña, encontrarse es fácil, basta con acudir a un bar o al casino para encontrarse con las personas que quieres. Así lo hacíamos y nos veíamos a diario.

Álvaro, no había terminado sus estudios. Yo diría que acababa de levantarse, cuando el resto de los mortales bajábamos a la plaza a tomar el "vermú". Al atardecer nos volvíamos a encontrar en el casino en torno a una partida o paladeando un "coñá". Su padre seguía proveyéndole de todo el dinero que necesitaba. Él, a su vez, me daba dinero cuando mi salario no alcanzaba a terminar el mes. Quiero decir en honor a la verdad, que mi salario era más que suficiente, muchas familias lo habrían deseado. Es, simplemente, que después de dar una muy pequeña cantidad a mis padres para que lo emplearan en los estudios de mis hermanos más pequeños, yo gastaba el resto tratando de seguir el ritmo de Álvaro y claro, no podía. Siempre tenía deudas con él, que se negaba a cobrar. Era una vida vacía e inútil, dedicada a una diversión vacía e inútil, sin amarres afectivos, sin responsabilidades personales, una vida perdida.

Durante todo este tiempo no estuve solo. No creáis que no habían voces a mi alrededor sobre la vida que llevaba, de su vacío e inutilidad. Seres queridos, personas que me querían bien, me advirtieron. También mi conciencia. A esa no la podía acallar. Muchas veces me advertía, no se cansaba, pero la comodidad, la cobardía y sí, por qué no decirlo, el miedo, hacían que esa voz amiga y salvadora, se callara.

Álvaro y yo crecimos. Todos crecimos, y con ello nuestros vicios y supuestas diversiones. Ya siendo un joven maduro, en una noche de tropelía, quiso el azar que me encontrara con una mujer-niña, vendida y abandonada por sus padres (la miseria y el hambre son terribles) y ofrecida al mejor postor, Álvaro, y entregada por éste a su mejor amigo, yo.

Cuando entré a la habitación, la encontré encogida y temerosa, con rastros de haber llorado. Era apenas una niña, vestida y maquillada como una vulgar ramera, pero por debajo de toda esa falsa pintura y puesta en escena, solo había una niña. Sus pechos no se habían acabado de desarrollar; sus caderas, escasas; su vientre, plano. Me costaba verla como a una meretriz de pechos grandiosos y caderas poderosas. Todo en ella era menudo.

¡Dios mío, qué hacer con ella! me pregunté. Me inspiraba ternura y protección. Hablé con ella y traté de calmarla. Le pregunté si sabía dónde estaba y a qué había venido. Todo lo conocía.

Había llegado a la casa unos días antes acompañada por su padre y en la creencia de que iba a trabajar de criada. Pero cuando la dueña y su padre se encerraron a hablar, supo que algo no estaba claro. Su padre salió llorando y con la mano en el bolsillo, y la dueña con el semblante contento. La puso enseguida a trabajar porque allí todo el mundo se ganaba su comida, que era cara. La obligó a lavarse a diario. La quemó la ropa, su ropa, porque olía a oveja y le dio otra más limpia y nueva. La prohibió salir de la cocina cuando hubiera clientes y la puso a trabajar en los menesteres de la casa hasta que supiera qué hacer con ella.

Esa misma mañana, la dueña le había hablado. Le había dicho que su comida y su ropa eran muy caras, que había llegado el momento de ganársela y que si le fallaba y no la obedecía la tiraría a la calle y a ver qué es lo que iba a hacer ella, que era inútil y comedora. En la casa, lo único que se hacía era una obra de caridad, dar de beber al sediento, dijo. Y además, añadió, que los hombres tenían una vida dura y complicada, que estaban solos, y que sus mujeres no los querían o no los comprendían. Lo único que se hacía en esa casa era dar alegría y comprensión a las penas y a los deseos de esos pobres hombres, esas almas solitarias que se dejaban sus buenas perras en la casa. Ella debía ser una más en levantar y mantener la casa que la cobijaba, la vestía y le daba de comer. Y para hacerlo, *solo*, y le recalcó eso, *solo*, debía ser amable y cariñosa con los clientes, debía de estar siempre con la sonrisa en la boca y dispuesta a obedecer con alegría y cariño a todo lo que le pidieran. En suma, contentar a los clientes. Así se podrían hacer las dos muy, muy ricas y vivir muy bien. Que lo tuviera muy claro, que contentara a los clientes o a la calle.

Temblaba. No sé a qué tenía más miedo, si a mí, que era un cliente, a la dueña o a verse en la calle. Traté de calmarla, pero no sabía qué podía decirle sin

engañarla. Se acurrucó a mi lado. La acaricié, pero para calmarla, como se acaricia a un niño cuando llora. Esa noche no sentía pasión por ella, solo pena y lamentaba no estar en condiciones de poder ofrecerle otra vida. Me retiré. Al cabo de un tiempo, se había dormido, arrebujaada contra mi cuerpo aún suspiraba y se quejaba.

Hablé con la dueña y le di todo el dinero de que disponía con el fin de que la dejara unos días más. Inútil esfuerzo el mío. Una mujer así, como ella, es una máquina de hacer dinero y yo no disponía del necesario. Algo había tocado mi alma.

Y ese toque me producía un estremecimiento peculiar. Quería proteger a esa mujer-niña, evitarle los sinsabores de su profesión, cuidarla como si se pudiera romper. Para hacer todo eso, necesitaba tener una economía que no tenía. Pensé en Álvaro, en que él me ayudaría y ahí me encontré con algo inesperado. No solo Álvaro no tenía fondos suficientes, pues aun dependía de su padre, sino que entendió que la íbamos a utilizar para nuestro propio placer, que iba a ser un juguete que ambos compartiéramos a un tiempo o por separado. No quiero decir el dolor que me causó. Yo seguía desesperado y con el tiempo de espera cada vez más corto. Recurrí a todo lo que pude para conseguir el dinero necesario. Siempre encontré las puertas cerradas, callejones sin salida que debía desandar. Mientras, mis necesidades y situación comenzaron a hacerse públicas. Me miraban a hurtadillas y reían. En mi angustia no me importaba.

No pude conseguir el dinero y aunque le pedí a la dueña que lo aplazara, ésta se negó. Y sucedió lo que debía suceder: otro hombre, otras maneras, otra sensibilidad...

A partir de ese momento me limité con todo el dolor de mi alma, a ser un cliente habitual. Todo el dinero que podía reunir lo utilizaba para estar con ella. Era mi único objetivo y mi único gasto. Dejé de reunirme con mis amigos, de entrar a un bar y de verme con Álvaro. Renuncié a todo, a mi antigua forma de vivir, con tal de estar con ella.

La vi crecer, sus pechos aumentaron de volumen, su vientre se redondeó y sus muslos se agrandaron, el fondo de su mirada cambió. Conmigo seguía siendo la niña temerosa que conocí el primer día. No me contaba nada de lo que hacía con otros clientes, ni quién la visitaba con más frecuencia. Pero sí que me contaba sus pesares con su familia, con su padre, al que odiaba, y con la dueña y las otras chicas. Me contaba su mayor ilusión: abandonar la casa conmigo del brazo y marcharse de la ciudad donde tantos hombres la conocían. Y de esta ilusión participaba yo. Como un niño jugaba con ella y me

dejaba llevar, me abandonaba en ese sueño de cielos azules, nubes blancas y amor.

Claro que a esas alturas habíamos tenido relaciones completas. Claro que me había dado cuenta de su evolución en esas artes, claro que sabía y era consciente de que yo no se las había enseñado y de que ella ponía toda su intención y empeño por satisfacerme y ¡por Dios! que lo conseguía.

Y llegó el momento en que se quedó embarazada, sus pechos cambiaron de volumen y se oscurecieron, ya no eran tan rosados. Me lo dijo, me dijo que esperaba un hijo, que estaba embarazada, que no sabía quién era su padre, ¡había tantos!, que la dueña quería que abortara, ya le había buscado alguien que lo hacía.

Ella tenía miedo y quería que le aconsejara. Tenía mucho miedo, un nudo en el pecho y no sé qué en la cabeza le decían que no lo hiciera, pero ella haría lo que yo le dijera.

Le di el único consejo que podía darle, que abortara. Si no había podido pagar lo que ella valía, mal podía hacerme cargo de ella y de ese niño al que no reconocía como propio.

Entre llantos y con mucho temor y aprensión, la dueña y ella fijaron todo. Le dieron parte del dinero y acordaron el día. Había prisa, el embarazo estaba demasiado adelantado, pues ella con sus temores lo había retrasado todo lo que había podido. Yo no fui, no las acompañé. No sé quién se lo hizo, solo sé que era otra mujer, en una casa anónima, sobre la mesa de madera alargada de una cocina gavetas, cuchillos, agujas, trapos,.. ¡qué más da! Lo importante fue el resultado.

Cuando fui a verla era noche cerrada, la dueña me dejó pasar, tenía mal color y le dolía mucho el vientre. Me cogía la mano con fuerza y lloraba, me miraba y nada decía. Me marché con el corazón encogido. La noche siguiente estaba peor, con más dolor y con peor color de cara y seguían los derrames. Le dije a la dueña que tendrían que llamar a un médico para que la viera, pero ella le restó importancia, que era cosa de unos tres días y que el médico podría decirlo a la Guardia Civil y buscarnos a todos la ruina. Cuando se decidió a llamarlo, era demasiado tarde, había perdido mucha sangre y la fiebre se la comía. Aun así duró unos días más. Estuvo una semana debatiéndose entre la vida y la muerte, hasta que ésta última la venció.

Estuve a su lado durante todo este proceso. Solo me separé de ella cuando mi trabajo me obligaba a estar presente. A veces era consciente de que yo estaba allí, a veces deliraba, y era entonces, cuando más atormentado estaba porque

me llamaba y me pedía que la salvara, otras veces, en su delirio, decía que no quería que la tocara, ni que le metiera esas agujas tan largas y gritaba, gritaba maldiciendo a su padre que la había vendido, y gritaba diciendo mi nombre, llamándome.

Yo estaba allí, tomando su mano, en la penumbra o iluminados por una escasa luz, pero siempre tomaba su mano, recriminándome por mi escaso coraje, por mi exceso de convencionalismo, por lo que pesaban en mí las habladurías y comentarios. Y pensaba que si se curaba y se recuperaba comenzaríamos una vida juntos, sin importarnos nada y soñaba con una vida feliz junto a ella.

A medida que se iba agravando fui pidiéndole a Dios que se curara, que no la alejara de mi y si me lo concedía yo cambiaría de vida. Si la dejaba conmigo era síntoma de que mi vida, mi modo de vivir, le importaba y por lo tanto yo cambiaría de vida. Si por el contrario se la llevaba significaba que me había abandonado, que no le importaba que me quemara en las calderas del infierno y que no era un Padre justo y bueno porque a ver qué es lo que de malo podía haber hecho esa pobre niña, si casi acababa de venir al mundo y solo trataba de hacernos felices y complacernos. Pero Dios no me oyó, se la llevó. Me quedé con ella hasta que exhaló su último suspiro. Después abandoné la habitación y la casa.

No fui a su funeral, tampoco al cementerio. No podía. Sé que la acompañaron algunas pupilas de la casa. Me dolía tanto, me sentía tan mal y sobre todo responsable de su muerte que no podía pensar en nada, en nada distinto a ella y a su enfermedad.

Me convertí en un autómata. Hacía las cosas cotidianas de la vida pero sin sentir, sin notar el frío o el calor, el dolor o la dicha, el odio o la ternura, la alegría o la paz. Un autómata nada siente y todo hace. Así era yo en aquel tiempo, así fui por el resto de mi vida. No la pude olvidar nunca. Yo la maté al decirle que abortara, yo la maté al no sacarla de allí, yo la maté al permitir que ejerciera su oficio a pesar de que era una niña, yo la maté también al tener relaciones con ella. Yo la defraudé por mi cobardía, por mi falta de arrojo. Yo la maté por todo lo que no hice y consentí que hiciera. No hay nadie más, el único responsable soy yo. De nada sirven las palabras de consuelo de Álvaro y de otros amigos bienintencionados. De nada, puesto que todo es falso.

Ha pasado mucho tiempo, soy un hombre viejo que está al final de su vida, que se pone a repasar su obra y que solo ve un asesinato. Y se ve como lo que siempre ha sido: un maldito cobarde. No hay nada más solo este hecho, el único trascendental de mi vida. Y me pregunto cómo me presentaré ante Dios, si como un cobarde asesino o como un hijo valiente que reprende a su padre porque lo ha abandonado. No sé. Estoy ya tan cansado. Quisiera terminar y lo que tenga que suceder, suceda. Pero no salgo del círculo vicioso de mis

propios pensamientos y cual círculo vicioso, revivo una y otra vez mi historia con ella, encadenándose nuestro encuentro y su muerte, su muerte y nuestro encuentro en un proceso sin fin.

Y ella es tan bella y tan joven, tan niña, y yo tan cobarde ¡Cuánto dolor podrá soportar mi viejo corazón!

Veo que no he sido capaz, nunca, pero nunca, nunca de vivir mi vida. Siempre he hecho lo que los demás esperaban que hiciera, mis padres, las comidillas del pueblo, Álvaro. Ahora me doy cuenta de que han sido los demás los que de una forma sutil han dirigido mi vida. Aunque en realidad tendría que decir que yo, por mi falta de valentía me he dejado conducir. Tengo a mi lado el ejemplo de Álvaro y aunque su vida no me convence sí que he de decir a su favor que siempre obró según su voluntad y su criterio. Si yo hubiera sido capaz de hacer lo mismo, Angélica estaría viva, no hubiera conocido más hombres y ese niño hubiera sido mío. Habríamos vivido los tres como viven otras personas, pero la falta de coraje ha dirigido siempre mi vida y ahora mi falta de coraje hace que me enfrente al sentimiento de la culpa de su muerte. Y siempre está presente en mí, no me abandona y la veo y me veo y me culpo y no me olvido, ni la olvido. ¿Qué hacer Dios Mío en esta situación? Ahora que estoy solo y debo acallar a mi conciencia ¿Qué hacer? ¿Cómo perdonarme?

¿Qué sucede? ¿Qué pasa a mi alrededor? Creía que estaba solo y veo que mis padres han entrado a saludarme. Es increíble. No puede ser. Ya no están conmigo, faltaron. ¿Cómo pueden ahora venir y hablar? Seguramente estaré enloqueciendo y tendré visiones.

-No, hijo mío. Has pedido a Dios ayuda, le has preguntado de corazón qué hacer y Él, en su máxima sabiduría y compasión, nos ha permitido acercarnos a ti para poder hablarte, para que comprendas cuál es tu situación y puedas prepararte para remediarla. Por eso te pedimos que nos acompañes y que reposes un poco para poder entendernos mejor. Acompáñanos si es tu deseo a nuestro hogar y allí con la ayuda del bienamado Padre daremos respuesta a cada pregunta y a cada necesidad que tengas, si el bien superior así lo permite. No te demores, hijo, pues con ello demoras tu cura y tu salvación.

-Vamos, pues. Aunque sigo sin entender cómo es posible esto. Vamos. Vámonos porque me muero.

Me dice mi hermano, aunque más que un hermano es un padre, que empiece por el principio, que no me preocupe porque tenemos tiempo para todo, y que trate de comentaros mi vida de una manera ordenada. Pero no sé si podré porque el mero hecho de ponerme a pensar en ella, hace que mi corazón y mi imaginación se disparen, también el miedo. Y me preguntareis miedo *a qué* si ya no puedes perder nada puesto que todo lo has perdido. Y os diré que es cierto y que también sé que tendré que ponerme en paz con todo el mundo, con enemigos y con víctimas. Y de ahí es de donde procede mi miedo. Veamos.

Ya me recuerdo de muy niño, violento, de trato áspero y grosero, huraño, sensible solo a mi propia voluntad y capricho, organizando lloros y pataletas si no se me daba lo que mi capricho, en ese momento, quería. No tenía un gesto, ni trato amable o cariñoso con nadie, ni siquiera con mis padres. Tampoco con mi madre. Todos estaban a mi servicio y vivían para cumplir mis caprichos.

Mi padre se debatía entre el orgullo por mi coraje y valentía y el pesimismo por mi carácter, pues sospechaba con sumo acierto, que me daría muchos problemas. Mi pobre madre, sin voz, pues su opinión no contaba, creía claramente que solo me podría traer problemas y que nadie me podría querer con un carácter tan endiablado. Por tradición familiar me tenía que dedicar al ejército, era la única carrera viable para mí. Mi pésimo carácter y violencia me avalaban.

Así pues, en mi casa y desde niño, fui adiestrado en el manejo de las armas de fuego y con el sable. Vivía a lomos de un caballo. En suma, todo lo que un niño necesita aprender, tener o saber para entrar en el ejército, lo tenía. Pronto se hizo evidente para mi padre y para mis maestros que debía continuar mi formación en un cuartel-academia. Seguí los pasos que mi abuelo y mi padre habían andado antes. Se hizo claro para mí que mi apellido era conocido, temido y querido por mis superiores-instructores, pues el trato que recibía de ellos no era indiferente, pues o bien me culpaban a mí de todo, o bien me disculpaban. Con el tiempo llegué a ser valorado por mí mismo y no por el nombre de mi familia.

Mientras estuve en el cuartel academia tuve que aprender a hacer de casi criado, de otro militar de más alta graduación y experiencia que la mía. Al principio no me gustaba y me consideraba humillado por ese destino, con el tiempo, lo agradecí pues aprendí muchas cosas de él y su carácter, bravucón y pendenciero, casaba mucho con el mío.

Gracias a él presencie reyertas entre compañeros de armas, citas al amanecer en las cuales lo acompañé. Vigilancia de alcobas que hice y alguna que otra visita a los calabozos por su falta de disciplina y bravuconería. A pesar de esto, estaba bien considerado entre las más altas instancias pues jamás había abandonado a sus hombres y participaba con todo su coraje y conocimiento militar en cuantas acciones se le encomendaban. No tenía miedo y demostraba astucia y valentía a la hora de planificar una acción, ya que con frecuencia preveía los movimientos que podría hacer el enemigo, lo que lo colocaba en una situación privilegiada, de clara victoria. Con ello y por los motivos antes mencionados, no había ascendido con la rapidez que debiera gracias a sus méritos, y aún estaba en activo y no tras la mesa de un despacho del Ministerio de la Guerra o en los salones de una rica heredera con su uniforme de gala.

Yo lo acompañaba, me encargaba de mantener sus armas brillantes y en perfecto estado y de que nada faltara. Él se preocupaba de que yo aprendiera todo lo que podía del arte de la guerra. Hablábamos de estrategia, de las posiciones de los ejércitos en las batallas famosas, de técnicas envolventes, de rendiciones aparentes, de flancos falsamente debilitados, de trampas mortales y de victorias pírricas.

También aprendí de él que la sangre de un compañero no la lava la de un enemigo, que la vida de un camarada es tu propia vida, que en la batalla, el honor estaba en la defensa y conquista y que eso solo te lo permitían los hombres, tus hermanos, que estaban junto a ti entregando su vida por una mísera soldada, que la bravura y la fiereza se acrecientan cuando la herida ajena se hace nuestra. Esa es la verdadera arma invencible de todos los ejércitos, lo demás son gaitas. El valor y la unión de los hombres en el campo de batalla es lo que hace que un ejército sea fuerte. El conocimiento y la camaradería entre los hombres es lo que permite atacar, defenderte y saber que no habrán desertores que te abandonen, que el camarada que está a tu lado dará su vida por ti, porque es más que un familiar, y que tú la darás por él porque es como si fuera tu padre o tu hermano. Las batallas también se ganan o se pierden por la cohesión entre los hombres.

Establecer lazos de camaradería es costoso, pero no hacerlo aún es más porque en cada recodo, en cada zona con maleza espesa, en cada desfiladero o en cada río, cruce de caminos... vas perdiendo hombres y llegados al campo de batalla, el ruido, la pólvora, los gritos, las órdenes, la muerte, aún lo es más. Das una orden de avance, te adelantas tú primero y esperas a que todos los hombres te sigan, te defiendan, eres y te sientes fuerte e invencible porque te acompañan, y miras atrás y ves que de veinte hombres, solo te siguen cinco, los demás han desertado. Entonces abandonarías el ataque y buscarías a los desertores hasta alcanzarlos y darles muerte. Pero no puede ser. Así las

guerras, las batallas no empezarían nunca, has de continuar y luchar y defenderte como puedas. Tus hombres jamás han de ver en ti miedo, debilidad, flaqueza o duda. Han de ver arrojo, valor, estrategia, unión. Eso solo se consigue en el cuartel, en las largas sesiones de entrenamiento, en los ejercicios militares, en las palabras duras, obscenas que los mandos más bajos del escalafón -sargentos y cabos- dirigen a sus hombres para curtirlos, hacer que obedezcan y los sigan sin dudarlo hasta la muerte, porque ahí es donde los llevamos. No hay amor de mujer que te salve, ni el de madre, esposa o amante. Solo te salva el amor, el arrojo de un compañero que codo a codo lucha contigo. Por eso es tan importante la paz del cuartel, la disciplina.

Todas estas cosas y muchas más me contaba, yo embebía sus palabras. A veces salíamos a campo abierto y allí, sobre una loma y a lomo de nuestros caballos, me planteaba una batalla, me hablaba de su estrategia y de los posibles fallos de la mía, me corregía errores que después salvarían la vida de mis hombres y me apremiaba a seguir aprendiendo porque contra la muerte nunca sabes bastante, "esa noble bastarda siempre te gana". Ahora lo recuerdo como un héroe.

Yo ya había dejado su servicio cuando le sobrevino la muerte a causa de unas faldas. Después del ejército y la guerra lo que más le gustaba era una mujer. Decía de ellas que no podía comprometerse con ninguna habiendo tantas y tan hermosas, ¡cómo dejarlas a ellas sin su consuelo! y se tocaba sus partes. A algunas las debió de querer, a su manera, sin compromisos, pero las quiso; con otras se divertía; las más de las veces le aburrían con sus inhibiciones y rezos. Todo esto me lo contaba después, de regreso al cuartel o a su casa. Por él tuve varios enfrentamientos con otros cadetes como yo, pues no consentía que ante mí hubiera la más mínima crítica hacia él, ya fuera a su carrera militar o a su actuación personal.

En ese tiempo fue cuando empecé a ganarme mis peores y más fieles enemigos. Pero eso será otro día.

Porque en los cuarteles, aunque debería cundir la hermandad, muchas veces lo que se alimentaba eran los celos, que con el tiempo se convertían en enemistades. Por ellas se mandaban al frente a los mejor preparados, pero también a los enemigos para ver si la Santa Muerte hacía su trabajo y nos libraba de ellos. Una buena guerra a tiempo nos hacía subir rápidamente en el escalafón y nos permitía enriquecernos con la rapiña y el hurto de objetos abandonados y luego tomados, por no hablar de los títulos recibidos en premio y su compañía, las tierras, concedidas por el mismo motivo.

Todos estábamos en los cuarteles por los mismos motivos: el honor de la carrera militar y sus premios o prebendas. A los más desventajados les permitía

subir en el escalafón social, bien por méritos de guerra, bien por matrimonio con una rica heredera, conocida en los salones de la nobleza o en las recepciones o fiestas del Ejército.

Lo malo es que tus enemigos se sitúen en los puestos de despacho del Ministerio y que tu guerra sea lejos, una guerra colonial, y que además se pierda. Ahí el escalafón no corre y ves con asombro que otros peor preparados, menos capacitados y con destinos patrios, corren en el escalafón a la velocidad del rayo, cuando tú, que has arriesgado tu vida y la de tus hombres, lo haces a la velocidad de una tortuga ¡Ya les daba yo un poquito de acción a los militares de despacho! Así sabrían por su propia experiencia, y no por la de otros, qué es quedarse sin hombres, estar sin agua, con insectos mortales o animales desconocidos, con una vegetación excesiva y mucha humedad o sin vegetación y en un secarral, sin poder esconderse del enemigo que conoce el terreno y domina las fieras ¡Ya les daba a ellos un poquito de experiencia! Pero aquí, donde estoy ahora, no me es posible, solo puedo reflexionar y meditar sobre mi propia vida y mis propios errores. Es lo único que puedo hacer, pero me cuesta. Voy dando rodeos, dándoos una panorámica general, pero no entrando en el meollo de la cuestión. Tengo miedo, a pesar de ser un valiente.

Pero ahora, como un cobarde, voy dando rodeos para no atajar de frente, como lo hacen los hombres, los errores de mi vida ¡Cuándo podré hacerlo, porque ya no puedo dilatarlo más! ¿Cuándo podré, Dios mío, cuándo podré? Dame la fuerza y el coraje necesarios para hacerlo. Cógeme de la mano como un niño y dame el coraje y la valentía de antaño.

Antaño. Esta palabra me sirve. Antaño era un salvaje para el espíritu y un cortesano para el mundo físico. Como un salvaje me comporté en las batallas, como un salvaje me batí en los duelos buscando reparar una honra que yo no tenía, como un salvaje respondí con furia a los ataques y afrentas recibidas de mis supuestos enemigos, como un salvaje arrasé, quemé, destruí, robé, violé, tendí trampas. Y me revolví como una serpiente salvaje, como un puma herido ante hombres que apenas estaban armados, casi desnudos, con sus harapos y ropas viejas, rotas y desgastadas. Porque una guerra puede ser menos deshonrosa cuando es entre iguales y cuando los dos ejércitos cumplen a rajatabla unas normas para con los vencidos o los heridos. Pero cuando una guerra se produce y se plantea fuera de estos términos, ahí todo vale. Las mayores atrocidades están consentidas y permitidas. Embebido de una furia negra, te conviertes en un animal que solo se sacia cuando ya no queda nada vivo, cuando ya nada se mueve. Solo entonces paras y te miras y te ves lleno de sangre y piensas que estás herido, pero no es así, es la sangre de los que

has matado y empiezas a mirarlos y ves a ancianos, que mal pueden sostenerse, a mujeres, a niños, y por último a algún hombre, porque has atacado una aldea donde te decían que estaban los rebeldes. Un poblado construido con cabañas de madera y palma, un poblado que hay que volver a construir tras el paso de un huracán. Unas pocas personas desvalidas y a lo sumo armadas con machetes necesarios, por otra parte, para moverte en esta selva, en esta vegetación maldita, llena de mosquitos asesinos y aguas venenosas.

Y no solo fue un poblado, fueron muchos. Me convertí en un experto y con ello hice de mis hombres unos vulgares asesinos, violadores. Primero íbamos mi hombre de confianza y yo, y oteábamos el terreno, despacio, silenciosos para no ser vistos ni llamar la atención, para así salvar nuestras vidas y para que no huyeran del poblado, lo dejarán vacío y no se internaran en la selva, donde no los podíamos encontrar.

La estrategia, el conocimiento del terreno aprendido en mi juventud fueron capitales. Buscaba un lugar donde escondernos sin que nos vieran, un lugar por donde comenzar el ataque y un lugar por donde huir si las cosas se ponían feas. Estudiaba la disposición de las cabañas, cuáles eran las más grandes e importantes, en dónde se reunían los hombres y dónde, las mujeres. A veces esto me llevaba poco tiempo, a veces, varios días. Después de esto ya procedía a atacar. Después del ataque algunas veces quemábamos el poblado, no queríamos testigos. Los cadáveres no los enterrábamos, los dejábamos para alimento de fieras y chanchos, que se daban un buen festín a nuestra costa. Y regresábamos eufóricos, silenciosos. Cada uno de nosotros rumiando, o al menos tratando de rumiar, lo que habíamos hecho, porque a veces, estos recuerdos aparecían en nuestra mente como llamaradas, fogonazos inconexos que no nos permitían tener un conocimiento cabal de nuestros actos.

Antes de llegar al cuartel nos lavábamos en un riachuelo para quitarnos los rastros de sangre. Si no podíamos hacerlo, entrábamos de noche para no asustar a nuestras mujeres e hijos, porque algunas no lo resistían, se compadecían de nosotros pero también de los indios. Se alegraban de que sobreviviéramos pero, en el fondo de sus ojos, se preguntaban cuántos habríamos matado y si habríamos dejado tranquilas a las indiecitas jóvenes, casi niñas. Algunas mujeres se estremecían de pavor al pensar en ellas mismas o en sus hijas en la situación inversa. Y entonces convertían a sus maridos o a sus prometidos en verdaderos cobardes. En esos casos era mejor mandarlas de vuelta a casa, donde no vieran nada y eso les permitiera a sus maridos, mis hombres, entretenerse y desahogarse con alguna criadita joven y bonita, y volver a tener el coraje de un soldado.

No amaba aquella tierra, no era la mía. No me gustaba el calor húmedo, la lluvia y los mosquitos, verdaderos asesinos de mis hombres. La defendía porque ese era mi oficio, porque recibía esas órdenes y porque era nuestra desde hacía más de trescientos años. No me gustaban sus mujeres, pequeñas, oscuras, de cabellos gruesos, lisos y piel áspera. No me gustaban sus hombres, pequeños, nervudos, no me fiaba de ellos porque yo en su lugar nos hubiera traicionado. Eran unos traidores. No me gustaban sus costumbres, no las entendía. No me gustaban sus brujos, ni sus medicinas, no me gustaban sus dioses o lo que aquello fuera. Lo único que de allí me gustaba era la casa en la que vivía, los hombres y mujeres que me pertenecían, las piezas de oro o el mineral que podía adquirir a un precio bajo y el ascenso a la estratosfera que esperaba, después de que termináramos esta maldita guerra, sin campos de batalla y sin enemigo visible, uniformado y equipado.

Pensar en el regreso a casa, lleno de honores y oro, era lo único que me mantenía.

Y era lo único en lo que verdaderamente ponía mi empeño. No había nada que me importara tanto, aunque ponía mi empeño en que nadie lo notara, pues mi desánimo no podía dejarlo traslucir a la tropa y mi visión personal de la guerra poco importaba a mis viejos y queridos enemigos del Ministerio en la villa y corte.

Mi posición privilegiada me permitía tener contactos con grandes hacendados patrios y comerciantes de todo el mundo. Algunos decían ser representantes diplomáticos de su propio país y me afalagaban con costosos regalos para estrechar las relaciones entre los dos países. Falso. Lo que en realidad querían era que les facilitara su comercio mirando para otra parte o que mis hombres fueran permisivos con el embarco o desembarco de mercancías en sus flotas. De nada me servía ser fiel y rígido cumplidor de mi cometido, pues en esa endiablada tierra cualquier golfo diminuto o pequeña ensenada al abrigo de los vientos y cubierta por la vegetación, les servía. Después las mulas se encargarían de repartirlo. Pero si yo hacía la vista gorda, ambos nos beneficiaríamos. Aunque en guerra, por donde entran mercancías entran fusiles que luego servirán para matar a mis hombres y para perder la guerra. Entre hacendados y comerciantes, los había patrios, pero también los había que creían que ellos, pobres cholitos, podrían gobernarse solos e incluso que les iría mejor que con un gobierno y una corona que se dedicaba a matar y a silenciar en el exilio a sus mejores cabezas. Todo el sistema estaba corrupto y yo más, cómo creéis que me enriquecí en tan poco tiempo. Regalos que se aceptan, favores que se devuelven, en fin...

Mientras tanto mis hombres se morían de fiebres o caían en emboscadas. La sangría era continua ¿Cuántos hombres puede mandar a la guerra un país como el nuestro? ¿Quién preñará a nuestras mujeres? Porque el goteo era continuo.

No me fiaba de nadie y sabía por confidentes y delatores quién estaba a nuestro favor (pocos) y quien estaba en contra (la mayoría). Sabía que la situación no podía sostenerse mucho tiempo, así que cuando empecé a ver titubear a mis superiores, supe que todo estaba llegando al fin y que yo iba a morir matando.

Di órdenes verbales de ensañarse con los cautivos, de no hacer prisioneros, ni contar con testigos. Cuando nos retiráramos después de una acción no habría nadie vivo para contarlos, ni mujeres, ni niños, ni ancianos. Nosotros nos marcharíamos, pero ellos no vivirían. Mis espías y delatores cobraban mucho, debía comprar su fidelidad, sus ojos y sus oídos, pues sus delaciones me permitían algunas detenciones ejemplares, juicios sumarísimos, torturas y ejecución pública, para que todo el mundo supiese cuál era el fin de los que traicionan a mi patria.

Y mi casa, mi enorme y bella casa, con sus indias y su oro, fue cubriéndose de sombras, a pesar de las antorchas y quinqués. Sombras cada día más espesas, más densas. Y luego vinieron las voces, voces que solo yo oía. Aparecieron como un murmullo y cuando me dirigía al lugar de su origen, callaban y las volvía a oír tiempo después en otra estancia. Al principio solo las oía cuando estaba solo, con el tiempo se hicieron descaradas y las oía cuando estaba despachando o en cualquier otra actividad oficial. Nadie las oía, al menos, eso me decían. Pensé que me estaban envenenando y mandé comer y beber mi comida a indiecitos y solo entonces comía y bebía yo. Aquello no era, a ellos nada les pasaba, nada oían, pero para mí los murmullos habían devenido en risotadas. Me estaba volviendo loco.

Mientras tanto, mi arte sucio de la guerra continuaba. Se estaba volviendo peligroso quedarse. Fleté un barco y lo llené con todas las cosas, muebles, joyas, rarezas que me gustaban y de las que no me quería deshacer. Las mandé a mi casa solana. Cuando me retirara, sin honores, seguro, por perder la guerra, disfrutaría de ellas. Así me aseguraba una pequeña parte de la riqueza que ahora tenía, porque las tierras no podía llevármelas. Ya llegaría un momento en que podría deshacerme de ellas, quien sabe.

Pero nada hay tan sucio como una guerra que se sabe perdida, nada tan sórdido, ni tan devastador. Tú te ensañas con el enemigo hasta extremos

inhumanos, te dejas llevar por el odio, la ira, la frustración y la venganza. Te comportas como una fiera, con la bestialidad propia de las bestias, lo que de humano y compasivo hay en ti desaparece y lo mismo sucede con tu enemigo que se comporta igual que tú, y así se entra en una espiral de violencia sin sentido, de crueldad y de deshonor.

Yo en esta guerra sucia cobijé y amparé a todos los hombres que se regodeaban y disfrutaban con este tipo de acciones, torturas al fin, violaciones, asesinatos masivos. Yo los protegí. Y aunque me llegaban quejas presentadas por ricos hacendados y ante ellos fingía un honor y un enfado que estaba bien lejos de poseer, siempre los protegí y amparé, los destaque de otros que eran remisos o permisivos en sus acciones. Los destaque y promoví por encima de aquellos que tenían problemas con su conciencia, porque en una guerra la conciencia es un adorno innecesario.

Y esta es mi pena, este es mi castigo y mi dolor porque soy el único responsable de todo este terror. Aunque yo no torturé, asesiné o violé directamente, sí que lo hice, dado que yo estaba al mando, di las órdenes verbales de proceder así.

Cuando desde la capital se dio por terminada la guerra y se procedió al embarque de las tropas, mis hombres estaban heridos física y psicológicamente, sus uniformes rotos, sus vidas truncadas, sus almas heridas. Volvían contentos a casa pero derrotados en lo más íntimo de su ser. Lo que allí habían vivido, lo que habían visto, o los actos en los que habían participado, los marcarían para toda su vida. A algunos las pesadillas los perseguirían siempre; a otros, el deshonor; a los más, la deshonra por la pérdida o sus conciencias. Pues bien, de todo esto soy yo el único responsable. Todo esto lo hice yo. Nada me es ajeno.

A mi vuelta a la península, nos repartieron por ella y a mí me alejaron de los centros de poder, me destinaron a lugares inhóspitos y fríos donde el aburrimiento y la abulia dominaban. Abandoné mi carrera militar enfadado y asombrado al ver como otros, con méritos y escalafón inferior, me adelantaban y se les concedían destinos mejores que el mío. Todo lo achacaba al capricho de la vida y de los políticos. No pensaba en mi comportamiento, creía que mi hoja de servicios estaba sin mácula, limpia como una patena. No pensaba que a nivel oficioso pudiera haber llegado mi dureza o crueldad, además a todos los mandos que habíamos participado en la contienda nos estaba sucediendo lo mismo. Y aunque en mi país la paz no era completa, y podían habernos utilizado, prefirieron agotarnos con el aburrimiento y la desidia.

Como ya dije antes, abandoné, me cansé de recibir afrentas y me retiré a mi casa donde viví aburrido y dedicado a la caza el resto de mis días.

Solo después de mi muerte me dominaron estos tristes recuerdos. comencé a ver caras, a verme dando órdenes y ver como mis hombres las cumplían, a ver las caras de las víctimas, las masacres de los poblados, los viejos, los niños, ... Todo lo vi, todo lo presencié. Sentí el furor ciego o el placer de mis hombres, pero también el horror y el dolor de mis víctimas. Era una cosa extraña, no sabía que podían verse nuestras acciones desde tantas perspectivas y sentir lo que sentían los participantes. Fue un tiempo horroroso, tenía que parar para descansar y rehacerme. Cuando podía volvía a pedir a mis cuidadores ver los sucesos que no había visto, necesitaba saber, conocer el alcance de mis acciones. Y así, poco a poco y con su ayuda, pude ir entendiendo.

Ahora comienzo mi preparación para volver. No sé qué querrán que haga, o qué creerán que puedo hacer. Confío plenamente en ellos, sobre todo en uno que me ha tomado a su cargo, que frecuentemente me acompaña y me aconseja. Solo le pido a Dios que me dé la oportunidad de reparar cuanto de mal he hecho.

¡Qué nervioso estoy! Mi corazón palpita con mucha fuerza y una pena grave y honda me invade. ¡Qué ironía! Jamás pensé cuando tenía un cuerpo físico, con su corazón y sus nervios, que cuando no lo tuviera, me haría sentir y sufrir de la misma manera que cuando estaba vivito y coleando.

Ya parece que me voy empezando a relajar. Mis latidos comienzan a perder velocidad y parece como si quisieran ser menos intensos.

Aún no os he contado nada. Aún no os he dicho por qué estoy aquí, ni cómo llegué hasta aquí. Tengo miedo de empezar y voy dando rodeos porque cuando empiece, nada ni nadie podrá pararme y... ¡tengo tanto miedo! ¿Qué voy a hacer? ¿Tendré el coraje necesario o me volveré a encerrar en esta concha?

No estoy solo. Estoy rodeado de amigos queridos que me animan y me confortan. Me conocen y saben de mi temor. Tengo miedo a quebrarme, temo romperme y que vuelva a necesitar su ayuda médica, aunque ellos me dicen que confíe.

Mi infancia y adolescencia carecen de importancia. Nada hay de relevante en ellas, salvo un marcado egoísmo. A veces, pienso que es lo propio de la edad, pero mis guías me dicen que no lo es, que es un error de mi carácter y mi comportamiento. Así que como ellos son más sabios que yo, lo admitiré.

Nos habíamos quedado en que era egoísta y como tal me comportaba, preocupándome solo de lo que me daba placer o de lo que me convenía. Era frío y despiadado para con los demás (*no pienses y no me enredes. No soy un psicópata. No interfieras*). No me importaban sus sentimientos o sus necesidades y no entendía el llanto o el sufrimiento ajenos. Como se diría vulgarmente tenía una piedra por corazón, cosa que ahora no me pasa.

Sí tenía amigos, sí tenía conocidos y amistades pero no era sensible con ellos. Tampoco con mis padres. A mi alrededor había un vacío donde nada confluía y huían la alegría, la empatía, el cariño, la dulzura, la ternura y el amor. No es que los demás no me lo dieran, sobre todo mi madre, no. Es que yo no lo manifestaba y pasada mi tierna infancia, los demás dejaron de demostrármelo, pues se veía que me molestaba o incluso me repelía. Vivía cómodo con esa ausencia de sentimientos y en mi interior me reía de aquellos que los tenían, considerándolo un signo de inferioridad.

Cuando me hice mayor, las mujeres me atraían pero lo mismo que un animal bello o un objeto bonito. Si cedían a mis necesidades físicas, mantenía mi atención sobre ellas más tiempo. En caso contrario, las dejaba pasar sin más. Me aburrían con sus continuas exigencias de caricias o de atención y

adoración. Esperaban de mí algo que yo no tenía y no podía darles: veneración y amor, y que las salvara de su rutina y aburrimiento, o de las garras de sus padres, y que como un caballero andante las llevara al país de "fueron felices y comieron perdices". Mientras ellas veían eso, mi visión era completamente distinta. Yo me veía encerrado en una celda de una cárcel y les daba a ellas la llave para que, domesticado, me abrieran para ir a trabajar, o en su caridad, me permitieran ir al café o a ver a mis amigos. Me veía lleno de compromisos y obligaciones, constreñido por los convencionalismos de una sociedad para, a cambio, contar con unos minutos de placer siempre que ellas quisieran y bajo la presión y el temor de un nuevo hijo.

Muchos de mis amigos se quejaban del escaso roce íntimo que tenían con sus mujeres; otros, se quejaban de los esfuerzos que tenían que sufrir para calmar sus inagotables e insaciabiles exigencias. En fin, un suplicio. Era más cómodo y te salía más a cuenta alquilar a una meretriz cuando el deseo te invadía, al fin y al cabo mis amigos, por fas o por nefas, así lo hacían.

Gracias a mis padres y también a mis estudios y esfuerzo tenía una posición económica sólida y asentada. Vivía sin dificultades, sin que nada me faltara, pero tampoco con ostentación que tanto me desagradaba pues pensaba que la ostentación era el síntoma de una riqueza recién adquirida pero pronto perdida. Como podéis ver solo vivía para mí.

Y yo era la medida de todo. Llegó un momento en el que seguir estando soltero no me convenía porque me apartaba de la sociedad en la que quería estar y en la que quería vivir. Mis padres me presentaban o provocaban encuentros "casuales" con jóvenes, hijas de sus amigos o de algún conocido que pensaban que podrían agradarme. A mí me daba igual.

Las veía desfilar por mi vida con bajadas de pestañas, tropiezos furtivos, roces accidentales, poses de cándida coquetería y demás subterfugios artificiales que buscan encontrar a un marido engañado y encandilado por tales artes. Las dejaba pasar. A veces participaba en su juego, que se convertía para mí en una partida de ajedrez en la que sospechas el movimiento de tu contrincante. Algunas eran expertas maestras; otras, principiantes y las menos, total ignorantes. Pero a mí todas me incomodaban.

Vivía muy bien en mi casa, servido y sin tener que dar explicaciones de ningún tipo, como un niño grande. Esta situación me parecía perfecta, pero llegó un momento en que mi soltería incomodaba. En las casas a las que acudía, veía cómo los maridos se inquietaban y no nos dejaban solos, y por otro lado, las mujeres, aburridas, buscaban en mí un aliciente que no estaba dispuesto a dar. He de confesar que en un principio esta situación me pilló por sorpresa, luego,

participé en el juego de ambos y, más tarde, me retiré aburrido y asqueado de tanta liviandad.

Debía, pues, vivir como mi época demandaba para no apartarme de la sociedad. Mi padre me presentó una tarde a una joven, casi en plena adolescencia, hija de los hijos de unos amigos. No es que fuera especialmente bonita, solo tenía la belleza de su juventud. Por su edad, pero sobre todo por su actitud, me pareció que sería una buena compañía en mi madurez y en mi vejez. No la vi con poses ni vicios adquiridos para la seducción de un posible marido, más bien la encontré sencilla y discreta y pensé, inocente de mí, que por su edad y experiencia, se acoplaría a mis deseos, igual que un guante a mi mano. No se me alborotó el estómago con las famosas mariposas, no se me alteraron el pulso, ni la respiración. Mi cabeza y mis sentimientos estaban más fríos que si hubiera comprado unos campos para dedicarme a la agricultura. Pensé que era el precio más bajo que podía pagar para seguir estando en sociedad y contando en ella.

El noviazgo fue rápido, por la edad del novio no convenía esperar. En realidad el novio se aburría con aquella mujer que mostraba tan poco interés por la vida y con una conversación tan plagada de monosílabos, o con el "no lo sé, señor". Me aburría, pero al mismo tiempo convenía conmigo mismo, que era la que más se ajustaba a lo que yo quería.

A medida que pasaban los días y se acercaba la fecha del enlace, mi irritación iba en aumento. No entendía a mi madre ni a la suya, mi futura suegra, ni menos a ella, que por nimiedades se ponía a llorar sin saber por qué, ni cómo se podía aliviar esa situación. Su llanto y las idas y venidas de las familias me irritaban mucho. A punto estuve de anular todo. Me paró el hecho de que ella ya no podría encontrar marido y yo seguiría fuera de la sociedad. Esperaba, ingenuo de mí, que pasados estos días, irritantes y difíciles, todo volviera a su cauce y yo pudiera volver a hacer la vida que deseaba. Mientras, su llanto no cesaba y mi desespero, tampoco.

Conmigo, los pocos momentos que nos dejaban solos, se mostraba obediente y sumisa, y harto parca en palabras. No había forma de tener una conversación con ella o de conocer sus gustos o pareceres de las cosas más nimias ¡Dios mío, qué aburrida era aquella mujer! Parecía medio tonta, pero era lo que me convenía. No quería una mujer exigente y escandalosa, que solo me permitiera estar pendiente de ella y de sus caprichos, no. Esta sería la más adecuada y se conformaría con lo que yo decidiera darle, decirle o hacerle.

La presenté a mis amistades. Traté de que conociera a todas las personas que de alguna forma me importaban. No participaba en las conversaciones, no añadía ningún comentario a lo dicho por banal que fuera. Más bien parecía una

estatua de sal, más preocupada de mantener su imagen, y que ésta no se descompusiera. Cuando de vuelta a casa le preguntaba por su mudez, lo máximo que respondía era que no sabía de qué se hablaba. Yo me llevaba las manos a la cabeza al comprobar lo torpe y estúpida que era. Pero acallaba mis temores poniendo prudencia donde debía haber puesto cortedad. Seguía pensando que su juventud y mi voluntad me permitirían ir modelando y modificando su carácter. No quería una doctorcilla, pero sí alguien que tuviera una conversación aceptable y no un silencio absoluto en las reuniones en sociedad.

En esos momentos en que nuestro compromiso se había hecho público y comenzaban los preparativos de nuestro enlace, echarse atrás o venirse abajo, solo me hubieran supuesto el ostracismo en las casas más interesantes y convenientes. Todos hubieran pensado que se debía a mi mal carácter y no a sus silencios. A veces pensaba que era como tirar una piedra a un pozo y esperar a oír el sonido de ésta al chocar con el agua y esperar y esperar, porque el sonido nunca llega. ¿Habría algo ahí? Debía haberlo, pero aun no sabía qué.

Mientras tanto ella me seguía regalando sus sesiones de llanto y sus respuestas llenas de monosílabos. ¿Me quería?, ¿lamentaba separarse de sus padres y abandonar su casa?, ¿quería casarse?, ¿quería tener hijos?, etc., etc. Esas y otras muchas preguntas le hice pero nunca obtuve una respuesta clara. La tomaba de la mano y no la apartaba, a lo sumo bajaba la mirada. La abrazaba y tampoco mostraba temor, solo manifestaba lo que yo entonces entendía como timidez. Algún beso furtivo le di, más como hermano que como prometido y tampoco hizo amago de espantarse o escandalizarse. No había pasión, ni deseo por mi parte, tampoco por la suya. Y si su comportamiento en esta materia hubiera sido otro, me hubiera dado pie a suponer de ella un conocimiento en estas artes que no estaba dispuesto a tolerar en mi futura y aburrida esposa.

Todo ocurría según lo esperado. Y según lo esperado nuestro encuentro más íntimo. Entre mi falta de deseo hacia ella y su falta de deseo, aunque no temor, hacia mí, hicieron de esta situación otro trámite más.

Nos establecimos en la casa de mis padres. Era muy grande, vivíamos muchas familias. Solo hubo que acondicionar y conectar mi dormitorio de soltero con un gabinete y otras dependencias cercanas, para que ella y yo, ambos, tuviéramos el espacio adecuado. Así, ella no gobernaría la casa, la seguiría gobernando mi madre, y se adaptaría a las costumbres, usos y criados que teníamos. Era la mejor forma que tenía para que mi pequeño universo cambiara lo menos posible.

Parecía una sombra, encerrada todo el día en su gabinete, sin saber qué hacer. Ni un gusto, ni una afición. No mostró interés por nada, ni quiso aprender las costumbres de la casa. Tampoco se mostraba afectuosa conmigo, ni yo con ella. Al volver por la noche a casa jamás me preguntó qué había hecho o qué me había pasado. Había una gran frialdad instalada entre los dos, tanto es así que pronto acabé durmiendo en un vestidor. Lo prefería a seguir con mis interminables monólogos y sus cansinos monosílabos. A ella tampoco le importó, puesto que no vi en su semblante ni una mirada de decepción, ni un mohín de tristeza o contrariedad. ¿Habría algo allí debajo?

Se convirtió en la sombra que algunas veces me acompañaba, una sombra adecuada, bien vestida, educada y sonriente, pero sombra. Una sombra no habla, no siente, no responde, solo te sigue. Y mantienes con ella una relación estrecha, constante y continua de soledad.

No creáis que me importaba mucho, era casi lo que yo esperaba del matrimonio. Tenía lo que yo había buscado, una situación doméstica cómoda, ¡pero a qué precio!

Hay un aforismo oriental que dice que tengamos cuidado al pedir a los dioses, porque estos pueden escucharnos. ¡Qué gran verdad! porque así sucedió en mi caso.

Llegó un momento en que su sola presencia me irritaba, no podía con ella. Todo el día en su habitación, sin hacer nada y sin nada que hacer. Tampoco hablaba con mis padres, ni con los criados de la casa. Pocas veces se decidía ir a la suya y ver a los suyos. Nada, no había nada debajo de su piel, ni sentimientos ni cerebro. No leía, no bordaba, no jugaba a las cartas, a las damas o al ajedrez. Nada.

Hasta que un día lo comprendí todo. Me había casado con una mongólica, una deficiente profunda a la que no le delataban los rasgos y a la que su familia había educado con mucho esfuerzo y tesón para que siempre y en todo momento no desentonara, no se le notara y pasara en sociedad como una persona tímida y discreta.

Quise asegurarme y tuve una conversación íntima con mi suegro, pero lo máximo que le saque fue que su hija solo tenía unas pequeñas rarezas de carácter que se compensaban con su docilidad. Si tenía una vida tranquila y sosegada, esas rarezas no irían a más y podía hacer feliz a cualquier hombre. Desde luego toda su familia se opondría a la nulidad eclesiástica del matrimonio en base a esas rarezas y más, con el tiempo que había pasado desde nuestro enlace. Además la familia estaba muy bien relacionada con lazos de sangre con un miembro del alto Tribunal de la Rota, y si decidía

emprender ese camino, tenía que saber, antes de comenzar, que estaba abocado al fracaso.

No os puedo decir la ira que sentí al término de nuestra conversación. No tengo palabras para describir mis sentimientos: ira, cólera, engaño, frustración, muerte, venganza... Todo esto y más pasó por mí.

Después, un poco más calmado agradecí mi ausencia de visitas a su dormitorio y me bendije por mi falta de ganas con ella, pues eso me liberaba de la posibilidad, cierta y segura, de tener un hijo con su mismo psiquismo.

Mi aversión hacia ella aumentó, me molestaba verla y compartir la mesa con ella. Me molestaba su olor y su perfume. Hubiera querido recluirla en su habitación y que no saliera de ella nunca. No quería verla y quería verme libre de ella.

Todos los métodos que se me ocurrieron eran violentos y en ellos yo llevaba la voz cantante. Tenía que presentarme como un hombre engañado e inocente y quedar totalmente libre. Tenía pues que mantener las apariencias ante todo el mundo, mis padres y criados incluidos.

Pensé en buscarle un amante y descubrirlos en un encuentro. Eso me permitía matarla y ser declarado inocente en defensa de mi honor, pero también tendría que matar al pobre infeliz que se decidiera cortejarla, y no podía.

Pensé en despertar sus rarezas a fuerza de disgustos y que su situación se hiciera tan insostenible que el médico recomendara su reclusión en una clínica de salud. Tampoco me convenía, porque así seguía casado con ese desecho para toda la vida. Ni pensar en la nulidad, y además tendríamos una larga temporada en casa de malestar, lloros, gritos, temores, etc. No me convenía.

Pensé en un accidente fatal ¿Pero cómo se iba a accidentar si no salía de su habitación?, ¿un ahorcamiento con los cordones de las cortinas? Ella no era capaz de pensar y enseguida se hubiera visto mi brazo ejecutor.

Me era imposible pensar en hacer un viaje con ella y que se cayera por un acantilado. No soportaba estar a solas con ella. El viaje también lo desestimé.

Por fin di con un método sin rastros, oculto y que haría su acción lentamente, despacio pero de forma muy efectiva. Un envenenamiento. Sería un veneno el que me permitiera quedarme viudo en la flor de mi vida.

Ahora solo quedaba empaparme con toda la información que pudiera para ver efectos y rastros que me permitieran quedar libre de toda sospecha. Y que el médico tampoco lo descubriera y la salvara.

Hacer esto último me llevó varios años y muchas compras de libros sobre venenos y también de Botánica, que pasó a ser mi nueva afición. Siempre que podía iba al campo y recogía hierbas que secaba, prensaba, molía y que después bebíamos todos. Eran hierbas inocuas que no podían perjudicar a nadie, pero que me preparaban el terreno para lo que iba a elegir.

Así fue pasando el tiempo y mis conocimientos, digamos que de Botánica, fueron aumentando. Pasaron en mi familia como una manía. Hablaba con el boticario y con cuantos expertos el azar me proporcionaba sobre Botánica en general y en particular sobre los beneficios curativos de ciertas hierbas y su anverso, los peligros de las mismas, los rastros que dejaban en el cuerpo, síntomas que podrían confundirse con enfermedades, etc. En suma, me hice un experto en la materia, sin título, pero experto. Ya lo tenía todo decidido y preparado, solo debía comenzar.

Mientras tanto mi mujer no había variado de comportamiento, ni actitud. Sus costumbres cotidianas eran las mismas. ¡Qué se le puede pedir a una carne con ojos! Nada, pues eso era ella, nada.

Preparé una mezcla de distintas hierbas, cada una en la proporción adecuada, sin un fuerte sabor y que no causara dolor, sino que por el contrario, calmaran, relajaran o adormecieran. Lo destilé. Me quedó una pequeña cantidad que metí en una minúscula botellita, cerrada y con cuentagotas. La mezcla era de acción suave y muy lenta y solo era mortal por acumulación.

Ya sabía dónde y cuándo debía ponerla. El chocolate del domingo con sus picatostes, era lo más adecuado. Era el momento en el que todos estábamos, era casi una institución en mi familia y en la que a veces teníamos invitados. Era el momento perfecto, estábamos todos. El chocolate tiene un fuerte sabor y a la boba la enloquecía y a veces se tomaba dos jicaritas de tanto que le gustaba. Había un peligro y era que la gota cayera en la jícara inadecuada, entonces mis padres, los invitados o yo mismo tomaríamos el preparado, pero como este era tan bajo, nuestros cuerpos lo eliminarían. Solo ella que empezaría a tomarlo de forma sistemática lo acumularía y pasarían algunos meses hasta empezar a notar sus efectos.

Así sucedió, la invadía una feliz somnolencia y en cuanto podía, tras el chocolate, se retiraba a descansar. A los demás nada nos extrañaba pues estaba dentro de su comportamiento más usual. A veces era capaz de levantarse para cenar, pero a medida que el efecto de la mezcla aumentaba se quedaba en su habitación.

Empecé a darme cuenta de que podían sospechar si solo le ocurría tras el chocolate, por lo que con mucho tino y mucha precaución, lo hacía siempre

que la situación me lo permitía y nunca repitiendo la dosis en la misma semana, pues no quería que el médico se diera cuenta y que su deterioro fuera tan evidente que me viera obligado a llamarlo.

La primera que se dio cuenta de que algo estaba ocurriendo fue mi madre. Me preguntó si no notaba a mi mujer más apagada que de costumbre y con unas pocas ojeras. Me preguntó si podía estar embarazada. Me hice el despistado y me reí, pues no la había vuelto a tocar. Un hijo, con su deficiencia, me espantaba.

Llegó un momento en que cada vez le costaba más levantarse y al final no lo hizo. Fue entonces cuando vino el médico y tras un detallado y minucioso estudio, concluyó que su corazón se fatigaba en exceso y que fuera preparándome para lo peor. Llamamos a su familia y tras la visita, mi suegro en un aparte me dijo que ya se sabía que las personas como ella tenían una corta vida, aunque nadie esperaba que fuera tan corta.

-¡Una lástima -dijo- una persona tan buena!

Yo pensé que cómo se puede ser bueno o malo, si lo que no hay son ideas.

En fin, sobrevino su muerte y padecí el luto. De repente me convertí en un hombre viudo y aún joven al que el corazón generoso de algunas mujeres había de consolar. Manos que se estrechan más de lo conveniente, roces imprevistos que el azaroso azar propicia, miradas que se mantienen, encuentros casuales, etc. Volvía a vivir, me había liberado de la cárcel en que se había convertido mi matrimonio.

Lo primero era dejar pasar el tiempo del luto, disfrutar de la libertad de que gozaba y después pensaría qué hacer.

No me volví a casar. Pensar en el matrimonio me enfermaba. Ahora no me fiaba de una mujer sumisa y callada. No volvería a sucederme lo mismo. Tampoco quería una mujer charlatana y con opiniones y deseos claros y firmes, pues no deseaba que mi hogar se convirtiera en el campo de batalla de todas las discusiones u opiniones que ambos pudiéramos tener. En una casa debe prevalecer la opinión del marido, para eso es el hombre y el papel de la mujer ha de ser el de contentarlo y obedecer. Las marisabidillas y las doctoras que se queden sus casas y atormenten a sus padres con la soltería.

Como ya dije no me volví a casar, no deseaba hacerlo. Pasé el resto de mi vida en una agradable y plácida viudez, sin ser perturbado y molestado por mujer alguna. Tampoco por mi conciencia. Nunca experimenté un atisbo de remordimiento y por tanto no necesite arrepentirme, al contrario me sentí

aliviado por librar al mundo de un ser así y aún más, por el hecho de no haber traído al mundo hijos de tal madre.

Todo se desarrollaba en mi vida tal y como deseaba, en una pacífica calma, sin quebrantos ni voces estridentes. Tampoco en el momento de mi muerte me arrepentí, ni confesé este hecho. No lo hice adrede, simplemente, no me acordaba. Así de sencillo.

Lo único extraño después de mi muerte es que seguía vivo, yo diría que más vivo porque mi inteligencia y mis percepciones habían aumentado. Era capaz de darme cuenta de muchas cosas, de ver la hipocresía de las personas haciendo ver que lamentaban mi pérdida, pero en realidad se alegraban. Y qué decir de mis primos y sus hijos que se quedaban con todo lo mío. Ellos claramente se alegraban y lo que lamentaban era lo mucho que había vivido. Esto despertaba en mí furia y deseos de venganza. Pero en el mundo en el que ahora vivía no sabía cómo hacerlo.

Pasado un tiempo en esta situación decidí ver mundo y es ahí, entonces, cuando sobrevino mi infierno, porque un mundo de sombras, formas monstruosas y voces amenazadoras se cernió sobre mí. "Asesino" me llamaban. Me perseguían y eran muchos. Nada podía contra ellos. Por rápido o lento que me moviera, las sombras monstruosas y sus voces me seguían. No sabía qué hacer para escapar de ellas y además a veces en mi vagar tropezaba o me encontraba con caminos o lugares a los que no podía acceder, porque una barrera transparente, como de cristal, me impedía el paso y aunque intenté en varias ocasiones rodearla no pude hacerlo. No tenía fin.

Estaba condenado a estar ahí. Cuando recapacité y pensé en el hecho de mi juventud, reconocí que era un asesino y concluí que vivía en el mundo de los asesinos. Y como las condenas son eternas, el infierno y el cielo son eternos, me preparé para vivir en esa situación. Observaba de lejos lo que los demás hacían y cuando me insultaban o agredían trataba de hacerles creer que no me dolía o incluso que no lo notaba. Vigilaba y observaba todo lo que sucedía a mi alrededor y fue entonces cuando oí una voz distinta en mi cabeza que me decía

-Medita sobre tu vida. Si quieres salir de aquí, medita.

Y me puse a pensar, a repasar toda mi vida, a ver todos mis errores y todas mis equivocaciones. Unas veces notaba mi comportamiento con los criados, y como mi inteligencia y percepción habían aumentado, era capaz, a la vez, de ver y sentir lo que yo hacía y lo que sentían ellos. Lo mismo me pasó con mis compañeros de colegio, con mis amigos y con mis padres. Pero lo más horroroso, por eso lo dejo para el final, fue mi repaso con mi mujer. ¡Pobrecilla! ¡Pobre tonta! Obligada a casarse conmigo cuando tenía una mente y un pensamiento infantiles. Era una doble o triple víctima. Primero por su

inmadurez mental y física. Segundo, por la sociedad que la obligaba a tener un marido. Después, por el padre y por último, por mí. Yo con respecto a ella, era doblemente culpable al exigirle un comportamiento como mujer y como esposa, y al convertirme en su verdugo.

Yo os lo cuento aquí resumido pero llegar a estas conclusiones supuso mucho desgaste y mucho dolor para mí, pues la percepción del dolor también había cambiado, como todo lo demás. También me dolió mucho comprobar la falta de sentimientos que tenía con respecto a todo el mundo salvo para mí. Comprendí que rayaba en lo patológico, pero esto no es una excusa.

Estuve mucho tiempo meditando y sufriendo hasta que nació en mí el deseo de arrepentimiento y de perdón. Al principio en forma tímida y luego, poco a poco, y a medida que continuaba meditando este sentimiento fue aumentando, convirtiéndose en un firme y verdadero arrepentimiento y fue entonces cuando me encontré a unos amigos que me trajeron a esta casa de reposo para mejorarme, porque llegué en muy mal estado.

Esto forma parte de mi proceso de cura, porque es necesario reconocer lo que has sido, no solamente ante ti sino ante todos los que lo necesiten. No debo avergonzarme y ocultar lo que he sido, porque todos hemos cometido muchos errores. Lo que debo hacer es prepararme para nuevos retos que me permitan reparar viejos errores. Por eso, hermanos, os dejo muy sintetizada la historia de mi vida, con el deseo de que os sea útil y beneficiosa y así no cometáis mis errores.

¡Qué el Sumo Hacedor os bendiga!

Nº 21 MUJER ABANDONADA

No puedo, no puedo. Me resisto. No puedo. ¿Cómo voy a poder contaros mi vida? No podré resistir pasar de nuevo por tal dolor. No, otra vez, no. Pedidme lo que queráis pero no me pidáis hablar de mi vida.

Me mareo, siento deseos de vomitar. Si pudiera contaros así mi vida, si con mis mareos y vómitos arrojara de mí mis tristes sucesos, todo sería más fácil, todo se podría saber de forma menos dolorosa. Pero me exigís que sea yo misma la que lo cuente todo. Me decís que es lo más conveniente para terminar este proceso, que me producirá mejoría, y que acabará llenándome de vigor y paz.

Me decís que hay que empezar por reconocer públicamente los errores y que eso es ya una forma de repararlos. Mi viejo orgullo se queja, porque no me importa hacerlo en solitario, pero se encrespa por el hecho de hacerlo público. Ya sé que mis faltas son las mismas, que el hecho de ser ignoradas o públicas no cambia el hecho en sí, pero me siento muy humillada.

Me decís que piense que yo ya no soy esa persona, que no me ate a esos hechos y que aprenda de ellos, repare el daño causado, que me perdone mis propios errores y que me entregue abiertamente a la reparación de los mismos.

Lo entiendo, os entiendo pero... ¡me cuesta tanto hablar de ellos! Voy a hacer un supremo esfuerzo. Tal vez pueda, tal vez no. Veamos.

Yo, cuando era joven, estaba loca. Eso es lo que creo ahora, porque estos hechos solo se pueden calificar de locura. Vivía solo para divertirme, enamorarme y enamorar. No conocía el deber, la obligación y mucho menos, la responsabilidad. No era mala, no. Era inconsciente. Tenía una inconsciencia supina. Todo me parecía banal, nada tenía valor salvo mi propia diversión. Y en esa diversión entraban los coqueteos y devaneos. Sentir que un hombre digno se convertía en un perrito faldero que me seguía, que procuraba encontrarme, que me dedicaba requiebros o me enviaba rosas, me producía una sensación de poder muy agradable.

Bastaba con bajar lentamente mis pestañas acompañadas de una mirada intensa, cargada de falsas promesas, o fruncir mis labios con un mohín de contrariedad, para que las reacciones de mis supuestos enamorados me llenaran de placer y al mismo tiempo me convencieran del enorme poder que tenía. A veces me parecía ser un maestro titiritero manejando sus títeres. Tener una cohorte de enamorados me hacía feliz. Yo era bella, superficialmente bella, y me engalanaba para seguir siéndolo. Me complacía el juego de aceptar y luego, llegado el momento, rechazar con la vaga promesa al rechazar, de aceptar. Todo eso con un lenguaje de gestos, miradas, que los descomponían a ellos, pero que a mí me divertían.

Así pasé algunos años de mi juventud, pero claro está, llegó el momento de sentar la cabeza, es decir, de casarme. Mi padre me presionaba, esperar a más tarde hubiera sido una torpeza. Algunos de ellos, cansados de mi juego, habían terminado casándose con algunas de mis mejores amigas. Le dejé decidir a mi padre. A mí tanto me daba, pensaba que en mi matrimonio sería igual, que mi comportamiento y el de mi futuro marido no cambiarían y que todo, entre nosotros, sería igual que durante el noviazgo.

Ahora sé que en realidad no me había enamorado nunca y que por eso me resultaba indiferente el pretendiente que eligiera mi padre. No se equivocó. Eligió un hombre honesto y cabal, enamorado de mí y capaz de darme todos los caprichos que mi coquetería exigía. Pero yo sí que fui un error para él.

Eso lo contaré otro día.

De la preparación de mi boda, lo único que me interesaba eran los vestidos de calle que me iba a poner y las joyas que los iban a adornar. También los regalos que recibía y que me servirían para adornar mi nueva casa, pues pensaba que todo era un complemento a mi persona.

No hubo pasión por mi parte en mi matrimonio. Soportaba sus embates tratando de poner buena cara, pero no sentía ni una pizca de deseo o de pasión. Mi marido no me la despertaba y yo procuraba comportarme en todo momento, como creía que debía de ser, pero lo hacía por vanidad y coquetería, por egoísmo, pues no quería que él tuviera otra mujer con la cual compartir su presencia y mi economía.

Jamás se quejó, nunca me habló de mi frialdad y se afanaba en tratar de complacerme y conseguir que yo despertara mínimamente a los placeres del matrimonio.

Pronto me quedé embarazada y cuando él consideró, se abstuvo de comprometerme y molestarme, alegando mi estado y la criatura por venir.

Cuento esto para que veáis que era una persona cabal, responsable y sensible. La alocada e irresponsable era yo. Fuera de la alcoba, su trato era fácil, se acomodaba a todo lo que yo quería, pues quería que fuera feliz, que nada empañara mi felicidad que era la suya. Así que hacía y deshacía como me venía en gana. Tenía una total confianza en mí y no me preguntaba dónde había ido o con quién había estado. No me ponía ningún freno, más bien al contrario, me alentaba a satisfacer mis deseos. Yo le contaba entre risas lo que había hecho y lo que me habían dicho, y los dos nos reíamos con la complicidad no de enamorados y sí de hermanos.

Con el tiempo tuvimos otro hijo y fue después de este segundo embarazo y mi recuperación cuando todo en mi vida se fue al traste. Todo se rompió.

Ahora miro esa etapa de mi vida y lamento lo inconsciente que era. Todo en mi vida se aunaba para darme felicidad. No teníamos problemas económicos o de salud. Mi marido me quería, mis hijos crecían fuertes y sanos. Yo, por otra parte, tampoco esperaba más de la vida, me sentía satisfecha aunque un hilo aburrida. Seguía coqueteando, menos porque me había casado, pero seguía haciéndolo porque me causaba un placer y un poder que no encontraba en otra actividad. Mi marido me miraba de lejos, me observaba y protegía y yo me sentía tranquila. Todo ocurría dentro de las normas de educación y cortesía de nuestra sociedad. Hasta que llegó él.

Sus negocios lo habían traído a nuestra ciudad y al círculo de las personas con las que nos relacionábamos, así que fuimos encontrándonos en reuniones y fiestas. Al principio me miraba fijamente, me observaba. Yo hasta entonces no me había sentido observada con insistencia y dirigía mi mirada hacia el punto de donde procedía esta observación, y allí estaba él. Al principio inmutable, con el tiempo comenzó a levantar la ceja en sentido de aprobación por mi belleza, o de reprobación por mi coquetería; después, la copa o lo que tuviera entre manos.

Yo no me acercaba a él, ni le hablaba. Solo lo justo para saludar o despedirme. Pero tener toda una velada su mirada en mí me producía incomodidad y desasosiego, y con el tiempo me hizo involuntariamente estar pendiente de él toda la noche. Era un hombre, cuya forma de comportarse conmigo, me era totalmente desconocida. No sabía a qué carta quedarme y por otro lado jamás se acercaba a hablarme o a decirme algún requiebro.

Al final consiguió que las tornas cambiaran. Ahora era yo la que lo seguía con la mirada, la que se molestaba si hablaba más de la cuenta o reía con alguna de las mujeres presentes. Me tenía pendiente de él y en vilo. Seguía sin acercarse.

Mi buen marido se había dado cuenta de las miradas que Leo, Leopoldo, me dirigía y me había preguntado si me molestaban o si quería que hablara con él. Le dije que no, que aunque me sentía incómoda no era necesario. Cuando las tornas se cambiaron mi marido también se dio cuenta, pero consideró con buen juicio que tenía que limitarse a ser un observador neutral. Confiaba en mí, en su familia y en mis hijos. ¡Pobre hombre!

Sí, ¡pobre hombre! porque fue víctima de mi insensatez y locura. Pero no me quiero adelantar, porque dejaría de contaros cosas que son importantes y que explican mi comportamiento. Continuemos.

Ya he dicho que si bien al principio, Leo me perseguía con la mirada, luego era al contrario. En un primer momento yo quería, como buena coqueta, asegurarme de que era el centro de su atención. Cuando esto sucedía, yo me sentía satisfecha y segura, y disfrutaba mucho. Pero cuando su mirada no me seguía o se posaba en otra mujer, me contrariaba. No me sentía aliviada porque alguien había dejado de perseguirme con la mirada, no. Me sentía irritada, agraviada, ignorada con desprecio, y entonces era yo la que se enfadaba y lo miraba tratando de saber con quién hablaba. Si con un hombre y de negocios, encontraba algo de alivio, pero si lo hacía con una mujer, se me disparaban los celos que antes nunca había tenido y que tanto me fastidiaban. Me imaginaba que le dirigía requiebros y piropos, lindezas de suaves maneras y profunda intensidad.

Cuando volvía a casa, lo hacía con una gran sensación de fracaso y con un mal humor evidente. Mis comentarios sobre la fiesta o la reunión eran crueles, mis gestos bruscos y si mi marido deseaba un acercamiento, me separaba de él a cajas destempladas.

Ya llevaba un tiempo así, con esta situación entre Leo y yo *in crescendo*, cuando en una fiesta pasó por mi lado y con disimulo y sin mirarme, dejó en mi mano un papelito, una notita. Continué con lo que estaba haciendo y cuando la cortesía y la educación me lo permitieron, me retiré al tocador y allí, sola, leí lo que me había escrito.

Me decía, el muy presuntuoso, que conocía mis sentimientos puesto que eran los mismos que los suyos. Que estaba desesperado y henchido de amor por mí. Que ya no podía negarse ni negarme estos sentimientos. Que la infelicidad sin mí reinaba en su vida y que había decidido poner término a esta situación para lo cual me daba una dirección y me decía me que esperaría allí una tarde de cada semana.

Cuando la leí me quedé asombrada y con un ánimo contrapuesto, ofendida porque me trataba como a una vulgar mujerzuela y halagada y deseosa de ir a su encuentro.

No sé lo que pasó el resto de la fiesta porque estaba ausente y distraída. Me resultaba difícil seguir cualquier conversación, y cuando mi marido habló de retirarnos, lo hice con mucho agrado.

A partir de ese momento comenzó un infierno para mí. Me debatía entre mis deberes de madre y esposa, y mi deseo de mujer. Por momentos la nota me ofendía y me engañaba diciéndome a mi misma que iría a decirle cuatro cosas para poner a ese fresco supino en su sitio; otras veces, me decía que ese era un comportamiento peligroso, que lo mejor era ignorar la nota, pero tenía curiosidad por saber si me esperaba. Por último, pensaba ir y entregarme en

sus brazos a mi deseo y a su deseo, en un abrazo tan casto como los que le daba a mi marido.

Por fin y tras algunas semanas decidí presentarme en la dirección indicada con la intención aparente de reivindicar mi honor y hacerle ver que no era una vulgar mujerzuela.

Abrió él mismo la puerta a mi primer llamado, con prisas, con ansias, con un "ya lo daba todo por perdido. Creí que hoy tampoco vendrías". Y ya no habló más, no me dejó decir todo lo que yo había pensado que le diría. Me besó, no me dejó hablar, pero fue un beso con tanta pasión, con tanto desespero, con tanta intensidad, que todos los vellos de mi cuerpo temblaron. Seguimos besándonos y comenzó a quitarme la ropa. No fui consciente. No miento y ahora no puedo mentir. Fui consciente de que mi placer aumentaba. Lo que estaba sucediendo entre ambos era algo totalmente distinto a lo que sentía con mi buen marido. El placer y el deseo me dominaban y la sensatez y cordura me habían abandonado. Deseaba hacer lo que estaba haciendo. No sabía cómo responder a sus deseos, así que dejé de pensar para sentir, sentir mi cuerpo y el suyo, mis deseos y tal vez los suyos. Me abandoné.

Cuando terminamos sentí vergüenza. No me atrevía a hablar. Recogí mi ropa esparcida de cualquier forma y como pude me recompuse y salí.

-Dime algo. No me dejes así. Vuelve. Necesito verte. Me muero por ti.

No sabía qué decirle. Yo misma no me entendía, ni entendía lo que me había pasado, ni lo que había sentido. ¿Cómo hablar o qué decir? Mejor nada.

Cuando llegué a mi casa me lavé. Mi ropa interior, mojada y sucia, me molestaba. Pretexté un fuerte dolor de cabeza y me refugié en la cama, a solas y sin luz. Necesitaba repasar, comprender lo que había vivido. Y empezar a reconocer una bestia, serpiente, un bicho o lo que queráis, que estaba en mi interior dormida, y que ahora se había despertado con un apetito feroz, insaciable y que me hacía perder no solo los papeles, sino también la cordura. Porque antes de llegar a mi casa, mi cuerpo reclamaba más de aquello que antes nadie me había dado.

Y volví a verlo, volví con desespero, como una loba desesperada y hambrienta que desgarrar su comida a dentelladas. Hacía el amor con premura, con desesperación. Empezamos a hablarnos y él me pedía calma, me prometía que así el placer sería más intenso, que lo dejara un poco a él hacer. Pero ¡tenía tanta hambre atrasada! ¿Cómo le dices a un hambriento ante un succulento banquete que coma despacio? Así estaba yo. No me importaban ni mis hijos, ni mi marido, ni mi buen nombre. Solo me importaba Leo y mis encuentros con él.

El resto de mi vida no me importaba, había pasado a segundo término. Para mí solo contaban mis encuentros con él. A veces me torturaba pensando qué haría cuando yo no estaba. Me preguntaba si hablaría con otras mujeres, si las miraría o si le gustarían otras. Llegué incluso a pensar que se veía con alguna de ellas en el mismo lugar y a la misma hora que lo hacía conmigo. Los celos me desequilibraban, me hacían perder la razón y me paseaba, sin rumbo fijo, por la calle en la que nos veíamos por comprobar si tenía otros encuentros. Era una locura, no era lógico, pero mi pensamiento me dominaba y a pesar del peligro, para mi buen nombre, que entrañaban mis paseos, no era capaz de evitarlo.

Nunca me encontré con nadie y siempre me volvía a casa aliviada al comprobar que era única en su amor.

Nuestros encuentros se hicieron cada vez más intensos y yo me sentía cada vez más ligada a él. No podía prescindir de sus visitas y su manera de amar. Dependía totalmente de él. Me había convertido en un sediento caminante y él era un río caprichoso que me daba agua hasta el ahogo o que desaparecía para mi desesperación.

Sus negocios tocaron a fin y en nuestros encuentros comenzó a salir un "estoy terminando aquí, pronto tendré que irme, mi trabajo me reclama en otra parte, etc." Al principio no quise darle importancia, pero pronto se hizo evidente que ese era un peligro muy cercano. No concebía separarme de él y le pedía, le rogaba que me llevara a donde él fuera, donde él estuviera quería estar yo. Si me separaba de él me moriría porque la vida así, carecía de sentido para mí.

Él alegaba en su favor que yo no era libre, que estaba casada y que además tenía dos hijos. Él podría hacerse cargo de mí pero no estaba dispuesto a hacerlo con los niños y que además creía que si abandonaba a mis hijos siempre sería una mujer triste y llorosa que no ha podido olvidar lo que ha dejado atrás. Que no, que de ninguna manera me llevaba en esa situación, que lo mejor sería disfrutar al máximo el poco tiempo que nos quedaba de estar juntos y después, cada uno por su parte y con su dolor, procuraríamos recomponer nuestras vidas. Nos sería difícil, eso sí, pero era lo único que nos quedaba por hacer.

Y yo volvía a casa y miraba a mis hijos y los odiaba. Empecé a verlos como el único obstáculo para mi felicidad. *Si no estuvieran, si murieran... pensaba, me podría ir con Leo.* Vivir con él donde quiera que fuera y sería siempre -pero siempre, siempre- la mujer más feliz de la Tierra, la única feliz sobre el orbe terrestre.

Empecé a descuidarlos. Con el pequeñín me fue más fácil, aunque alguna criada me miró con ojos reprobadores. Con el mayor me costó más, una caída -empujón- mortal de necesidad, fue lo que hice.

Cuánto dolor en mi casa y cuánta libertad en mi alma. Ahora tenía el camino expedito, era libre para irme con Leo. Mi marido estaba totalmente destrozado. Cuando creía que nadie lo oía, lloraba, lloraba a escondidas y su rostro reflejaba un gran y profundo dolor de alma. Unas ojeras negras adornaban sus ojos y unos surcos profundos recorrían su frente. No encontraba alivio con nada ni con nadie. Se cambió de dormitorio porque no quería concebir otro hijo para no sufrir su pérdida.

Yo me sentí aliviada con su decisión aunque me libré muy mucho de decírselo y desde luego, también me ocupé de llorar abundantemente en público.

Una criada me miraba mal. No se atrevía a decir nada, pero cada vez que nos encontrábamos, sus ojos me decían "has sido tú y no pararé hasta demostrarlo". Pero como yo era la señora, y ahora que todo estaba libre, pronto me iría con Leo, no le di importancia. ¡Dónde se va a comparar la opinión de una criaducha a la de una señora! Aquellas miradas no tenían ningún valor.

Lo único verdaderamente lamentable para mí, era que el luto me había impuesto un encierro en casa. No era oportuno ni adecuado salir. Cuando llegaba la tarde de la cita mis nervios se ponían a flor de piel y me paseaba por la casa ante la imposibilidad de estarme quieta.

Empecé a ponerme nerviosa a causa del encierro pero los demás creyeron que era por el duelo. No era así. Me faltaba Leo. No sabía nada de él desde el día que se presentó en casa para darnos las condolencias. No estábamos solos, mi marido estaba con nosotros y no pudimos hablar. Temblaba. No me atreví a mirarlo a los ojos, los tuve todo el tiempo bajos, pero cuando me besó la mano en la despedida, una ola de placer me recorrió todo el cuerpo.

Sabía por conversaciones ajenas que aún no se había ido, aunque el volumen de su trabajo había bajado porque todo estaba hecho. Tenía que verlo como fuera. Era necesario arreglar todo para nuestra marcha y para eso tenía que salir de mi encierro.

Cuando por fin lo vi algo le había cambiado, pero pensé que eran imaginaciones mías. En mi ansia por estar con él no noté la ausencia de pasión en sus besos, sus caricias tímidas, como de compromiso. En mi pasión y aturdimiento no me di cuenta. Aún nos vimos un par de veces más y arreglamos nuestra marcha.

Él iría unos días antes para preparar convenientemente mi llegada a lo que por un tiempo sería mi nueva casa y después llegaría yo. Y ya podríamos vivir nuestro amor de forma abierta, sin encubrimientos ni a escondidas, sin horas que limitaran nuestro amor.

Vivía como en un sueño, completamente dividida entre una pesadilla, la del dolor de mi vida diaria, y la felicidad perpetua que me esperaba al lado de Leo. A veces temía que se me notara, porque un brillo ambarino y dulce, iluminaba mis ojos.

Me despedí de Leo con palabras de amor en nuestros labios y con la esperanza del reencuentro en mi corazón. Dejé pasar el tiempo convenido y me preparé para mi fuga. Por no levantar sospechas debía de salir de casa con lo que llevaba puesto, ni maleta, ni nada que pudiera delatar lo que iba a hacer.

En el último momento le dejé una nota a mi pobre marido en la que le decía que me iba en pos de otro hombre al que amaba, porque ya no había nada que me pudiera retener a su lado y si podía, que me perdonara, porque solo era capaz de seguir los dictados de mi corazón.

Abandoné la casa con alguna de las joyas en mi bolso y con el dinero que encontré. Me dirigí a la estación y compré un billete que no me llevaba a mi destino, y en mitad del trayecto cambié de recorrido para llegar a la ciudad donde residía mi amor y por tanto mi felicidad.

Al llegar allí todo lo encontré más limpio y luminoso. Los árboles, los pájaros y el cielo me hablaban de amor. Hice parte del recorrido a pie, deseaba ver la ciudad que iba a ser mía. Tomé un coche que me llevó a la dirección que Leo me había dado y cuando bajé, vi que el barrio y la fachada de la casa no eran lo buenas que yo acostumbraba a tener. No me importó porque sabía que pronto tendría un nuevo hogar, un hogar de Leo y mío, donde nos arrullaríamos como dos enamorados.

Cuando entré, una mujer de mal aspecto y voz áspera me dijo que pasara a la habitación porque allí tenía una nota para mí.

No salía de mi asombro, no comprendía nada. Nada sospechaba, de lo que iba a pasar. Cuando tomé la nota de Leo en mis manos, me desmayé, no pude terminar de leerla ¿Qué me decía? Pues lo que imagináis. Que ya no me quería, que no podía querer a una mujer a la que no le había importado la muerte de unos niños inocentes, que ya no me amaba, que le daba miedo y asco a partes iguales, que no quería ni podía compartir su vida conmigo.

La habitación estaba pagada por una semana, que tenía ese tiempo para pensar qué hacer con mi vida, más tiempo que el que habían tenido dos pobres inocentes.

Horas más tarde me desperté, sola, abandonada, en ese cuartucho de un hotel de mala muerte, sin conocer a nadie, sin dinero y sin la posibilidad de volver a mi casa con mi marido.

No sabía ganarme la vida, no tenía ningún oficio y estaba profundamente abatida por el abandono de Leo. Pasaron los días y apenas comía, no salía de mi habitación porque todo en mi aturdimiento me espantaba. Y llegó el día en que la dueña me pidió el dinero o que me fuera. Le di lo que tenía y así, poco a poco, fueron desapareciendo todas y cada una de las joyas que llevaba, y que no comprendía cómo me duraban tan poco con lo valiosas que creía que eran. No vislumbraba en mi vida una salida, una solución a tanto dolor. Mi vida, vivida así, carecía de sentido, estaba enloqueciendo y decidí terminar con todo aquello. Nada había en la Tierra por lo que mereciera vivir. Por el contrario, si me moría dejaría de sufrir y podría descansar por toda la eternidad. No sentir, no pensar, no recordar, la nada, el silencio y el descanso me esperaban. ¡Cuánta ignorancia!

El tren me lo facilitó todo. Nada más fácil que tirarme a las vías de un tren en marcha. Y en aquella ciudad era muy fácil, pues el tren y sus vías la recorrían y la partían por varios tramos.

Y así creí que terminaba todo y pasó ese tren y no me hizo nada y pasaron más tarde otros más, y tampoco nada me hicieron, hasta que empecé a darme cuenta y comprender que sí, que todo había pasado, pero que yo continuaba con mi dolor, con mis pensamientos y con mis sentidos, pero aumentados. Era como estar dentro de un fonógrafo, todo lo oía con una nitidez sorprendente, incluso los pensamientos ajenos.

Pero sobre todo mi dolor continuaba, no ya igual, sino aumentado en consonancia con el afinamiento de mis sentidos. No sé cuánto tiempo estuve sobre las vías, ni cuánto mirando sin comprender lo que sucedía, viendo sin ver, ciega y sorda a todo lo que no fuera mi propio dolor, sin comprender por qué no había conseguido la paz, la calma ansiada.

Más tarde empecé a oír voces a mi alrededor. Voces que parecían dirigirse a mí y que me decían: *asesina*, *suicida*. A medida que las voces aumentaban, el cielo se oscurecía y una nube sucia y gris oscura rodeaba todo lo que miraba.

Empecé a caminar, más bien deambular porque no sabía dónde iba y no tenía una meta, un punto al cual dirigirme. Solo sabía que debía huir de aquellas voces que atronaban mis oídos, por eso caminaba y caminaba sin descanso. Pero todo lo que veía a mi alrededor era sucio, oscuro, roto, feo, hasta los árboles parecían muertos. Sí, estaba en el Reino de los Muertos y allí todo estaba muerto. En nada se parecía a lo que mis maestros me decían.

Mucho me costó reconocerlo y aún más me costó olvidarme del abandono de Leo. Eso fue lo primero, tratar de comprender, olvidar y perdonar a Leo. Me costó mucho, pues me desgarraba, me rompía por dentro y me dolía en el alma todo lo que tenía que ver con él. Sufrí mucho por esta causa. Ya sé que solo yo soy la culpable. Sigamos.

Al verme abandonada pensé que yo también había hecho lo mismo y además con el mismo método. Me di cuenta de que, sin saberlo, había copiado la conducta de Leo para conmigo. Eso me hizo sentir más culpable, porque sabía lo que yo había sufrido y me imaginaba lo que podía haber sufrido mi buen marido.

Y allí sumida en el dolor, la oscuridad y la lejanía, repasé mi vida de casada y no encontré ni una mala palabra, tono de voz o gesto por parte de ese hombre hacia mí. Solo quería verme cumplir mis caprichos, con eso, el pobre, ya era feliz ¡Qué ingratitud la mía!, ¡qué egoísmo! Mi vida, ahora, me parecía que había sido la vida de una muñeca preocupada por embellecerse, por sus vestidos y por sus juegos. Me sentía como una muñeca, sin vida, sin alma. No había sido una persona. Me acordé mucho de él y me sentí su hermana en el abandono y su verdugo.

Pedía perdón, pero yo no me perdonaba, me recreaba en el dolor y pensaba que yo era la culpable de todo. Me preguntaba cómo habría podido rehacer su vida, un hombre que había padecido tal desgracia ¿Habría podido volver a amar? ¿Habría pasado toda su vida acordándose y penando por nosotros? Yo era también la responsable, la causa de ese sufrimiento.

Después de mi marido vinieron mis hijos, ¡pobrecitos!, ¡Qué mala madre habían elegido! Recordé mis embarazos, los sentía como una enfermedad curable. Para mí no era una nueva vida, era otra de las cargas de mi matrimonio. Sí, eran míos, se habían gestado en mi vientre, pero una muñeca no tiene hijos. Yo los había traído al mundo y también los había sacado de él. ¿Qué hacer?, ¿Cómo pedirles perdón por lo que yo no les había dejado vivir, por los besos y caricias de una madre y un padre que les había quitado, por los juegos no jugados, por el calor del sol o el frío de invierno que no habían sentido, por las caricias de un amor que yo les había impedido vivir?, ¿Cómo podía hacer esto? ¿Por qué estas vidas que me habían dado las rompí? Si mal estaba mi abandono, peor era la muerte de dos inocentes.

No salía de ese círculo vicioso de autoculpa y remordimiento, y vagaba sin atreverme a permanecer mucho tiempo en el mismo sitio por si las voces volvían a perseguirme. Algunas veces me cruzaba con alguien en el camino y nos mirábamos a hurtadillas, espiándonos y agradeciendo el silencio y la soledad.

No sé cuánto tiempo pasé así, rememorando mi vida, arrepintiéndome y pidiendo perdón. No lo sé. Solo sé que llegó un día en el que dos almas caritativas se apiadaron de mí y me trajeron aquí, al lugar desde donde os escribo.

No creáis que aquí las cosas son fáciles, no. Aquí también sufro. Por algunas cosas menos, por otras más. Porque ahora, con lo que me han enseñado, creo que comprendo mejor. Y esto es un ejercicio que mis mayores creen adecuado para vosotros y para mí.

Espero y confío en que así sea y con ese ánimo os dejo. Aprended de mi mala vida y no hagáis lo mismo que yo. El sufrimiento en el que he vivido no tiene parangón con ninguna felicidad terrena. No merece la pena hacer el mal. No hay nada que te lo compense, ni lugar en el espacio donde poder ocultarte y ser feliz. Solo el obrar bien conduce a la felicidad.

Nº 22 CIENTÍFICO EMINENTE

Céntrate y no sufras, porque la mayor parte de tus sufrimientos son innecesarios. Es tu mente, la que dividida, supuestamente separada de su centro y origen, opera procurando mantener una división que solo en ella se da. Algunos dolores que nos proporciona la vida son justas lecciones de aprendizaje, pero otros, la mayoría, proceden de nuestra mente consciente que se cree y aferra al personaje que representamos en la rueda de la Vida. Y nuestra alma sabe que solo es eso, un personaje, pero nuestra mente, temporal y concreta como nuestro cuerpo, cree fervientemente que somos ese personaje, esa máscara que se mueve, llora y ríe, corre y baila, y de ahí, su dolor. Dolor que por otra parte nos puede llevar a la comprensión de lo que realmente somos, pero que en la mayoría de los casos nos ata más a esta existencia efímera y perversa a la que nos aferramos como un náufrago a su tabla.

Y podría contarte tantas cosas, tantas vidas ya pasadas, sucesivas, en las cuales viví completamente aferrado al dolor, identificado con él en perfecta simbiosis, que podríamos llenar los anaqueles de la Biblioteca de Alejandría. Eso sería vanidad por mi parte, porque lo único que me separa de los otros en mi misma situación es eso, que el dolor es mío, mi propio dolor. Es lo único, porque en todo soy semejante al resto de mis semejantes. Y dicho esto sería bueno comenzar con una historia de dolor, que aún me duele mucho.

Nací en un ambiente en el que la lectura y el conocimiento intelectual eran muy apreciados. Recuerdo a mi padre leyendo en su biblioteca, lugar cuasi sagrado en el que no podíamos jugar ni hacer ruido para no molestarlo. Yo amaba aquel lugar y a mi padre, y frecuentemente me escapaba del control de mis niñeras y me escurría, medio arrodillado, medio a gatas, a la biblioteca y me quedaba como un perro, dormido a los pies de mi padre. Mantuve esa costumbre mucho tiempo hasta que un día, en el suelo, junto a mi padre, y sin duda, colocado allí por él, me encontré unos libros con maravillosas imágenes que tocaban mi imaginación y me transportaban a lugares lejanos y maravillosos, o me descubrían animales que no había visto nunca, o me enseñaban cómo éramos por dentro. Allí pasaba las horas, con él, en silencio, temiendo molestarlo y ser arrojado de aquel maravilloso refugio de paz y libertad para mi mente infantil.

Cuando llegó la edad adecuada, abandoné mi casa y la biblioteca de mi padre, para acudir a un internado donde comenzar y completar mis estudios. Aquel internado me causó gran decepción puesto que su biblioteca estaba menos provista de textos de lo que me imaginaba y en su mayoría eran libros de aventuras, adecuados para niños, y tenía pocos libros de ciencia. No encontré allí ni a Copérnico ni a Galileo, y eso me producía una sensación de pobreza

inmensa, y también de sufrimiento, de dolor. Mi mente reaccionaba con el dolor ante la falta de algo que me satisfacía y a lo cual creía tener pleno derecho.

Dejado atrás el internado, me adentré en un College donde me inscribí en una rama de ciencias. Solo la certeza y la amplitud de las ciencias complacían y calmaban mi espíritu y mis ansias de saber. Solo en el terreno de la ciencia y sus certezas me sentía cómodo.

Terminé mi preparación con unas notas brillantísimas, pero mi apetencia y mi condición social, hacían del todo imposible prolongar mi estancia allí, ni pensar en dedicarme a una profesión académica o de investigación académica. Al ser el hijo mayor de mi padre, estaba destinado o condenado, como queráis, a mantener y perpetuar su posición -nuestra posición- a lo largo de varias generaciones. Cuidar las propiedades, hacerlas más rentables y mantener en pie nuestra grandiosa casa eran o al menos debían ser mis ocupaciones habituales. Mis antepasados lo habían hecho. Yo también podría hacerlo. Pero mis antepasados no habían nacido en un tiempo convulso, en una sociedad cambiante en la que un simple herrero llegaba a amasar una fortuna de cientos de millones de libras esterlinas. Mis antepasados habían vivido en el campo y la naciente industria no había alterado sus vidas.

Yo era la persona menos adecuada, no ya para hacer progresar mis propiedades, no, ni siquiera para poder mantenerlas. No había recibido la formación adecuada para ello, ni tenía ningún interés por hacerlo. Solo la ciencia y mis investigaciones me interesaban y me atraían.

Contraí matrimonio con una prima mía a la que había visto en varias ocasiones pero que nos pareció, a mis padres y a mí, la persona más adecuada por su formación y por la pensión anual que aportaría al matrimonio. Era, además, una persona de la misma esfera social que la mía y con amistades y relaciones comunes. No quería un matrimonio con un amor romántico y enfebrecido que me impidiera mi labor de investigación en un momento en el que las Sociedades Científicas estaban en auge y de las que era miembro honorífico y en activo. No quería nada que me pudiera separar de esto.

Y lo conseguí, conseguí ser aceptado entre mis pares, por educación y fortuna, y también por formación y por mis aficiones científicas. Conseguí ser un reputado miembro de algunas de ellas, pues no todas me interesaban, sólo las que se centraban en mis campos de investigación. Acudía a sus reuniones, a sus ciclos de charlas, a sus debates y en todas partes mis opiniones como científico, a pesar de que no vivía de la ciencia, eran tomadas en cuenta. En este sentido desbaraté extrañas teorías que nos fueron expuestas y lo hice por amor de la ciencia, de la verdadera ciencia. Porque una ciencia basada en

premisas no comprobables era una exo ciencia, una ciencia fuera de la razón y a manos de un ente o si lo prefieres de una entelequia caprichosa y cruel, de la que muy bien se desconocían sus leyes y sus normas. Y la ciencia puede repetir ad infinitum sus modelos de experimentación obteniendo el mismo resultado. Esa es la ciencia, sabiduría y conocimiento por ella misma y en ella misma. Partes de unas premisas, claras y demostradas objetivamente, las sometes a la pulsión o a la situación elegida y obtienes unos resultados que serán siempre los mismos, en cualquier momento y cualquier lugar, siempre que se repitan las mismas condiciones. Mi dedicación a la ciencia era absoluta. Era lo que realmente llenaba y ocupaba mi vida.

Me tuve que buscar un auxiliar para que me ayudara en mis proyectos y mantuviera en buen estado mi laboratorio, arrebatado a una zona de las cuadras. En un principio, vivía con nosotros en la casa, pero con el paso del tiempo y el avance de nuestras investigaciones, me pidió permiso para acomodarse en unas habitaciones que había sobre el laboratorio, y que otrora formaban parte de las cuadras. Se le llevaría comida de la cocina para que no interrumpiera sus investigaciones, y solo cuando yo, o la ocasión lo requiriera, tomaría una silla en veladas de tipo científico.

Era un muchacho inteligente y veloz, amante de nuestro trabajo y de ideas brillantes, al que no le importaba dedicar horas y meses, o incluso años, hasta llegar a una conclusión científica y repetirla para poder desarrollar una teoría y presentarla en una de mis Sociedades Científicas donde los debates eran tan apasionados. Era una buena persona, sin él no hubiera podido desarrollar ni presentar la mayor parte de mis trabajos. Su escasa fortuna y su amor a la ciencia lo habían llevado a aceptar ese puesto. También es verdad que venía avalado por un brillante expediente académico y por parte de mis antiguos profesores. Pero su escasa fortuna era casi indecorosa. Creo que por eso prefería vivir sobre el laboratorio y en las cuadras, que no en la casa, con unas normas de etiqueta que él, muy a su pesar, no podía seguir.

Los dos formábamos un buen equipo, nos entendíamos perfectamente. Ni una palabra más alta, ni una voz que nos sacara de nuestra concentración en el trabajo, las probetas limpias, el material preparado y separado. Me sentía muy cómodo con él en el terreno de las investigaciones, pero en el terreno social... ¡pobre!, ¡cómo sudaba cuando lo requeríamos una noche en nuestras veladas! Creo que el fru-frú de las sedas y el brillo de las joyas lo mareaban, y tampoco ayudaba su frac, heredado de uno de mis viejos trajes y adaptado por la servidumbre. Creo que todo esto lo hacía sentirse un poco ridículo. Y como valoraba mucho su trabajo, procuraba llamarlo en contadas situaciones.

Trabajábamos muy bien y nuestras conversaciones versaban sobre aquello que estábamos haciendo. Nunca le pregunté por su familia o si deseaba contraer matrimonio o qué cosas le complacían y cuáles le desagradaban. No

era un sirviente, juro que para mí no lo era. Pero ahora veo que lo trataba así, puesto que no sabía nada de su familia o de sus preocupaciones y deseos más íntimos. Por el contrario él sí que parecía conocer los míos y de forma indirecta me sugería cómo mejorar nuestro laboratorio o los pasos que dar para dar a conocer nuestros descubrimientos o tratar de adaptarlos a la industria o construir artilugios para su uso. También, cuando estábamos en un impasse, proponía otras ideas u otros recorridos, en lo que estuviéramos investigando. Me sentía muy bien con él. Fue mi mejor y único colaborador durante todo el tiempo. Nos separamos a mi muerte y conviví con él más tiempo del que lo hice con mi querida prima y esposa.

Hemos interrumpido un poco mi historia, pero no importa. Yo puedo esperar.

Todo en mi vida ocurrió según normas y convencionalismos y también según mi voluntad. Bueno era ahora esperar, aprender a esperar y dejar pasar a un ser que padecía y sufría con otro ímpetu, con violencia. Y dejar domar así a mi egoísmo compadeciéndome de otros que aun pueden estar peor que yo.(*)

Continuemos.

El matrimonio con mi prima y mis investigaciones ocupaban todo mi tiempo, aunque si he de ser un poco franco, eran mis investigaciones las que ocupaban por completo mi tiempo. Dejaba a mi mujer el mando y dirección de la casa y de las tierras. Pocas veces pensaba en ello y era ella la que se ocupaba de todo. ¡Cuánto trabajo! Era ella la que hablaba con los aparceros y la que se entendía con el mayoral. Todas sus decisiones me las comentaba, me contaba todo lo que sucedía y pensaba que yo debía saber. Lo hacía con la intención de despertar mi interés, pero yo lo único que pensaba en esos momentos era que me molestaba con su conversación banal y procuraba no oírla, llenando mi pensamiento con los problemas de mis investigaciones.

Cuando aparecieron mis hijos, tampoco cambié mi comportamiento. Los hijos eran cosa de mi mujer y yo debía continuar mi brillante trabajo de investigación. Sí, es cierto que no hice mal a nadie, salvo a mi familia. Es cierto, pero ellos vivieron con total abandono afectivo por mi parte. Nada contaban para mí, salvo estorbo, perturbación. Me sacaban contra mi voluntad del laboratorio con sus voces, sus carreras y sus risas. Me molestaban.

Cuando se fueron al internado y la casa volvió a recuperar su silencio, sentí un gran alivio. Mi mujer, a veces, lloraba porque se sentía sola y me decía que lamentaba haberse casado con un marido permanentemente ausente. Si se hubiera casado con un marino de ultramar lo entendería pero precisamente se había casado con un terrateniente para estar acompañada y se sentía muy

sola y ahora más, que los chicos no estaban. No le importaban todas sus ocupaciones, pero sentía que yo no la valoraba ni la quería lo suficiente.

Mientras tanto, yo pensaba en lo molesto de mi situación y no sabía cómo consolarla. En ningún momento pensaba variar mi modo de vida, sino cómo acortar esos "momentos sentimentales" que me producían tanta incomodidad. No la entendía. No entendía sus quejas, más que justificadas, y lo achacaba a su condición femenina, no a la realidad y a mi falta de sentimientos hacia todos ellos. El sentimentalismo y la mujer iban parejos, su psicología era única y los hombres nos veíamos desbordados ante una abundancia de lágrimas, suspiros, lamentos y recriminaciones que solo estaban presentes en su psique, no en la nuestra, ni en la realidad.

Mientras, mi trabajo en el laboratorio progresaba, mis investigaciones avanzaban y mi ayudante y yo nos felicitábamos. Pronto podríamos dar a conocer a las autoridades académicas y científicas nuestros progresos. Y así lo hicimos. Así sucedió.

Presenté mi trabajo en una serie de clases magistrales, charlas académicas en algunas de las sociedades científicas de las que era miembro y a las que solo podían acudir los socios. No eran públicas, estaban restringidas a los miembros de la sociedad. Los dos recintos se llenaron, la expectación era máxima. Y allí mientras explicaba lo que había investigado, sí que me sentí feliz, pero pasado ese momento, el reconocimiento social me molestaba y abrumaba. Fui requerido de otras sociedades y de la prensa para explicar mi descubrimiento pero delegué en mi ayudante. No quise saber nada. Ya tenía otra investigación in mente, y todas esas charlas y coloquios, no hacían sino alejarme de mi nuevo propósito.

De pronto, me di cuenta de que había unos perfectos extraños en mi casa: mis hijos, ya mayores, habían regresado a su hogar. ¿Qué harían ahora? Que no me molestaran era lo único importante. No quería saber nada, continuaba asilado en mi laboratorio. Y a pesar de todo no dejaba de sorprenderme cuando me enteraba de las decisiones que tomaban o que se tomaban. Profesiones, esposas, todo sucedía delante de mí, ante mis ojos, pero yo no lo veía. Nada se me ocultaba, pero yo no escuchaba. Tenía la última palabra, pero yo no hacía más que repetir lo que mi esposa había decidido, porque en realidad no me importaba y no quería verme enredado en discusiones sentimentales o banales. ¡Cuánto error! ¡Cuántas caricias no dadas, cuántas reflexiones no verbalizadas!

Sobre todo no he cumplido con mi papel de esposo y padre. Bastaba con oír, escuchar y participar. No querían más. Pero yo no estaba ¿Tendré ahora derecho a tener un padre y una esposa? ¿Estaré condenado, justamente, a la soledad? ¿Naceré en un orfanato y creceré solo? Estas y otras son preguntas

que ahora me hago. Mi conciencia me obliga a replanteármelas, y si bien mi error no ha sido de sangre, no por eso deja de serlo.

El egoísmo es uno de los más grandes errores de los hombres y en eso yo me siento el campeón. La falta de compasión hacia los demás es terrible y tan grave como un delito de sangre, pues pienso en la vida que le hurté a mi esposa, y la comparo con la muerte, la muerte de un modo de vivir y su cambio por otro. Y lo mismo me sucede con mis hijos. ¿Querían ir al internado? Yo sí que quería porque me molestaban. No lo hacía para que aprendieran y fueran unos hombres de provecho. Lo hacía por mí, por egoísmo y por mi interés. ¿Eligieron a las esposas amadas o la que elegía era mi esposa? No lo sé. ¿Se dedicaron a lo que realmente deseaban y les gustaba? Tampoco lo sé. Y así podría hacer miles y miles de preguntas y obtener la misma respuesta. Creo que lo que tendría que pensar y preguntarme es: *¿por qué acepte el matrimonio cuando deseaba llevar una vida sin responsabilidades familiares?* Y la respuesta es de nuevo el egoísmo. No deseaba perder el tiempo discutiendo con mi madre y además tampoco deseaba estar soltero. Una esposa como la que tuve era perfecta para llevar adelante mi vida. Egoísmo y más egoísmo, puro egoísmo.

Y así seguiría siempre. No me preocupaba nada la vida o los sucesos de las personas que me rodeaban. Solo me preocupaban mis investigaciones. Y lo malo es que ahora sé y ahora siento que las podría haber llevado a cabo con el mismo interés y el mismo resultado, si también me hubiera preocupado por los míos. Un poco de interés por mi parte con respecto a sus vidas solo hubiera supuesto un aporte más de perspectiva, de generosidad y de verdadero amor a la ciencia. Hubiera significado un cumplimiento de mis responsabilidades como padre.

Así, ahora tendré que aprender a vivir y a desarrollarme bajo el abandono afectivo y la soledad. Y lo cierto es que la temo. La temo porque detrás del abandono y la soledad veo la muerte autoinfligida y eso no haría sino aumentar mis desgracias. Me veo como un ser pusilánime, cobarde, que se pone una venda en los ojos para no ver, no reaccionar.

Los seres que me acompañan me animan y me aseguran que no me abandonarán, que estarán siempre conmigo. Y sé que será cierto. Pero aun así temo, y el temor se apodera de mí. Me pongo a temblar y acude uno de ellos, solícito, a cuidarme, a animarme, a consolarme y aunque lo logra, no por eso dejo de ser quien soy y tener lo que tengo.

Aún voy a estar un tiempo aquí, en este remanso de paz y de amor, reponiéndome y completando mi preparación para enfrentarme a una nueva y

necesaria vida. Eso me da confianza en que bajaré cuando realmente esté completada mi recuperación y yo me encuentre con fuerza para llevarla a cabo.

Sé que el egoísmo tiene muchas caras, sé que es un error muy frecuente en nuestras vidas, pero eso no me exime de la justa reparación de mis obras. Lo mejor y casi lo único que os puedo decir es que analicéis vuestras vidas y que descubráis dónde se esconde este terrible compañero de viaje y así os podréis desembarazar de él y no os veréis en una situación tan lamentable como la mía. Observaos, razonad, deducid, y arrancad de raíz todo brote de egoísmo perjudicial en vuestras vidas.

¡Qué el Padre os guíe!

He olvidado hablaros de mi ayudante y no quiero irme sin dedicarle unas palabras de agradecimiento por haberme acompañado en mis investigaciones. Un salario no paga la honestidad y la fidelidad que él me dedicó en vida. Muchas veces era él, el que con suma delicadeza trataba de hacerme ver que mi mujer y mis hijos me necesitaban. Y me hablaba de sus preocupaciones y deseos, que él conocía y yo no. Tal vez, su viudedad prematura, con un hijo a su cargo, hizo que fuera más consciente de lo que yo tenía y no valoraba, y que él carecía. No lo sé.

Era un punto de apoyo en mi trabajo y un punto fundamental en mi balanza. A pesar de eso apenas le hice caso. Ya lo sabéis. Y ahora sí que eso es todo lo que quiero y puedo contaros. Espero que os ayude.

(*) La narración de su historia se interrumpe para dar paso a otra. Una vez terminada, continua.

Nº 23 DROGADICTO

No sé cuándo empezó todo, porque debió de hacerlo en algún momento, pero yo no soy capaz de saberlo. Miro y vuelvo a mirar hacia atrás y no sé. Mis Mayores me dicen que debería saberlo, pero no puedo. De verdad que no puedo. De verdad que lo intento, pero no logro saberlo. Es como si una nube de amnesia nublara mi mente y todos los recuerdos quedaran difuminados. Me dicen que es la acción de lo que tomaba, que embotaba mi mente y me dicen que, por eso, tengo un recuerdo tan borroso. Sé que debo hacer un esfuerzo para recordarlo y contároslo. Lo voy a intentar, pero es tan cómodo dejarse llevar por esta neblina. Sé que debo hacerlo, si no mi recuperación se retrasará y lo que más deseo en estos momentos es volver a ser una persona como las demás. Allá voy.

Mis padres eran dos buenas personas que me querían mucho y se desvivían por mí. No tienen la culpa de mi mala cabeza. Además, yo no les contaba nada y cuando se dieron cuenta de lo que pasaba, ya era demasiado tarde y yo estaba totalmente enganchado a todo, bueno, a las drogas que podía conseguir.

Era muy joven. Estaba con mi pandilla de amigos y también había algunas chicas. Alguien, no recuerdo quién, nos trajo algo para fumar que le habían regalado diciéndole que daba muchas risas, ganas de hablar y de comer. Te daba mucha hambre. Casi ninguno de nosotros fumábamos, el dinero de nuestros padres no daba para fumar. Y todos, muy curiosos y alegres, nos dispusimos a probarlo y pasar la tarde entre risas y charlas. El hambre ya la calmaríamos en casa. Todos fumamos y nos mirábamos estudiándonos para comprobar si aquello era cierto y ver en cada uno cuál era su efecto. Fumamos, entre todos, varios cigarrillos y no sé si esa tarde, se terminó lo que ese chico había traído.

Pronto se nos dilataron las pupilas y la lengua se nos disparó. Aparecieron las risas, se iniciaron algunas caricias. La música sonaba distinta y oíamos en las canciones sonidos de pájaros y voces, que antes nunca habíamos oído. Todos nos sentíamos muy bien. Fue una tarde muy feliz.

No queríamos marcharnos, nadie quería dejar la reunión. Las chicas fueron las primeras en hacerlo. Tenían miedo de la bronca de sus padres. Nosotros, los chicos, podíamos llegar un poco más tarde, pero no mucho más. Yo fui uno de los últimos. Me encontraba tan bien y me sentía tan feliz que no deseaba que aquella magia desapareciera. Claro que, cuando llegué a casa, mi madre me riñó, me dijo que aquellas no eran horas y más cosas que no recuerdo. Me fui a la cocina y le dejé la nevera vacía. Comí todo lo que pude, todo lo que encontré que ya estaba hecho. Mi madre se quedó asombrada pero no me dijo nada.

Al cabo de unos días, estaba pidiendo más. No quería abandonar ese estado de euforia pacífica que había vivido. El tipo me dijo que no tenía y que se le había terminado la que le habían dado, que cuando tuviera más me invitaría porque yo era un tío legal que le caía bien.

Me lo creí como un tonto y lo buscaba para ver si me daba. Y claro que me dio. Todo formaba parte de una estrategia para captar clientes incautos y dependientes. Y yo pasé a formar parte de una red, pues me dijo que, si quería consumir, tendría que pagar, porque no iba a estar invitándome cada día y que si no tenía dinero, él me daba lo que necesitara a cambio de venderla a mis amigos o a otros que él me dijera, y así podría tener lo que quisiera. Y además, si quería probar cosa buena, no tenía más que decírselo. Incluso que si trabajaba bien, él me invitaría a probarla porque pronto le llegaría un buen género.

Así entré en la red, vendiendo para mi propio consumo, sin ser consciente de mi doble esclavitud, a las drogas y a las personas que me las daban para venderlas. Creía que en cualquier momento podría dejar cualquiera de las dos cosas. Pero esto no funcionó así.

Me volví lento para todo. Lo que antes comprendía y resolvía en un plis plas, ahora no podía porque no lo entendía, no comprendía nada y no podía memorizar ni entender nada. Abandoné, primero mentalmente y luego físicamente, mi colegio. La mayor parte de los días no iba, porque no alcanzaba a levantarme. Mi casa se había convertido en un infierno para mí y las discusiones con mi madre eran continuas, porque la desesperaba verme todo el día tumbado en el sofá sin hacer nada y sin nada que hacer. Decía que era un buen chico, pero que mis amigos me habían estropeado. Justo, al contrario.

Iba por la tarde al colegio y así mantenía mi nivel de ventas y mi propio consumo. Llegué a ser muy popular, aunque los profes no entendían el porqué. Luego iba al parque o a los futbolines y ahí acababa mi día. No lo hacía mal, se me daba bien, lo que me permitía mantenerme y probar otras mierdas de muerte. Porque esto va de muerte. No es otra cosa.

Así estuve unos pocos, pero pocos años, porque la acción de las drogas, constantes y continuas en mi cerebro, era devastadora y lo malo es que yo no me daba cuenta.

Cada vez me metía más drogas en mi cuerpo, porque éste, para estar normal, me pedía más y para sentir un atisbo de felicidad aún tenía que meterme más. El consumo se llegó a convertir para mí, como el café o el carajillo que se toman muchas personas para comenzar el trabajo. Yo lo necesitaba más que el

respirar y a medida que lo consumía, mi deterioro y mi dependencia aumentaban.

Mientras tuve clientes y me entendía y los entendía, todo fue más o menos. Aunque si os digo esto me engaño y os engaño, porque el trapicheo me permitía probar y comprar cosas más fuertes que me dejaban un día o muchas horas en la gloria, aunque yo diría, fuera de combate. También mezclé para conseguir aumentar o potenciar efectos. Sí, tuve visiones maravillosas, colores únicos, diferentes e inexistentes cuando me despertaba, También hice muchos viajes al duro infierno, al reino de la monstruosidad y de las sombras.

Mi vida era dura, peligrosa para mí y para los que compraban mi mercancía porque, para sacar más, comencé a mezclarla con el talco que tenía mi madre, y así me daba para un poco más de lo mío.

Como me pasaba el día colocado y mi deterioro era evidente, puesto que no me enteraba de la mitad de las cosas, mi suministrador, después de avisarme muchas veces, dejó de darme mercancía para la venta. Decía que era un mal ejemplo y que la gente al verme así, ya no compraría.

Me dejó colgado de una soga psíquica, me mató porque dejaba de darme lo que yo necesitaba para vivir. Me había quedado sin aire, sin atmósfera ¿Cuánto tardaría en morirme?

Me acordé de las joyas de mi madre. Pocas, pero algo había de oro. Podía cambiarlo y mi madre tardaría en darse cuenta, porque no se las ponía a diario, sino solo en las celebraciones y fiestas. Le cogí una sortija. No era ni la más bonita, ni la más fea. Una, al azar. Y la cambié. Me dio para una semana de felicidad y de placer, ausente de mis problemas cotidianos. Pasado ese tiempo estaba en las mismas. No había arreglado la situación.

Quise aguantar, me dije que yo podía con la bicha que me subía por el brazo, con los dolores y las convulsiones por todo mi cuerpo. Me refugié en casa de mi madre, en mi cuarto. Aullaba, me quejaba y me dolía su ausencia más de lo que nunca nadie puede llegar a imaginar. Me daba golpes a mi mismo para que me doliera de otra forma. No podía más. Y le cogí una medalla. De nuevo un suspiro, unos días de plazo. Después, todo igual.

Cuando mi madre descubrió lo que le faltaba, mi padre me tiró de casa. Solo que se les olvidó cambiar la cerradura y cuando yo estaba muy apurado, entraba cuando no estaban ellos y me llevaba lo que podía vender o cambiar. Era un pozo sin fondo. Nada podía llenarme. Por fin, un día ya no pude entrar a casa.

Sé que mi madre lloró mucho y que se lamentaba por mi ausencia. Algunas veces me la encontraba por la calle y entonces me daba todo lo que llevaba

encima. Me decía que me quería y que me fuera lejos y lo dejara todo, que la vida que llevaba no era buena para nadie. No le hice caso. Cosas de vieja, me decía.

Y yo seguí cayendo por el barranco o el precipicio del deterioro. Como ves, hermano, como persona creo que, casi, ni lo era.

No quiero contaros aquí ni lo que hice, ni cómo o dónde viví. Solo os diré que encontraron mi cuerpo en una casa abandonada y que hacía varios días que estaba muerto. Algunos animales habían comenzado a alimentarse de mí. Era muy joven, no había cumplido 30 años. De ellos, la mitad de mi vida, dependiendo de lo que meterme.

Los primeros tiempos fueron horribles. Cuando me desperté, era casi el mismo, y digo casi, porque mis sentidos habían cambiado, pero seguía dominado por la torpeza de mi pensamiento y por la lentitud. Tardé mucho en ser consciente de lo que me había pasado. Viví con horror la mordedura de los perros y a pesar de que los espantaba, ellos no me obedecían. Cuando me descubrieron y me llevaron al depósito, pensé que lo hacían a un hospital. Y allí, de nuevo el horror al ver lo que le hacían a mi cuerpo, que creí que me lo hacían a mí. A todo esto, hay que añadir la dependencia que aún tenía y que me hizo, en cuanto pude, frecuentar los lugares que conocía para ver si pillaba algo.

Cuando llegué al primer sitio, una nube oscura y gris, sucia, lo rodeaba y una multitud de seres como yo esperaba para poder entrar. Había una especie de portero que dejaba pasar a unos, y a otros les prohibía la entrada. Cuando me tocó se rió mucho de mí y no me dejó entrar. Me sacó de allí a empujones. Me fui a otro sitio y casi me ocurrió lo mismo.

Mi desesperación aumentaba porque no conseguía lo que creía que necesitaba. Lo único que pude hacer fue seguir a otro como yo, pero vivo. Aspirar y extraer de él los efluvios de lo que se metía y tratar de vivir en perfecta simbiosis con él. Le inducía a tomar lo que a mí más me gustaba y que aumentara su consumo, porque así yo tenía más.

Este chico, Alfonso, se llamaba Fonso, me veía algunas veces y entonces me tenía miedo y trataba de esconderse de mí o me insultaba, pero cuando me di cuenta del miedo que le inspiraba me aproveché aún más de él y llegamos a formar una pareja unida y perfecta.

Volvía a vivir a través de Fonso mi vida de miserias, de muerte y de hurtos, de violencia, de soledad. Las jeringas y el líquido mortal recorriendo sus venas y llegando a mí... Era como repetir mi vida. No, no he dicho continuar, he dicho repetir.

Empecé a sentir lástima por Fonso y también, a pensar que él estaba acabándose, sus órganos estaban muy afectados. Era conveniente buscar otra persona u otra solución.

Me acerqué de nuevo al primer sitio al que había ido. Ahora sí que el portero me dejó pasar. Me reconoció como uno de los nuestros. Me encontré con varios tipos de estancias. Todas completamente repletas de seres como yo, que triplicaban o cuadruplicaban a los vivos materiales. Unos estaban sentados en sillas o sillones; otros en el suelo, sentados o tumbados sobre esterillas o pequeñas colchonetas. Había personas que los ayudaban a levantarse o a inyectarse o a fumar. Una luz muy tenue iluminaba, menos que lo justo, para no tropezar y caerse sobre alguno de los parroquianos. Era como un cementerio lleno de cadáveres, en uno y en otro lado de la vida.

Algunos de nosotros estábamos comenzando a perder nuestra forma humana y presentaban este cambio en varios grados. Mi ansia era tan grande que, a pesar de que todo lo veía, nada me importaba. Gajes del oficio, males necesarios, pensaba.

Allí estuve tiempo, hasta que comprendí que había caído en la misma trampa que cuando estaba vivo. Aquello no era gratis, pues a medida que pasaba tiempo y tiempo allí, pude comprender que cuando un jefe lo creía conveniente, exigía algo, nunca supe qué, pero sí que todos decían que no, lloraban, gemían y se lastimaban antes que salir. Y luego ya no los volvía a ver, o si los veía, los notaba muy cambiados.

Decidí con mucho dolor irme de allí y volver a las calles. Estaba todo el día hambriento porque me costaba más encontrar lo que necesitaba, pero así, al menos, me notaba libre y dueño de mi propio destino. Seguía durante un tiempo a mi próxima víctima y sin abusar demasiado de ella, la abandonaba. No tenía problemas, cada vez había más muchachos y muchachas en esa situación.

Fue así como me encontré con María, la hermana pequeña de Fonso. No consumía, no. Estaba ayudando como voluntaria y hablando con un chico, tratando de convencerlo, calmarlo, serenarlo, para que aguantara y lo dejara. Había crecido, era una chica bonita y me quedé prendado de ella ¡Qué bonita! Ese día la seguí y vi todo lo que hacía. Cuando el hambre me apretaba buscaba mi comida y de nuevo la seguía. A fuerza de seguirla y oírla hablar con sus compañeros, con sus superiores y con los enfermos como yo, fue como me di cuenta de la vida que había llevado, de lo que había hecho y de quien verdaderamente había sido.

Fue entonces cuando sentí la necesidad de ver a mi madre, hasta entonces no la había sentido. Y me dirigí a mi casa. Allí la encontré llorosa, triste por mí. Mi casa y mi habitación seguían iguales, ella más, mucho más vieja. Miraba una

foto mía. Podía oír sus pensamientos. Me recordaba mejor de lo que había sido y se preguntaba cuándo y por qué se había equivocado conmigo. Se sentía culpable por lo que yo había hecho y por mi muerte. Acabamos llorando los dos.

Estuve un tiempo con ella tratando de consolarla y ocultándole mis pesares. A veces me ausentaba para conseguir absorber mi muerte, "la droga", pero con lo que oí con María creo que lo aprendí y con lo que vi que le había hecho a mi madre, me puse a reflexionar. Todo a mi alrededor seguía oscuro, como mi visión de la vida, como mis sentimientos y mis acciones me permitían, porque tal y como yo estaba y era en mi interior, así estaba y era en mi mundo exterior. Cada uno tenemos según nuestro merecimiento y acciones, pero el Padre Generoso, no nos abandona y nos tiende una mano cuando hemos decidido firmemente levantarnos del lodo por donde nos arrastramos, para acercarnos un poco a Él. Así me sucedió a mí. Mi horizonte empezó a aclararse y en ese horizonte me encontré con espíritus amigos, antiguos compañeros de desdichas, que comprendían mejor que nadie, cuál era mi estado, puesto que ellos habían pasado por lo mismo.

Me acogieron, me cuidaron y poco a poco fui comenzando mi recuperación y ahora estoy en pleno proceso. No tengo prisa, quiero estar muy bien y no apresurarme porque quiero estar en perfectas condiciones para hacer frente a mis errores y reparar los agravios cometidos con algunas personas.

Me siento en deuda con mi madre y también con mi padre. Quisiera cuidarlos, así poder devolverles parte del sufrimiento en el que los obligué a vivir. He pedido a la Espiritualidad Mayor que sean mis hijos. No me han contestado, aun lo están estudiando. Y en esas estoy, esperando su respuesta y preparándome para mi cometido, con la confianza de que todo se resolverá para el bien de los tres y mayor gloria de Dios.

Nada más, hermanos, que Dios os guíe.

Nº 24 UN PATRIOTA ALEMÁN

¡No quiero, no quiero y no quiero! Podéis traerme aquí, encadenado, con palabras de amor, pero encadenado. Podéis torturarme, que no lo hacéis. Podéis hacer lo que queráis... Pero, por favor, no me empujéis a contar mi vida. Rememorarla es volver a vivir en el suplicio en el que viví, aumentado ahora por los conocimientos que tengo de las consecuencias de mis actos. Es un dolor muy grande, excesivo.

Me decís que es una caridad, una dádiva que les hago a mis semejantes y que las dádivas hechas con amor, generosidad y entrega sirven para aliviar nuestras penas; que el reconocimiento público de nuestros errores aminora la carga. Tendré que creerlos. Tendré que depositar en vosotros un acto de fe. No me habéis engañado. Hasta ahora me habéis cuidado. Habéis oído mis lamentos, acompañado en mis soliloquios. Me habéis sostenido y alentado en mi recuperación.

Sí, tal vez debo confiar en vosotros. Porque como vosotros decís, mi vida y la vuestra no son tan diferentes, aunque yo, ahora, la vea a cien años luz de distancia. Me consoláis diciendo que todos erramos y que aprendemos a perdonar y perdonarnos, y nos preparamos para rectificar. Ese es el camino, me decís. Pues bien, voy a haceros caso y a comenzar a caminar.

Mi vida, ¡qué error! Mi ambición se ha convertido en mi infierno. Justo es que, a lo que dedicas toda tu atención, se te devuelva.

Quería salir de la pobreza, como Alemania lo quería. Hice lo que hizo Alemania, confiar en el Führer, en un líder carismático que nos encendía a todos prometiéndonos una gran Alemania que dominara al mundo, dirigido por una raza superior que nos llevaría a la gloria. Y me inscribí en el partido nacional-socialista, nazi, en sus primeros momentos. Y junto con mis camaradas fui atropellando a los enemigos, que entorpecían el ascenso de esta gran Alemania.

Entonces mi uniforme era caqui, luego gris y adornado con calaveras, que anunciaban la muerte de mis enemigos, los enemigos de Alemania, o la mía propia. La muerte era un accidente necesario, puesto al servicio de mi gran patria. Estas eran, entonces, mis ideas.

Obedecía las órdenes sin planteármelas siquiera. Vivía bajo una rígida disciplina de partido y el partido me permitía ser alguien, porque era del partido, a pesar de mi falta de estudios y de carecer de profesión.

Como ya dije, era pobre. Mis padres eran pobres y la Gran Guerra los empobreció aún más. Me tuve que poner a trabajar muy pronto, en trabajos manuales mal pagados y con jornadas muy largas, para acabar con un salario

que no nos permitía comprar pan, azúcar o huevos. Veía cómo los extranjeros y los judíos se enriquecían, tenían los mejores trabajos y mandaban a sus hijos a la escuela. Yo, mientras tanto, barría las fábricas o reunía los desperdicios y los llevaba al colector donde los recogían los camiones que yo ayudaba a llenar. Los enemigos de Alemania me tenían así.

Pero todo cambió después de que me inscribí en el Partido, pues al poco tiempo, me ascendieron y mi sueldo aumentó. Con el tiempo nos cambiamos de casa, el Partido me la dio, porque los enemigos de Alemania la abandonaron y justo era que los buenos alemanes que nos quedábamos viviéramos en esas casas, que eran mejores que las nuestras y que las encontrábamos amuebladas y con ropas de casa, si teníamos suerte y no las habían saqueado.

Así me fui acostumbrando a tener cosas y disfrutarlas sin habérmelas ganado, pues mi pobre preparación jamás me hubiera permitido acceder a ellas. Yo sabía que todo esto se lo debía al Führer y al hecho de ser alemán, así que mi obediencia era ciega y no pensaba en nada, puesto que el Führer, un ser superior, pensaba por Alemania y por mí.

Sí, me casé con una mujer alemana que compartía mis ideas y que se vino a vivir a la casa con mis padres. Era grande, con muchas habitaciones y con un pequeño jardín. La de mis padres solo tenía dos habitaciones y un baño que compartíamos con otra familia. Nos lavábamos y vivíamos en la cocina. La quería, a mi mujer, pero más quería a Alemania y a mi ambición.

Con el Partido fui aprendiendo mucho y pasé a mandar un grupo de jóvenes que, como yo, todo lo hacíamos por Alemania, por engrandecerla, por levantarla de su humillación. Y al mismo tiempo que la engrandecíamos, nos engrandecíamos nosotros, porque Alemania éramos nosotros. Lógico era, pues, que nuestro dinero aumentara, que nuestro trabajo mejorara, que abandonáramos la pobreza, al mismo tiempo que la abandonaba Alemania. Porque no nos hemos de engañar, la estábamos engrandeciendo nosotros.

Era una lucha dura, las naciones eran nuestros enemigos y de ellas se encargaban los políticos. Pero había otro enemigo dentro, entre nosotros, comiendo nuestro pan y bebiendo nuestra leche. Un enemigo, que tenía casi, nuestro rostro, que hablaba nuestro idioma, que decía que amaba nuestra cultura y tenía trato con nuestras mujeres, que había venido de lejos y había ocupado las mejores casas y se había hecho dueño de los mejores y más grandes negocios, aprovechándose de la debilidad de nuestros gobiernos. Esos enemigos estaban por todas partes, se habían multiplicado de forma asombrosa y además, eran tan sibilinos en su deseo de quedarse con Alemania, que habían convencido a una parte de puros alemanes que los

auxiliaban y apoyaban. Unos alemanes que se habían dejado convencer por los judíos y por los bolcheviques. Era una lástima, pero estos alemanes puros, contaminados por el contacto con las ratas (judíos), también se habían convertido en nuestros enemigos.

De estos enemigos internos me encargaba yo junto con mis camaradas, obedeciendo siempre las órdenes recibidas, organizados, primero en grupos, luego en falanges y al final en batallones, pues nuestro número fue creciendo, al ver los buenos alemanes el trabajo que hacíamos en pro de Alemania.

Participé en muchos asaltos, agresiones y ataques. Algo rapiñé en ellos, sobre todo al principio que carecía de tanto. No me importó cómo quedaron bienes y personas después de nuestro ataque, porque eran mis enemigos, nuestros enemigos y debían huir del ataque, o marcharse de Alemania y morir en ese otro país. ¡Qué me importaban a mí esas ratas! Lo que quería hacer era librar a Alemania de ellas. Esa era mi misión.

Cuando el interior de Alemania estaba casi limpio -había que ver lo rápido que se multiplicaban- el Führer consideró que era el momento de rescatar a los alemanes que se habían quedado fuera de nuestras fronteras tras el reparto de la Gran Guerra. Era el momento de la reunificación. Y lo conseguimos. Nuestro ejército, nuestros hombres eran los mejores. No había quien nos parara en nuestras justas reivindicaciones de construir una Gran Alemania.

Yo no estuve allí. El Partido no me mandó, consideró que debía quedarme en mi puesto y prepararme para un gran plan. Nuestros enemigos eran numerosos, bien podrían trabajar para nosotros, hacer toda clase de trabajos inferiores que degradan a los verdaderos hombres y nosotros ocupar nuestro tiempo en hazañas de otro tipo y en todos los campos del saber y de las artes, del deporte, para tener claro y hacer evidente al resto de las naciones nuestra superioridad. Y debido a ella, estábamos llamados a dominar el mundo puesto que es evidente y todo el mundo sabe, que el animal superior, más fuerte, domina y esclaviza al inferior. Es simple selección natural.

Ahora todo esto me causa espanto. ¡Cuántos "cristales rotos"! *, ¡cuánta ignominia!, ¡cuánto dolor causado a mis hermanos por unas ideas falsas!

Cuando comenzó la guerra, los países aliados decidieron defenderse y por lo tanto atacarnos. Solos no hubieran podido jamás vencernos. Yo ya estaba en una "granja", luego lo llamaron *campo de concentración* o *campo de exterminio*. Yo, nosotros, lo llamábamos "granja".

Nuestra misión consistía en hacer trabajar a los polluelos a cambio de comida. Y como en una granja, estaban los barracones para dormir. No necesitaban mucho espacio, estaban delgados y así entrarían más pronto en calor, los comederos o comedores y los cagaderos o letrinas. No necesitaban más.

Mantenerlos con vida le costaba más a Alemania que el valor del trabajo que hacían. Pero nosotros, los verdaderos alemanes, no podíamos con todo. Eran una carga para el Estado. Al final tuvimos que montar una enfermería, porque las enfermedades contagiosas corrían entre ellos y podían afectarnos a nosotros.

Yo no dirigía el campo, pero sí que estaba entre las cuatro o cinco personas que lo gobernaban. Daba órdenes y actuaba y mis decisiones eran obedecidas. Estuve allí desde el principio en el campo, dando órdenes durante su construcción.

Eran unos trabajadores vagos e indolentes. No eran conscientes del esfuerzo que Alemania hacía por mantenerlos con vida. Solo pensaban en su familia, en la vida que habían dejado atrás. No prestaban atención a sus tareas y frecuentemente debíamos amenazarlos con el látigo o con los perros para que volviesen al trabajo. Algunos dejaron de alimentarse; otros se tiraban a las alambradas; los más sobrevivieron alimentados por Alemania sin darle casi nada a cambio.

Yo os lo cuento ahora tal y como lo veía entonces. No como lo veo ahora, que miro con terror mi uniforme y los perros, porque ahora sé que seré uno de esos miserables, hacinado en un campo, mal alimentado, torturado y cuantas cosas horribles os queráis imaginar.

Cuando llegaban al campo, los separábamos y les quitábamos las escasas pertenencias que aún les quedaban, algún libro religioso, alguna foto, muy, muy pocas cosas. Se puede decir que los dejábamos tal y como venían al mundo, pues nada necesitaban porque la madre Alemania les proporcionaba ropa, comida, trabajo y un lugar donde guarecerse. ¿Qué más podrían pedir unas ratas asquerosas?

Alguno de nosotros, revisaba la ropa que traían y si había algo de valor, dinero entre las ropas, piedras preciosas cosidas a las costuras, o joyas, lo que fuera, nos lo repartíamos. Los separábamos porque no podíamos consentir que se multiplicaran en exceso. Hubiera sido peligroso y hasta suicida consentir que se reprodujeran como una plaga de langostas o mosquitos. Algunas perras llegaban embarazadas, ocultando su estado o defendiendo con su propia vida su abultado vientre.

No os voy a decir lo que hacíamos con esas criaturas. Algunas, que parecían alemanas, las dábamos a familias de agricultores que no tenían hijos; otras desaparecían. Ya sabéis cómo, está en todos vuestros libros, leedlos y pensad que no se ha acabado de contar todo. Tal vez nunca se haga. Pero si hablara de esto me apartaría de mi historia y no quiero hacerlo. Soy tan culpable como

las personas que lo hicieron porque yo pensaba como ellos. La diferencia solo radica en el puesto que teníamos. Solo es eso, nada más.

No os voy a ocultar que algunas mujeres, para mi asombro, se quedaron embarazadas, se podría decir que las más bonitas, si es que te gustan las mujeres sucias, malolientes, con el pelo rapado y con piojos, a pesar de que las despiojábamos. Pensé que lo habían hecho sus propios hombres, pero es evidente que alguno de los nuestros no le hacía ascos a la podredumbre y a la inmundicia. Y que ellas, por un poco de comida, estaban dispuestas a todo. Yo jamás lo hice, porque me producían repugnancia, pero alguno de mis hombres se divertía con ese juego, que yo entonces consideraba repugnante, y que hoy que los veo y sé cómo se sienten cada uno de ellos, lo encuentro, cuando menos, cruel.

A veces eran varios los que se divertían de esa forma y aprovechaban sus guardias para abusar, vejar, humillar, violar, maltratar y torturar, a veces hasta la muerte, en esa clase de juegos, a unas mujeres que solo eran eso, mujeres. ¡Para qué os voy a hablar del horror que siento ahora cuando recuerdo estas escenas! ¡Para qué hablaros del dolor que tengo ahora por haber consentido! ¡Para qué! Solo sé que debo hacer frente, aún, a estos hechos.

Pero continuemos. El campo se ampliaba. Los prisioneros estaban tan hacinados que compartían literas que se alzaban casi hasta el techo. Y he dicho bien, *prisioneros*, porque a medida que Alemania, como no podía ser de otra forma, porque éramos superiores, ganaba la guerra, llegaban al campo los perdedores. Cuando los veíamos débiles, enclenques o enfermizos los sacábamos del campo, les hacíamos cavar su propia fosa y cuando ya estaba, los colocábamos al borde de la misma y les disparábamos, para que el propio impulso de la bala, los hiciera caer al fondo. Luego echábamos cal viva y los tapábamos con algo de tierra. No sé los miles que hay enterrados.

Llegó un momento en que recibimos órdenes de construir hornos, pues las balas se necesitaban en el frente. Y los construimos, Y junto con los hornos, las cámaras con gas. No podíamos cremarlos en vivo, debían ya estar muertos.

Por hoy no puedo más. Necesito descansar. Veo con horror los pensamientos y los sentimientos de las personas allí hacinadas y no lo puedo soportar. Déjame descansar, otro día seguiré. (Llora amargamente, llora con desespero, con convulsiones. Lo dejo, con respeto, en su dolor).**

¡Cuánto horror! Y todo de mi mano. No me sirve que debieran morir de forma violenta. No me consuela saber que por la Ley de Causa y Efecto debieran sufrir una muerte similar. No me consuela porque, si me aplico a mí mismo esa misma ley, no dejo de preguntarme cuántas veces, en cuántas vidas tendré que

sufrir una muerte violenta, ¿en cien?, ¿en mil?, ¿en cien mil? Serán pocas. Pero he dado un salto en el tiempo y no debo omitir nada.

Estábamos con el ahorro de las balas y la necesidad de construir hornos y cámaras para abaratar el proceso de eliminación de los seres que empobrecían Alemania. Fueron ellos mismos los que las construyeron. Bajo nuestra dirección, pero fueron ellos los que lo hicieron. Como antes, cavaban sus propias fosas mientras nosotros esperábamos a que lo hicieran. No se atrevían a preguntar, pero entre nosotros dábamos datos falsos para que ellos lo oyeran y se tranquilizaran. A una res no le dices que la engordas para matarla, y tampoco le dices cuándo la vas a llevar al matadero. Para mí, era lo mismo.

Al principio los hornos funcionaban un par de días a la semana, pero a medida que la guerra avanzaba y Alemania dominaba toda Europa, se hizo necesario aumentar los días de funcionamiento, y al final estaba constantemente en marcha y arrojando humo por la boca. Era necesario. Alemania era grande y poderosa, estaba llamada a serlo. El Führer había cumplido su palabra, pero los no alemanes, las personas que no eran de nuestra raza superior, eran muy numerosas, cada vez más y se hacía necesario eliminarlos, porque la primera obligación de Alemania era mantener a sus hijos, alimentarlos y proveerlos de todo lo necesario para la guerra. Y nosotros estábamos dedicándonos a mantener, alimentar, cuidar y vigilar a nuestros enemigos.

Si al principio solo eran ratas judías, ahora había un universo variopinto de personas no judías procedentes de otras naciones que Alemania había dominado. Junto con ellas nos llegaron gitanos y bolcheviques, o si lo preferís espartaquistas, socialistas. Estos últimos eran terribles, pues sus conocimientos e ideas del mundo, una supuesta igualdad, hacía que se congeniaran con todos y que funcionaran como líderes en la sombra de estos grupos de hacinados. Pero nosotros teníamos el poder y la inteligencia, además del ideal. Ellos, sus ideas y su hambre. Bastaba un trozo de pan para que se delataran y entonces, nada más fácil que ordenar que fueran a "despiojarse" y se adormecieran y desaparecieran.

Tuvimos que recurrir a algunos de ellos para hacernos entender, porque la mayoría eran tan ignorantes que no conocían nuestro idioma, aunque pronto aprendían a entender las órdenes que dábamos.

A medida que fue avanzando la guerra y nuestros chicos pasaban frío en Rusia, sin qué comer, recibimos la orden de rebajar la comida, pues lo que les dábamos a ellos, se lo quitábamos a nuestros hombres. Se quedaron más flacos, trabajaban peor. Eran unos perros vagos a los que había que estar fustigando para que trabajaran. Ese invierno murieron muchos, no íbamos a desperdiciar las medicinas que necesitábamos. Las delaciones entre ellos

aumentaron. El hambre, la verdadera hambre, convierte a los hombres en lobos, luchando por un bocado más.

Mientras todo esto sucedía en el campo, mi familia, mi esposa y yo, teníamos lo que antes nunca habíamos soñado. Una casa magnífica, perfectamente iluminada y caldeada, por no hablar de los objetos que la llenaban: cuadros, gramófono, radio, que nunca, ni en el mejor de mis sueños, pude imaginar tener. Íbamos a las fiestas y recepciones y en todos los lugares se nos trataba con respeto y deferencia. No podíamos imaginarnos una vida mejor. Dominábamos el mundo, y el mundo se ponía a nuestros pies. Pero había grietas, grietas no alarmantes en un principio, pero que luego se hicieron tan profundas, que no pudimos tapar ni ocultar.

La retirada del frente ruso, nuestros soldados, fríos, congelados, apresados por esa raza inferior de los bolcheviques, hizo que empezáramos a plantearnos la posibilidad de un fin distinto. En el norte de África, Rommel no podía mover nuestros tanques. ¿Qué sucedía? ¿Acaso el Führer se había equivocado y era un hombre como nosotros? No, no podía ser. Eran horas bajas, pero todo tenía aún arreglo. Había que apoyar más al Führer y a Alemania.

Tenía mucha rabia e impotencia y la única forma que encontré de apagarla fue descargando mi furia con los confinados. Órdenes caprichosas, castigos injustificados, golpes indiscriminados y la humillación y vejación de sus mujeres en público, delante de todos, o de algunos, para que se corriera la voz en el campo de cómo eran esas ramerías, peor que bestias.

No disfrutaba, solo descargaba mi furia, mi ira, mi impotencia y ahora creo que mi miedo, porque no osaba pensar, siquiera, que las tornas se pudieran cambiar.

Y entonces empezaron los bombardeos. Todo fue a peor. Nuestra esperanza, esa arma poderosa y secreta, tardaba, no acababa de salir a pesar de las declaraciones del Führer en ese sentido. No se puso en marcha nunca. Y las bombas caían a diario en nuestras ciudades, ahora eran verdaderos alemanes los que morían o vivían medio escondidos, entre edificios en ruinas. Ahora eran las alemanas las que tenían hambre. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué el Führer no reaccionaba y lo permitía? ¿Qué hacía Himmler?

Y veía impotente y temeroso cómo se derrumbaba todo a mi alrededor. No solo ya por las bombas, nuestro ejército sufría derrota tras derrota. No había, ni para nosotros, qué llevarse a la boca. ¿Os imagináis qué comían ellos? Agua sucia, huesos podridos. Enflaquecían a ojos vista. Les costaba trabajar, a duras penas movían sus cuerpos, frágiles, quebradizos. Fantasmas en un mundo fantasmal.

El trato de todos para con ellos fue a peor. Y el mío, también. No me divertía, no me complacía, pero ahora comenzaba a verlos como hipotéticos vencedores. Comenzaba a ver que mis ideales de una gran Alemania gobernada por un ser superior y una raza superior, solo eran sueños de adolescente, porque ahora, todo se desmoronaba ante mí.

El Führer había desaparecido y el ejército de esa raza superior era derrotado, no una, sino mil veces. Nuestros hombres morían. ¿Cómo parirían las alemanas si nos quedábamos sin ellos? Cuando un ser superior se mezcla con otro inferior, el resultado no es el mejor, es el inferior. Nuestra raza se iba a disolver entre un mar de hombres no arios. A nuestro país le iba a ocurrir lo mismo, como antes ya le había ocurrido. Los vencedores se lo repartirían y de nuevo tendríamos que trabajar muy duro para pagar las deudas de la guerra.

Nos estábamos quedando sin puentes, sin vías de tren, sin fábricas, nuestras ciudades parecían enormes quesos de cuyos agujeros salían gentes, pero... ¿y a mí?, ¿qué me sucedería a mí? No me preocupaba ni mi mujer ni mis padres. Mi preocupación era más primaria: yo y solo yo. En mi ciudad todos me conocían y lo mismo me sucedía con los prisioneros del campo, todos me conocían.

Ahora ya tenía claro que mi mundo se desmoronaba, la pregunta era cómo sobrevivir en esa situación. Era consciente de quién era, de dónde había trabajado y de lo que había hecho. No había salida para mí. Y un día decidí, junto con mis compañeros, abandonar el campo a su suerte y huir. Nuestros vencedores estaban muy cerca.

Huí, huí solo. Ni mi mujer lo sabía. Me vestí con ropa de paisano y me puse a caminar, a alejarme lo más posible del lugar donde todos me conocían. La verdad es que, me dirigiera donde me dirigiera, estaba perdido, rodeado, como Alemania.

Al principio me dirigí al este y luego varié al norte. Lo cierto es que no me importaba. Sin papeles, sano, era evidente lo que había sido. Así aguanté, medio escondido, una semana, al cabo de la cual me encontraron, me rodearon y me detuvieron. Me llevaron preso, pero quiso la suerte que uno de mis antiguos prisioneros me reconociera, diera la voz de alarma y allí, sin que pudieran evitarlo, me mataron a golpes, a patadas. La rabia y la impotencia, contenida en el campo, se desataron como cuando se abren las esclusas de un pantano. Y morí así, a golpes, múltiples golpes, incluso después de muerto, siendo escupido e insultado por mis propias víctimas.

Tardé mucho en darme cuenta de lo que me había sucedido. Más que una muerte parecía una tortura porque continuamente revivía y revivía mi muerte y, de nuevo, la volvía a revivir. Los insultos no cesaban, los golpes, tampoco, la rabia y la sed de venganza de mis captores, tampoco.

Lo que sí noté con el tiempo es que las caras cambiaban, no su expresión, no su sentimiento, que ahora captaba con mucha nitidez, pero sí sus caras. Por eso pensé que estaba siendo torturado y no muerto.

No sé cuánto tiempo pasé así, porque en esa situación no era capaz de mirar mi reloj, y no era capaz de medir el tiempo, que ahora pasaba ante mí de otra forma. Poco a poco, muerte a muerte, mi círculo de captores se fue aclarando y digo *aclarando* porque había menos, más violentos, más rencorosos, más vengativos, pero menos.

Algunas veces oía las voces de mis captores, que hablaban entre ellos y se decían que me perdonaran, que ellos lo habían hecho y que ahora eran más felices, que debían perdonarme para olvidar las penas pasadas y no vivir en la desdicha de la venganza, porque así, vivían constantemente en el dolor y traían a su vida un dolor ya pasado, ya vivido, que no tenía ningún sentido repetir. Decían que los miraran, que los reconocieran porque también ellos habían vivido en el infierno del campo, pero que, ahora, liberados, habían comprendido el sentido de esa experiencia. Les decían que les hicieran caso.

Y yo, encogido en el suelo como estaba, veía que alguno desaparecía y su puesto era ocupado por otro. Pero ya había uno menos. Y así vivía, con la esperanza de que aparecieran aquellas voces y hubiera uno menos. Algún día aquello terminaría y no habría nadie que me reclamara

por mi comportamiento y por mis horrores.

Ahora todo ha pasado, pero me costó mucho entender que aquello no eran ratas judías, eran personas. Porque en un principio creí que yo era un lindo gatito rodeado de feroces ratas de alcantarilla, que no iban a parar hasta lograr matarme aquí también. Por eso me quedaba en posición fetal y quieto, para parar mejor los golpes, las patadas y las voces. Entonces no tenía tiempo ni capacidad para pensar, el miedo lo dominaba todo.

Cuando llegaban las voces amigas, el ambiente se aclaraba y mientras hablaban a mis captores, yo podía pensar y razonar. Al principio no las entendía, no era capaz de comprender de lo que hablaban pues seguía pensando que el mundo estaba al revés, que los seres inferiores dominaban a los superiores y, claro está, esto solo podía ser momentáneo porque pronto deberían llegar mis camaradas y me salvarían. Ahora sé que todos estaban como yo o en peor situación.

Las voces amigas continuaban viniendo de tanto en tanto a hablar con mis captores y a pesar de que mi situación no variaba, algo en mi interior sí que cambió. Empecé muy poco a poco, a no ver diferencias entre ellos y yo, o

mejor dicho, entre ellos y nosotros, los guardias. Veía reacciones similares a las nuestras. Oía las mismas palabras que las nuestras y los sentimientos, en todo, eran iguales a los nuestros. Y el comprobar y reconocer eso, que me costó mucho, fue como un juego de fichas de dominó que cae una y su empuje derriba a todas las demás. Por lo tanto, si éramos iguales judíos, bolcheviques y los demás, era falso que yo, alemán, fuera superior. Si todos éramos iguales, era falso que el Führer y Himmler también lo fueran. Y así, poco a poco fueron cayendo mis fichas del dominó y un día me atreví a pedirles perdón. No lo hice totalmente convencido, ni arrepentido del todo, lo hice cuando apenas había empezado a comprender.

Mi proceso de rectificación mental continuaba. Repasaba mi vida, el horror de mi vida, y ahora, desde esa nueva perspectiva, veía el horror que causaba a los demás. Ya no era un desfile glorioso, era el desfile de la muerte, la tortura y la vejación. Allí, Alemania no aparecía. Sus fronteras y colores se difuminaban y solo había personas que, como yo ahora, sufrían.

No soy capaz de trasladar al papel mi revisión en el campo. Perdonadme, no puedo. Mi psiquismo aún está muy débil y temo quebrarlo. Además no es bueno recrearse en el dolor y en el horror. Mi historia solo ha de servir para que comprendáis que lo que hacéis a los otros, en realidad, os lo hacéis a vosotros.

Y ahora, sí, sí que pedí perdón, de corazón, con toda mi alma, con toda mi intención. Y ese fue el momento en el que todo cambió.

Esta vez, las voces amigas vinieron para mí, no para convencer a mis captores. Llegaron y lo inundaron todo con una gran claridad. Los que me atormentaban, con razón, se apartaron y entonces me dijeron que los acompañara, que ya podía acompañarlos porque había empezado a comprender.

Tuvieron que ayudarme a levantarme y a caminar. Me llevaron entre varios a un hospital o una casa de reposo en donde pasé mucho tiempo durmiendo, soñando con mi vida y sus dolores, luchando entre lo que había sido y lo que ahora quería ser.

Siempre que abría los ojos, veía a mi lado un rostro, una mirada o unas manos amigas que me calmaban en mi desconsuelo. Hasta que un día, ya con fuerzas, pude levantarme y salir a un rincón maravilloso, con una vegetación esplendorosa y con un leve murmullo de agua. Y así me seguí reponiendo, encontrándome a veces con otros enfermos como yo, a veces con los cuidadores. A ellos les debo todo aunque ellos no piensen así.

Un día vino a visitarme uno de ellos para hablarme de la conveniencia de aprender y colaborar un poco, en la medida de mis posibilidades, en la marcha y el buen funcionamiento de la casa de reposo. Y aquí estoy. Aún no he terminado mi recuperación, pero ahora que ya os he contado mi vida me siento

mejor, mi peso se ha vuelto más leve. El haber reconocido todo lo hecho ante vosotros me ha aliviado mucho.

Ahora solo quiero recordaros lo que yo he aprendido: lo que haces a los demás, te lo haces a ti mismo. Obra bien aunque solo sea por egoísmo.

Pero me acaban de decir que así no lo digo bien. Me dicen que debemos obrar bien no por amor a nosotros mismos, sino por amor a la obra del Creador, es decir, a lo creado y al Creador. Ahora sí que lo he dicho bien.

Acordaos de mí y que mi triste historia os sirva de ejemplo.

* se refiere a la noche de los cristales rotos ocurrida del 9 al 10 de noviembre de 1938 cuando las fuerzas de asalto de las SA atacaron los comercios y propiedades de los judíos en Alemania y Austria.

** aclaración del médium.

Nº 25 UNA MUJER CAPRICHOSA

Parece que me he despertado. Parece que todo ha terminado porque todo está en calma a mi alrededor. Hay paz y sosiego. Me hacen mucha falta, las necesito porque últimamente, todo a mi alrededor era desorden, ruido. Ruido ensordecedor que me impedía entender qué me estaba pasando y por qué. Aún no lo sé, no lo tengo claro, pero agradezco este silencio que ha vuelto y me permite oír mis propios pensamientos. ¡Qué dulce silencio!

Ahora podré abrir también mis ojos y ver dónde estoy, saber qué me rodea. Hasta ahora no me he atrevido, al contrario, cerraba más mis ojos y tapaba mis oídos. ¡Qué desgracia de ruido!

¿Desgracia? ¿Desgracia? Esta palabra me recuerda algo, ¿qué será? ¿Por qué estaré pensando en ella? ¿No será que yo soy o he sido desgraciada? Bueno, seguramente sí, porque a todas nosotras los hombres nos hacen sufrir. Ese es el triste destino de todas las mujeres pues no hay ninguna que no haya sufrido por culpa de algún hombre. Como ellos pueden hacer de todo, pues claro, las mujeres sufrimos. Como ellos mandan porque son los dueños del dinero y pueden trabajar fuera de casa, pues claro, lo tienen todo.

Nosotras somos las pedigüeñas y las malgastadoras, las que tenemos las manos agujereadas o el bolsillo roto. Eso somos. Y ellos no se dan cuenta de que cuando nos dan dinero, no es para nosotras, es para todos y, claro, se nos acaba enseguida. Que si la comida para todos, y claro, comemos todos, todos los días y qué menos que dos veces. Que si la ropa que se rompe o que se queda corta; que si las medicinas cuando estamos enfermos; que si el médico... Y no hablemos de la escuela, porque ahora que han dejado la pizarrita... los lápices, las libretas y las gomas, aunque gastemos migas de pan... Peor me lo pones. Y claro, se te va todo el dinero que te dan. Y los maridos te reniegan y gritan, incluso alguno te levanta la mano. Pero claro, tú no puedes hacer nada.

Todo lo tienen ellos, tu dinero, también. Porque como somos mujeres no sabemos llevar nuestros asuntos. ¡Qué gracia! Sabemos llevar nuestra casa, que ellos no saben, y no sabemos, ni podemos llevar lo que nuestros padres nos han dejado. ¡Tendrá guasa el asunto!

Cuántas pobres mujeres hemos visto que nuestros maridos han malgastado lo nuestro con unas y con otras, o lo han perdido en el juego, y ellas han pasado de ser unas señoras a ser unas fregonas para que sus hijos puedan comer. Y ellos tan tranquilos, a seguir jugándoselo todo.

Y eso no es todo. Cuando son jóvenes, se van con todas las pelanduscas que quieren, y las pagan bien. Ese dinero no les duele, pero el de comer sus hijos... Bueno, a lo que íbamos, te vuelven enfermos, con una mala

enfermedad, que a lo mejor tienes la desgracia de padecer tú también, o te vuelven viejos, y los recoges y los cuidas por miedo al infierno o al qué dirán, pero los cuidas y te lo tragas todo.

¡Ay, si yo fuera Dios! ¡si yo fuera Dios, lo que haría! Pero, claro, Dios también es hombre, y entre hombres, todos se tapan. ¡Huy! ¡Ya vuelve el ruido! Me callo.

Bueno, el cura no dice lo mismo. Dice que Dios nos quiere a todos igual, pero yo añadido que a ellos un poco más. Y esto no es justo, pero es así. Pues, a la chita callando y sin darme cuenta casi os cuento mi vida. Pero, claro, es igual que la vuestra, si es que sois mujeres.

Yo me pongo a repasar la Historia y pienso en Isabel la Católica y en Santa Teresa de Jesús, y me digo: "¡Jesús! ¡eran como hombres!". Porque a ver, Fernando el Católico sería muy rey, pero era un calzonazos, porque a ver por qué no se quedó con todo, ¡como lo ha hecho mi marido! Aunque claro, pobrecita, toda su vida preñada, y detrás de una hija, otra. Que más parecía un castigo que otra cosa. Tanta mujer, tanta mujer y mira, se le volvió loca, y loca por un hombre. ¡Claro! ¡como todas!

Y ahora hablemos de la Santa ¡Qué coraje! A esta sí que la envidio. Aunque pobrecita, cuando pasó por la Inquisición, tuvo que pasarlo bien mal, porque esos hombres sí que son malos, malos. Y mira, salió. Y volvió al convento de clausura, y salió. Rompió todas las rejas del convento y subida a un caballo, como un hombre, iba libre de pueblo en pueblo a fundar conventos, donde se recogían mujeres que no tenían hombres. ¡Esa sí que fue una vida aventurera!

Y es que a mí me ha faltado coraje para defenderme. De mi padre a mi marido, como si fuera una pelota Y yo, ¿qué?, ¿a mí quién me pregunta lo que quiero? En casa de mi padre ya no puedo estar, soy demasiado mayor y he de elegir marido o convento. Y claro está, mejor, marido. Tan guapo, tan bueno, tan educado... viviré o vivirás, tanto da, como una reina, no te faltará de nada. Y te haces ilusiones, tú sola, imaginando las cosas que harás cuando estés casada y las cosas que te dejara hacer, porque lo ves a tu alrededor como un perrito faldero lamiéndote los pies y moviendo su rabito, pequeñito, pequeñito. Y después te sale un mastín y de un ladrido te tumba. Y entonces no eres la que mandas, eres una hormiga que no quiere llamar la atención del mastín. Lo que yo te diga.

Y es que ¡ay! la vida de las mujeres es muy dura. Y mira, ahora estoy aquí, contándote lo que no le he contado a nadie, pero a nadie, nadie. Ni a mi madre, ni a mi hija. Todo mujeres porque son ellas las que me entienden. Porque a ver ¿qué le podría haber contado a mi madre que ella no hubiera vivido? Porque

mi padre era un tirano. En mi casa solo se hacía lo que él quería porque para eso era el hombre. Ni una mala contestación, ni una réplica. Lo que te diga. Como un cuartel, solo que encima te acuestas con el capitán y le das hijos. Llega, se te mete, quieras o no, y se va. Y ¡huy, qué alivio, cuando se ha ido!

Luego querrán que seamos más cariñosas y, claro, los pobres no saben que cuando lo son, es porque hay dinero y propinilla de por medio. Porque la que ya lo tiene, me refiero al dinero y a la propina, no le hace falta engañarlo. "No tiene de na y no le falta de na". Y mira, ahora lo estoy pensando porque no lo había pensado antes. Ellas, con todo lo que habrán tenido que aguantar, son más libres que yo. Por lo menos ellas se quedaban con su dinerito, si es que no eran tontas y lo daban a un hombre, y decidían cómo y en qué emplearlo. Pero quita, quita no me cambio por ellas.

Bueno, pues a lo que íbamos. Que se me quedó con todo. Se quedó con todo el dinero que me dio mi padre para casarme. Y al poco, cuando mi padre faltó se quedó con mis tierras y las casas que teníamos. Y yo mientras tanto, sin poder decir ni siquiera amén. Porque, claro, ya lo tenía todo. Porque las leyes, que las hacen los hombres, todas, pero todas, todas, van a su favor y te tratan como a una tonta o a una idiota que no sabes hacer nada.

Pero, claro, ya se encargan ellos, porque en la escuela, solo leer y costura. "Qué la niña es muy lista y ya le sabe leer. Llévase la que sabrá demasiado y no la casará". Y ¡hala! tú a hacer costura, sábanas y sábanas, para toda la vida. ¡La de sábanas que habré bordado!, y después los manteles y con sus servilletas, que no se te podía olvidar ninguna. Para tres casas tengo ropa yo. ¡Lástima de ojos y de horas! Horas y horas hablando, cosiendo, murmurando, soñando con un hombre que te sacara de la cárcel de tu casa y te llevara a un palacio para ser una reina. ¡Ay! ya le daba yo a quien se hubiera inventado este cuento. ¡Un hombre!, seguro. Porque se necesita ser cruel para dejarte escapar de una cárcel, cargada con cinco mulas, de las cosas que te llevas, para meterte en otra, tú y tus mulas.

Se quedó con todo lo mío, las cinco mulas, y encima yo, ignorante -porque soy una ignorante- contenta, satisfecha, esperando una caricia, un miramiento, una atención, ser reina en su palacio. Y nada. De una voz te lo tira todo por tierra y tú, boba que boba, lo vuelves a levantar y lo perdonas, porque aún no lo conoces bastante, y lo disculpas y, claro, llega un momento en que ves que no vale la pena levantar el castillo. ¿Para qué? Estás sobre arenas movedizas y solo piensas en sobrevivir o en vivir lo mejor posible. Y te vuelves ciega y sorda.

Las cosas que te dicen las otras mujeres que tu marido hace, ya no te afectan y no te importan. Incluso piensas "mejor, así me dejará tranquila" y en el fondo de tu corazón se lo agradeces a la otra. Pero te hierve la sangre porque sabes

que lo hace con tu dinero, que te lo está quitando a ti y a tu hija. Tú, todo el día ahorrando, mirando de no gastar, contando lo que pones a la mesa y él, ¡hala, a disfrutar con lo que tú ahorras!

Y luego aún dirán que Dios no es hombre, ¡por favor! Es que esto que te digo no me atrevo ni a decírselo a mi confesor. Porque esa es otra, ¡otro hombre! ¡y le tengo que contar mis pecados! Sí, a él se los voy a contar. Pero algo tengo que contarle si no parecería raro y, claro, me invento lo que él quiere oír, porque una vez que le dije un poco de lo que pensaba, poquito, poquito, me mandó una letanía de penitencia. No acababa nunca. Así que decidí callarme, mostrarme arrepentida y todo eso, contrición, propósito de enmienda... Y claro, que me enmendé, me enmendé tanto que ya no paré de enmendarme. Me lo invento, y claro, está muy contento conmigo y yo con él. Poca penitencia.

Algunas veces pienso en el Infierno y, claro, lo veo lleno de mujeres. Los hombres, todos en el cielo. Porque las mujeres somos malas, pero porque nos han hecho así los hombres, porque para poder vivir hemos aprendido a mentir y a engañar, a poner al mal tiempo buena cara y nos hemos hecho envenenadoras ¡ay, si yo os contara! Pero no, porque no acabaríamos nunca.

Y es que, al venir después al mundo y al sacarnos de la costilla de Adán... ¡Qué vaya ocurrencia que tuvo Dios! Porque, si Él nos creó, ya podía haberlo hecho de la nada o del barro, como a Adán, pero no, tuvo que hacerlo de una costilla y, claro, así estamos, dependiendo de él. Y digo yo, que parece que nos hizo de las sobras. ¡Huy, el ruido!

Ya creo que me voy enterando. El ruido viene cuando pienso o digo barbaridades. Porque iba a comparar nuestra creación, con las sobras de un cocido, y claro, no es lo mismo.

Ya sé que mi rabia y mi impotencia la descargo diciendo y pensando barbaridades, pero es la única manera que tengo de aliviarme y de reírme de mí misma y de los demás, de la sociedad en general, que mira bien, aplaude y permite la situación de sojuzgamiento de las mujeres, como si nació con una mordaza puesta.

Ya sé que no es así, pero ellos al ser más fuertes que nosotras, se han hecho los amos del mundo y se han hecho las leyes a su conveniencia. Si realmente creyeran en Dios, las habrían hecho de otra forma y se comportarían con sus mujeres de otra forma. Pero, claro, ellos son igual que yo, que no creemos y decimos que sí y guardamos las formas porque tenemos miedo a las consecuencias, pero realmente no creemos.

Ahora que he dejado de decir y pensar barbaridades, estoy mejor. Me siento más aliviada y tranquila y el ruido atronador ha cesado. Si no pienso barbaridades, o si mis palabras no están envenenadas por el odio y el rencor, me siento mejor. Por eso ahora soy más cuidadosa. Parece como si dentro, mi pensamiento, y fuera, mi alrededor, estuvieran conectados ¡Qué raro!

Porque cuando vivía, esto no era así. Por fuera, a los ojos de los demás, parecía que llevaba una buena vida, porque no me faltaba de nada, a pesar de la tacañería de mi marido con nosotros. Pero por dentro, por su tacañería con lo que era mío, por sus voces y sus desprecios, por su falta de consideración con sus hijos y conmigo... todo era un infierno. Por eso me dediqué a pensar esas barbaridades para no morirme de asco o de pena porque yo no creo que Dios me crease para castigarme. Yo no disfruto castigando a mis hijos y por lo tanto Él, tampoco. Me habrá creado, nos habrá creado, para algo más, pero no se me alcanza qué. Porque Él me puso allí con mi padre y mi madre y, luego, con mi marido pero ¿para qué? ¿Y al resto de mujeres? Porque a algunas les da una vida un poco mejor, pero, claro, también desde fuera, porque desde dentro... ellas sabrán.

Y si esto es así ¿he de pensar que Dios ha creado malos a los hombres para que nos castiguen? No, eso no puede ser, sería injusto ¿Y no será que Dios nos ha creado igual, medio tontos, y es el demonio el que se encarga de darles ideas a los hombres? Esto puede ser. Pero también les dará ideas a las mujeres, no va a perder a la mitad del mundo, no. Así que creo que lo más correcto es pensar que el demonio les da ideas a los hombres y a las mujeres, a los dos. Y el que quiere le hace caso, y el que no quiere, no. ¿Y no podría Dios que ha creado al diablo matarlo o no haberlo creado? Así viviríamos en el Paraíso. Pero pienso yo que, como madre, me complacía ver a mis hijos cómo solucionaban los problemas de su vida, y eso me hacía quererlos más o menos, según. Pues creo que Él debe hacer lo mismo. Pero así pienso que Dios y el diablo deben de estar conchabados. ¡Ay, qué grande y atronador vuelve a ser! ¿Qué habré pensado mal? Claro, Dios y el demonio no son compinches. Eso es.

Déjame pensar. Necesito quietud y calma para seguir pensando. Déjame.

Porque estoy viendo que esto es más complicado que mis simplezas, mis tontos pensamientos y conclusiones que con una cierta base me divierten y os divierten porque son irreverentes. Pero ahora creo que me juego algo más. Me juego mi vida, mejor dicho, la vida que llevo ahora, que no es vida ni es "na", solo ruido, ruido atronador y constante, en fin, un tormento.

Creo que no debo pensar en los demás, sino en mí, en lo que yo he hecho, a mi misma y a los demás. Ahí, la balanza va en mi contra. Me veo dando una

imagen falsa de mujer superficial, chistosa, irónica, pero vengativa. Utilizaba mis palabras para herir a los demás, aunque yo creía que lo hacía para defenderme ¡Si al menos me hubiera defendido realmente! Si le hubiera plantado cara a la situación reclamando ante mi marido lo que creía que era justo, ahora podría estar pensando por otras cosas, no por mis palabras y mi falsa superficialidad.

Sí, el comportamiento de mi marido para conmigo fue malo, pero fue el de nuestra época, ni mejor, ni peor. El mío fue solo mío. Aparentemente acepté sus decisiones, como me mandaba mi educación. Pero en el fondo no era así, me rebelaba, me llenaba de ira, y la sacaba por medio de mis palabras dolientes. Yo misma me metí y lo metí en una espiral, un círculo vicioso de malas palabras, malas acciones, más separación y desconfianza entre ambos y mayor desamor.

Me he construido mi propia cárcel ¡Cuánto dolor inútil! Si al menos una sola vez en mi vida hubiera sido franca con él ahora podría estar pensando otra cosa. Pero solo veo mis malas acciones, error tras error. Y solo esto. Mi hiriente palabrería, risas falsas, falso atrevimiento y en el fondo, cobardía. ¿De qué me quejo si no he defendido lo que creía que era mío? ¿Era, realmente, mío? Porque esa es otra, yo no hice nada para merecerlo y nada para conservarlo.

Todo esto me duele, me duele más que los ruidos atronadores. Me afecta en lo más hondo de mi corazón porque me tenía como una víctima de la sociedad y de mi marido y veo que, en realidad, he sido mi propio verdugo. He sido yo la que ha cavado el foso del desamor entre él y yo y entre él y mis hijos, los suyos, los nuestros.

No defenderme, derrotarme yo misma y la ironía constante y cruel sobre él, sobre los hombres, sobre la sociedad, para nada. Con ello no solucionaba nada. No hacía justicia. Añadía dolor. Y ese dolor es el que me ha traído aquí ¿Podré arreglarlo? ¿Cómo podré hacerlo? Aquí no veo a nadie. Solo sé que ha cesado el ruido. Tendré que volver a ponerme a pensar.

¡El perdón, el perdón! ¡Pedir perdón a pesar de que no estén, eso es lo que puedo hacer!

Porque sé que desde donde estén, me oirán, porque lo voy a decir muy alto y me va a salir desde el fondo de mi alma y de mi corazón.

- ¡Pobrecitos míos! ¡Perdonadme! porque fui una mala madre. Porque no os enseñé el debido respeto a un padre, no os enseñé a quererlo y respetarlo a pesar de sus defectos, no os enseñé a valorar esos defectos y verlos como los que tienen los seres humanos. No os hice ver los esfuerzos y desvelos, sí,

desvelos, que vuestro padre hacía para que no os faltase de nada, los sacrificios de pagaros una educación a todos, y el ejemplo que os daba de trabajador, de persona seria, que se dejaba la piel en el trabajo, haciendo y pensando lo que debía hacer para que viviéramos mejor.

Muy al contrario, os enseñé a no valorar sus acciones y sus palabras, sus esfuerzos y sus obras por medio de comentarios ridículos, de palabras de rebelde adolescente, que no perseguían arreglar las cosas y sí, ponerlo en ridículo. Perdonadme porque con mi ejemplo no os he enseñado a defenderos honesta y cabalmente de las trampas de la vida. Solo os he enseñado a actuar con la rebeldía verbal de adolescente, con ironía hiriente, y no con palabras y acciones sabias que permitan arreglar los embates de la vida como adultos maduros, serios y equilibrados. Con una participación activa y no con una aceptación pasiva de las situaciones que no nos gusten. Hablar, herir y humillar por medio de la palabra no es un arma útil para solucionar los conflictos. Os lo digo yo, hijos míos, que tengo mucha experiencia en eso y que solo me ha servido para ahondar la zanja que me separaba de vuestro padre.

Os recuerdo que sois hijos del amor, no de la insatisfacción y de la ironía. Y desde aquí donde estoy, os pido con todo el amor que os tengo, que no me imitéis, que tratéis de entenderos con vuestro padre, y que, cuando habléis con él, no uséis la ironía para humillarlo. Es un ser humano como vosotros, tiene un corazón doliente. Lo entenderé si no lo hacéis, lo aceptaré, pero sobre todo no cometáis el mismo error que he cometido yo, porque solo me ha traído dolor y soledad, y más alejamiento y distancia del hombre que elegí libremente porque lo amaba. Perdonadme, pero sobre todo no me imitéis porque las malas palabras se quedan clavadas en el alma como dardos y es muy difícil quitarlas. Amaos entre vosotros y ayudaos. Siempre vais a estar juntos.

A ti, esposo mío, también te pido perdón y me arrodillo ante ti, suplicante. Perdóname porque, como una niña caprichosa y malcriada, solo he visto en ti a la persona que no me dejaba cumplir mis caprichos. No he visto al hombre sobre el que descansaba mi bienestar y el de nuestros hijos. No he visto al hombre que, voluntariamente y por amor, había asumido la carga de manejar unas propiedades que creía que eran mías, pero que yo no había hecho nada por merecerlas. No he sabido distinguir que lo hacías porque la sociedad te lo imponía, no he visto que hubieras preferido ocuparte solo de lo tuyo.

Perdóname porque al verme despojada de mis caprichos, he reaccionado como una niña malcriada e hiriente. Perdóname, porque mi comportamiento te ha alejado de mí y te ha arrojado en brazos de otras. Perdóname por haber puesto a nuestros hijos en tu contra. Perdóname, si puedes, por todas las humillaciones públicas que te he hecho. Ahora me duele el corazón porque veo que la responsable de tanta desgracia y de tanta infelicidad soy yo. Si puedes, recuérdame con el amor que ambos nos teníamos, y perdona la mala vida que

te he hecho llevar. Dios quiera que pueda repararlo contigo y con mis hijos, pero no sé cómo. Perdóname.

Y ahora me voy, me voy con mi culpa.

A lo lejos veo gente. Me acercaré. Parecen buenas personas.